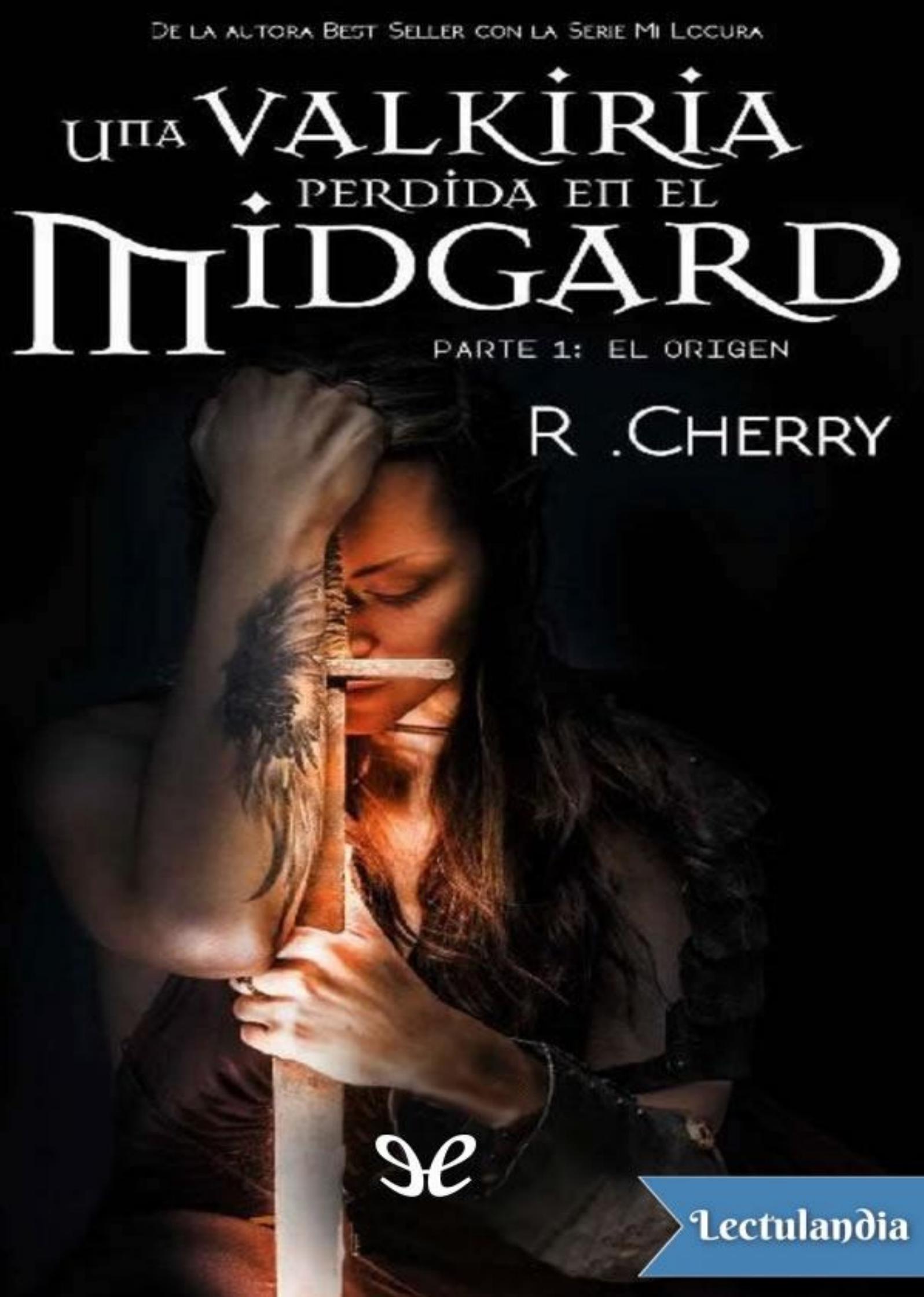


DE LA AUTORA BEST SELLER CON LA SERIE MI LOCURA

UNA VALQUIRIA
PERDIDA EN EL
MIDGARD
PARTE 1: EL ORIGEN

R. CHERRY



de

Lectulandia

Tras la muerte de dos de los grandes líderes de los Valkyr en la Tierra, sus clanes se dividieron ocasionando que los Elfos oscuros ganasen territorio, lo que hizo que el mal se apoderara del Midgard.

Por otro lado, los incesantes recuerdos de un pasado atormentarán a Lyss, intentando demostrarle lo que tiempo atrás le fue arrebatado. Pasado y presente se entrelazarán, y una profecía, su historia y un destino harán que tenga que cumplir como una guerrera.

El fin del mundo se acerca, el Ragnarök está a punto de estallar, y solo ella podrá evitarlo. Junto a sus hermanas valkyrias, Lyss tratará de descubrir lo que el mundo le oculta para así lograr detener el ocaso de los dioses.

Me llamo Lyss y vengo a salvar la humanidad.

«Deja que el presente te muestre lo que el pasado oculta».

Lectulandia

R. Cherry

**Una valkiria perdida en el Midgard:
El origen**

Una valkiria perdida en el Midgard - 1

ePub r1.0

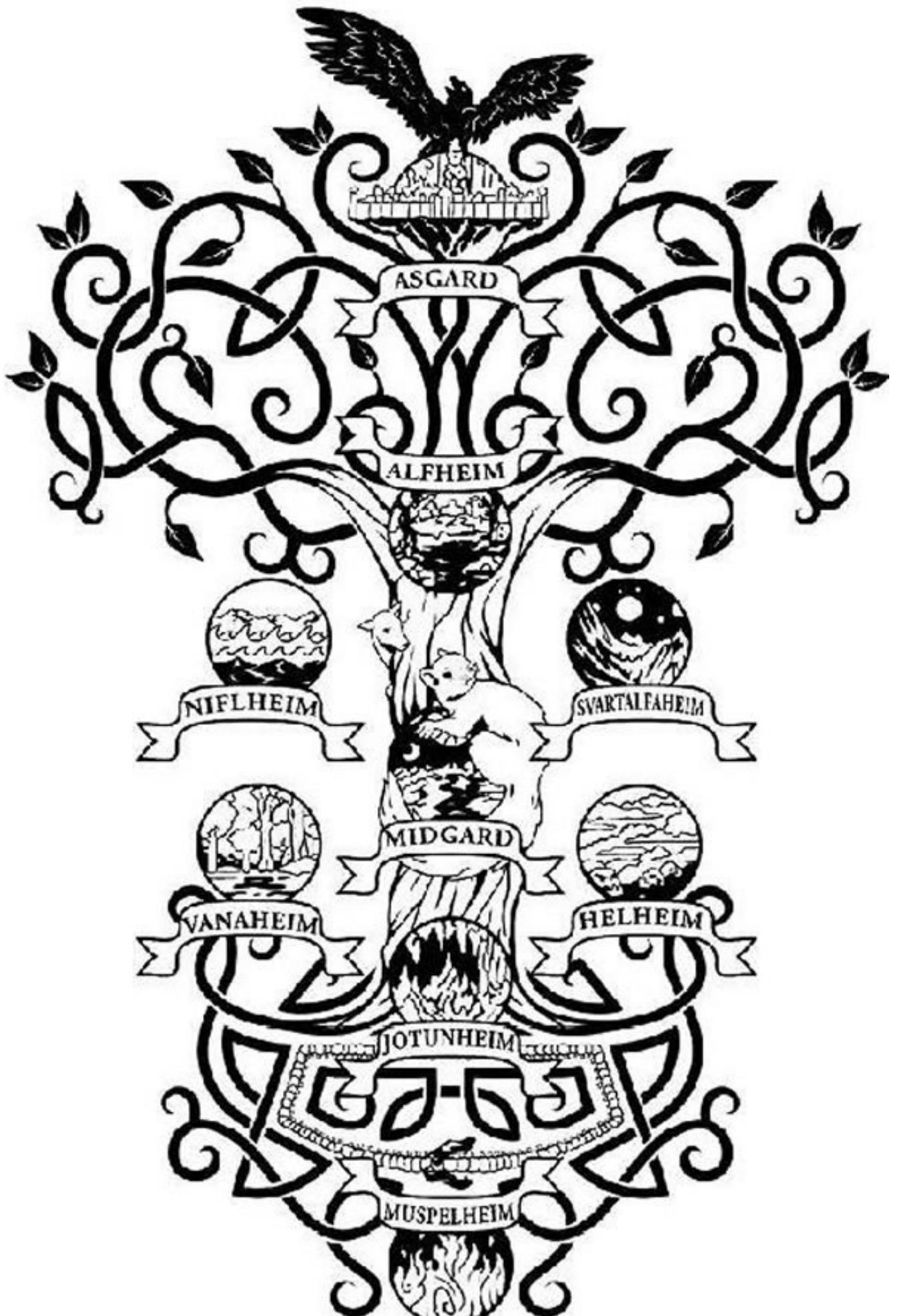
Titivillus 20.12.2018

Título original: *Una valkiria perdida en el Midgard: El origen*
R. Cherry, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A mi hermana, la mayor de las guerreras.



Gracias

Gracias, Lyss, por haber sido mi luz durante años, por haber sido la guerrera que yo no fui: me has enseñado a luchar. Haya tanto que debo agradecerte que realmente no sé si esto es suficiente. Gracias por dejarme contar tu historia, por haber confiado en mí.

Gracias, mi vikinga.

Gracias, *systir*.



Agradecimientos

Los agradecimientos siempre son difíciles de escribir, siempre acabas dejándote a alguien, por lo que intentaré ser breve.

Quiero dar las gracias a mi familia, en especial a mi padre, mi hermana y mi tía por haberme apoyado con esta maldita locura desde el momento cero, pero, sobre todo, a esta última por ser mi fan número uno e incondicional. Os quiero.

Cómo no, a mi *nonne* Lucía, pura inspiración; a mi bola, M. J., la alegría de la vida, y a mi Camy por ser los tres grandes apoyos de mi locura. Además de a mis maravillosas lectoras, a las que quiero con todo mi corazón. ¡Gracias, mis Cherrys!

A mi amor, a mi lobo de ojos verdes, a la persona que me ha enseñado a no rendirme y que está ahí para levantarme cuando me faltan las fuerzas, que me empuja a seguir adelante cuando todo parece oscuro, dándole la luz que necesito. Gracias, mi MPFA (*you know*).

Y, por último, a mi *churry*, porque esta locura, que empezó hace ya seis libros, sigue adelante gracias a ti, aunque me quieras matar algunas veces...

Nuestro elfo oscurecerá corazones y se los llevará consigo para enamorarlos como ha hecho con los nuestros.



Introducción

¿Qué ocurriría si la humanidad se viera amenazada por seres que ni siquiera los dioses son capaces de detener? El mundo colapsaría por lo que, tiempo atrás, para que eso no ocurriese, les enviaron a los *valkyr*. Un clan formado por temibles guerreros y valientes valkirias del gran ejército de Odín, que lucharían por proteger a los humanos y a sí mismos de la oscuridad que se cerniría sobre la Tierra a manos de los esbirros de Loki, el dios de la trampa.

Darían su vida, pelearían con uñas y dientes por aquello que más amaban: su clan.

¿Estás preparado para saber qué pasó?

Prólogo

La batalla había terminado.

El hombre de cabellos cayó al suelo, ensartado por la espada del contrario, y apenas podía respirar ya que la sangre salía a borbotones de la herida que le había creado su rival. Le había atravesado por completo, su corazón había dejado de latir en aquel preciso instante, pero su alma seguía viva. El guerrero oscuro le miraba con superioridad, arrogancia y desprecio, pero Helgi no se daba por vencido. Se puso en pie a duras penas, apoyándose en su espada. Estupefacto, su atacante intentó golpearle en el hombro esperando que el malherido rubio, quien agonizaba, cayera de espaldas de nuevo, pero no lo hizo. Helgi dio un paso hacia atrás levantando su arma y con las pocas fuerzas que su cuerpo podía proporcionarle se abalanzó sobre él.

—Te vienes conmigo —escupió Helgi.

Cada uno cayó hacia uno de los lados, ambos de espaldas. Parecía que todo iba a terminar, que ya nada ocurriría, pero no fue así. De la primera línea del bosque salió corriendo una muchacha, su cabello también relucía como los rayos del sol, al igual que los del hombre quien agonizaba sin poder hacer nada por luchar por su vida. Ella iba tan rápido como podía, apartando a todo el que se interponía en su camino.

—Ven conmigo —le ordenó un rudo y sanguinario hombre, bastante más mayor que ella.

Cuando fue a agarrarla por uno de sus brazos, ella se limitó a sacar un puñal de su cinturón y se lo clavó en el cuello. Reanudó la marcha sin importarle nada de lo que ocurría a su alrededor. En la lejanía pudo divisar a su amado, al amor de su vida, quien había quedado tendido sobre la arena, empapado por una enorme mancha de sangre que cada vez se volvía más oscura. Avanzó, pero a cada paso que daba, sentía que más se alejaba, que su destino era no llegar jamás junto a él. El cuerpo le pesaba y su alma lloraba perdida y abandonada. No había visto lo ocurrido, pero sabía que no volvería a respirar a su lado. Un enorme vacío tomó su interior provocando que su cuerpo temblara.

Se tiró al suelo arrodillándose a su lado. Sus ropas se empapaban de la vitalidad del hombre que había dado luz a sus días, de aquel que la había enseñado a amar sin importar nada.

—Helgi, por favor... —le rogó la muchacha.

Apoyó su frente sobre el vientre de él. La sangre empezó a manchar su rostro y su cabello, pero ya nada importaba. Intentaba impedir que las lágrimas, que se le agolpaban en sus ojos, salieran mientras su guerrero luchaba por un último atisbo de vida.

—Sváva... —consiguió decir con las pocas fuerzas que tenía—. Vive.

Su último aliento había sido para ella. Sus hermanas valkirias se habían llevado a su hombre al Valhalla, el lugar que había reservado para él. La muchacha de cabellos brillantes gritó dejándose la voz y el alma. Estaba llena de dolor y rencor, lloró por la agonía que sentía en todo su ser, esa que no dejaba que la pérdida del hombre al que más había amado en esa vida se desvaneciera. Iba a vivir siempre con aquel mal, esa oscuridad terrible que no la dejaría olvidar a Helgi.

Miró el rostro de su hombre y cerró sus ojos, dándole la paz que necesitaba el cuerpo inerte. Sin pensarlo ni un solo segundo, la joven tomó la espada que descansaba entre las manos de Helgi y sin que le temblara el pulso, la colocó en su piel. Su vista estaba perdida en el infinito, en ese cielo azul que anunciaba que los dioses no habían estado a su lado.

Con un solo movimiento acabó con aquella tortura que había durado segundos, aunque para ella había sido una eternidad. Tarde o temprano ocurriría, jamás podría vivir en un mundo en el que él no estuviera, así que... ¿Para qué vivir cuando no hay razón alguna?



1

Recuerda, pequeña...

Cerré los ojos, sintiendo cómo un abismo oscuro y profundo se cernía sobre mí, haciendo que todo lo que estaba notando se desvaneciera como si nunca antes hubiera existido. El dolor desapareció, igual que el ruido y el profundo olor a tierra y sangre que había inundado mis fosas nasales.

—Lyss. —Alguien golpeaba mi hombro ligeramente—. Lyss, despierta.

Conseguí abrir los ojos, pero apenas podía sentir mi cuerpo, estaba completamente adormilado igual que mi mente. Cuando lo hice, me senté, estaba rodeada de ramas, hojas, incluso agua. No podía ver más allá, todo era negro.

—¿Qué hago aquí? —pregunté.

—Búscame.

Esa voz me era terriblemente familiar, pero no era capaz de reconocer de dónde venía, ni siquiera podía recordar de qué me sonaba.

Suspiré, perdida.

Ladeé la cabeza, de repente había salido de mi ensimismamiento y había vuelto a la cruda realidad. Los elfos oscuros estaban atacándonos de nuevo y éramos incapaces de reducirles.

—¡Lyss! —gritó, Thrúd—. ¡Muévete!

—Joder... —murmuré entre dientes.

—¡Hazlo!

Parecía que todo iba a estallar, cientos de briznas volaban de un lado a otro y miré a mi alrededor, exhausta, confusa por lo que estaba ocurriendo. Delante de mí acababa de crearse un profundo boquete en la tierra, causado por el impacto de alguno de mis hermanos. Antes de que pudiera dar un paso atrás, algo se clavó ligeramente en mi espalda, rogué al cielo para que fuera uno de los nuestros, pero al girarme vi lo equivocada que estaba. Un enorme elfo oscuro me apuntaba con una lanza.

Resoplé, maldije para mis adentros en todas las lenguas que conocía, y me preparé para atacar.

Antes de que pudiera hacerlo algo chocó contra mi espalda. Caí hacia adelante, y el elfo aprovechó para atacarme, dándome un fuerte empujón y haciendo que terminara dentro del boquete. Se tiró encima de mí, pero rápidamente conseguí colocarme sobre él y golpearle con tanta fuerza como pude.

Sujeté con rabia mi *geirr*^[1], dejé que los pequeños rayos recorrieran mi cuerpo y sonreí, llena de malicia. Ante su expresión de terror no pude hacer otra cosa que acercar mi mano a su frente con rapidez, evitando que sus forcejeos me desestabilizaran. El elfo no tardó en perder la conciencia, apenas tuvo tiempo de

defenderse, aunque tampoco le habría servido para nada. Sus ojos se cerraron, todavía podía notar su corazón latir a causa de la electricidad que aún había en su interior, hasta que, indefenso, acabó muriendo.

Alcé la vista, buscando a mi nueva presa. Junto a mí apareció la pelirroja del *Midgard*^[2]. Cohl, que luchaba con nosotros, corría a una velocidad impactante, mataba con fiereza a los que se cruzaban en su camino sin ni siquiera parpadear. Sus ojos claros se clavaron en los míos, los abrió como platos, aterrado, gesto que me alertó de que algo iba a ocurrir.

—¡Lyss! —gritó Cohl.

Antes de que pudiera mirarle, uno de los dichosos elfos oscuros me agarró del cuello. Me estaba ahogando, no podía respirar. Abrí la boca, intentando sobrevivir, pero no servía de nada, podía sentir cómo mi cuerpo se volvía débil, las fuerzas me fallaban, igual que lo hacían mis piernas. Mi vista empezó a nublarse, no podía seguir así, iba a matarme. Le di un codazo en el vientre, pero no parecía afectarle, seguía sujetándose con fuerza sin dejarme caer.

Algo se clavó en él, haciendo que diéramos un par de pasos hacia adelante, a la vez que el arma arañaba mi espalda. Dejé ir un profundo quejido, el poco oxígeno que había conseguido aguantar y que me mantenía con vida se escapó, hasta que el elfo cayó desplomado hacia atrás.

Me pasé una mano por las heridas de mi piel, estas no dejaban de sangrar y comenzaban a empapar mis pantalones. Me di cuenta de que había demasiada como para ser mía. Giré sobre mis talones, encontrándome de golpe con Thrúd, una de mis hermanas. Una enorme sonrisa se dibujó en su manchado rostro, su pecho subía y bajaba agitado, tanto que parecía que el corazón iba a salirse.

Me miró y, orgullosa, se pasó una mano por su rojizo cabello, colgándose sobre el hombro el arco con el que había disparado la flecha.

—Gracias, ¿no?

—Sí. —Agaché la vista—. Gracias, *systir*^[3] —susurré a pesar del cansancio.

Se acercó sin apartar los ojos de mí, a sabiendas de que debería estar vigilando lo que ocurría a su alrededor.

—Vamos, princesa.

No le importaba nada, alegre, fue dando pequeños saltos hasta donde me encontraba, tomó mi brazo y tiró de mí. Nos adentramos en la niebla que había empezado a cernirse sobre nosotros y todo el terreno que nos rodeaba. Me dejó ir, aún podía verla, hasta que poco a poco fue desapareciendo en la incertidumbre.

Busqué a Thrúd, pero parecía haber sido tragada por la tierra. No escuchaba a nada ni a nadie, ni un simple crujido de una rama... ¿Dónde estaban mis hermanos?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, noté que alguien me observaba desde la distancia. ¿Quién era? Miré hacia todos lados contemplando que solo había oscuridad y niebla, apenas se podía apreciar nada. El cielo se cubrió de nubes, haciendo que la visibilidad fuera aún más nula. No le veía, lo que empezó a ponerme nerviosa, el

corazón me latía cada vez con más fuerza, tanto que podía incluso escucharlo. Mi vigilante no se hizo de rogar mucho más y, cuando apareció, se me heló la sangre. Le había visto en tantas ocasiones y en tantos sueños que hasta era capaz de reconocer su olor. Era él, el elfo que había estado acechándome desde mi llegada.

—Parece que has venido, preciosa —me dijo con superioridad.

Apreté la mandíbula con fuerza, intentando controlar mi respiración y calmar la furia que ardía en mi interior, si seguía así lo más probable era que el Midgard acabara saliendo en llamas.

Guardó su espada en el cinturón, envainándola, mientras fijaba sus ojos oscuros en los míos. Se pasó una mano por su larga cabellera, apartándolo de su rostro, el cual tenía manchado con la sangre de mis hermanos con una amplia raya que pasaba desde su frente, bajaba por su pecho y moría en la parte baja de la cintura. Me fijé en cada centímetro de su piel, en cómo llevaba vendada la parte del brazo en la que le había herido tiempo atrás y, de la que aún no se había recuperado. Nunca había que intentar amedrentar a una valquiria o su herida sería para siempre.

—No me llames preciosa, elfo —escupí con enfado.

No le soportaba y jamás lo haría. La arrogancia que emanaba de su cuerpo, junto a sus muecas, me sacaban de quicio.

—¿No? —preguntó con una sonrisa maliciosa en sus labios, acercándose con lentitud.

Me puse en guardia, apreté con fuerza la *geirr* haciendo que todo mi cuerpo se llenara de rayos que empezaron a bailar por toda mi piel. Eran más poderosos que nunca, algunas veces canalizábamos la electricidad que nos recorría en la lanza o en nuestra propia piel, ya que al ser hijas de Thor teníamos ese poder.

—Tranquila, fiera, no voy a hacerte nada, de momento —añadió pícaro al ver mi reacción—. A las bellezas como tú no hay que dañarlas.

Apreté la mandíbula llena de rabia, intentando retener las palabras que estaban a punto de escaparse de mi boca. Se recogió el cabello, dejando que dos largas trenzas cayeran a ambos lados de su rostro. De su cinturón colgaba mi *geirr*, aquella que me había acompañado durante toda mi existencia y que un día él me arrebató.

—Devuélvemelo —siseé, clavando mi vista en la suya.

Había incrustado una piedra rodeada de plata que brillaba reluciente, tenía algo... Era distinta, había un destello oscuro que no me gustaba.

—Este fue mi regalo por ganar, preciosa.

—Deja de llamarme así —gruñí molesta.

Sus labios dibujaron una amplia sonrisa seductora, pero desquiciante como la que más. No iba a poder contenerme mucho, ese elfo me sacaba de mis casillas. Di un paso al frente, acercándome a él, ansiosa por acabar con su vida, ya que antes no había podido hacerlo. Aún tenía sus oscuros ojos clavados en mi cuerpo, el cual se balanceaba de un lado a otro, preso del cansancio y el desespero.

—Devuélvemelo —repetí entre dientes.

Parecía no inmutarse, seguía con esa maldita sonrisa en sus carnosos labios, podía sentir su energía, creía ser ganador, estaba orgulloso de lo que había conseguido, lo que provocó que mi rabia aumentara, haciendo que los rayos que aún recorrían mi piel chisporrotearan con impaciencia.

—No te lo voy a dar. —Rio.

Aquella fue la gota que colmó el vaso, mi equilibrio mental y emocional se corrompió y fue despedazándose hasta que ya no pude aguantar más. Me abalancé sobre él, pero el maldito fue capaz de esquivarme. Apreté la lanza, me di la vuelta para buscarle y ahí seguía, con esa mirada penetrante y esa sonrisa odiosa que tanto asco me producía. Ciega por la ira volví a por él, solo que esta vez no le sirvió de nada apartarse, mi *geirr*, que relucía impaciente, atravesó su piel hiriéndolo, haciendo que se tiñera de rojo como la sangre que se le escapaba.

Dejó ir un profundo quejido, lleno de dolor y de agonía, pero no se movió, simplemente estudió mis movimientos. Se cambiaron las tornas y la que comenzó a sonreír fui yo. Di vueltas a su alrededor como un depredador lo haría con su presa, lo hice tan rápido como pude, cortando sus ropajes. Sin que pudiera esperármelo, me sujetó por el brazo con mucha fuerza, haciendo que quedara completamente quieta. Estábamos a apenas cinco centímetros, podía notar su agitada respiración chocar contra mi boca, haciendo que mi vello se erizara.

Había algo en él, un ápice de luz, algo de bondad escondida entre tanto mal, pero supe enseguida que estaba tan escondido que ni siquiera sabía si sería capaz de hacerla salir. O eso creía...

Abrió la boca para decir algo, pero se contuvo y, finalmente, permaneció en silencio.

—S... Suéltame —le ordené con la voz entrecortada.

—Sé que te gusta tenerme tan cerca —dijo pícaro y arrogante.

Le propiné un cabezazo, lo que hizo que diera un paso hacia atrás. Se pasó la mano por la frente, mirando si tenía algo, pero nada, lo único que le saldría iba a ser un morado de los grandes. Dejé ir una carcajada, ladeé la cabeza intentando adivinar cuáles iban a ser sus próximos pasos, pero no tardé mucho en averiguarlo. Se tiró encima de mí, tratando de hacer que cayera al suelo y, con un simple movimiento, le coloqué entre la hierba y mi cuerpo.

Un quejido se escapó de su interior cuando su cabeza chocó contra el suelo, pero no dijo nada, solo me observó. Una de sus manos se acercó peligrosamente a la espada que aún colgaba de su cinturón, pero antes de que pudiera hacerlo la cogí y la lancé todo lo lejos que pude. Inmovilicé sus brazos con mis piernas, estaba furiosa, llena de rabia, cuanto antes acabara antes podría alejarme de allí, de los demonios que me acechaban.

Algo nuevo nació en mí, un calor que tomó más fuerza, provocando que las pequeñas hebras de luz que corrían por mi piel quemaran la suya al rozarlo. Intentó apartarse, pero de nada sirvió, mis piernas le tenían bien sujeto. Paseé mi *geirr* por

sus brazos, sus mejillas y su boca. Realmente no sabía cómo había acabado allí, pero... ¿era posible tener a tu enemigo bajo tu cuerpo, amenazado por el acero de tu arma y no lograr matarlo?

El filo de la lanza, que había cambiado de tamaño y ahora parecía una daga, rozaba su cuello, no se apartaba, permanecía quieto con los ojos cerrados, hasta que dejó ir un suspiro. Podía notar que respiraba agotado, furioso, sin apenas control, pero con ganas de seguir luchando.

—Vamos, valkiria —susurró, lascivo.

Recorrí con el filo de la daga su cuello, amenazándole, acariciando la zona. Quería degollarle, ver cómo su propia sangre le encharcaba los pulmones, ahogándole sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Su mirada había cambiado, sus ojos se habían vuelto más oscuros de lo que ya eran, esta vez brillaban llenos de rabia, la cólera no dejaba de emanar de ellos, haciendo que la ira tensara cada uno de sus músculos. Tenía la cara manchada de negro, de algo que parecía carbón. No era como el resto, parecía más corpulento de lo normal y fuerte como ninguno. Podría haberme quitado de encima, aunque por alguna razón no lo hizo. Se movió y retorció, pero no iba a dejar que se escapara por lo que rasgué parte de su garganta.

—¿Por qué no lo haces ya? —gruñó—. ¿Tienes miedo?

Me pasé la daga a la mano izquierda con agilidad y, le propiné un buen golpe en la mandíbula dejándole en blanco y con el labio partido, el cual empezó a sangrar también.

—¡Cállate, elfo estúpido!

Tragó saliva, ansioso, y acabó por escupir la sangre que empezaba a llenarla. Estaba preparada para acabar con su vida igual que lo estaba él para aceptar su final, supuse que debía ser ese. Sabía que iba a ocurrir, que aquel iba a ser el momento en el que todo acabaría. Alzó la cabeza, quedándose más cerca de mí a la vez que yo colocaba el filo del cuchillo pegado a su cuello, no quería que se aproximara, no quería sentirle cerca.

Algo en mí se apagó, mis manos empezaron a temblar, igual que lo hizo todo mi cuerpo. Un escalofrío me recorrió, la vista se me nubló y, por un momento, parecía que todo iba a desaparecer si no conseguía permanecer consciente. Miré hacia abajo y vi cómo de un pequeño corte empezaba a salir sangre, empapando mi pierna.

—Siempre serás mía, vikinga.



Valhalla, Asgard. Unos meses antes...

No sabía qué ocurría, todos se habían vuelto locos, iban de un lado a otro sin detenerse. El *Valhalla*^[4] se estaba dando la vuelta y lo peor de todo es que nadie sabía lo que estaba sucediendo, o al menos yo no era capaz de percatarme de ello.

—¡Mist! —grité nada más verla salir de una de las salas.

Corrí en dirección a donde se encontraba, pero parecía no haberme escuchado, ya que la pillé por sorpresa al sujetarla del brazo. Tiré de ella hasta que se dio la vuelta.

—¿Qué está pasando?

—Los dioses... —balbuceó—. Los dioses han entonado la canción.

—¿Cómo? —pregunté sin entenderla.

—La llamada, Lyss, nos citan en el gran salón.

No lograba comprender lo que estaba diciéndome, ¿a quién llamaban?

—Yo no escucho nada —murmuré.

Alzó los hombros, ninguna de las dos sabíamos por qué no era capaz de escuchar su reclamo, ¿es que acaso los dioses no me querían entre sus filas? El dolor tomó lugar en mi pecho, encogiéndolo, había hecho todo lo que ellos me habían pedido, aún confusa con todo lo que me había estado ocurriendo, pero ni siquiera eso había sido suficiente como para que pidieran mi ayuda. ¿Por qué no era capaz de escuchar el canto que la mismísima *völva*^[5] Hyndla había entonado? La mano derecha de Freyja estaba pidiendo a los guerreros que se dirigieran hacia el salón más grande del reino y eso hacían, todos iban hacia él mientras yo, simplemente, me limitaba a observar. Paseé mis manos por cada una de las lanzas que recubrían las paredes del largo pasillo que llevaban al Valhalla.

Las grandes puertas del salón se cerraron para mí cuando llegaba, sin que pudiera hacer nada por remediarlo. Dos grandes y fuertes guerreros la custodiaban para que nadie pudiera entrar si los dioses no habían requerido su presencia. Dejé ir un suspiro, la rabia nació en mí, no comprendía cómo habían podido dejarme fuera en una gran asamblea como la que estaba a punto de tener lugar en el gran salón. Cuando fui a darme la vuelta para marcharme vi aparecer a Skuld, dando largos saltos y corriendo angustiada.

—¿Qué haces aquí fuera? —exclamó desde la distancia.

—No me han hecho llamar, Skuld —dije abatida.

—¡Claro que sí!

Negué con la cabeza, no era así y estaba segura de que ella lo sabía todo, igual que los dioses.

—Te nombro yo, Lyss.

La *norna*^[6] no se detuvo, sino que me sujetó con fuerza del brazo y nos acercó a ambas hasta los grandes portones recubiertos de oro que nos impedían el paso.

—Abridlas —gritó.

Los *einherjars*^[7] se miraron entre ellos y dejaron ir una sonora carcajada. Se estaban burlando de la *dísir*^[8], iban a pagarlo muy caro. Los guardianes se arrepentirían de tratar así a la norna, y no les daría tiempo de reaccionar cuando su furia acabara con ellos.

—Abridlas ahora mismo —gruñó.

—¿O qué? —La retó uno de ellos.

Skuld hizo que nos detuviéramos frente a ellos, ¿es que realmente no sabían con quién estaban hablando? Ella lo sabía todo, la norna era capaz de descifrar y tejer el telar del destino, de aquello que estaba por venir, la única que conocía el futuro. Skuld frunció el ceño, cada vez más enfadada, dejando que los pequeños rayos empezaran a bailar sobre su piel.

—Abrid las puertas —repitió—. ¿Es que acaso no sabéis quién es?

Alzaron los hombros, ignorantes, aunque la sonrisa burlona no había desaparecido a pesar de las advertencias. Skuld estaba más y más nerviosa, no podía evitarlo, era una valquiria como cualquier otra, solo que con un don especial. Todos conocían su historia, nadie le temía, pero la respetaban.

—Se acabó —murmuró, agotando su paciencia.

Levantó las manos concentrando poderosos rayos sobre estas, dejó ir un profundo gruñido y disparó su ira contra ellos, haciendo que cayeran desplomados.

—Esto por no dejarnos pasar.

Chasqueó los dedos, haciendo que los grandes y pesados portones se abrieran de par en par, de inmediato.

—¡Skuld! —alzó su profunda voz Odín, el padre de todos.

—Padre. —Le hizo una reverencia.

—¿Cuál es la razón que te hace irrumpir así en el Valhalla?

—Lyss, padre.

Todo el mundo se giró para poder mirarme con atención a pesar de que sabían perfectamente quién era. En alguna que otra ocasión había tenido una disputa con Gunnr, quien lideraba a las recolectoras, aquellas valquirias que bajaban al Midgard para recoger a los guerreros que perdían su vida en la batalla en el nombre de los *Aesir*^[9] y los *Vanir*^[10]. Los dioses eran generosos con los que sacrificaban todo lo que tenían por llegar al Valhalla, aunque no siempre entraban, no solo era importante morir defendiendo a los dioses, sino también haber sido un buen hombre durante toda la vida.

—Padre... —dijo Skuld, acercándose a él—. Freyja —saludó a la diosa más bella de los nueve reinos.

—Skuld —contestó ella paseando sus largos dedos entre los mechones rubios de su cabello.

Antes de que pudiera decir nada más, apareció Thor, acompañado de su gran martillo, con los dos jóvenes guerreros colgados del hombro, aún inconscientes.

—¿Se puede saber quién demonios ha abatido a estos guerreros?

La joven norna alzó una mano, bajó la vista al suelo y suspiró, arrepentida, aunque sabía a ciencia cierta que Thor no iba a ser capaz de aleccionarle, y mucho menos delante de todos los guerreros del Valhalla. Dejó ir un profundo gruñido, miró hacia un grupo de hombres y bajó a los guardianes hasta que quedaron tumbados en el suelo.

—Que dos valkirias y dos einherjars se ocupen de ellos.

Los einherjars eran los hombres que las valkirias recogían al morir en la batalla, los mismos que se convertían en guerreros de Odín al llegar al Valhalla. Los más próximos asintieron y con rapidez hicieron caso de lo que el dios del trueno les había ordenado mientras él se limitaba a llegar hasta el trono que debía ocupar. Allí estaban, los tres dioses más poderosos de los nueve reinos, unidos contra un mal mayor.

Elfos oscuros y gigantes del hielo se habían revelado contra ellos de la mano de Loki, el más rastrero de los dioses que era capaz de controlarlos a todos con mentiras y engaños que salían de su boca hasta que conseguía lo que realmente pretendía.

—¿Qué es lo que está ocurriendo, Skuld? —preguntó Thor, a la vez que pasó una de sus grandes manos por sus dorados cabellos.

—Señor, Lyss debe ser una de las elegidas.

—No, ¡no puede bajar! —exclamó Freyja.

Jamás pensé que fuese ella quien negara mi descenso al Midgard, se había comportado como una auténtica madre con cada una de nosotras, ¿por qué no quería que estuviera junto a mis hermanos protegiendo a aquellos que nos adoraban? No comprendía el motivo por el que nos había criado con tanto cariño y solo a mí me decía que no.

—¿Madre? —pregunté en voz baja.

Me acerqué a ella, atemorizada y dolida. Sabía lo que estaba sintiendo, Freyja estaba en la cabeza de todo el mundo y solo ella era capaz de percibirlo.

—¿Qué? —preguntó con desdén.

Algo en mí murió en aquel instante, la madre a la que había amado, y a la que aún adoraba, estaba renegando de mí. No me quería a su lado, ¿o tal vez era eso lo que realmente deseaba? Que me quedara a su lado mientras el resto de mis hermanos y hermanas luchaban en el Midgard.

—No puedo permanecer siempre a su lado, madre.

—Lyss, no bajarás —sentenció.

—Sí, sí que lo hará —contradijo Odín, con la vista fija en Skuld.

Esta asintió, hizo una ligera reverencia y se perdió entre la gente, hasta que llegó y besó su mano.

—Gracias, padre —escuché cómo le decía.

Cerré los ojos, podía sentir la ira de la diosa de cabellos dorados, el desdén que había hacia mí y hacia el padre de todos. Dejó ir un chasquido, se puso en pie, y se encaminó hacia donde me encontraba. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y alcé la vista para fijarla en los dorados escudos que recubrían el alto techo de la sala.

—Bajarás, y llevarás a cabo tu cometido —me dijo seria—. Pero no ruegues por mí, valkiria, porque no estaré.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, aun así, me mantuve erguida, una valkiria nunca lloraba y mucho menos ante su diosa. El dolor que albergaba mi corazón estaba haciéndose cada vez mayor, algo se resquebrajaba para no volver a unirse jamás.

Entré en mi sala, en la pequeña habitación a la que podía llamar hogar. Siempre había vivido en el Valhalla, no recordaba nada que no fuesen las largas paredes recubiertas de lanzas y los altos techos llenos de escudos. Este había sido mi lugar, pero parecía que algo había cambiado, ni siquiera mi madre era capaz de adorarme como había hecho años atrás. Padre, en cambio, se había vuelto dulce y bondadoso, más de lo que era. Alguien tocó a mi puerta. «Qué extraño», pensé. Al abrir me encontré con Thrúd, quien sonreía de oreja a oreja.

—Al final descienes, ¿no?

—Ajá —contesté restándole importancia.

—¿Qué te ocurre?

Alcé los hombros a la vez que me dejaba caer sobre la cama, me sentía triste y decepcionada, no pensé que madre fuese a comportarse así, y mucho menos delante de todo el mundo.

—Freyja —resumió al darse cuenta del motivo.

—Sí.

—Sabes que te ama, hermana, igual que todos nosotros.

—No, no lo hace —susurré—. No has visto su mirada.

—Sabemos cómo es, tú has sido el centro de la atención de Odín y del resto de guerreros, y eso no le ha gustado ni un pelo —explicó—. Pero bueno, pequeña, ahora toca descansar, esta noche nos espera un gran banquete de despedida.

Sonreí de medio lado, intentando parecer más relajada, aunque la verdad era que el fugaz encuentro con la diosa me había dejado trastocada.

* * *

Recuerda, pequeña...

¿Dónde estaba? Podía escuchar el llanto de alguien, era una mujer la que lloraba con desesperación y agonía. Tocaba mi cuerpo, acariciaba mi frente igual que lo hacía con mi pelo.

Abrí ligeramente los ojos y pude ver su silueta, difuminada por las lágrimas que cubrían mi vista.

¿Quién era ella? Abrazó mi cuerpo inerte, podía sentir el calor de sus manos sobre mi piel desnuda, igual que el de la sangre que recorría toda mi figura.

—Lyss —susurró un hombre a su espalda.

La mujer no dejaba de llorar, podía ver cómo sus cobrizos cabellos brillaban a contraluz del sol. Parecía terriblemente angustiada, pero... ¿por qué? ¿Quién era ella?

* * *

Desperté de golpe, como si un puñal hubiera atravesado mi corazón. Me moría de dolor, pero junto a mí no había nadie, solo estaba yo tumbada en la cama deshecha. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Miré por la ventana, percatándome de que se encontraba abierta.

¿Qué acababa de pasar?



El mármol blanco relucía bajo mis pies, brillaba gracias a la luz que envolvía el Valhalla.

Cientos de guerreros se congregaban frente a sus dioses, igual que lo habíamos hecho el día anterior.

Ante nosotros estaba Thor sentado en su trono, con el gran *Mjöltnir*^[11] colgado de una de sus manos, a su lado Odín y Freyja. El dios de los dioses con sus blanquecinos cabellos y de solo un ojo, imponente, rudo y salvaje. Ella, sin embargo, delicada, suave y dulce, pero al mismo tiempo salvaje, traicionera, dura y vengativa como una pantera.

—Es vuestra hora, algunos de vosotros deberéis bajar al Midgard, una gran batalla se librará en el campo, donde la luna dibuje su rostro. Allí os encontraréis con grandes dificultades, los elfos oscuros no se rendirán ante nada, por lo que deberéis acabar con ellos y así proteger a los humanos. —Odín con su poderosa voz hizo una pausa, dejando que el aire entrara en sus pulmones—. No solo descenderán mis guerreros, sino que sus parejas y valkirias lo harán con ellos. Allí veréis muchas cosas, peligros que cuestionarán vuestra lealtad y mentalidad, pero, aun así, no os separéis, la unidad y la confianza en vosotros mismos hará que lo consigáis todo.

Nadie dijo nada, permanecimos atentos a lo que decía, hasta que el silencio sepulcral que había en la sala desapareció entre las manos de Freyja, quien con su ironía y sorna interrumpió la pausa.

—Qué bonito... Ha sido tan esperanzador y tierno —dijo con rencor—. Hacedle caso al tuerto, acabad con todos aquellos capaces de crear el mal. Arrolladlos, descuartizadlos y cuando acabéis sentíos orgullosos, porque todo lo habréis hecho con la fuerza de vuestros hombros y el sudor de vuestra frente. Guerreros, saldréis victoriosos sea cual sea el destino, tan solo por haber tenido las suficientes agallas como para enfrentaros a toda esa escoria.

A pesar de haberme despreciado como lo había hecho, aprobé sus palabras, igual que el resto de mis hermanas, lanzando gritos de orgullo para que se nos escuchara en los nueve reinos, no nos amedrantaríamos ante nada ni nadie. Por su parte, los guerreros de Odín, gritaron:

—¡Por los dioses!

—Descenderán todos aquellos emparejados, no podemos arriesgarnos a quedarnos sin refuerzos —Thor por fin habló—. Vuestro deber es ese, no hay más. Luchad y salid con vida del Midgard, guerreros. —Nos observó—. Podría decir que el destino os devolverá al Valhalla sanos y salvos, pero eso solo las nornas podrán dictarlo.

Hizo una pausa. Las valkirias y los einherjars estaban destinados a estar juntos, cada corazón iba unido al otro como si por una cuerda estuvieran atados, pero eso conmigo no había ocurrido. Estaba segura de que había sido la razón por la que los dioses no habían querido llamarme como al resto.

Suspiré, bajé la mirada y, poco después, Thor, prosiguió:

—Vuestra llegada al Midgard será junto a la próxima tormenta.

Tormentas, perfectas en todas sus formas, sobre todo para nosotras las hijas de los grandes dioses del Asgard, quienes gozábamos de grandes dones alrededor de las tormentas.

—Marchaos, descansad, y aguardad en vuestros aposentos hasta que sea la hora de descender.

Tras el gran banquete, llegué a mi alcoba y me senté en la cama. Estaba feliz de no tener que permanecer en el gran salón, de que Odín personalmente hubiera aceptado mi descenso para poder luchar junto a mis hermanos por una causa tan importante como lo era proteger a los humanos que habitaban la Tierra.

Desde la bajada de Sigúrn y Helgi habían pasado cientos de años, todo había cambiado tanto que ni siquiera serían capaces de reconocer el Valhalla si volvieran. Algo ocurrió en el Midgard, aunque ni siquiera los dioses querían mentarlo, las nornas nos habían avisado de su predicción, pero, aun así, los dioses decidieron enviarles a la Tierra para velar por la humanidad. Sigúrn, también conocida como Sváva, cuya identidad sabía todo el mundo, era la hija de un rey humano, tenía dones especiales muy parecidos a los de las valkirias. Fue la primera de las nuestras, la que subió al Asgard y empezó con la recolecta.

Salí de los aposentos, tenía que ver a Thrúd y hablar con ella de inmediato, ¿dónde se había metido y por qué no había estado en la sala? Golpeé con impaciencia la puerta de su habitación, y fue Cohl, la pareja de vida de mi hermana Thrúd, quien me atendió.

—Cohl, ¿dónde está Thrúd?

—Creo que andaba con Mist.

—Gracias.

No le dije nada más, me limité a salir corriendo hacia su habitación, pero nadie me atendió, por lo que decidí ir a una de las salas que había en el Valhalla. La gran mayoría habían hecho caso de lo que los dioses habían dicho, menos ellas, que ahí estaban, sentadas y hablando tranquilamente.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté cuando llegué a su altura.

Thrúd tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas, ¿qué le pasaba? Me acerqué a donde se encontraban, angustiada, no me gustaba verla de esa manera.

—¿Qué te pasa, hermana?

—Cohl y yo no podemos descender.

Se me cayó el alma a los pies, iba a tener que descender al Midgard sin mi hermana, sin la más importante de todas las valkirias. Estaba segura de que Thrúd

pagaba las consecuencias de que yo bajara, Freyja era lo suficientemente rencorosa como para hacer algo así. Siempre tenía que conseguir lo que quería.

—Pero... no podéis quedaros aquí.

—Tendrás que bajar sola, hermana —murmuró—, Mist bajará contigo y con Argus, no te preocupes por Cohl y por mí. Estaremos atentos a lo que ocurra allí abajo y velaremos por vosotros.

—No puede ser... Ha sido Freyja, ¡estoy segura!

Apreté las manos, los rayos bailaron sobre mi piel, no me podía creer que madre hubiera hecho eso. Sabía cuán importante era para mí tener a Thrúd a mi lado, igual que lo era para el resto. Odín había hablado de las parejas, la única que no debería bajar era yo, y dos más, pero eso no era suficiente, la diosa tenía que meter sus zarpas en la decisión.

—Iré a hablar con ella —sentencié, con rabia.

—No, Lyss, debes permanecer en paz con Freyja —dijo Thrúd, intentando apaciguar a mis demonios.

—¿Por qué? Primero no quería que descendiera y ahora que voy a hacerlo te deja a ti y a Cohl aquí. No entiendo la razón por la que madre actúa así.

—Lyss, de verdad, no te preocupes por eso.

Negué con la cabeza y me encaminé hacia el pasillo general, allí me encontré con Skuld quien volvía al gran palacio para hablar con los dioses.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

Parecía angustiada, una mueca se dibujaba en sus labios, tal vez se había metido en un lío al haber hablado así ante los dioses para ordenar mi bajada. Antes de que pudiera decirle nada más escuché que me hablaba:

—Lyss, no juegues con ella... —se limitó a decir.

Había algo que no me gustaba, algo que me hacía sospechar. Me escondían la verdadera razón por la que no debía de descender, ¿era eso? No iba a dejar que me tomaran por una niña que no podía entender lo que le decían. Me encaminé hacia el salón, pero, tras entrar Skuld, no pude seguirla, habían bloqueado las puertas. Si lo que querían era que bajara a la Tierra, lo haría, pero descubriría lo que realmente estaba sucediendo.

Suspiré, andaba algo perdida, en aquel momento solo quería descender al Midgard, proteger a los nuestros y conocer todo lo que escondía aquel reino, el cual era uno de los más extensos que existían.

Sentía tanta curiosidad por lo que habitaba ese mundo que era incapaz de dejar de pensar en lo que podría encontrarme allí. ¿Serían los humanos como nosotros? ¿O tal como los retrataba Gunnr?

Jamás había visto de cerca a uno sin tener que subirlo al Valhalla y, al llegar a nuestro reino, se volvían algo más fuertes y poderosos de lo que eran antes.

* * *

Había tantas cosas que no lograba comprender que pensé que todo había sido un sueño.

Cuando desperté, vi a madre preparando algo que comer antes de marcharnos a cazar, era ella, estaba segura. Tenía los cabellos cobrizos, del color del fuego y el sol, tan hermosa como ninguna.

Parecía una guerrera de los dioses, quizá lo era realmente y nadie se había percatado de ello.

Recuerda, pequeña...

* * *

Aquellos *flashes* venían a mí como bofetadas, malditos sueños y alucinaciones, tan solo eran eso.

Ni siquiera sabía de dónde sacaba los escenarios y personas que aparecían en ellos, tal vez provinieran de alguno de los libros que habíamos robado en el Midgard y que aún conservaba en mis estanterías. Adoraba leer casi tanto como la lucha.

—¿Estás bien? —preguntó Mist al encontrarme en el pasillo.

—Eh... —Dudé.

Durante unos segundos permanecí en silencio, los fogonazos me habían dejado atontada, cerré los ojos y al abrirlos sentí que todo volvía a ponerse en su sitio.

—Sí, tranquila —respondí al final.

—Te veo algo pálida, ¿de verdad que estás bien?

—Sí, sí. —Intenté sonreír—. Supongo que son los nervios.

—¿Estás preparada para descender?

Alcé los hombros, no estaba del todo segura, había algo por lo que no querían que lo hiciese y no me lo contaban, tal vez no estaba capacitada para ello, pero Skuld había insistido demasiado y al final tuvieron que aceptar.

—Eso espero..., aunque la actitud de Freyja me hace dudar.

—No dudes de tus capacidades, Lyss, eres una buena guerrera.

—Gracias, Mist, pero hay veces que no puedo evitarlo.

Negó con la cabeza, sonrió y me dio un leve empujón hacia adelante.

—Iría todo genial.

Me besó en la mejilla, se encaminó hacia su habitación y aproveché para lanzarle un último vistazo a las grandes puertas, era hora de volver a descansar para que cuando la tormenta llegara estuviera preparada para enfrentarme a todo lo que sucediera allí abajo. Sabía que los dioses habían estado protegiéndonos, pero también sabía cómo era la muerte en la Tierra.

Aún recordaba el momento en el que nos hicieron bajar a por un pagano, a por uno de los nuestros que había renegado de su fe, uno con nombre de rey: Ragnar Loðbrók. Jamás pude olvidarme de su mirada, de sus dos pozos azules que te introducían en un mundo distinto. Aquel hombre fue valiente y guerrero como ninguno, no dudó ni un solo momento en luchar por proteger a su familia como nunca

nadie lo había hecho. Aceptó su propia muerte por un bien mayor y fueron sus hijos quienes vengaron su pérdida en el nombre de los dioses. De hecho había quien decía que uno de ellos era tan fiero, rudo y oscuro que se había convertido en un berserker^[12] de Odín. Hablaban maravillas de él, incluso se rumoreaba que Ragnar era pariente del padre de todos. Mis ojos se llenaron de lágrimas, podía sentir el dolor de aquel guerrero, vimos cómo moría entre serpientes tras haber sido apaleado, quemado y torturado, pero en ningún momento dijo nada, tan solo habló de los dioses a esos paganos que le observaban victoriosos.

Cogí aire, ¿realmente estaba preparada para luchar contra esos dichosos elfos oscuros que estaban tomando el Midgard? Claro que lo estaba, pero sabía que no iba a ser tan sencillo como lo era en los entrenamientos que realizábamos en el Valhalla, todo cambiaba y se tornaba oscuro en la Tierra, no podíamos permitir que Loki junto a sus esbirros acabaran con la vida que los dioses habían cobijado bajo su manto durante tantas décadas.

Miré mi lanza y luego el pequeño puñal que colgaba siempre de mi cinturón, repasé cada uno de sus grabados, había sido hecha a mano, jamás supe por quién, pero era preciosa. Llevaba tallada la zarpa de un gato, y a Algiz, la runa de la protección. Repasé cada uno de los huecos que quedaban en la madera. Me encantaría haber podido conocer a quien creó esa maravilla, tan sumamente hermosa como afilada, era letal contra los adversarios.

La tormenta se acercaba, podía sentirlo en lo más profundo de mi corazón, Thor estaba empezando a invocarla y cuando acabara de hacerlo sería el momento perfecto para que llegáramos a la Tierra sin llamar la atención.

Cogí mi protección, una diadema llena de plumas negras hechas con los cuervos de Odín, estas nos representaban casi tanto como las armaduras. Me vestí con ellas, oscurecí mis ojos con carbón, como lo habían hecho siempre nuestros predecesores.

Al salir al largo pasillo me encontré a mis hermanos, preparados como yo, con sus ropajes y sus hermosas plumas, relucientes bajo el techo del Valhalla, tan iluminado como si fuera el propio sol quien brillara dentro del gran palacio.

—Ha llegado la hora —murmuró Thor al escuchar cómo el trueno más fuerte de todos los tiempos rompía.



Como una bandada de cuervos y entre rayos, aterrizamos en un amplio claro. Parecía que habíamos dado un salto desde el Asgard para llegar a la Tierra sin más, Heimdall nos había ayudado con la fuerza de Thor. Miré hacia los lados, sentí que mi estómago se revolvía, pero intenté mantener la compostura ante los que nos encontrábamos allí, y esperé a que Gunnr, la más arrogante de las valkirias, dijera algo, ya que era esta la que estaba al mando de nuestra bajada. Me fijé en ella, en cómo su largo cabello se entrelazaba formando una oscura trenza que caía por su espalda.

—¿Nos vamos a mover o qué? —le pregunté al ver que pasaban los minutos y seguíamos parados sin que ocurriera nada.

—Cállate, Lyss —murmuró Thorn, su pareja.

—Thorn...

Fui a responderle, furiosa, cuando miré hacia el horizonte, podía ver cómo algo se movía en él, intenté alzar la mano, pero antes de que pudiera hacerlo el mulato de dos metros me detuvo. Argus era fuerte, dominante y poco paciente pero cauto, aunque eso no quería decir que no fuera el más salvaje de todos los que nos encontrábamos allí. Sabía que estaban ahí, ¿serían elfos oscuros? Uno de ellos salió corriendo de las profundidades del bosque y se tiró a por mí, pero gracias a que Mist estaba en alerta no llegó siquiera a rozarme, ya que lo ensartó con su *geirr*.

—Gracias.

—Ve con cuidado —me advirtió.

Asentí un par de veces algo confusa y desubicada.

—*Draugr*^[13] —consiguió decir el elfo oscuro en su último aliento, mirándome a los ojos.

No comprendía por qué había dicho aquello. Le observé, se parecía más a nosotros de lo que pensé que lo haría, tenía el cabello claro como la nieve, pero su tez estaba manchada de negro y sus orejas eran más alargadas que las de los humanos, las tenía puntiagudas. No llevaba ningún arma, no era más que uno de sus vigilantes. ¿Acaso los dioses nos habían dejado en medio del territorio de los elfos oscuros?

—Fantasma —tradujo Thorn.

—¿Fantasma? —preguntó Mist, a mi lado.

—¿Dónde estamos? —pregunté directamente a Gunnr.

Ignoré lo que me había dicho Mist y me fui directa a por la general de nuestro equipo, quería saber exactamente dónde nos encontrábamos, podía sentir algo en el ambiente que no me gustaba ni un pelo.

—Contesta —dije entre dientes.

Cerró los ojos y al abrirlos vi cómo se fijaban en la linde del bosque. Gunnr siempre había sido una arrogante e impertinente, pero con el paso del tiempo

simplemente se había vuelto fría como el hielo. No le importaba nada, tan solo cumplía su cometido.

—Muy cerca de ellos.

—¿Ellos? —cuestioné.

Con un ligero movimiento señaló al elfo que yacía muerto en el suelo.

—¿Qué demonios hacemos aquí? ¿No deberíamos estar junto a los Lettvalkyr?

—Y así es —dijo alguien a nuestra espalda.

Nos dimos la vuelta tan rápido como pudimos, mientras algunos de nuestros guerreros permanecían en alerta por si a algún otro elfo oscuro se le ocurría volver a atacarnos. Frente a nosotros apareció un joven de cabellos claros y unos ojos tan grandes y expresivos como ningunos.

No aparentaba ser muy mayor, es más, apostaría cualquier cosa a que no pasaba de los veinte años, pero, aun sí, le habían enviado a recibirnos.

—¿Y tú eres...? —pregunté sin apartar la mirada de él.

—Stephen Hall.

Me acerqué a él mirándole de arriba abajo, había algo que le hacía parecer inofensivo pero ¿realmente lo era? Detrás de Stephen salió una mujer, estilizada, muy hermosa, con el pelo tan negro como la noche y los ojos claros como los de Stephen. Al parecer no había venido solo.

—¿Y tú? —volví a preguntar, esta vez a la mujer.

—Jae McRoss.

Asentí, sin acabar de fiarme de ellos, no parecían peligrosos, pero no sabía realmente si alguno de nosotros debía hacerlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Stephen.

—Lyss.

—Es un placer, Lyss.

Permanecí en silencio, esperando a que alguien dijera algo más. Estaba tan cerca de ellos que podrían haber hecho cualquier cosa, gesto que me tomé como confirmación de que no iban a hacernos daño.

—Lo mismo digo. —Le extendí mi mano.

La tomó con una sonrisa en la boca. Estaba delante de todos, ni siquiera Gunnr había osado acercarse a ellos, a pesar de ser la líder de nuestro grupo.

—Estos son mis hermanos —dijo Thorn, haciéndome a un lado.

Entonces fue cuando Gunnr intentó tener el protagonismo que había adquirido yo al ser la única en acercarme. Me apartó dándome un ligero empujón, apreté la mandíbula intentando contener las ganas que tenía de devolverle el golpe. Me lanzó una mirada asesina y poco después volvió a girarse hacia Jae.

—Mi nombre es Gunnr, yo soy la responsable de este equipo, no Lyss.

—De acuerdo —murmuró Jae, al ver las formas con las que le hablaba, no pareció gustarle mucho.

—Él es Thorn, mi pareja y líder de los guerreros de Odín.

Asintió, sin prestarle mucha atención, no dejaba de mirar el fondo del bosque, sabía tan bien como nosotros que en la linde había un grupo de elfos oscuros que acechaban nuestra presencia.

—Será mejor que vayamos a un lugar más seguro —dijo Stephen.

Jae estuvo de acuerdo con las palabras del joven muchacho, por lo que, con un ligero movimiento, nos indicó que la siguiéramos a través del camino que llegaba a su morada, atravesando el bosque. Miré hacia atrás, antes de acompañar a mis hermanos, con mi lanza desplegada en la mano, sujetándola con fuerza. No iba a permitir que esos malditos elfos me pillaran desprevenida.

Pude ver a uno de ellos, de cabellos largos y oscuros, por alguna razón mi corazón dio un vuelco y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. ¿De qué conocía mi cuerpo a aquel elfo? Me guiñó un ojo y esbozó una sonrisa socarrona. Le miré con rabia, pero antes de que pudiera lanzarle a mi *geirr*, desapareció entre los árboles.

—Vamos, Lyss, ¿a qué esperas? —me preguntó Mist al ver que me detenía.

—Me ha parecido ver algo en la linde.

—Seguro que hay más elfos escondidos como las ratas que son.

—Seguro...

Algo en mí se negó a delatar al elfo, antes de matarlo quería saber quién era y por qué había reaccionado de aquella manera. Cuando lo supiera, acabaría con su vida.

Corrimos durante unos minutos, porque sí, las valkirias y einherjars teníamos grandes capacidades como una muy buena velocidad, por lo que podíamos desplazarnos rápidamente hasta donde quisiéramos, o el hecho de poder abrir nuestra mente hasta límites insospechados, además de estar dotados de la furia de Odín, teniendo una fuerza sobrehumana que nos hacía capaces de acabar con lo que se interpusiera en nuestro camino. Unos minutos más tarde, llegamos frente a una gran mansión que realmente parecía un antiguo castillo en vez de una casa.

—Ya hemos llegado —anunció Stephen a mi lado.

—¿Aquí vivís?

—Así es, Lyss.

—¿Cuántos sois? —pregunté con curiosidad.

—No más de veinte, por desgracia... Antes éramos más.

—¿Antes? —Me extrañé.

El joven asintió a la vez que seguía caminando, ¿a qué se refería con antes? Los dioses nos habían hablado de un clan de *valkyrjur*^[14], pero no dijeron que hubieran tenido pérdidas a causa de los ataques.

—¿Qué quieres decir?

—Todo a su debido tiempo, querida Lyss —habló Jae, a mi espalda.

«Mierda...», me dije. Estaba segura de que Hall me lo habría contado, si Jae no se hubiera entrometido, aunque sabía que acabaría contándome qué había ocurrido. Le dije que sí con la cabeza, y no pude evitar fijarme en la majestuosa casa que se

alzaba ante nosotros. Debía tener cientos de años, constaba de cuatro plantas, grandes cristaleras y dos hermosas torres a cada lado.

—Vaya... —murmuré maravillada por lo que estaban viendo mis ojos.

—¿Es preciosa, verdad? —añadió Jae.

—Lo es, demasiado.

Estaba hecha de piedra cálida como el sol, marrón como la tierra, con tejados rojizos como la sangre, contaba con un gran muro que la envolvía pareciendo una fortaleza con unas grandes puertas que lo unían y que solo se abrían a los hermanos que hubieran sido enviados por los dioses.

—Lyss —me llamó Stephen.

—Dime, muchacho.

Me fijé en cómo los rayos de la luna incidían directamente sobre sus claros cabellos que relucían igual que el sol. Tenía los ojos azules como el mar, grandes y expresivos, brillaban de emoción, podía sentirlo, estaba jubiloso de tenernos junto a su clan.

—¿Ella es Gunnr, la valquiria de la que habla *Völuspá*^[15]?

—Así es —contesté sin ganas.

Estaba orgullosa de tener a una líder como ella, pero en algunos momentos resultaba terriblemente insoportable y eso hacía que se me quitaran las ganas de luchar junto a una gran valquiria. Eso de haber aparecido en *Völuspá* se le subió a la cabeza, al contrario que a Mist.

—Y aquella de allí es Mist, fue una de las valquirias que llevaron el cuerno al mismísimo Odín. —Sonreí, orgullosa de mi hermana.

—Vaya... Es impresionante —murmuró con asombro.

Esbocé una sonrisa al ver la cara que puso el muchacho al saber que entre nosotros iban grandes valquirias como ellas.

—Sí, lo es.

Era una suerte poder contar con alguien tan experimentado, ya que a su lado yo era una recién llegada, tal vez fuese por eso por lo que madre no quería que descendiera. Hice una mueca, echaría de menos sus cuidados y el mimo con el que nos trataba, capaz de defendernos a capa y espada contra el mundo, era entonces cuando se veía la diosa salvaje y guerrera que realmente había en ella.

Vi que Jae se adentraba en el interior de la casa, mientras yo seguía observando cada metro cuadrado que me rodeaba, la Tierra era tan distinta a lo que teníamos en el Valhalla, y tan diferente a lo que siempre nos habían contado que jamás pensé que fuese a ser tan afrodisíaca y placentera para mis sentidos. Podía conocer nuevos olores como el de la hierba machacada por nuestros pies, el de la arena húmeda, el del humo de las hogueras, el del aire que bailaba antes en el bosque... Parecía otro mundo, y realmente lo era, el Midgard, como nosotros lo llamábamos, no era más que parte de los reinos del *Yggdrasil*^[16]. Todos tenían semejanzas entre ellos, vida y clanes creados para ayudar o entorpecer la existencia de los dioses, como ocurría con

los jotun, también conocidos como gigantes o con los svartálfar, los elfos oscuros a los que nos enfrentábamos. Fijé mi vista en el negro bosque, las antorchas mostraban el camino hacia la llanura a la que habíamos llegado, aunque estas no alcanzaban hasta el final del recorrido. En cualquier momento los elfos podrían venir a por nosotros, todo parecía demasiado tranquilo a pesar de estar ante la inminente llegada de esos seres. Pero ¿por qué no habían atacado ya? Acabábamos de descender, podían habernos cogido desprevenidos.

—Eh, Lyss —me llamó Stephen, quien estaba más cerca del gran portón que se erguía frente a la casa.

Le eché un último vistazo a la penumbra que había frente a mí, desconfiada, y me giré para ver qué era lo que quería el joven.

—¿Qué pasa, Stephen? —pregunté, curiosa.

Me acerqué a donde se encontraba sin dejar de mirar por el rabillo del ojo por si algo se acercaba a mis espaldas.

—¿Quieres que te cuente la verdad de lo que ocurrió?



—¡Claro que lo quiero saber! —exclamé.

Miré hacia todos lados, esperando que nadie me hubiera escuchado. Si Jae se enteraba de que Stephen iba a contarme lo ocurrido lo más seguro es que intentara detenerle antes de que pudiera pronunciar una palabra. Tomó una de mis manos y me llevó algo más allá del muro, haciendo que quedáramos casi escondidos.

—Entonces, quieres saberlo.

—Ajá —asentí.

Cuando fue a abrir la boca, algo le interrumpió e hizo que se quedara sin voz. Giré levemente la cabeza y me encontré con un hombre alto, de ojos claros como los de Stephen, pero algo distintos, eran tan azules como el cielo y el mar. Llevaba un poco de barba, pero no mucha, la suficiente para no tener el rostro desnudo. Vestía con una camiseta gris que se le cernía sobre el pecho y sus brazos, unos vaqueros negros y una gorra del mismo color.

Durante nuestra estancia en el Valhalla habíamos observado, junto a Odín, cómo la humanidad había ido cambiando, por lo que habíamos aprendido mucho sobre su cultura y todo lo que habían desarrollado los humanos durante su historia, sobre todo la moda.

—Eiliv... —murmuró el muchacho.

Ese era su nombre, Eiliv. No aparté la vista de él, ni un segundo, había algo que llamaba la atención. Parecía duro como el hierro y más rudo que el peor de los vikingos, tenía la mandíbula muy marcada, y sus rasgos eran terriblemente masculinos y sexys.

—¿Y esta chica tan guapa? —preguntó mirándome a los ojos.

—Es Lyss, de los nuevos.

—Puedo presentarme sola, Stephen.

No me gustó ni un pelo ver cómo Eiliv me miraba de arriba abajo, sin perderse nada de mi cuerpo. No era una mujer objeto, sino una guerrera y lo más seguro era que pudiera acabar con él en un suspiro.

—Así que Lyss...

—Sí —contesté tajante.

Eiliv era un hombre atractivo, demasiado diría yo, y lo sabía. Por eso hablaba así, con esa seguridad que poseía y que utilizaba para seducir a cualquier mujer que se le pusiera delante. Pero yo no iba a caer en sus redes.

—Es un placer.

Tomó una de mis manos y se la llevó a la boca para poder besar mi muñeca, algo que hizo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza, acelerando mi corazón.

—No sé si yo puedo decir lo mismo —murmuré sin apartar la mirada de la suya.

Hizo una mueca, parecía confuso, pero poco después su gesto pasó a ser desafiante, tan retador como el de un lobo.

—Stephen —le llamé—. ¿Vamos dentro?

—S... Sí, claro —balbuceó al notar la tensión.

—Adiós, *valkyr* —le dije a Eiliv.

Dejó ir una sonora carcajada y vino detrás de nosotros, para no perderse nada de lo que ocurriera. Algo me decía que este tal Eiliv iba a darme algún que otro problema durante mi estancia en el Midgard.

—¿Desde cuándo los elfos llegan a vuestra linde? —pregunté rebosante de curiosidad.

—Nunca lo habían hecho, siempre habían permanecido varios kilómetros más allá, pero parece que algo ha llamado su atención.

Asentí dos veces, era extraño. Tal vez les hubiera entrado curiosidad por saber quién descendía de los cielos. Cuando íbamos a adentrarnos en el interior de la gran mansión, alguien chocó contra mí, haciendo que diera un paso hacia atrás y que ella cayera al suelo.

—Perdón, perdón —repitió varias veces alzando los brazos y poniéndose en pie.

Frente a mí había una chica menuda, de cabellos largos y pelirrojos, tan brillantes como el sol y el fuego, con unos ojos claros y verdosos distintos a todos los que había visto desde que llegué. Era curioso ver cómo todos aquellos con los que me había topado poseían unos ojos tan hermosos y vivos.

—Lo siento. —Bajó la mirada.

—Tranquila, no pasa nada. —Sonreí—. ¿Estás bien?

—Ajá —dijo en voz baja.

Tomó una de mis manos y me cogió por el antebrazo, saludándome como lo hacían los antiguos guerreros vikingos.

—Soy Tyra.

—La diosa de la batalla en la Tierra —añadió Stephen.

—Así que eres la representación de la furia de Thor en la batalla —murmuré, asombrada.

—Así es. —Sonrió la pelirroja a la vez que decía que sí con la cabeza.

—Soy Lyss.

—Encantada. —Se abrazó a mí.

No me gustaba en exceso el contacto de otra gente en mi cuerpo, pero Tyra tenía algo que la hacía distinta y eso me agradaba. Tenía luz en la mirada, una alegría distinta, y una energía que era capaz de brillar por sí sola.

—Lo mismo digo, Tyra.

—¿Qué querías? —preguntó Stephen, quien la miraba asombrado.

—Venía a buscaros, Jae ha notado vuestra ausencia y vamos a empezar la asamblea.

—¿La asamblea?

Ella asintió ante mi pregunta, cogió una de mis manos y tiró de ella hasta que llegamos al interior del caserío. Contaba con un gran recibidor, dos puertas a cada lado y una amplia escalera en la parte delantera, que supuse llevaría al resto de plantas y de habitaciones. También había dos puertas a ambos lados de las escaleras, en una de ellas había un candado y la otra estaba abierta, ¿qué habría en esa habitación?

Antes de que pudiera seguir observando lo que me rodeaba, Tyra volvió a tirar de mí hasta que entramos en un gran salón, en él había una larga mesa, rodeada de más de cincuenta sillas, aquel lugar había sido hecho para albergar grandes asambleas. Vi a toda aquella gente, a los pequeños que me observaban como si fuera alguien extraño, distinta a ellos.

Cerré los ojos, y también los vi, a todos los que habían caído frente a los elfos oscuros. Había muchos, más de los que jamás habría imaginado, pero una de ellas llamó especialmente mi atención, tenía el cabello rubio y muy largo, le llegaba por la cintura. Era realmente hermosa, aunque su expresión era la más triste y devastadora de todas, vestía un vestido que rozaba el suelo y de uno de sus hombros colgaba un arco.

Todas aquellas almas no habían viajado de nuevo al Valhalla, ni al Helheim. ¿Cómo podían seguir entre nosotros?

—¿Les ves? —le pregunté a Mist, nada más sentarme junto a ella.

—¿A quién? —dijo perdida.

—A todos ellos.

Moví la cabeza en dirección a donde se encontraban, pero no parecía percatarse de lo que le estaba diciendo. Parecían estatuas, ninguno de ellos se movía, simplemente asistían a la asamblea que sus hermanos estaban a punto de llevar a cabo, salvo ella, quien sí que se paseaba por la sala, entre la gente, hasta que se colocó a mi lado.

—*Lyss, recuerda* —susurró pegada a mi oído.

—¿Qué tengo que recordar?

—*Aquello que el pasado oculta.*

Cuando Jae se colocó frente a nosotros, ocupando el más grande de los asientos, la mujer desapareció. ¿Quién era? Y lo más raro de todo, ¿qué hacían aquellas almas allí en vez de estar en el reino que les tocaba? Había tantas cosas que no entendía desde que había llegado a la Tierra..., y eso que mi cometido no había hecho más que empezar.

—Hermanos, hermanas —dijo en voz alta—. Me alegra saber que estamos todos aquí reunidos gracias a la llegada de más de nuestros guerreros.

Todos aplaudieron, Jae era la líder de aquel clan, y todo giraba en torno a ella, y a los dioses.

—¡No! —gritó—. *Ella no es la líder...* —susurró la mujer contra mi oído, a pesar de haberse desvanecido.

Solo yo era capaz de escucharla, ya que ni siquiera Mist la oía y eso que estaba a mi lado.

—Dime quién eres —le pedí.

—¿Qué? —preguntó Mist, confusa.

Negué con la cabeza, por suerte no me estaba prestando atención y apenas pudo descifrar lo que había dicho. Cogí aire. Había algo más, algo que no nos habían explicado y que no me iba a sacar de la cabeza hasta que descubriera de qué se trataba y por qué ese misterio.

—*Eso tendrás que averiguarlo por ti misma, valkiria* —contestó.

—No lo entiendo...

—¿El qué? —me preguntó Mist.

No podía hablar con la mujer teniendo a alguien a mi lado, o Mist acabaría pensando que había perdido la cordura.

—No es nada, tranquila, hay veces que hablo sola —me excusé.

Hizo una mueca, y entonces volvió a centrarse en lo que estaba diciendo Jae. Hacía rato que no la escuchaba, ni siquiera sabía de qué estaba hablando, por lo que decidí que era mejor prestarle atención.

—Durante muchos años hemos luchado contra todas las criaturas enviadas por Loki —nos explicó—. Contra esos malditos elfos oscuros que han acabado con decenas de los nuestros.

Cerró las manos en forma de puños, y golpeó la mesa con fuerza. Lo que hizo que más de uno diera un bote encima del asiento. A mi otro lado se sentó una niña pequeña, era la primera que veía en toda mi vida. Era preciosa, con el pelo largo hasta la cintura y unos ojos tan grandes como la luna, que irradiaban felicidad y ternura.

—Hola —me dijo fijando su mirada en la mía.

—Hola. —Sonreí.

—¿Quién eres? —me preguntó curiosa.

La mujer, que estaba a su lado, le hizo callar, a la vez que se ponía uno de los dedos sobre los labios indicándole que dejara de hablar. Ambas asentimos, alcé los hombros y esperé a que Jae continuara hablando.

—Jo, mamá... —murmuró la niña.

Hice una mueca, era adorable, parecía estar llena de curiosidad y agallas, iba a ser una buena guerrera, estaba segura de ello.

—Hermanos, ha llegado la hora de que acabemos con esos malditos seres, antes de que ellos nos exterminen. Los dioses han hablado con Gróa, fue a ella quien mediante sus visiones encontró el lugar al que llegarían nuestros nuevos guerreros —habló la líder con superioridad.

¿Quién se creía que éramos? ¿Unos simples sirvientes que habían descendido del más grande de los palacios del Asgard para hacer lo que ella quisiera? No, eso jamás. Éramos guerreros, como ellos, e incluso mejores.

—No somos vuestros nuevos guerreros —dije.

—Lyss —gruñó Gunnr.

—Es verdad, no somos sus guerreros, somos sus hermanos, venimos a luchar por su reino, para servir a nuestros dioses, no a ellos —contesté malhumorada.

Vi que Mist asentía a mi lado, igual que lo hacían el resto de los nuestros, ninguno se iba a dejar pisotear por la prepotencia de Jae, nos habían hecho bajar porque ellos eran quienes necesitaban refuerzos, no nosotros.

—Habéis venido a luchar, como lo hacemos nosotros.

—Claro —espeté—. Pero...

—Lyss.

Antes de que pudiera decir nada más, Gunnr me interrumpió, haciendo que la sonrisa que esbozó Jae me sentara como un jarro de agua fría. Apreté la mandíbula, intentando morderme la lengua para no decir nada más que después pudiera lamentar, porque lo iba a hacer, estaba segura de que Gunnr iba a echarme una bronca de las buenas por no haber cerrado la boca.

—Ya está —gruñó entre dientes.

Cogí aire, y lo dejé ir poco a poco, calmando la desazón que me corroía por dentro al ver cómo Gunnr se ponía de parte de Jae en vez de la mía. La pequeña niña cogió una de mis manos, la acarició con una delicadeza pasmosa y algo en ella hizo que me calmara.

—Tranquila —me dijo.

¿Cómo podía saber aquella niña lo que estaba ocurriendo en mi interior? ¿Cómo era capaz de conocer mis gestos? Ni siquiera Mist se había percatado de ello. Acunó mi mano entre las suyas, y me sonrió.

—Engla es capaz de percibir las energías —me explicó su madre, mientras la observaba.

Engla, un ángel nacido en la Tierra, una valkiria pura con un don especial. ¿Serviría de algo aquel regalo de los dioses en nuestra lucha contra los elfos oscuros?



—Lyss —escuché que me llamaba la pequeña niña cuando salí del gran salón.

La reunión había terminado y por fin éramos libres. Nos habían asignado algunas habitaciones en las que poder dormir, por suerte cada uno contábamos con una para cada pareja. En este caso, podía tener una para mí sola.

—Hola, pequeña —la saludé.

—Sé quién eres. —Asintió—. Eres Lyss, la valkiria.

—Sí, claro, soy Lyss, y tú Engla, ¿verdad?

La niña movió la cabeza de arriba abajo, enérgicamente, no paraba de sonreír, cosa que me hizo gracia. A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, los niños aún eran capaces de conservar la alegría y la inocencia que les daba su corta edad.

—Así es —alzó la voz—. Me alegra conocerte por fin, Lyss.

No tendría más de siete años, pero hablaba igual que una auténtica adolescente, como si supiera sobre muchas más cosas de las que imaginábamos.

—Engla, es hora de ir a descansar.

La noche se había cernido sobre nosotros, no quedaba nada de luz en el exterior, el sol se había puesto a manos de la diosa y se había escondido del lobo *Sköll*^[17] dejando paso a su hermano, Máni, el dios de la noche y personificación de la luna. Había llegado el momento de descansar hasta el día siguiente, a pesar de haber viajado desde el Valhalla hasta el Midgard no sentía el paso de tiempo, ni siquiera el cansancio que debía pesar en mí como lo había estado haciendo durante cada una de las noches que había pasado en el gran reino.

—Buenas noches, Engla.

—Buenas noches, Lyss —me dijo adiós con la mano.

—Hasta mañana.

Me dirigí hacia el pasillo que recorrían mis hermanos, las habitaciones estaban todas en la misma zona por lo que no iba a haber problemas de pérdidas a la hora de tener que encontrarnos.

—Esa es la tuya. —Me señaló Mist la puerta.

Las habían numerado, la mía era la número trescientos doce, me extrañó, ya que me di cuenta de que en realidad la primera de las cifras no era más que la planta, y los números restantes hacían referencia a la habitación.

—Gracias.

Nada más entrar en ella una extraña sensación me sobrecogió, tomando el control de mi corazón, desbocándolo. ¿Qué me ocurría? Caí de rodillas, mis ojos se llenaron de lágrimas, no sabía cómo controlarlas. Empaparon mis ropajes, y no pude hacer nada más que dejarme caer sobre la moqueta que cubría el suelo, sintiendo que un profundo dolor me atravesaba el pecho. Un quejido se escapó de mi interior,

provocando que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza, haciendo que todo desapareciera, nada de lo que había sentido seguía ahí. Permanecí tumbada durante unos segundos, hasta que me cercioré de que todo había vuelto a la normalidad. Aún acongojada, me puse en pie.

—Haber bajado al Midgard ha hecho que me sienta extraña —me dije a mí misma.

Puse el seguro de la puerta, no quería que nadie entrara y mucho menos a media noche en un lugar que apenas conocía. La habitación tenía grandes ventanales, podía ver cómo la gran luna llena relucía en lo alto del cielo, velando por cada uno de nosotros. Me deshice de mi armadura y de las plumas que nos cubrían, lo guardé todo y me dejé caer en la cama con mi daga en la mano, por lo que pudiera ocurrir.

—*Duerme, pequeña, duerme* —escuché que me decía la mujer.

Abrí los ojos, asustada, pero bajo su atenta mirada sentí el cansancio haciéndose con el control de mi cuerpo, era ella quien ordenaba a mi ser que se abandonara al sueño sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Las pesadillas acudían a mi mente como nunca antes lo habían hecho, hacía eones que era incapaz de recordar nada de lo que me ocurría en aquella utopía que creaba mi propio cerebro.

Mi corazón se aceleraba, no podía salir de aquel lugar y ni siquiera era capaz de saber qué era lo que estaba pasando a mi alrededor. Sentí cómo una mano tocaba mi pecho y mi cuello, hasta que se posó sobre mi frente, entonces todo lo que notaba se desvaneció.

* * *

—*Padre* —escuché cómo una mujer susurraba.

Abrí los ojos y me encontré junto a una muchacha. Tenía el rostro y los cabellos empapados en sangre, frente a ella había un cuenco lleno del líquido y más allá un hombre. Mojó la cola de una liebre y acabó de pintar parte de la piel que le quedaba limpia. Junto a donde se encontraba había un hombre sentado en una de las sillas, pero no era un hombre cualquiera, era Odín. Fijó sus ojos en mí, o eso creía que estaba haciendo. Alcé una mano, y vi que ni siquiera eran las mías, ¿quién demonios era? ¿Y qué estaba ocurriendo?

—*Padre, necesito que me garantice la vida* —le pidió—, *la de Helgi. La mía no sirve de nada si él no está a mi lado.*

—*Hija, no puedo hacer eso, solo las nornas saben cuál será tu sino y qué deparará la vida.*

—*Hable con ellas, Helgi no puede morir* —le rogó.

Helgi... Aquel nombre me recordaba a algo, o mejor dicho, a alguien. «Helgi», dije para mis adentros, entonces, Odín se puso en pie, sacó una daga y, sin decir nada, me atravesó el corazón.

* * *

Antes de que pudiera ver nada más, un profundo dolor me recorrió de nuevo por todo el cuerpo, como si un fuerte rayo me hubiera atravesado de pies a cabeza, pero no podía ser. Las valkirias éramos inmunes a ellos. Me desperté sobresaltada, con el corazón en un puño y el dolor aún en mis venas. Me deshice de las mantas que me cubrían, abrí uno de los armarios y me lo encontré repleto de ropa del Midgard. Cogí algo de lo que allí había y me cubrí con ello, no era momento de vestirse con las ropas de guerra. Necesitaba alejarme de esa angustiada sensación, no quería sentirme así.

Miré por los grandes ventanales que había en la habitación, alguien había prendido una hoguera algo más allá del camino, cosa que me sorprendió, por lo que decidí ir a investigar. Al salir de la habitación me encontré con prácticamente todas las luces del pasillo apagadas, salvo unas centrales que parecían estar en caso de emergencia. Escuché cómo una puerta se cerraba detrás de mí, di media vuelta, pero no vi a nadie.

Algo en aquel lugar no me gustaba, todo parecía demasiado perfecto, demasiado tranquilo para estar en el sitio en el que nos encontrábamos. Aquello era el Midgard, los elfos oscuros rondaban las tierras y no había nadie en guardia, todos dormían plácidamente salvo yo. Bajé hacia la entrada, con mi *geirr* bien sujeta, no iba a dejar que nada me cogiera desprevenida. Salí del gran caserío, siguiendo el rastro del brillo que desprendía la hoguera.

Allí no había nadie, cosa que me pareció extraña, ¿quién iba a hacer un fuego y abandonarlo?

Hice que mi lanza se desplegara, y en la otra mano sujeté el puñal que siempre llevaba conmigo, avancé lentamente, intentando hacer el menor ruido posible, hasta que alguien posó una mano sobre mi hombro derecho. Me giré rápidamente, y de un solo golpe lo tiré al suelo, de un salto se puso en pie, fue ahí cuando me di cuenta de que no era otro que Eiliv, el Lettvalkyr que había conocido antes de entrar en la asamblea. Una sonrisa burlona se dibujó en su boca, cosa que me puso de los nervios.

—¿Qué haces aquí, valkiria?

Apreté la mandíbula, algo en aquel muchacho me pedía que no confiara en él, había una energía extraña a nuestro alrededor que no parecía captar. Di un paso atrás, mi espalda chocó contra uno de los árboles que nos rodeaban. Se acercó a mí, hasta tal punto que podía sentir cómo su pecho subía y bajaba insistentemente.

* * *

O.

Y la vi. Allí estaba ella una vez más, la maldita valkiria que en su momento me hirió había vuelto al Midgard para acabar conmigo. Pero no lo conseguiría, no. No se saldría con la suya. Sujeté con fuerza el arco, dispuesto a atravesar ese puro corazón que aún latía en su pecho, se lo arrancaré con mis propias manos para ofrecérselo a Loki tal y como me había pedido. Iba a llevarla al lado más oscuro, al reino donde las

tinieblas eran la única ley, allí se dejaría guiar por las sombras como bien dictaba la profecía.

Aquel valkyr no dejaba de acercarse a ella, había algo que no me gustaba, una extraña sensación me recorría, no iba a dejar que se apoderase de lo que era mío. Porque sí, ella lo iba a ser, serviría en mis líneas, lucharía en honor a Loki. Armé el arco, preparado para acabar con la miserable vida de aquel mal guerrero que no había sabido proteger a los suyos. Apunté, mirando fijamente a mi objetivo, pero entonces, la vikinga, le dio un fuerte empujón, haciendo que retrocediera.

Aquella era mi valkiria.

Sonreí al ver cómo los rayos empezaban a correr por su piel, estaba molesta, podía sentirlo.

Disparé la flecha y, antes de que pudiera impactar sobre el valkyr, Lyss la cogió, era más rápida de lo que recordaba, mucho más, pero sus reflejos no habían cambiado. Miró hacia donde me encontraba, notaba sus ojos fijos en mí. Pero todavía no había llegado el momento de intervenir.

* * *

Lyss

¿Quién había lanzado aquella flecha? Miré en dirección a donde había aparecido, y no pude ver nada, las sombras eran tan oscuras que ni siquiera podía distinguir algo que no fuera eso, oscuridad.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Eiliv.

—Te acabo de salvar de ser atravesado con una puta flecha, ¿crees que es momento para recriminarme nada?

Giró la cabeza, apartando la mirada de la mía. Quería ir a investigar, necesitaba saber qué escondía esa penumbra que asolaba el bosque sin dejar que nada ni nadie saliera con vida de él.

—Además, ¿qué haces, Eiliv, aquí solo? —pregunté con inquina—. En medio del bosque, en la noche más oscura, y desobedeciendo las órdenes directas de tu superior.

Eiliv tenía más que callar de lo que debía hacerlo yo, aquello no se iba a quedar así, no iban a pisotearme si era eso lo que querían. Iba a luchar siendo yo misma, sin importarme lo que Gunnr o el resto pudieran decir.

—¿Y tú, valquiria? —Alzó una de sus cejas para mirarme—. ¿Qué haces saliendo a media noche al bosque en un reino que no es el tuyo?

—Hago lo que me da la gana, valkyr —dije entre dientes.

—Eres una deslenguada, niña.

Dejó ir una sonora carcajada, la cual corté dándole un fuerte empujón y haciendo que cayera al suelo de espaldas. Salté sobre él y coloqué mi puñal sobre su cuello, presionándolo ligeramente.

—No soy una niña —gruñí contra su oído.

Hacía mucho que había dejado de ser una niña, y que me llamaran así me cabreaba. Estaba tan sumamente molesta, que los rayos volvieron a recorrer mi piel sin ni siquiera ser yo quien los controlara. El Midgard era capaz de maximizar cada uno de los sentimientos que me recorrían, y aquello no era especialmente bueno.

—Tienes agallas, valkiria.



Cuando me puse en pie vi cómo Eiliv me miraba desde el suelo, aquel valkyr empezaba a sacarme de mis casillas, y no hacía ni veinticuatro horas que le conocía. Le tendí la mano, cuando la agarró y estaba a medio camino de ponerse en pie, le solté haciendo que cayera de nuevo.

—Eso por llamarme niña.

Y sin más, di la vuelta, no iba a jugar conmigo, nadie lo hacía. Sonreí victoriosa, pero antes de que pudiera avanzar mucho más, me agarró por el tobillo haciendo que cayera de bruces contra el suelo. ¡Maldito crío! Sin que tuviera opción a inmovilizarme, pasé una de mis piernas por encima de su cintura, haciendo que fuese él quien permaneciera pegado al suelo. Me senté sobre su abdomen y rápidamente coloqué la daga sobre su pecho, y mi *geirr* junto a su oreja.

—Mueve un solo dedo y te atravesaré con mi lanza —murmuré mirándole a los ojos.

Hice que la lanza se desplegara y dejara de tener forma de puñal. Mi respiración, al igual que la de él, era agitada, como lo era el ritmo que llevaba su corazón. Sonrió, volviendo a sacarme de quicio. Alzó ligeramente el rostro, sentí una de sus manos desplazarse por mi cintura, y cómo la otra sujetaba un cuchillo contra mi vientre. «Mierda», pensé para mí.

Había algo con lo que él no contaba, un poder que solo las valkirias del Valhalla, las que habían nacido y vivido allí, teníamos. Un don que el mismísimo Thor nos había entregado. Los rayos empezaron a correr por mis brazos, solo era una pequeña muestra de lo que podía hacer, debía retirarse a tiempo, o dejar que lo chamuscara como si fuera una simple vara en una hoguera. No retiraba el arma, por lo que se la quité con un veloz movimiento, tirándola bastante lejos. Escuché que algo se movía al otro lado del bosque, cosa que llamó mi atención, me puse en pie de un salto y me giré hacia donde había escuchado el ruido.

Cuando me volví de nuevo hacia Eiliv, y sin que pudiera esperármelo, tomó mi rostro entre sus manos sin apartar la mirada de la mía y me besó. Cuando nuestros labios se separaron sujeté con más fuerza la daga, la acerqué a su rostro, e hiqué la punta de esta sobre su mejilla. Fijé mi vista en la suya, ya no tenía los mismos ojos, habían cambiado tornándose oscuros como la noche.

—¿Qué haces, Eiliv? —pregunté malhumorada.

—Besarte.

Negué con la cabeza, estaba enfurecida, más de lo que lo había estado jamás. Apreté la mandíbula, intentando controlar los rayos que volvían a recorrerme para no acabar con su vida en aquel preciso instante. Le hice un corte con el puñal, y tras eso

le propiné un fuerte golpe en la cabeza, dejándolo completamente inconsciente, sería la última vez que aquello ocurriría.

Me puse en pie y lo dejé tirado. Cogí una de las ramas que ardían en la hoguera, dispuesta a adentrarme en lo más profundo del bosque. Alguien había disparado aquella flecha con intención de matar a Eiliv, ¿si no por qué iba a hacerlo? Si hubiera sido uno de los nuestros habría salido de entre los árboles para identificarse. No entendía qué era lo que rodeaba aquel territorio, ni lo que escondía Jae. Guardé el puñal en mi cinturón, e hice que la lanza se volviera cada vez más pequeña hasta llegar al punto de volverse como una daga. Escuché que algo se movía entre las ramas de uno de los árboles, por lo que me puse en guardia. Miré hacia todos lados, hasta que vi a Tyra bajar de uno de ellos dando un par de saltos y cayendo al suelo como una auténtica gimnasta.

—¿Lo... lo has visto?

La muchacha pelirroja asintió un par de veces, con una sonrisa en los labios, y acabó desviando la mirada hacia donde se encontraba Eiliv en el suelo.

—¿Todo? —volví a preguntar.

—Sí. —Rio—. Todo, todito, todo —canturreó.

—Mierda —dije entre dientes.

—No pasa nada, no voy a chivarme.

—¿Ah, no?

Negó con la cabeza, alzó los hombros y poco después, volvió a mirar al muchacho hasta que dejó ir una sonora carcajada que inundó el bosque.

—Solo te advertiré de una cosa.

—¿Qué cosa?

—Yo no avanzaría por el bosque yendo sola.

—¿Por qué?

La miré de pies a cabeza e hizo una mueca y miró hacia atrás, por si venía alguien, o por si Eiliv se despertaba. Pero no tenía nada que temer, estábamos las dos solas en aquel momento.

—Bueno..., ya sabes lo que esconde, ¿no?

—¿Qué esconde?

—Elfos oscuros.

Aquella muchacha no parecía estar muy cuerda, había veces que era como una niña pequeña, y a los cinco minutos después cambiaba.

—Ajá.

—¿Lo sabías?

—Claro que lo sabía, nos atacaron nada más llegar.

—Vaya, qué mala pata...

Me acerqué algo más a ella, y le tendí la antorcha que llevaba sujeta con la mano derecha, para así poder defendernos con mayor seguridad. Nos encaminamos hacia donde había aparecido la flecha con la que pretendían matar a Eiliv.

—Eh, eh... —murmuró Eiliv.

Entonces empezó a sonar una fuerte alarma que retumbó entre los árboles de todo el territorio.

Por el rabillo del ojo vi cómo Jae salía tras las grandes puertas del caserío con el gesto lleno de terror y furia, pero no me miraba a mí, sino a algo que había a mi espalda. Me giré rápidamente y vi cómo una horda de elfos salía del interior del bosque, armados hasta los dientes con espadas, arcos, y lanzas, ni siquiera sabía cuántos eran, demasiados como para poder controlarlos a todos. Me quedé paralizada, jamás había estado en frente de tantísimos seres oscuros, pero aquello era lo que me iba a tocar a partir de aquel momento.

Miré perpleja cómo se acercaban, cogí con fuerza mi *geirr*, me temblaban las manos pero no era momento para ello, me habían enseñado a ser de las mejores guerreras que hubieran salido jamás del Valhalla, e iba a demostrarlo. Uno de ellos fijó sus oscuros ojos en los míos, le había visto antes, era el mismo que me había guiñado el ojo cuando llegamos, estaba segura de ello.

Mis hermanos estaban preparados para luchar, para dejarse la vida protegiendo a los que aún estaban dentro de la casa. No íbamos a dejar que nadie entrara, antes tendrían que pasar por encima de nosotros, y eso no iba a ocurrir. Ensarté a varios de ellos con mi lanza, venían por todas partes, hasta que de repente, todos se desplomaron. Salvo uno.

Él.

Llevaba el pecho y el rostro manchado de sangre, dos largas líneas nacían en su cuello y acababan muriendo en la cinturilla de sus pantalones. El largo cabello se movía al son de sus pasos y, por un momento, pareció que el tiempo se detuviera y solo nosotros captáramos aquello.

Observé cómo se acercaba poco a poco mientras el resto yacía en el suelo sufriendo espasmos, terribles temblores que les hacían gritar de dolor.

—No durará mucho —gritó Jae, con los ojos cerrados—. Retiraos.

No temía a aquel elfo que sobrevivía, simplemente quería proteger a los que aún estaban en el campo.

—¡Moveos! —chillo Gunnr, quien acababa de llegar.

Pero no les hice caso, ni siquiera estaba prestándoles atención, el elfo la requería entera, en realidad, él mismo la tomaba. Había algo en su interior que hacía que mi cuerpo y mi mente se olvidaran de todo lo que me rodeaba para centrarse en él. Sus ojos eran tan oscuros, tanto que penetraban en mi alma como la hoja de la mejor de las dagas.

Mi corazón se aceleraba a cada paso que daba, no podía evitar que mi vello se erizara al sentir cómo su alma oscura era capaz de envolverlo todo con su amenazante energía, tan lúgubre como poderosa. Se acercó demasiado a mí, pero no tenía miedo ni rabia, la calma había tomado mi ser, y era la única que permanecía. Acarició mi

rostro, sin que pudiera hacer nada por remediarlo, mi cuerpo había dejado de reaccionar a las órdenes que le mandaba mi cerebro.

—Recordarás para siempre mi beso —prometió—. Acudimos a tu llamada, mi vikinga —susurró contra mi oído.

Tras eso, sonrió de medio lado, me guiñó un ojo y sopló, haciendo que perdiera el control de todo, desarmándome como a una niña, y dejándome completamente indefensa.

* * *

—¿Eres feliz, Lyss? —me preguntó.

Pude ver algo brillar en sus hermosos ojos, en esos dos pozos negros como la noche, y tan relucientes como la luna llena en el misseri^[18] de invierno.

—Sí, claro que sí.

Y así era, me sentía plena y dichosa de poder compartir mi tiempo a su lado. De conocer cómo era su vida y ver que había cambiado la mía desde que le encontré en medio del bosque. Ni siquiera era capaz de recordar las lunas que habían pasado desde entonces, pero era feliz.

Se acercó a mí y acarició mi mejilla, haciendo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza, y colocó parte de mi cabello tras la oreja. Miré mis manos, estaban manchadas de carbón y sangre, no me acordaba de qué había ocurrido, pero tampoco me importaba. Estando junto a él me encontraba a salvo, él cuidaría de mí incluso cuando los dioses no pudieran hacerlo.

—¿Lyss?

—¿Sí?

—Es hora de marcharnos —anunció.

—Pero, O...

* * *

Antes de que pudiera ver nada más de lo que ocurría empecé a sentir que alguien me zarandeaba de un lado a otro. Oía cómo me hablaban, pero apenas era capaz de escuchar lo que decían, hablaban muy rápido, no entendía nada, y mucho menos lo que había dicho el elfo.

—Despierta, Lyss, rápido —me gritaban.

Sentía que la cabeza me pesaba, era incapaz de aguantarla firme, iba de un lado a otro mientras me llevaban como a un auténtico saco de patatas hasta a saber dónde. No podía abrir los ojos, y a mi mente solo venía su imagen, ese maldito elfo había hecho algo en mí, y no entendía el qué.

—Lyss. —Escuché a Mist.

Cogí aire poco a poco, y pude oler a Argus, su aroma era único, nadie llevaba nada igual, por lo que estaba al cien por cien segura de que era él quien cargaba

conmigo y me llevaba al interior de la casa.

—Vigilante —susurré.

Cuando me escuchó se detuvo, igual que todos los que nos rodeaban. La alarma que había estado sonando durante un buen rato ya no lo hacía, ¿cuánto tiempo había pasado inconsciente? Me dejó sobre algo mullido, intenté abrir los ojos, pero ni siquiera era capaz de hacerlo.

—No... No puedo ver —dije perdida.

Podía sentir el terror subir por mis pies hasta llegar a mi corazón, desbocándolo, una guerrera que no veía no servía de nada. Aquellos que perdían algunos de sus sentidos llegaban incluso a perder la cordura y la vida. No podía dejar que eso ocurriera. No dejaba de intentarlo, pero mis esfuerzos no servían para nada, los dioses habían permitido que aquel maldito elfo acabara con mi vista, porque así había sido, él me había arrebatado lo único que podía hacerme de menos en una batalla. Pero no iba a rendirme, le buscaría, ciega o no, y acabaría con él arrancándole los ojos y dejándole tan tuerto como Odín.

—Lyss, lo siento mucho... —Lloriqueó Tyra.

Busqué su mano junto a la mía, se había arrodillado y su frente ahora descansaba sobre mi vientre. Las lágrimas empapaban la ropa que me cubría, notaba su tristeza, tanto o más que la de Mist, quien probablemente se encontrara al final de la habitación. Su aroma también estaba en el ambiente.

—No pasa nada, pelirroja, no es culpa tuya.

Acaricié su largo cabello, hasta que alguien entró en la habitación. Alguien a quien no era capaz de reconocer, su energía era tan distinta a la del resto que actuaba como un foco de atención.

—Dejadla pasar —oí cómo decía Jae.

Se sentó a mi lado, haciendo que Tyra se levantara para dejarle espacio, acarició mis manos, también mi rostro y mi frente. Posó sus manos sobre mis ojos, haciendo que algo parecido a una corriente me recorriera de pies a cabeza, como hacían mis propios rayos. Entonces, apartó las manos.

—Si los dioses te otorgan el don de la vista, el elfo no te lo puede arrebatar.



Dos días más tarde...

Bajé al salón, cada uno hacía lo que quería, pero la verdad era que hacía horas desde que había visto por última vez a Mist y a Gunnr. Un grupo de expedición había salido hacia el bosque para controlar la zona, por lo que algunos pocos nos habíamos quedado junto a Jae en el caserío para protegerlo de posibles invasiones. No podíamos dejarlo desprotegido.

Al entrar me encontré con Engla, quien estaba sentada en la moqueta entre el sofá y la mesa de café, pintando, a la vez que miraba la televisión. Su madre leía junto al gran ventanal que daba al jardín posterior de la casa, igual que lo hacía una mujer más a la que no conocía. Me acerqué al pequeño ángel, acaricié su pelo a la vez que me sentaba y vi su dibujo.

—¿Quién es?

Había un hombre sin rostro entre los árboles, una mujer y un pozo en medio de lo que parecían las ruinas de algo que se asemejaba a un poblado.

—Eres tú. —Sonrió.

Me extendió el dibujo, miré todo lo que había, era extraño, pero bueno... Supuse que tan solo eran cosas de niños, al ser la única de su edad se aburría y se pasaba el tiempo entre hojas y lápices de colores.

—Es para ti —me dijo cuando fui a devolvérselo.

—Vaya... Gracias. —Esbocé una sonrisa.

Lo dejé en mi habitación, y bajé a la zona de entrenamiento, porque sí, aquel lugar contaba con dos plantas enteras bajo tierra que se utilizaban como salas de entrenamiento y desarrollo de dones y armas que se pudieran utilizar posteriormente contra esos malditos elfos que amenazaban con acabar con la vida de todo aquel ser que pisara el Midgard. Me adentré en una de las salas con mi *geirr* preparada, la puerta se cerró de golpe a mi espalda, y todo se volvió oscuro, para que cuando se iluminara estuviera de nuevo en aquel prado al que llegamos. Miré hacia todos lados, parecía estar realmente allí, podía sentir mis pies sobre la arena, el olor de la hierba recién pisada, el aire...

Todo. Parecía tan de verdad, que jamás hubiera dicho que no estaba allí. Para mí todo aquello era real, tanto como el latido de mi corazón o el acero de mi lanza.

Le di a uno de los botones que había en la pared, y el paisaje cambió por completo. Tan solo podías ver que estabas en una sala por esos botones, que no se mimetizaban con lo que había en lo que veía. El sonido volvió a envolver la estancia, haciendo que me rodeara todo de nuevo. Volví a cambiar de escenario varias veces hasta que me encontré en un lugar que no conocía, el tiempo había cambiado, el cielo

estaba cubierto por nubes negras, un rayo cruzó el manto de nubes y un fuerte trueno retumbó haciendo que sonriera de oreja a oreja. Thor estaba allí conmigo, entrenando a mi lado para hacerme mejor.

Empezaron a salir elfos, poco a poco los fui matando, a medida que se acercaban, de una de las paredes apareció un armario, el cual estaba lleno de armas, cuando lo abrí cogí un arco y sus flechas.

Disparé antes de que ni siquiera pudieran salir de la linde, hasta que sentí el aliento de alguien rozando mi nuca.

—Valkiria —escuché cómo Eiliv susurraba contra mi oído.

—¿Qué haces tú aquí?

Di media vuelta, sujetaba una espada, la cual colocó sobre mi cuello, hasta que hice que mi lanza se desplegara y rozara parte de su mejilla derecha.

—He venido a verte.

Tomó mi cintura y se pegó a mí. Había algo distinto en él, algo que no cuadraba con lo que había visto hasta aquel momento. Sonrió de medio lado, acarició mi rostro, dejándome atontada, había tantas cosas que no entendía de este reino, tantas... Fijé la vista en esos ojos claros que solo él tenía, pero había algo distinto en ellos, un destello oscuro con un toque miel en el fondo de estos del cual no me había percatado antes.

Traté de separarme, no quería estar tan cerca, me ponía de los nervios estarlo, ni siquiera era capaz de pensar con claridad. Antes de que pudiera echar un paso atrás, volvió a tomarme por la cintura, esta vez con más fuerza aún de lo que lo había hecho antes, nos unió con un largo y feroz beso del que no pude, ni quise, escapar. Apreté la mandíbula aún con los ojos cerrados, debía volver a ser yo, a no dejarme engatusar por un valkyr como él.

Dejé de sentir sus manos sobre mis mallas, igual que pasó con su olor que se desvaneció, perdiéndose entre los truenos que aún resonaban y que me envolvían como una cuna a un recién nacido, cuando salió de la sala.

—*Ve con cuidado, valkiria* —escuché que me decía la mujer de cabellos dorados que había visto el primer día en la asamblea.

No había tenido más oportunidades de hablar con ella hasta entonces, había desaparecido como si nada y no pude sacarle más información.

—*Sabrás lo que yo quiera que sepas* —me dijo.

Se colocó frente a mí, tomó mis manos con las suyas y las agarró con fuerza.

—*Lyss, tienes que descubrir lo que ocurrió, no dejes que los clanes vivan separados, o el mal vencerá.*

—¿Los clanes?

Sin responder a mi pregunta, la mujer se marchó sin más como si nunca hubiera estado allí conmigo, ¿qué don era aquel? ¿Y por qué hablaba de clanes? Tan solo estaban los Lettvalkyr, ¿o no?

Salí de la sala como alma que llevaba el diablo, necesitaba resolver cada una de las dudas que se agolpaban en mi mente y que no me iban a dejar estar tranquila hasta que supiera qué era lo que estaba pasando en aquel lugar. No permitiría que volvieran a dejarme con la palabra en la boca, y mucho menos que me ocultaran y engañaran algo como el hecho de que pudiera existir otro supuesto clan en el Midgard.

Al llegar al salón me encontré a Eiliv a punto de salir de este, iba hablando con otro muchacho que no había visto desde mi llegada, el cual vestía con unas pieles curtidas y con pelo que le abrigara. El valkyr me miró e hizo una mueca, por lo que me acerqué a él, y le aticé, no jugaría conmigo otra vez.

—¿Pero qué demonios te pasa, Lyss?

—Oh, ¿ahora me preguntas qué me pasa? ¿Es que acaso no te acuerdas? ¿O es que te han borrado la memoria?

—Tal vez te la hayan borrado a ti —gruñó—. Y por eso no recuerdas lo que realmente ocurre.

Le di un fuerte empujón que acabó haciendo que cayera de espaldas al suelo, me tiré sobre él y empecé a golpearle una y otra vez, hasta que fue Stephen quien me cogió por la cintura y tiró de mí hasta que acabé tumbada en medio del recibidor.

—Para, Lyss, para —me pidió.

Me miró con rabia, igual que lo hacía yo. ¿Cómo podía parecer tan inconsciente y perplejo?

Parecía no entender de verdad lo que le estaba diciendo, cosa que me confundía.

—Vamos. —Me cogió Stephen de la mano y tiró de mí.

—¿A dónde?

—A tomar un poco el aire.

Nos adentramos ligeramente en el bosque, hasta que llegamos junto a un gran roble tan alto como Yggdrasil, y muy ancho. Miró hacia arriba, así que imité su gesto, entre tantas hojas y ramas vi cómo en la parte media del tronco había un gran agujero que estaba cubierto con una cortina hecha a partir del follaje del propio árbol. Stephen me cogió con más fuerza de la mano, dio un fuerte salto y nos llevó a ambos a ese pequeño escondrijo.

—Vaya, ¿y esto?

Miré fascinada el interior de la cueva del árbol, era impresionante ver que decenas de velas ardían sin lastimar el tronco que lo envolvía. Había varios cojines en el suelo y mantas con las que cubrirse.

—¿Lo has hecho tú?

Stephen asintió orgulloso y debía estarlo. Era hermoso ver cómo humanidad y naturaleza se unían para protegerse entre sí como lo hacía este roble con el valkyr, se habían unido para cuidar de lo que había allí.

—El agujero ya estaba creado, yo simplemente lo adapté para poder estar aquí cuando necesitara huir de todo —me explicó.

—¿Y de qué ibas a tener que huir?

—Pesadillas, hay veces que solo aquí puedo descansar.

Era por eso por lo que el joven valkyr se refugiaba allí, Thor protegía aquel lugar y lo defendía con su poder. Miré hacia todos lados, y vi que en el árbol había tallado la imagen de Mjölfnir.

—¿Tú también le sientes? —preguntó.

—Más que nunca.

—Solo los seres puros pueden entrar aquí, Lyss. —Me miró—. Thor es dueño de este lugar.

Me senté sobre uno de los cojines, cerré los ojos, en aquel sitio había algo distinto a lo que se sentía en el resto del Midgard. Era como estar en el reino que nos había visto crecer, aprender a luchar y partir.

—¿Conoces a Thor? —me preguntó curioso.

—Claro, ¿cómo no iba a conocerlo? —Sonreí orgullosa.

—¿Es como cuentan las leyendas?

Thor siempre había sido considerado un dios rudo, fiero como ninguno y voraz contra sus enemigos, realmente lo era, pero había algo que las historias no contaban y que solo conocíamos aquellos que habíamos tenido el honor y placer de compartir la existencia con él.

—Totalmente. —Sonreí—. Aunque también tiene su corazón.

—Normal..., supongo que el hecho de ser un dios no le quita el tener sentimientos.

Stephen se sentó a mi lado, observó maravillado aquel lugar, su lugar. Algo me decía que solo él conocía ese escondite, no parecía haber venido nadie más salvo nosotros dos.

—Stephen...

Me miró e hizo un ligero movimiento con el rostro, instándome a que siguiera hablando y le dijera lo que tanto guardaba.

—Hay algo que quiero saber.

—Sé lo que quieres saber.

—¿Sí?

—Quieres saber lo que ocurrió con nuestro clan, ¿verdad?

Asentí lentamente, quería saberlo todo, pero lo que más ansia creaba en mí era el poder ver a aquella mujer y saber por qué se refería a clanes, y no a un solo clan.

—Te lo contaré.



—Adelante pues.

El joven asintió, cerró los ojos y cogió aire, centrándose para poder contarme bien lo que había pasado en las tierras que estábamos para que se hubieran separado las gentes de un mismo clan.

—Jae no puede enterarse de que sabes esto que te voy a contar.

—¿Por qué?

—No quiere que se hable del tema, ni entre nosotros y mucho menos con gente de fuera del clan.

—Ajá...

Tragó saliva, hizo una mueca y poco después empezó:

—Hace muchísimos años, los dioses...

* * *

—Los dioses protegieron a una pareja de amantes, como papá y yo —me explicaba—. Helgi y Sváva estaban tan enamorados que pensaban que nadie iba a poder ser capaz de separarles, y no estaban tan equivocados como creían quienes le rodaban. Solo las nornas sabían qué había tejido en su sino.

—¿Y qué ocurrió, mamá?

—El hijo de un poderoso rey mató a Helgi, creyendo que de esa forma Sváva sería suya, pero no iba a ser así. Ella pidió a Odín y a Frejya que los acogieran en el Valhalla y les ayudaran a amarse como jamás antes habían podido hacer —prosiguió—: Sváva se arrebató la vida para seguir con ella en el Asgard, junto a su amado.

—¿Los dioses se los llevaron?

—Así es, pequeña. —Sonrió—. Sváva fue la primera de las valkirias, la líder a la que un día encomendarían una gran batalla, la de cuidar del Midgard y de todos aquellos que lo ocupamos para que nadie pudiera herirnos.

—¿Entonces... Sváva era una skjaldmö^[19] como tú, móðir^[20]?

—Sí, algo así.

* * *

—¿Estás bien? —me preguntó Stephen.

—Eh...

¿Por qué tenía aquellas malditas visiones? ¿Qué tenía que ver esa niña y esa mujer pelirroja conmigo para que las viera constantemente? No era capaz de comprender la razón por la que tenía todas esas alucinaciones.

—Sí...

—¿Estabas escuchándome? —cuestionó al ver mi estado.

—Pues...

Hizo una mueca y puso los ojos en blanco, negó con la cabeza, pero poco después prosiguió:

—Los dioses mandaron a la primera valquiria, Sigrún, también conocida anteriormente como Sváva, quien fue la líder de nuestro clan y a su einherjar, el gran Helgi.

—¿Qué ocurrió con ellos? —pregunté, curiosa.

—Les encomendaron la misión de crear un clan con el que poder proteger a todos los habitantes del Midgard de las repugnantes manos de esos seres, los elfos oscuros, quienes hace tiempo se posicionaron junto a Loki.

Miré a Stephen, sin entender muy bien qué era lo que había ocurrido para que un clan tan fuerte y unido se deshiciera así. Antes de que pueda decir nada más, y viendo mi reacción, continuó:

—Años después, Sigrún y Helgi desaparecieron —aseguró con tristeza.

—¿Cómo iban a desaparecer dos líderes como ellos? —pregunté consternada.

—Tras una fuerte discusión, o eso creemos, les perdimos el rastro hasta que algunos días después encontramos el cuerpo de Helgi sin vida.

Alguien asesinó al primer einherjar de la historia, el guerrero más temible de todos los tiempos, el hombre que velaba por la seguridad de todos los humanos inocentes de las garras de ese sucio y tramposo dios.

—El clan se dividió, cada bando se posicionó por una idea y no supimos resolver nuestras diferencias con el mayor don que teníamos. —Suspiró—. El habla.

—¿En qué discrepasteis, Stephen?

—Nosotros creímos en la inocencia de Sigrún, ella jamás habría acabado con la vida de la persona a la que más amaba en los nueve reinos —me explicó sobrecogido.

—¿Y ellos? —pregunté ansiosa.

—Los Dökk...

—¿Dökk? —cuestioné.

—Los oscuros, Lyss —contestó—, el odio les carcomió por dentro, no quisieron saber nada más sobre nosotros, y se alejaron.

—No lo entiendo, Stephen, no comprendo cómo un clan tan, supuestamente, unido como el vuestro se hizo pedazos con tanta facilidad —murmuré mirando lo que nos rodeaba—. Es imposible que fuera tan solo por eso.

El muchacho hizo una mueca de tristeza, había estado viviendo durante años con aquella gente, y por culpa de algo que realmente no conocíamos, todo había cambiado. Los dioses vieron que Loki los separaba, aprovechando sus desavenencias para herirles aún más.

—Tengo que ir allí donde se encuentran —aseguré.

Alzó la mirada y, durante unos segundos, pude ver el miedo en sus ojos. No era capaz de descifrar ese pavor que se dibujaba en su rostro, no querían que me acercara

a la otra parte del clan que había decidido huir de sus tierras en vez de luchar por aquello que era suyo.

—No, no puedes ir —contestó rotundamente.

—Claro que puedo, soy libre de hacerlo.

Carraspeó, había algo que no me estaba contando.

—Jae no lo permitirá —añadió en voz baja.

—Oh, Jae... ¡Claro! —exclamé—. No me importa lo que diga o deje de decir Jae, mi líder es Gunnr, no ella.

Salí del interior del escondrijo de Stephen, sin esperar a que él hiciera lo mismo, no iba a dejar que nadie me detuviera.

—Lyss, espera —me rogó.

—¿Qué, Stephen, no vas a dejar que vaya? —pregunté desafiante—. ¿O se lo vas a contar a Jae?

—No, claro que no —espetó molesto—, hay algo más que no sabes.

Le miré por encima del hombro, esperando a que me contara lo que aún no me había dicho, y fue entonces cuando dirigió su mirada a la cabaña. Como él mismo me había explicado, el bosque tenía ojos, y no podía permitir que la líder de los Lettvalkyr se enterara de nada de lo que habíamos estado hablando.

—Adelante —dijo haciéndose a un lado.

Me volví a sentar donde hacía apenas unos minutos estaba y le miré esperando que continuase.

—Hay una profecía, llegó a nosotros a través de rumores extendidos por estas tierras, gracias a Gróa, nuestra sacerdotisa.

—¿De qué habla esa profecía?

—Del *Ragnarök*^[21].

Tragué saliva, el fin del mundo estaba a punto de llegar y los dioses nos habían enviado al Midgard engañados, ni siquiera habían sido capaces de contarnos lo que de verdad estaba ocurriendo en este reino. ¿Es que acaso iban a dejarnos luchar solos? El ocaso de los dioses iba a acabar con todos nosotros, ¿serían capaces de abandonarnos a nuestra propia suerte?

—¿Qué decía la profecía? —inquirí sin apartar la vista de la suya.

—No lo recuerdo muy bien, en realidad, Jae no dejó que leyéramos el manuscrito que trajo el caminante... Solo pudimos escuchar algo de lo que decía —me explicó—. Cuando la vikinga recuerde llegará el Ragnarök, Lyss.

—¿Quién es la vikinga?

—Sigrún.

Asentí lentamente, ella era la vikinga a la que los elfos buscaban, tal vez por eso se la llevaron y mataron a Helgi. Los Lett estaban en lo cierto al pensar que ella jamás podría haber herido a su amado, al menos no lo habría hecho conscientemente.

—¿Solo ella era vikinga?

—Así es —dijo convencido.

Durante unos segundos permanecí en silencio, pensando en lo que acababa de decirme, solo ella podía ser la vikinga de la que hablaba la profecía, ¿o tal vez no? No debía haber nadie más de aquella era, los dioses tan solo la salvaron a ella. Tragué saliva y me puse en pie.

—Tengo que saber qué pasó aquí para poder evitar que Loki y sus esbirros acaben con los nueve reinos —me apresuré a decir.

Necesitaba saber qué era lo que estaba ocurriendo en el Midgard y, sobre todo, averiguar qué tenía yo que ver con ello.



—Lyss, por los dioses —exclamó Stephen al ver cómo me aproximaba a la entrada de la mansión.

No le hice caso, tenía que hablar con Gunnr, contarle lo que me había dicho el valkyr y partir junto a algunos de mis hermanos hacia el territorio de los Dökk. Había algo que nos estaban ocultando, y que solo Stephen estaba empezando a compartir conmigo.

—¡Eh, Lyss! —gritó a mi espalda—. ¡Detente!

Seguí caminando hasta que apareció Eiliv con esa sonrisa burlona dibujada en sus labios y esa postura tan chulesca que siempre llevaba.

—¿A dónde vas, guapita? —preguntó.

—A donde a ti no te importa, valkyr. —Sonreí falsamente.

Me miró seductor, sabía que podía controlar a casi cualquier persona que se pusiera en su camino con tan solo un guiño, pero conmigo no iba a funcionar, o eso esperaba. Posó una de sus grandes manos sobre mi hombro, impidiéndome el paso.

—¿Podemos hablar? —me preguntó.

—No, claro que no —dije a la vez que negaba.

Aunque poco después hice una mueca, y no pude evitar aceptar su petición.

—Está bien.

Tomó una de mis manos y tiró de mí en dirección hacia el prado al que habíamos llegado días atrás. Como un auténtico fogonazo, la imagen de una pradera muy similar cruzó mi mente, ¿qué era aquel lugar? Podía ver las casas al final de esta, y cómo una aún mayor se alzaba en la parte derecha.

El dolor tomó mi pecho, ahogando mi corazón, oprimiendo mis pulmones y mi alma. Todo estaba destruido y por alguna extraña razón mi ser entero lloraba.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —conseguí decir.

Se encaminó hacia una zona que no había visto. Una enorme pira aún en ascuas, lucía frente a mí, preparada para volver a arder. A su alrededor, decenas de troncos usados como asientos, y las antorchas rodeaban aquel círculo en medio del bosque.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, perdida.

—No te preocupes.

Encendió el fuego, cogiendo una de las antorchas que nos rodeaban sin apartar la mirada de mí, podía sentir que me observaba por el rabillo del ojo. Se sentó a mi lado, clavando la vista en las ardientes llamas.

—¿Cómo estás?

—¿Realmente te importa? —cuestioné sin ganas.

Hizo una mueca, apenas nos conocíamos, pero, aun así, sentía que había algo en él que no cuadraba, una bondad distinta a la arrogancia que pretendía irradiar. Eiliv era un chico extraño, tanto que era incapaz de descifrar lo que escondía en su interior.

—Claro —aseguró.

Observé esos ojos claros, casi cristalinos, puros y distintos, era realmente hermoso, pero también parecía letal. El inmortal, un hombre que había ganado su nombre a base de ganar batallas, estaba segura de ello.

—¿Qué sabes de nuestra bajada, valkyr? —pregunté, intentando averiguar algo más de lo que no me contaban.

—Lo mismo que sabes tú —contestó tajante.

—¿Y de los elfos?

Cogió aire, pasándose una de las manos por el pelo y con la otra sujetando con fuerza una daga a la que no dejaba de dar vueltas.

—Creo que en ese caso eres tú quien sabe más —respondió con desdén.

—¿Yo?

—Sí, parecen saberlo todo de ti —murmuró—. No te mataron.

Podía recordar perfectamente cómo aquel elfo al que nadie había herido, y al cual no afectaba el poder de Jae, se había acercado a mí sin que pudiera apartarme. Algo en él había inmovilizado mi cuerpo, o mejor dicho, mi cerebro, ni siquiera había sido capaz de ordenarle a mis piernas que me sacaran de allí.

—Yo tampoco lo entiendo, Eiliv —me sinceré.

—¿Por qué no lo hicieron?

Suspiré, perdida en mis recuerdos, no era capaz de descifrar lo que había pasado para poder sacarle una explicación razonable.

—Ya te lo he dicho —espeté—. No lo sé.

—¿Es que acaso te conocen?

—¡No! —exclamé molesta ante sus acusaciones—. ¡Claro que no! ¿Cómo iba a conocer yo a esos malnacidos siendo la primera vez que bajo al Midgard? ¿Estás loco?

—¿Entonces? —Alzó una ceja.

—Eso es lo que quiero averiguar.

No entendía muy bien qué era lo que quería decir, pero tampoco podía hacerlo, y mucho menos allí, en medio del bosque.

—Necesito tu ayuda, Eiliv —murmuré.

—¿Para qué?

Tomó una de mis manos y la sujetó con fuerza, esperando a que le contara qué era lo que quería.

—Aquí no te lo puedo decir —contesté a sabiendas de que Jae se enteraría si así lo hacía.

Me miró confundido. Normal que lo hiciera, lo más seguro era que ni siquiera se imaginara que Stephen me había contado cuál era el don con el que los dioses habían

dotado a Jae. Ella era la reina del bosque, y de los Lettvalkyr.

—Te espero en mi habitación esta noche antes de que den las doce.

Asintió un par de veces y, tras eso, me puse en pie tendiéndole la mano, era hora de cenar, aunque hacía apenas unas horas le había golpeado, sabía que en su interior había un atisbo de bondad que podría hacer salir.

—Tenemos demasiado de lo que hablar —me aseguró.

—Lo sé... —murmuré—. Y lamento haberte golpeado antes.

En realidad no lo sentía, fue él quien vino a besarme cuando no debía, pero en aquel momento lo mejor era disculparse.

—¿Volvemos a la casa? —preguntó.

—Sí.

Al hacerlo nos encontramos con Tyra, quien no dejaba de ir de un lado a otro como una pulga sobre el lomo de un animal, hasta que nos vio. Se detuvo y permaneció quieta, observándonos.

—¡Hola! —exclamó—. ¿De dónde venís?

Aquella muchacha no suponía un riesgo para nadie, en realidad, era más inteligente de lo que todos pensábamos. Había luz en su mirada y pureza en su corazón, jamás nos haría daño, pero no podíamos delatarnos en el bosque.

—De dar un paseo. —Se adelantó Eiliv.

—Vaya... No me habéis avisado, ya os vale —dijo dándole un ligero golpe en el hombro a él.

—Ha sido algo improvisado —añadí.

—Bueno, entonces os lo perdono.

Una sonora carcajada se escapó de su interior, haciendo que me fuera imposible no esbozar una enorme sonrisa. Tyra tenía algo que era capaz de alegrar a cualquiera sin ni siquiera tener que esforzarse por ello.

—¿Vais a entrar?

Asentí, y cogí su mano. Algo nos recorrió a ambas, provocando que un cosquilleo erizara nuestro vello, no estaba equivocada, Tyra era especial.

—Vaya..., esto... —balbuceó.

—No es nada, tranquila. —Sonreí—. ¿Vienes?

—Claro.

Tras la cena, era hora de que todos volviéramos a nuestras habitaciones a descansar después de un largo día. Pero en mi caso no iba a ser así, tenía que hablar con Tyra y Stephen, sabía que solo ellos me podrían ayudar en la locura que estaba a punto de cometer.

—¿Me acompañas?

—Sí.

Entramos en mi habitación, cerré las ventanas y las cubrí con las cortinas para que nadie nos pudiera ver desde el exterior. No me fiaba de lo que esos árboles pudieran contarle a Jae sin que nos enteráramos.

—Siéntate, por favor —le pedí.

—Me estás asustando, Lyss.

—Haz lo que te pido.

Cuando ya estuvo todo cerrado, me senté a su lado para poder hablar con ella antes de que llegara Eiliv. No quería que él se enterara de lo que había estado hablando con la valkyr.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada.

—Mira, Tyra, hay algo en tu interior que hace que confíe en ti.

—Yo también lo siento. —Esbozó una sonrisa—. Lo siento aquí.

Colocó una de sus manos sobre su corazón y sonrió. Por alguna razón el Midgard había hecho que nos uniésemos, y si los dioses querían que fuese así era por algo, igual que había ocurrido con Eiliv y Stephen.

—Tengo que conocer vuestra historia, hay algo que los dioses nos han ocultado durante mucho tiempo, y quiero saber por qué.

—Ajá —murmuró—. Te ayudaré en lo que sea.

Poco después, cuando ya se había ido y después de contarle todo, apareció Eiliv con esa sonrisa fanfarrona que le acompaña a todas partes y ese delicioso olor que me embriaga a cada segundo que pasaba con él.

—Eiliv, necesito que me expliques cómo llegar al territorio de los Dökkvalkyr —le dije nada más cerrar la puerta.

—¿Cómo? ¿Es qué has perdido la cabeza? —se exaltó.

—No, claro que no —exclamé—. Pero quiero saber qué demonios va a pasar y qué tiene que ver la profecía en todo lo que está por ocurrir.

—No puedes marcharte sola, no dejaré que lo hagas.

La energía que nos envolvía cambió por completo. Eiliv se mostraba cada vez más protector e incluso preocupado, lo que en cierto modo me agradó ver.

—Sí te marchas, yo lo haré contigo, valkiria —dijo acercándose aún más a mí.



Mi corazón se aceleró, más de lo que jamás lo había hecho, cosa que me hacía sentir perdida, tan confusa como abrumada. Eiliv posó sus manos en mi cintura, acercándose a él, pero antes de que pudiera pasar nada más, me abracé a su cuerpo intentando disipar las posibles ideas que rondaran su mente.

Cuando una valquiria encontraba a su pareja de vida era capaz de aumentar su poder hasta límites insospechados, cosa que no les ocurría a los Lettvalkyr, ya que realmente no eran valquirias como nosotras. Suspiré, no estaba preparada para dar aquel paso, nadie jamás me había tocado, y no lo iban a hacer. Mi misión allí era proteger el Midgard y todas sus gentes, no andar retozando entre las sábanas con el primer valkyr que me encontrara.

—Tyra también vendrá.

Me senté en la cama y vi cómo sus ojos se fijaban en los míos estupefactos. Se dejó caer a mi lado, y poco después volvió a mirarme.

—¿Cómo?

—Lo que escuchas, es especial, necesitaremos a alguien como ella con nosotros.

—Si tú lo dices... —Suspiró—. Será mejor que me marche.

—Hablaré con Gunnr mañana, y partiremos al anochecer.

Asintió dos veces y, sin decir nada más, salió de la habitación desapareciendo, dejándome completamente sola en la inmensidad de la estancia.

A la mañana siguiente me desperté demasiado temprano, tanto que no pude evitar salir a tomar el aire, ya que nadie se había despertado aún, o al menos no habían bajado al salón ni a la cocina. El aire soplaba con fuerza, movía mi cabello de un lado a otro, meciéndolo como lo haría una madre con su bebé. Sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo, cómo alguien me observaba. Di media la vuelta y me encontré con ella, no apartaba su fantasmagórica vista de mi ser.

—*Lyss, debes encontrar la respuesta.*

—¿Qué respuesta?

—*Aquella que resuelva la profecía.*

—Eres ella, ¿verdad? —pregunté perdida.

Antes de que pudiera decir nada más, el espíritu de la mujer rubia se esfumó sin dejar rastro alguno. Estaba completamente sola, no comprendía lo que me estaba diciendo ni si realmente ella era quien creía.

Seguí caminando, adentrándome en el oscuro bosque, el sol apenas había salido y tan solo algunos débiles rayos se colaban entre las copas de los altos árboles. El frío invierno del Midgard asolaba aquellas tierras, igual que lo hacía la humedad y la nieve que había caído durante la noche.

Algo en mí estaba unido a ese sitio, pero todavía no había averiguado el qué.

Me abracé a mí misma, intentando deshacerme del frío que empezaba a tomar mis huesos y todo mi cuerpo. Desde que había descendido del Valhalla sentía cientos de cosas completamente distintas a lo que había vivido antes, era todo tan ambiguo que me era imposible no pensar en mil teorías distintas sobre lo que estaba ocurriendo en aquella tierra. Los dioses nos habían dado una misión, proteger el Midgard de los malditos elfos oscuros que intentaban arrasar aquel hermoso reino, y debía cumplirla.

Mientras caminaba por el sendero vacío escuché una rama crujiir, por lo que sujeté con fuerza mi *geirr*. Di la vuelta sobre mis talones, tratando de buscar al culpable de aquel ruido, pero no parecía haber nadie. Permanecí en silencio, esperando a que volviera a romper otra, cerré los ojos, centrándome en lo que me rodeaba.

Entonces, le olí.

Era él, indudablemente podría haber sido otro, nadie emanaba ese olor tan característico, y a pesar de haberle visto en tan solo dos ocasiones, su esencia se había quedado marcada a fuego en mi mente.

—Sal de donde te encuentres —alcé la voz.

—¿O qué? —preguntó rudo.

Levanté la mirada y lo encontré sobre mí, subido en uno de los árboles, observándome pacientemente. Su largo cabello negro como el azabache caía frente a su rostro, cubriendo sus hombros. Era tan diferente al resto de los elfos, tan exótico y hermoso que parecía incluso bondadoso. Tragué saliva, el nerviosismo empezaba a nacer en mí, aunque a su lado todo era paz y tranquilidad, era por eso mismo por lo que los nervios no dejaban de recorrerme, ¿cómo podía estar tan serena al lado de alguien tan letal?

De un salto bajó del árbol, aterrizando como un auténtico gimnasta, tan perfecto como elegante, si es que así se podía definir a un elfo oscuro. Observé su sucio rostro, lleno de rastros de carbón, y una larga línea de sangre recorriendo su frente. Esos dos pozos oscuros que tenía por ojos se posaron en los míos, y con una de sus manos pude ver cómo sujetaba un arco con fuerza.

—¿Quién eres? —pregunté perdida.

—¿Es que no me recuerdas?

Negué con la cabeza, por lo que acabó dejando ir una sonora carcajada que no me sentó nada bien. Me estaba tratando como si fuera tonta, y algo me decía que solo lo hacía para volverme loca.

Había tanta incertidumbre alrededor de toda aquella gente, de los clanes y sobre todo de él, el maldito elfo que iba a acabar con aquellos a los que amaba.

—Será mejor que recuerdes, o acabarás con todos los reinos de Yggdrasil. —Sonrió de medio lado, arrogante—. Aunque tampoco me importaría que eso ocurriera.

Sin decir nada más, dio media vuelta y se marchó, volviendo a los árboles.

Me desperté sobresaltada, cogiendo una gran bocanada de aire, el cual me faltaba, no era capaz de llenar mis pulmones. Aquello no había sido real, ¿no? Un maldito

sueño que me había resultado una pesadilla. Aún no comprendía qué tenía que ver yo con todo lo que estaba a punto de ocurrir, pero lo haría pronto.

De un salto me puse en pie, me vestí con mis ropajes y salí de la habitación, tenía que encontrar a Gunnr y partir hacia las tierras de los Dökk cuanto antes, o sería tarde para todos los que habitaban el Midgard. La busqué por toda la casa, pero no era capaz de encontrarla, ni a ella ni a ninguno de mis hermanos, por lo que salí al bosque, desesperada. Corrí sin rumbo alguno hasta que, de nuevo y sin darme cuenta, llegué al lugar en el que había estado en mi sueño. En un acto reflejo miré hacia arriba, esperando encontrarme al maldito elfo que no dejaba de visitarme.

Durante unos segundos permanecí quieta, en silencio, observando todo lo que me rodeaba, en alerta por si volvía a aparecer. Aquel sueño había sido tan real que si me hubieran preguntado por él habría dicho que realmente había ocurrido.

—¡Sal, maldito elfo! —grité.

Pero allí no parecía haber nadie. Busqué entre los árboles, cada vez me sentía peor, podía sentir el frío que ya se había adentrado en mi cuerpo tiempo atrás. Todo mi vello se erizó, si estaba allí le encontraría.

—¡Hijo de Loki! —vociferé.

La tristeza se apoderó de mí, no comprendía por qué, pero el dolor que sentía por dentro estaba devastándome como un huracán que arrasaba con todo un pueblo. ¿Era él quien me estaba haciendo sentir eso? No, no podía ser, no podía tener nada que ver con él. Me tapé el rostro con las manos, intentando huir de todo lo que estaba sintiendo. El cielo se quejó, igual que lo hizo Thor con uno de sus fuertes truenos, los rayos se colaban entre las nubes y aterrizaban en cualquier lugar.

Cuando me puse en pie, aún con el alma deshecha, me di la vuelta y me encontré con ella, con la pequeña Engla, quien no dejaba de observarme, atenta a todo y sin decir ni una sola palabra.

—¿Qué haces ahí, Engla?

—He venido a por ti, ella me lo ha dicho —dijo mirando hacia atrás.

No había nadie, ni siquiera se podía ver con claridad, ya que la niebla empezaba a engullir todo lo que se había adentrado en el bosque. Cogí como pude a la niña en brazos, para que no sufriera ningún traspíe. Corrí en dirección a la casa y nada más entrar me encontré a Jae, quien no dejaba de buscar a la niña.

—Por los dioses..., Engla, suerte que estás bien, tu madre se está volviendo loca buscándote.

—Estaba...

—Ha venido conmigo a pasear.

Jae me fulminó con la mirada, y algo me dijo que no estaba muy contenta con mi bajada. Era extraño, ya que no había hecho nada para que pudiera estar así, ni siquiera había hablado en el bosque, simplemente, para que no se enterara. Tal vez era eso, que no era capaz de saber qué es lo que había estado hablando.

—Lo siento.

Tragué saliva, dejando a la niña en el suelo y fue ahí cuando apareció Gunnr con el arco colgado del hombro derecho y el carcaj repleto de flechas en la mano izquierda. Hice una mueca, Engla me cogió la mano, aunque poco después Jae la apartó de mi lado para llevársela.

—Adiós, Lyss —se despidió la pequeña valkyr moviendo la mano.

—Adiós, pequeño ángel.

Cuando Jae desapareció en las escaleras, me acerqué a Gunnr y la tomé por el brazo, para que me prestara atención.

—¿Qué te pasa, Lyss?

—Necesito hablar contigo, en privado.

Asintió un par de veces, extrañada, pero igualmente aceptó.

—Vayamos a dar un paseo.

—No.

Alcé la voz demasiado, por lo que rápidamente me tapé la boca.

—¿Cómo que no? —preguntó.

—Ya te lo explicaré, Gunnr, pero es mejor que vayamos a tu habitación o a la mía.

—Vamos a la tuya, si no Thorn nos escuchará y no sé si eso es lo que quieres.

Negué con la cabeza y, con rapidez, nos dirigimos hacia mi cuarto sin detenernos ni un solo segundo.

—¿De qué quieres hablar, Lyss?

—De que necesito a Mist y Argus para ir al terreno de los Dökkvalkyr.



—¿Es que has perdido el juicio?

—No, Gunnr, no me fío de lo que nos cuenta Jae —me sinceré—. Me he enterado de algunas cosas y quiero saber lo que ocurrió para que este clan se separara en dos.

—No puedes hacer eso, Lyss.

Negó con la cabeza, torciendo el gesto y refunfuñando por lo bajini, no comprendía de lo que le hablaba, pero tampoco le importó, confiaba demasiado en la palabra de Jae. Gunnr siempre había sido demasiado cabezona, no iba a dejar de serlo jamás.

—Claro que puedo, eres nuestra líder y debes quedarte aquí, para asegurarte de que nada de esto se va de las manos.

—¿Es que acaso te crees que puedes ordenarme a mí lo que debo o no hacer? —preguntó con enfado.

Desvié la mirada, llena de rabia, sabía que estaba en lo cierto y si no conseguía ir hasta allí algo peor ocurriría.

—Jamás podrás ser la líder de los einherjars y las valkirias, tus impulsos te pierden, por eso los dioses no querían que bajaras, eres tan débil y manipulable como los humanos y ellos lo saben.

Cerré las manos en puños tras sus palabras, podía sentir cómo el calor de la ira iba recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, encendiéndome cada vez más. Sabía dónde darme para herirme bien, Freyja no había querido que descendiera, pero, por suerte, padre había sido capaz de imponerse para que el deseo de Skuld se hiciera real.

—No quiero ser vuestra líder, solo quiero saber qué es lo que está pasando en el Midgard y cómo podemos solucionarlo.

—Tú harás lo que yo te diga —sentenció.

—¡Haré lo mejor para el Midgard! —exclamé.

Dejé ir un bufido que me vació, abrí la puerta y la invité a salir. Gunnr era una buena líder, pero en ciertas ocasiones era capaz de crispas mis nervios y hacerme sentir unos instintos asesinos que jamás había tenido.

Cuando desapareció tras la puerta, solté un fuerte grito que no fue capaz de deshacer el nudo que se había creado en mi garganta. Si no podía contar con el apoyo de los míos, lo haría yo sola, con la ayuda de los valkyr. Solo ellos estaban interesados en sacar a la luz lo que estaba pasando.

—*Valkiria, sé paciente.*

La mujer rubia volvió, ¿es que podía aparecer y desaparecer a sus anchas? Me senté en la cama y la observé.

—¿Cómo voy a ser paciente si ni siquiera sé quién eres?

—Por eso mismo, *paciencia* —murmuró cerca de mí—, *descubre lo que el pasado oculta más allá del recuerdo*.

Unas horas más tarde ya estábamos preparados para partir, no iba a dejar que nadie me detuviera y a pesar de no tener el consentimiento de Gunnr, iría a averiguar lo que se escondía en las lejanas tierras de Vikedal, al norte de Noruega. Me apresuré a guardar todo lo necesario en una bolsa de tela, la colgué de mi hombro derecho, y sujeté con fuerza mi *geirr*. Busqué a Mist por el interior de la gran casa, hasta que vi que Gunnr se asomaba al otro lado del pasillo, por lo que hice lo imposible para que no se diera cuenta de que estaba allí. Cogí aire, hasta que Tyra salió de su habitación y, antes de que cerrara la puerta, la empujé e hice que ambas cayéramos dentro de esta.

—¿Qué demonios haces, Lyss? —exclamó.

Le tapé la boca como pude y cerré dando un golpe con el pie. Si Gunnr se enteraba de que iba a marcharme, aun habiendo hablado con ella, haría lo imposible para que los dioses me devolvieran al Valhalla.

—Calla, por los dioses, calla —murmuré, intentando calmarla.

—¿Qué es lo que te ocurre?

Antes de que pudiera responderle alguien golpeó la puerta ligeramente, de un salto me puse en pie.

—Gunnr.

Corrí hacia el armario y me encerré en él.

—¿Qué hago? —me preguntó Tyra, abriendo la puerta.

—¡Cierra y abre!

Hizo lo que le dije, solo que en vez de hacerlo con la puerta del armario y luego con la de entrada, lo hizo con la primera.

—¿Tú estás mal de la cabeza? —le pregunté.

Aquella situación era de lo más insólita que había vivido jamás. Había veces en las que creía que la valkyr estaba peor de lo que me había parecido en un principio.

—¡Ve a abrir y no digas que estoy aquí!

Asintió un par de veces, cerró el armario y fue a recibir a Gunnr, me habría jugado mi *geirr* a que era ella, y así fue.

—Tyra, ¿verdad? —preguntó.

—Así es.

Carraspeó la valkyr, algo nerviosa. Dioses..., iba a saber que estaba escondida. Gunnr tenía un sexto sentido para las personas y sabía todo lo que eran capaces de esconder, aunque parecía que con Jae aquello no funcionaba.

—¿Has visto a Lyss?

—No, no la he visto...

—¿No? —Noté en su tono de voz que no la creía.

—Eh..., no, solo esta mañana.

Escuché cómo una de las dos daba un paso, y les rogué a los dioses para que fuera Gunnr, que ya marchaba. Efectivamente, había sido ella, y tras esos dos primeros pasos vinieron más. De un solo golpe, clavó su *geirr* en la puerta del armario haciendo que diera un pequeño bote en su interior, y con las mismas la abrió.

—¿Crees que puedes esconderte de mí, valkiria? —preguntó con enfado.

Negué con la cabeza, siempre había adorado la imagen que proyectaba Gunnr, pero jamás olvidaría el rencor que parecía tenerme, era como una hermana mayor llena de celos, de inquina acumulada. Cerré los ojos y cogí aire, para poder enfrentarme a lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Qué haces ahí? —inquirió.

—Nada, no hago nada.

Salí de la oscuridad y de la habitación, cogiendo mi bolsa preparada para partir, a pesar de que sabía que no iba a ser sencillo para nadie.

—¿No hay nada que quieras decirme? —exclamó antes de que pudiera girar la última esquina que dirigía hacia las escaleras.

—Sí, que me marchó.

Bajé tan rápido como pude, seguida por sus veloces pasos. Vi cómo Eiliv salía del salón, acompañado de su propia bolsa y con la vista fija en un puñal que sujetaba en la mano derecha.

—Valkyr, nos vamos —le dije al pasar frente a él—. ¡Rápido!

Cuando salí al exterior de la casa vi que Tyra saltaba desde la parte superior de esta, después de haber salido por la ventana de su habitación, con la mochila a cuestas y preparada para lo que estaba por llegar.

—Iremos con el *jeep*.

Los dioses crearon la penitencia de Sigrún y Hegi, haciéndoles vivir alejados de los suyos. Pero a cambio nos dotaron a todos con grandes capacidades, una velocidad mayor a la de los humanos, la rápida regeneración de nuestro cuerpo al herirnos, una amplia audición, y la única maldición, la debilidad hacia el amor, hacia su pareja de vida. Cuando su alma se encontraba con la que debía acompañarle a lo largo del resto de su existencia se volvían débiles y manejables, pero a la vez protectores. Freyja fue una auténtica víbora en ese sentido, jamás dejaría que la vida fuese tan sencilla, sin tener en cuenta a los elfos oscuros y todo lo que estaba por venir. Como bien nos habían explicado desde pequeñas, cada valkiria tenía su *einherjar*, aquel con el que debería luchar hasta el fin de sus días. Por suerte o por desgracia, yo había descendido sin conocer a la mía, por lo que ese contratiempo no existía.

—¡Vamos, Lyss! —gritó Eiliv—. No te demores o no llegaremos nunca.

Al final del camino vi que un gran Jeep Cherokee rojo como la sangre encendía sus luces, aguardando nuestra llegada.

—¡No puedes dejar que se marche! —escuché cómo le decía Jae a Gunnr.

—Las nornas han tejido su destino, y si no podemos atraparlos es porque así debe ser, Jae.

—¡No, claro que no! ¡No es así! —gritó, enfurecida.

Me miró con rabia, aquella mujer no me quería en su territorio, estaba segura de que éramos más un incordio que una bendición. Un poderoso rayo cruzó el cielo, acompañado de su celestial y duro sonido, un trueno digno de Thor. Miré al cielo, y por un momento le vi, vi esos ojos claros y esa frondosa barba que cubría gran parte de su rostro. Anhelaba estar en el Valhalla, pero adoraba la adrenalina que corría por cada una de mis venas estando en el Midgard, era tan distinto, tan único, que esperaba no marcharme de allí jamás.

—Será mejor que nos demos prisa o Jae acabará llamando a los guerreros que están entrenando para que vengan a detenernos.

No podíamos permitir que truncaran nuestro plan o jamás podríamos acercarnos a los Dökk. Volví a mirar al cielo, y otro rayo lo cruzó, durante unos segundos pensé en él, de nuevo en el dios, ¿estaría afianzando mi plan?

—¡Corred, corred!

Tyra estiró la mano para coger la mía, había algo tan especial en ella que parecía mentira que hubiera podido encontrar a alguien tan afín a mí en la Tierra. Si el Midgard se libraba del Ragnarök, iba a ser una gran amiga en la que poder confiar.

—Vamos —gritó Eiliv.

Había avanzado, era muy rápido, más de lo que jamás habría pensado. Abrió el maletero echando su mochila, esperando a que llegáramos nosotras para hacer lo mismo, pero fue entonces cuando pude ver cómo Thorn y el resto salían a ver qué era lo que ocurría.

—Corred antes de que salgan los guerreros.

Si ellos llegaban estaríamos perdidos, aquellos hombres parecían estar embrujados por los encantos de Jae, atacarían sin pensarlo ni un solo segundo si se contradecía la voluntad de su líder.

—¡Meteos dentro! ¡Rápido!



Algo más de una hora después aún seguíamos en la carretera, entre las montañas, de un lado a otro, y en ese momento no podía hacer más que reconcomerme por dentro. Me sentía culpable de haber abandonado a los míos junto a Jae, de no haber estado todos unidos como nos dijeron los dioses que hiciéramos. Suspiré, sabía que no iba a pasarles nada, pero había algo en ella que no me gustaba, algo que no me olía bien y de lo que esperaba equivocarme.

Fijé la vista en el exterior del coche, todo se había sumido en la oscuridad de la noche nórdica que provocó que el frío tomara el lugar. Me cerré la chaqueta, la calefacción del coche estaba encendida, pero, aun así, el frío seguía en mi interior. Giré un poco la cabeza y vi que Tyra había caído rendida, estaba completamente dormida, por lo que saqué una manta del interior de mi bolsa y se la eché por encima. Aún me era difícil no sentirme extraña con aquellos ropajes, pero debía acostumbrarme a ello.

—¿Estás bien? —me preguntó Eiliv.

—Sí...

Ni siquiera le miré, estaba cansada, agotada mental y físicamente, me sentía confusa, frustrada, e incluso llegaba a notar tristeza. Jamás había estado así, al descender al Midgard todo en mí había cambiado, aquel reino iba a hacer que perdiera la cabeza.

—¿De verdad? —volvió al ataque sin creermelo.

—Sí —contesté tajante.

A pesar de que Eiliv era un buen muchacho, no tenía ganas de hablar con él sobre nada de lo que estaba sintiendo, en realidad tampoco lo haría con ninguno de los míos.

—¿Cuánto nos queda para llegar?

—Algo más de media hora —contestó con rapidez.

—Deberíamos hacer una parada, dormir esta noche y continuar mañana.

Detuvo el coche en mitad de la carretera, de golpe, haciendo que incluso Tyra se despertara sobresaltada.

—¿Qué pasa? —exclamó.

Se cogió a los respaldos de los asientos delanteros, asustada por el frenazo que acabábamos de dar.

—No podemos hacer noche aquí, Lyss.

—¿Cómo que no?

Me miró sorprendido sin entender por qué le preguntaba aquello, y yo tampoco comprendía el porqué de su gesto.

—Lyss.

—Estamos en tierra de nadie —añadió Tyra.

Negué con la cabeza, estuviéramos donde estuviéramos íbamos a ser un blanco fácil, podrían matarnos sin que ni siquiera nos enteráramos.

—Por mucho que nos metamos en territorio de los Dökkvalkyr, los elfos nos pueden atacar, no respetan territorios, les da igual todo —añadí.

—Eso es verdad... —dijo Tyra.

Miré a Eiliv, quien no parecía muy seguro de lo que estaba proponiendo, era un riesgo que íbamos a correr estuviéramos en un lugar u otro, aunque con los Dökk seríamos más contra los que se tendrían que enfrentar.

—Entonces, ¿qué demonios propones que hagamos? —cuestionó Eiliv.

—Deberíamos hacer noche aquí, encender algún fuego y dormir en el interior del coche, habrá uno de nosotros que siempre esté haciendo guardia.

Los valkyr se miraron entre sí, no muy seguros de lo que estaba diciendo, la verdad era que ni siquiera yo estaba segura de que aquello fuese a funcionar, pero había que intentarlo.

—¿Os parece bien? —pregunté.

—Bueno..., a mí no me parece mal —contestó Tyra.

Eiliv dejó ir un leve sonido al cual acompañó con una mueca, éramos dos contra uno, por lo que se debía hacer lo que la mayoría dijera. Nos quedaríamos allí y pasaríamos la noche vigilando que nadie se acercara.

—Está bien, nos detendremos aquí.

Avanzó algunos metros hasta encontrar un camino que se adentrara en el bosque, lo suficiente como para pasar desapercibidos a la vista de quien pasara por la carretera durante la noche.

Tras un buen rato buscando lo necesario para hacer una buena hoguera, me senté frente a ella, observando cómo el fuego bailaba entre las ramas, la libertad con la que se movía sin esperar a que nadie le detuviera el paso. Él siempre había sido libre, ¿lo había sido yo también en algún momento?

Siempre había estado ligada a los dioses, y lo estaría hasta el fin de mis días.

—¿En qué estás pensando?

—Simplemente en la vida, Eiliv.

Se sentó a mi lado, y pasó una gran manta sobre mi espalda para que no cogiera frío. La nieve empezaba a deshacerse a nuestro alrededor y en poco tiempo el suelo se secaría con el calor del fuego.

—¿Y eso?

—No sé, hay veces que pienso en que este no debía ser mi sino, nunca he sido libre, los dioses siempre han regido mi camino, no he podido decidir lo que quería. —Suspiré—. Hasta ahora.

No dijo nada, permaneció mirando el fuego, pensando en lo que le había dicho. Era verdad, aquella había sido la única vez en la que me había alejado de mi familia, del clan que me había cuidado desde que no era más que una niña. Miré a Eiliv, y por

primera vez desde que llegué me di cuenta de que había algo en él que le hacía distinto al resto de los Lett, igual que ocurría con Tyra.

No entendía cómo no me había percatado antes de ello, pero desde que escapó con nosotras había visto algo que no había apreciado antes en él.

—¿Sabes? —murmuré.

Alzó la mirada y ladeó la cabeza ligeramente para poder mirarme.

—Desde que llegué al Midgard algo en mí ha cambiado, tengo sueños extraños, veo el espíritu de una mujer rubia y hay algo que no me encaja —me sinceré por primera vez, aun habiendo pensado que no lo haría—. Siento tantas cosas estando en este reino, tantas... La paz que había en el Valhalla se ha esfumado como si nada, y no entiendo por qué.

—Porque esto es el mundo real, Lyss, aquí hay muerte, devastación, dolor, y miedo —susurró—. Los elfos han acabado con humanos inocentes que son incapaces de comprender lo que ocurre, y apenas hemos podido mantenerlos a raya.

—Pero ahora estamos nosotros aquí, no somos muchos, pero estoy segura de que podremos acabar con ellos.

La noche pasó sin pena ni gloria, tan lenta como desesperante. Ningún elfo osó acercarse a donde nos encontrábamos, y nada más salir el sol volvimos a la carretera para poder llegar al poblado de los Dökk lo antes posible. No sabíamos a ciencia cierta dónde se encontraban, nadie lo sabía, tan solo conocíamos un nombre, Vikedal.

Dejamos el coche en la entrada del pueblo y nos adentramos en el bosque, nadie había visto el asentamiento del clan. La gente nos observaba con detenimiento, como los extraños que éramos. Por suerte los dioses no habían cambiado nada en nosotros, éramos como humanos, tan solo teníamos algo distinto, dones que ellos jamás alcanzarían. Me cargué la bolsa del hombro derecho, escondí el mango de mi *geirr* en el interior de la manga de mi jersey, intentando no cortarme, pero que tampoco lo viesen.

—Iremos por allí —dijo Eiliv ya entre los árboles.

Asentimos y, antes de cruzar la linde del bosque me giré, podía sentir que alguien nos vigilaba.

Había poca gente en aquel lugar, pero, aun así, la que estaba no dejaba de observarnos extrañados, no eran ellos quienes nos vigilaban.

—¿No sentís una mirada penetrante? —preguntó Tyra.

Le dije que sí con la cabeza, claro que lo sentía, y no me gustaba nada, podía notar un cosquilleo nacer en mi nuca, descender por mi columna y morir en mi cintura, erizando mi vello.

—Será mejor que sigamos —afirmó Eiliv.

—Sí —añadió Tyra.

—¿Qué ocurrirá cuando lleguemos? —le pregunté a la vez que pasaba frente a Tyra para dejarla atrás.

—No sé cómo les sentará nuestra visita —murmuró mirándose a él y luego a la valkyr pelirroja—. Pero, tranquila, no seremos un inconveniente en tu misión. Si hace falta nos mantendremos a un lado.

—No quiero que os alejéis —admití—. Ahora mismo tenemos que ser un apoyo para el resto, no podemos dejar que los elfos nos separen.

—Si los Dökk así lo quieren, Lyss, Tyra y yo deberemos marcharnos —se sinceró—. No podemos poner en riesgo la poca armonía que hay entre nuestros clanes.

—¡Sois un mismo clan! —alcé la voz—. Algo os separó, y haré lo imposible por averiguarlo.

De repente escuchamos cómo alguien se movía frente a nosotros a una velocidad impactante que no dejó que ni siquiera pudiéramos ver su rostro, ni qué era. Sujeté con fuerza la lanza, sin desplegarla. Tyra armó su arco, y Eiliv se preparó para atacar en cualquier momento.

Frente a nosotros apareció un niño, un crío de no más de diez años que no dejaba de observarnos como si jamás hubiera visto a uno de los nuestros. Se quedó tan quieto como una estatua, ni siquiera parecía respirar. Solo tenía la mirada fija en la mía, lo que me inquietaba sobremanera.

—¿Quién eres? —le pregunté.



No dijo nada, hasta que di un paso adelante. Estaba solo en medio del bosque, y ya habíamos caminado lo suficiente como para saber que aquel niño no era nadie del pueblo. Además..., aquel pequeño contaba con una energía distinta a todo lo que antes me había encontrado, podía sentirla.

Me acerqué tanto como pude a él, mientras los valkyr permanecían en alerta por si aparecía alguien inesperado. Cuando estuve lo suficientemente cerca, el niño me tendió la mano, con la palma hacia arriba.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté sin dejar de mirarle.

Movió la mano, insistiendo. Posé la mía sobre la suya, y fue entonces cuando un haz de luz recorrió todo mi ser, dejándome ver todo lo que aquel niño había vivido en sus pocos años de vida.

—Dioses... —murmuré inconscientemente.

—¿Qué ocurre, Lyss? —preguntó asustada, Tyra.

Ni siquiera podía responderles, aquel pequeño había visto cómo los elfos oscuros mataban a sus padres, cómo arrasaban a su clan, y cómo estuvieron dispuestos a acabar con su vida. Por suerte, pudo escapar, los elfos no hacían prisioneros, pero en aquel momento algo les hizo cambiar de opinión. Se lo llevaron consigo, y una de las noches, el habilidoso niño se marchó.

—Niels —susurró.

Era un elfo de la luz, por eso tenía aquella aura tan especial. Un pellizquito encogió mi corazón al verle recordar la pena y el dolor que había en una criatura tan hermosa y pequeña como él.

—Niels —repetí.

Me arrodillé frente a él dejando el *geirr* en el suelo y observé su rostro. Tenía la piel muy blanca y delicada, sobre la mejilla derecha tenía una cicatriz que le llegaba hasta la oreja. Pasé una mano por su dorado, casi blanquecino, cabello, colocándolo tras ella. Me fijé en esta, era ligeramente puntiaguda, pero imperceptible si no las observabas con detenimiento.

Volvió a tenderme la mano, posé de nuevo la mía sobre esta y de repente pude ver a una mujer de cabellos ondulados y rubios como el sol, que adornaba con una corona de flores blancas. Tenía los ojos verdes, la piel de porcelana y una nariz delicada, parecía haber sido esculpida en el mejor mármol del Valhalla. La observé a través de los recuerdos de Niels, igual que al hombre que había junto a ella. Hasta que el elfo me echó de sus recuerdos para devolverme a la realidad.

—¿Quiénes son?

—Mi familia —dijo con su vocecilla.

Me fijé en sus ojos, eran tan claros que parecían blanquecinos, pero en ellos pude atisbar un ligero color grisáceo que los hacía fríos como el hielo.

—¿Tu familia?

—Sí...

—Llévame con ellos, Niels.

Miré de reojo a mis amigos, quienes no dejaban de observarnos con atención, sin entender qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Quién se acerca? —gritó un joven a la entrada del poblado que habían creado los Dökkvalkyr.

Niels corrió hacia la puerta de la gran muralla de madera que recubría las casas, fue entonces cuando el joven de cabellos oscuros nos vio. Hizo una mueca, y se movió nervioso donde se encontraba. Sujetó con fuerza el mango de la espada que descansaba en el cinto que llevaba, pero no llegó a sacarla.

—Yo que tú no lo haría —le dijo Eiliv.

—¿Quiénes sois? —preguntó, asustado.

Dirigí una mirada a los valkyr para que se quedaran en la linde, antes de llegar a la zona despejada que daba paso a la entrada, y eso hicieron. Me acerqué al muchacho, quien no apartaba la vista de mí. Parecía estar lleno de bondad y dulzura, no parecía un guardián, y mucho menos un guerrero.

—Yo soy Lyss —le extendí la mano, pero no me hizo caso.

La miró receloso y se resistió.

—¿Lyss? —preguntó arrugando su entrecejo.

—Soy una valkiria, y vengo del Valhalla.

—Del Valhalla... —escuché cómo murmuraba un hombre a su espalda.

Se dio la vuelta rápidamente, y tras las grandes puertas apareció un hombre bastante alto, con una frondosa barba oscura como la noche, igual que su pelo, pero no como sus ojos, que eran verdes como la hierba.

—¿Así que Lyss del Valhalla? —repitió.

—Así es, señor.

—¿Y ellos?

Eché un vistazo a los valkyr, y les miró con desprecio, a la vez que negaba con la cabeza. Dio un paso adelante, apartó al muchacho que nos habíamos encontrado y tomó una de las manos de Niels, para colocarlo a su lado.

—Ellos no lo son —murmuró sin apartar la vista de Eiliv—. Será mejor que os marchéis, muchachos, si no queréis meteros en problemas.

Me interpose entre su mirada y la de Eiliv, no iba a dejar que se marcharan y me dejaran allí sola.

No tenía miedo, pero si ellos no estaban y algo ocurría de nada habría servido intentar llevar a cabo mi cometido.

—No pueden marcharse.

—¿Eso quién lo decide? ¿Tú? —espetó de malas formas.

—Ellos vienen conmigo —sentencié.

Una mano se posó sobre mi hombro derecho y lo apretó ligeramente. No había nadie más, por lo que giré la cabeza lo suficiente como para poder ver la hermosa mirada de Eiliv.

—Lyss, no te preocupes —dijo en voz baja, pegado casi a mi oreja—. Consigue que Tyra se quede contigo, yo esperaré.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo que haga falta, pero no me marcharé sin ti.

Bajé la vista, no sabía por qué, pero Eiliv, a pesar de tener esa chulería y esa arrogancia en según qué situaciones, tenía un corazón enorme que no le cabía en el pecho.

—Te lo prometo —susurró.

Esbozó una media sonrisa, juntando su frente a la mía. Suspiré cerrando los ojos, intentando contener el nerviosismo que empezaba a nacer en mí.

—¿Sí?

—Sí.

Besó una de mis mejillas, tras eso cogió su bolsa, dio media vuelta y volvió por donde habíamos venido. Sabía que no iba a dejarme sola, pero, aun así, me sentía más reforzada estando con él a mi lado. Igualmente seguía teniendo a Tyra conmigo.

—Él se va, pero ella se queda.

La miró de arriba abajo, hizo una mueca y sin decir nada más, se dio la vuelta para volver al interior del fuerte que se habían construido. A mis espaldas las puertas se cerraron, dos grandes hombres se encargaron de ello, fuertes, rudos, e imponentes como Argus.

El pequeño Niels se dio la vuelta y me saludó con la mano a la vez que seguía caminando de la mano del hombre, quien parecía ser muy duro, pero, sin embargo, podía ver la bondad que había en su interior, si no el elfo no habría ido a su lado tan tranquilo.

Cuando la gente escuchó que entrábamos y que las puertas se cerraban, se asomaron a las ventanas y a las puertas de las casas más cercanas, mirándonos asombrados. Tyra jamás había visto a ninguno de ellos, por lo que no me extrañaba que se sintieran sorprendidos al verla. Según me había contado Stephen, la ruptura del clan había sido hacía tiempo, ni siquiera ellos existían. Para que los guerreros de los dioses fueran eternos aquí en el Midgard se realizaba un ritual al llegar a los veinticinco años para las mujeres y a los veintiocho para los hombres, en el que los dioses otorgaban la inmortalidad a aquellos que se mostraban ante ellos. Su vida era eterna, pero se les podía herir, igual que a nosotros.

El hombre abrió las puertas de una de las casas más cercanas al lago que resguardaba al pequeño poblado. Se hizo a un lado, dejando que fuese Niels quien pasara primero, y luego lo hicimos nosotras.

—Adelante.

—¡Dyre! —exclamó el pequeño.

—Hola, mi pequeño rayo de luz.

Abrazó al niño, y le hizo sentarse sobre su regazo.

Era ella, la mujer que había visto en los recuerdos del elfo, tan perfecta como entonces, esculpida por los dioses, y delicada como una flor. La observé con detenimiento, me recordaba a alguien, pero no conseguía averiguar a quién.

—Orn... —murmuró al vernos.

Sujetó un cuchillo que reposaba sobre la mesa de madera que había en el centro del salón al que habíamos llegado nada más cruzar la puerta.

—Tranquila, son amigas, madre. —Sonrió Niels.

—¿Sí? —preguntó la mujer, mirando al niño.

—Ajá —asintió.

El hombre, el cual deduje que se llamaba Orn, dejó el abrigo que le cubría sobre uno de los muebles y se sentó. Con un ligero movimiento de cabeza, nos pidió que hiciéramos lo mismo, así que obedecimos sin más.

Fijó los ojos en los míos, provocando que un escalofrío erizara mi vello e hiciera que un nudo de nervios naciera en mi estómago. Aquel hombre imponía, y mucho, era como un oso, tan salvaje como feroz, no entendía por qué, pero así lo sentía.

—¿Qué demonios habéis venido a buscar? —gruñó.



—Cómo te he dicho, he bajado desde el Valhalla para ayudaros.

—¿Ayudarnos? —preguntó Dyre alzando una ceja—. No necesitamos que nadie venga a ayudarnos.

Orn miró a la mujer de reajo, lanzándole una mirada asesina, a lo que ella contestó desviando la vista. No le había gustado su comentario, y a pesar de que estuviera pensándolo no debería haberlo hecho.

—¿Cuántos habéis descendido?

—Algo más de una veintena —le expliqué.

—Debo suponer que estáis junto a esos traidores. —Miró a Tyra con mala cara.

—¡No somos traidores! —exclamó—. Nadie os echó, ni os dijeron que os marcharais. —Añadió la valkyr con los ojos llenos de lágrimas por sus duras palabras.

A pesar de no haber vivido aquel doloroso momento, era capaz de sentir la pena que había en sus gentes, el ver que ni siquiera podían hablar de ello sin que alguien se molestara a causa del rencor que había llegado a asolar sus corazones.

—He dejado que te quedes, valkyr, no hagas que me arrepienta —gruñó entre dientes.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, Orn era un hombre rudo y salvaje, podía sentirlo, verlo en la energía que emanaba de todo su cuerpo. Incluso con el simple hecho de mirarle a los ojos me daba cuenta de ello.

—Orn... —murmuré, llamando su atención.

Fijó su mirada en la mía, apreté la mandíbula y proseguí:

—Los dioses no nos avisaron de lo que ocurría aquí, no sabíamos que el clan se había dividido y mucho menos que vuestros líderes estaban... —carraspeé—. Desaparecidos.

—No, no lo están —espetó—. Sigrún acabó con Helgi, esa hija de Hela mató a mi hermano —dijo en voz baja, lleno de dolor y de rabia.

—Eso no lo sabéis... —puntualizó Tyra.

Le lancé una mirada para que se callara, no era momento de que les echara en cara nada de lo que había sucedido años atrás.

—Cuéntame lo que pasó, Orn —le pedí—. Si hemos venido a detener el Ragnarök y a esos hijos de Loki, tendré que conocer lo que aconteció.

Dyre se puso en pie, dejando al pequeño Niels sentado en su silla, y calentó un poco de agua para preparar té.

—Mi hermosa *svanr*^[22], será mejor que te llesves a Niels.

La mujer asintió, subió a la parte superior de la casa y, poco después, apareció una muchacha de cabellos dorados que no le llegaban ni a la altura de los hombros.

Cogió la mano del pequeño y, tras mirarnos extrañados, se lo llevó.

—Karena se encargará de él —anunció.

—Bien.

Dyre volvió a ocuparse del té mientras Orn no me perdía de vista, había algo que le llamaba la atención, que hacía que fuese a escucharme, podía verlo en cómo me miraba, era distinto a como lo hacía con Tyra. Cerró los ojos y negó con la cabeza varias veces. No comprendía por qué lo hacía hasta que poco después acabó hablando.

—No me puedo creer que ese maldito, padre, os haya mandado sin explicaros nada —murmuró molesto—. Una vez más jugando con nosotros...

—¿Por qué dices eso? —Estaba confusa.

—A Odín le gusta el juego, inocente valquiria... Casi tanto como a Loki, solo que él no tiene la maldad que invita al otro a acabar con todos.

—No hable así de padre —le pedí.

—¿Es que acaso no os ha ocultado lo que realmente estaba pasando en el Midgard?

Fijé la vista en la suya, necesitaba que me aclarara todo lo que no era capaz de leer entre líneas.

—No nos ha contado lo que pasó en el clan, solo eso.

—Pobrecilla...

No dije nada, me mordí la lengua, esperando a que me explicara qué era lo que realmente pasaba y por qué me estaba hablando así.

—Habla claro —espeté, cansada de tanto misterio.

—Mira, Lyss —dijo Dyre acercándose—, los dioses os han engañado, no os han contado cómo nuestro clan se dividió cuando sus líderes murieron o, mejor dicho, cuando Helgi murió. —Dejó una taza de té frente a mí y otra para Tyra—. Sigrún y él habían discutido la noche anterior, algo les hizo pelearse con violencia, todos nos extrañamos ya que siempre habían sido una pareja indestructible, hasta que algo cambió.

Le dio un sorbo al té, cogiendo fuerzas y prosiguió con su relato:

—La noche pasó fugaz, nadie escuchó nada, ni lo vio. —Suspiró—. A la mañana siguiente, ambos habían desaparecido, no habían dejado ningún rastro ni siquiera una nota... —Miró a Orn que permanecía en silencio, dejando que ella fuese quien nos narrara la historia—. Sigrún era como una hermana para mí, igual que lo era Helgi para Orn. Estuvimos buscándolos durante semanas, incluso meses sin encontrar nada. Pero, entonces...

—¿Entonces qué? —le interrumpió Tyra.

—Nos encontramos con el cuerpo sin vida de Helgi. —Su voz se apagó y sus ojos se llenaron de lágrimas al recordarlo.

Desvió la mirada hacia una de las velas que había sobre la mesa de madera de roble rojo en la que nos habíamos juntado. Pasó una de las manos por su frente, y se

tapó los ojos durante unos segundos.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté preocupada.

—Buscamos sin descanso a Sigrún, por todas partes. Recorrimos toda Noruega, llegando a territorios en los que jamás habíamos estado solo por intentar encontrarla —explicó ella.

—Pero no tuvimos esa suerte —añadió Orn.

—No... —prosiguió Dyre—. Sigrún se había marchado, había cambiado de bando, no creía en nuestra lucha.

Un quejido ahogado lleno de dolor se escapó del interior de la mujer, se mantuvo en silencio hasta que fue Orn quien tomó el control.

—Sigrún había decidido abandonarnos y marcharse junto a los elfos oscuros. Loki había entrado en su cabeza, había corrompido su alma hasta llegar al límite de ser capaz de asesinar al que decía ser el amor de su vida. —Hizo una pausa tomando un sorbo del té—. Ahora me pregunto si realmente su amor era tan puro y fuerte, si alguna vez lo fue o si tan solo era una pantomima con la que conseguir su objetivo.

—¿Cómo puedes decir eso de Sigrún? —preguntó Tyra.

—Quien sabe, valkyr, tal vez nunca amara a nadie y tan solo fuera una más de los secuaces de Loki. —Negó con la cabeza—. Ese maldito tramposo se llevó a quienes más queríamos.

Vi su mirada perdida, cómo se había sumido en sus propios recuerdos al contarme lo que había ocurrido.

—Jamás quisimos alejarnos, pero no había otra salida —aseguró él.

—¿Cómo no iba a haber otra salida? ¡Siempre hay otra opción! —exclamó la valkyr, decepcionada.

—No, Tyra —le contestó Dyre—. Los de tu clan nos repudiaron por no pensar como ellos, obligándonos a partir, alejándonos de todo lo que habíamos amado.

Las lágrimas brotaron de los ojos de mi amiga, haciendo que mi alma se partiera. Un rayo cruzó el cielo, ocasionando que un fuerte trueno resonara en los nueve reinos, siendo capaz de partirlos todos. Algo había hecho que Thor sintiera alguna cosa fuera de lo normal, pero así era. La lluvia empezó a caer, repiqueteando contra los techos de madera y las ventanas que nos aislaban del exterior.

—Thor... —murmuré.

Un minuto después alguien empezó a golpear con fuerza la puerta principal, hasta que Orn fue a abrir. Una mujer muy distinta a las demás, parecía salida de la era en la que reinaban nuestros antepasados, los vikingos. Sus cabellos eran blanquecinos a pesar de que aparentaba ser bastante joven, no había ni una sola arruga en su rostro, y vestía con ropajes propios de los que ya no existían en la Tierra. El vestido chorreaba, y las pieles de la capa que la cubrían también.

—Karin —dijo Orn en voz baja nada más verla.

—Tú. —Alzó la mano y me señaló.

Tragué saliva, asustada, haciendo que vinieran a mí esos sueños de los que ya creía haber escapado y que volvían una vez más.

* * *

—Lyss —me llamó con su ronca voz.

No dejaba de mirar hacia todos lados, buscándole entre los árboles. Corría de un lado para otro, sabía que le encontraría, siempre lo hacía. Sujeté con fuerza el arco que me había dado madre, preparada para herir a cualquier oso que intentara ponerse en mi camino.

—¿Por qué tardas tanto, pequeña?

Dejó ir una sonora carcajada que me avivó el alma y las ganas de cazarle, de abrazarme a él como si no pudiera dejar de hacerlo. Había ocasiones en las que sentía el miedo a que padre y madre descubrieran lo que había encontrado. Jamás me creerían, tendrían miedo de que algo me ocurriera.

—Mi vikinga, ven.

* * *

«Ven a mí», resonó en mi cabeza cuando volví a ser consciente de lo que estaba ocurriendo.

Parpadeé perdida, angustiada e incluso algo mareada. Todos me miraban, incluso Tyra lo estaba haciendo. La mujer se acercó a mí, por lo que rápidamente sujeté el *geirr* contra mi pecho.

—Los dioses hablan de ti, valkiria.

Orn me miró perplejo, pero no dijo nada, permitió que la mujer que acababa de llegar, avanzara.

—La guerrera pelirroja atravesará la tormenta —me miró a los ojos—, guiará a su clan, salvaje, rauda, y capaz de acabar con cualquiera. El ocaso de los reinos llegará, y solo ella podrá detenerlo o avivar la llama del desconcierto.



—No habla de mí —espeté.

—Claro que lo hace, valkiria —exclamó la mujer con malas formas.

Negué con la cabeza, yo no había liderado a nadie, y no podía ser la causante ni la liberadora del Ragnarök. Esa völva no hacía más que equivocarse, en ningún caso podría ser yo.

—No, claro que no —contradije a la mujer—. No soy la líder de nada, ni siquiera querían que descendiera al Midgard.

Me miraron perplejos, y luego entre sí.

—Freyja se opuso a mi bajada, pero Thor y Odín no estuvieron de acuerdo con ella.

—¿Solo te han dicho eso, Karin? —preguntó Orn, con preocupación.

La mujer negó varias veces, se deshizo de las pieles que le cubrían, cogió una de las sillas y se sentó junto al fuego que tenían encendido en el salón. Pasó sus manos por encima de este, haciendo que las llamas bailaran, echó la cabeza hacia atrás y por un momento creí que algo malo le había pasado, ya que dejó ir un profundo grito que asustó a Tyra.

—Calla, valkyr —gruñó Orn.

Cuando la mujer abrió los ojos, no había ni rastro del marrón tierra, eran completamente blancos, como si se hubiera quedado ciega.

—Los dioses enviarán ayuda, Orn —murmuró—. Los dioses... han hablado en los nueve reinos, Hugin y Munin traen un mensaje.

—Los cuervos de Odín viajan por Yggdrasil, pendientes de lo que ocurre, saben lo que pasa y no son capaces de mover un solo dedo para explicarnos cómo combatir a los malditos elfos.

—Valkiria, no te ofusques —me pidió Karin—. Hamingja llegará, pero no seremos capaces de salvarnos de Garm cuando Hela abra las puertas del inframundo. La muerte asolará el Midgard, y junto a ella Sköll y Hati.

—La noche y el día caerán, ¿no es así? —Esta vez fue él quien preguntó.

—La oscuridad arrasará este reino, Orn —dijo en voz baja—. Pero, no solo eso... Los elfos de la luz saldrán ágiles de sus escondrijos, y viajarán por todo el mundo, conectando a aquellos que oigan la llamada de Odín.

La cabeza de la völva cayó hacia adelante, parecía haber perdido el conocimiento, por lo que corrí a ayudarla, su cuerpo estaba inclinándose hacia el fuego.

—La valkiria pelirroja, la valkiria pelirroja... El elfo la embrujará, robará su corazón, lo arrancará y retorcerá hasta que caiga en las manos del traidor —repetía una y otra vez—. La valkiria pelirroja...

—¿La habéis escuchado? —pregunté, temerosa.

Cuando la oí di un paso hacia atrás, hasta que caí al suelo, estaba perdiendo la cabeza, o tal vez era yo quien se había vuelto loca.

—¿Qué se supone que deberíamos haber escuchado? —preguntó Dyre.

Miré fijamente a la mujer, quien no dejaba de repetirlo, parecía haber entrado en un bucle del que no podía salir. ¿Cómo no podían oírlo? Negué con la cabeza, no podía ser que me estuviera pasando eso a mí. Pensé que quizá tuviese alguna relación con los sueños que estaba teniendo últimamente, pero no conseguía sacar nada en claro.

—¿Lyss? —preguntó Tyra, asustada.

Negué con la cabeza un par de veces, intentando salir de todo lo que me rodeaba, del desconcierto que había tomado el control de mi cuerpo.

—Yo... —dije en voz baja—. No es nada, solo necesito centrarme.

La mujer volvió en sí dejándonos a la valkyr y a mí pasmadas ante lo ocurrido, jamás habíamos visto algo igual. Tenía que hablar con ella, necesitaba saber a qué se refería con lo que había dicho y qué tenía que ver yo con todo lo que iba a pasar.

—Karin, siéntate con nosotros —le pidió Dyre—. Te serviré una taza de té si así lo deseas.

Nos hicimos a un lado para que la mujer pudiera colocar la silla en la que había estado sentada, pero entonces dijo que no con la cabeza.

—No, no hace falta —aseguró mirándome directamente a los ojos y sin parpadear—. Será mejor que os deje solos.

Dyre hizo una mueca, y poco después vimos cómo la mujer se levantaba, recogía las pieles que anteriormente la cubrían y desaparecía tras la puerta por la que había entrado hacía unos minutos que a mí se me habían hecho eternos.

—Lyss —me llamó Orn.

El tono de su voz había cambiado, era más leve y sosegado, igual que lo era su expresión, ya no parecía tan amenazante como al principio. El mensaje de la völva les había hecho cambiar de idea.

—Lamento haber empezado así, de verdad... —murmuró—. Cuando alguien viene desde el otro lado del territorio sentimos que no hace ningún bien a nuestro clan, pero tal vez es hora de que ambos lados abramos los ojos.

—Eso es lo único que quiero —admití.

El hombre asintió, y se levantó de la silla.

—Me gustaría que pudierais descansar un poco, esta noche celebraremos una gran fiesta junto al resto del clan —nos explicó—. Dyre os acompañará a vuestras habitaciones.

—Pero...

Orn fijó la vista en Tyra, quien empezó a hablar:

—¿Y Eiliv?

—Él no puede venir —sentenció.

Durante unos segundos me quedé perpleja, ¿es que acaso creían que nosotras éramos más débiles? ¿O tal vez pensaban que no seríamos capaces de acabar con ellos si se terciaba? Seríamos capaces de todo, y de nada, lo que no debían hacer era juzgarnos.

—¿Por qué? —pregunté tras beberme el último sorbo de té.

—Simplemente no puede hacerlo, no creo que los hombres aceptaran a alguien como él en el clan.

No entendía lo que estaba diciendo, ¿por qué no iban a dejar que Eiliv se adentrara en su clan? Jamás haría nada que pudiera herirles.

—¿Alguien como él?

—Sí, un Lettvalkyr.

Pasé una de mis manos por el brazo de Tyra, podía sentir su rabia al escuchar cómo Orn hablaba de los Lettvalkyr, claro que a ella no la trataban de la misma forma porque infravaloraban su capacidad por el simple hecho de ser mujer.

—Será mejor que subáis a descasar, como ya he dicho.

Dyre asintió, igual que lo hicimos nosotras. La mujer cogió una de las bolsas, pero no dejé que lo hiciera con la otra.

—Seguidme.



—Lyss, no podemos dejar que nos ninguneen así... —dijo Tyra cuando Dyre cerró la puerta para marcharse.

Puse el dedo índice sobre mis labios, indicándole que se callara. No sabíamos si podía haber algo o alguien que estuviera escuchando lo que hablábamos, y mucho menos si realmente se podría volver en nuestra contra.

—Tyra, tenemos que ser pacientes, unir a los clanes y luchar conjuntamente contra los elfos oscuros y los hijos de Loki —le dije intentando hacerla entrar en razón, cosa que parecía difícil—. Para eso nos han enviado los dioses, valkyr, tenemos un cometido que cumplir, las valkirias y los einherjars tenemos que luchar a vuestro lado y acabar con todo el mal que está asolando la Tierra.

Dejó ir un fuerte suspiro, se tapó el rostro con las manos, se sentó en una de las camas que había en la habitación y poco después volvió a alzar el rostro para mirarme con atención.

—Si eso es lo que hay que hacer, lo haremos, pero los dioses nos deberán una y bien grande.

—Pues será mejor que esperes sentada a que te devuelvan el favor, valkyr.

Abrí mi bolsa, y de ella saqué un jersey ancho, lo suficiente como para no helarme bajo la lluvia que aún seguía cayendo. Guardé mi *geirr* en el cinto que colgaba de mi pantalón, una pequeña daga en el interior de mi bota, y me preparé para salir de la casa.

—¿Dónde vas? —preguntó con desconcierto.

—A investigar.

Me coloqué la chaqueta de cuero sobre el jersey y salí. Bajé las escaleras poco a poco, podía escuchar cómo Orn y Dyre discutían en voz baja, intentando que nadie les escuchara, aunque era imposible no hacerlo. Traté de no hacer ruido, quería conseguir oír algo de lo que decían, pero era demasiado difícil, hasta que escuché un ligero murmullo.

—No podemos dejar que la valkiria lo averigüe y mucho menos que esa Lett permanezca aquí con los nuestros.

—Dyre... —murmuró Orn.

—No, Orn —dijo con desdén—, la deshonra caería sobre nuestra familia y, no habría vuelta atrás.

Antes de que pudieran verme, acabé de bajar las escaleras, escondiéndome tras la madera y me quedé quieta a los pies de esta.

—Siempre hay una segunda oportunidad, mi vida.

Vi que Orn acercaba una de sus manos al rostro de Dyre a la vez que ella se apartaba para que ni siquiera pudiera rozarla.

—No las hay —espetó con pesar—. No para nosotros.

¿A qué se refería Dyre? ¿Qué era aquello que podría tirar por los suelos la honra de su familia?

Fruncí el ceño, subí varios peldaños y poco después los bajé de nuevo para simular lo que había hecho minutos atrás. Permanecieron en silencio durante unos segundos, hasta que aparecí.

—Ehm... —dije en voz baja al aparecer—. Lo siento..., necesito tomar un poco el aire. —Murmuré.

—Será mejor que te acompañe Karena.

—No, no hace falta —decliné su ofrecimiento para que la mujer, que se había llevado al niño antes, viniese conmigo.

—Insisto —dijo Orn.

Hice una mueca, quería estar sola, pensar en lo que la völva había dicho de mí y la profecía que había caído sobre el Midgard, pero sobre todo en lo que acababa de escuchar. Debía descubrir lo que se escondía en torno a la pareja, y qué era lo que ocultaban a los demás miembros de los valkyr.

—Orn —le interrumpió Dyre—. Si Lyss quiere estar sola no obligues a Karena a ir con ella.

Miré a la mujer, quien parecía haber tomado una determinación respecto a mí. El rencor que había mostrado con la valkyr y conmigo nada más llegar había cambiado hasta convertirse en respeto e incluso algo de afecto.

—Gracias, Dyre.

Hizo un pequeño gesto con la boca, como si fuera una leve sonrisa que no quería esbozar, pero que, aun así, fue imposible esconderla. La mujer no dejaba de cortar verduras, tenía una torre que era incluso más alta de lo que podía llegar a caber en la olla.

Asentí ligeramente y le sonreí, al contrario que a Orn, quien parecía querer tenerme controlada en todo momento, igual que haría con Tyra. Pero ella no se dejaría engatusar, encontraría la manera de escabullirse del control del rudo líder de los Dökk con tal de no sentirse atrapada.

—No tardaré.

—Lyss —me llamó antes de que pudiera abrir la puerta.

Me giré para mirarle, y fue en aquel momento en el que me lanzó un cortavientos, bastante grande.

—Será mejor que te pongas esto —me dijo—. La lluvia de Noruega es demasiado fría como para salir así.

—Gracias...

Al salir me encontré con un muchacho de cabellos rizados, oscuros como la noche y de ojos claros como la luz del día, parecían estar llenos de bondad. Llevaba puesto un abrigo grueso, con una capucha muy grande que le cubría por completo y le aislaba de las débiles gotas de lluvia que persistían. No era mucho más alto que yo,

tan solo unos centímetros que apenas se apreciaban. Fijó sus bailarines ojos en los míos, y dibujó una amplia sonrisa en los labios que me hizo sentir bien, parecía distinto al resto de los que allí vivían. Era audaz, se mostraba seguro de lo que hacía, pero a la vez compasivo.

—Buenas tardes.

Me saludó con la mano, mientras se acercaba a donde me encontraba. Cuando estuvo frente a mí, volvió a estudiar mi rostro con detenimiento, igual que lo hizo con todo mi cuerpo.

—Buenas tardes.

—¿Y tú eres? —preguntó curioso.

—Lyss —le extendí la mano—. ¿Tú?

Miró mi mano, y acto seguido la sujetó con firmeza.

—Daven Wood.

Asentí un par de veces, sin apartar la mirada de la suya. Alcé la vista al cielo cuando un fuerte trueno resonó en lo alto del firmamento. La tarde parecía noche, y las estrellas habían tomado lugar entre las nubes.

—Un placer.

—¿De dónde has salido? —preguntó de nuevo.

Negué con la cabeza, ¿de verdad me preguntaba aquello? Puse cara de asombro sin acabar de entender su reacción.

—Soy una valkiria, los dioses me han enviado al Midgard para ayudaros a acabar con esos malditos bastardos que no dejan de amenazar a los que vivís en este hermoso reino.

Asintió con lentitud, sin apartar sus ojos de los míos. Daven no parecía ser como Orn, ni siquiera como Dyre, aparentaba ser duro pero a la vez considerado y justo.

—Así que Lyss, una valkiria bajada desde el Valhalla, supongo, para ayudar a los valkyr a que detengamos el Ragnarök.

—Ajá —asentí.

Daven ladeó la cabeza, lo suficiente como para poder ver lo que había detrás de mí. Me giré rápidamente, pero el ser que había, se desvaneció.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—No es nada —se apresuró a decir.

Negué con la cabeza, no iba a engañarme. Se había puesto nervioso, podía notarlo en la energía que desprendía. Le miré con mala cara, por lo que acabó chasqueando la lengua y aceptando.

—Es un landvaettir, Lyss.

—Un espíritu de la tierra... —murmuré.

Había escuchado hablar muchas veces de ellos. De la fuerza que tenían, y de cómo eran capaces de pasar desapercibidos si así lo querían, eso era lo que habían hecho, se habían escondido para que no fuera capaz de captar el halo.

—¿Solo ellos habitan estas tierras?

El joven me dijo que no, fijó sus ojos en los míos, y dio media vuelta, pidiéndome que le siguiera. Nos adentramos en el bosque, podía oler la humedad de la lluvia en la tierra, las ramas que se quebraban bajo nuestros pies, y cómo las suelas de nuestros zapatos dejaban el rastro en la arena.

—¿Quién más las ocupan?

—La völva ha hablado de cientos de seres, de los enanos, de elfos de la luz que han conseguido escapar de las garras de los svartálfar —me explicó—. Lucharán a nuestro lado, pero debemos cuidar aquello que es nuestro.

—Pero... —murmuré.

Los elfos oscuros habían acabado con la gran mayoría de la población de elfos de la luz, Niels era el primero que había visto en toda mi vida, y ni siquiera era capaz de sobrevivir solo.

—Lyss, los elfos son rápidos, saben cómo ocultarse, y los landvaettir los ayudan para que les sea más sencillo.

Abrí los ojos asombrada hasta que conseguí que mis palabras volvieran a salir de mi boca:

—Se están protegiendo entre sí...



—Así es, igual que lo hacemos nosotros, valkiria.

—Daven, ¿qué sabes de la vólva?

El joven se quitó la capucha del abrigo, desvió los ojos, clavándolos en el suelo, tragó saliva y volvió a mirarme.

—Será mejor que volvamos al poblado —miró hacia la lejanía en la que se encontraban las casas—, aquí no estamos protegidos.

No entendía por qué había dejado de fiarse de mí, estaba a punto de contarme lo que escondían aquellas tierras, y de repente había cambiado de opinión, ¿es que algo le había molestado?

—Daven, necesito saber de qué habla realmente la profecía —insistí.

Fijó la mirada en mí, a la vez que negaba con la cabeza. Se encaminó hacia la zona de arena que conducía al interior del poblado y, tras eso, se giró lo suficiente como para poder decirme mediante un ligero movimiento que debía ir con él. Corrí hacia donde se encontraba, lo cierto era que se movía con rapidez, más de la que jamás pensé que un valkyr llegaría a hacerlo.

—Lo sabrás cuando llegue el momento, Lyss.

—Pero, Daven...

Antes de que pudiera decir nada más, alguien carraspeó a mi espalda, haciendo que mi corazón se acelerara y los nervios que habían nacido en mi estómago, volvieran a recorrerme una vez más. Al girarme me encontré con un hombre alto, fuerte, y con una apariencia salvajemente elegante, parecía feroz, amenazante y duro, su belleza era parecida a la de Orn, pero a la vez era distinta.

—Lyss... —dijo Daven a mi espalda.

Ni siquiera le miré, no podía apartar los ojos de los del indómito hombre que tenía en frente. Era tan diferente que el simple hecho de dejar de observarle se me antojaba algo demasiado difícil.

—Lyss —volvió a llamarme.

—¿Hmm? —murmuré.

No quería dejar de prestarle atención, pero la insistencia de Daven así lo requería. Giré la cabeza, lo suficiente como para mirarle de reojo y no perder de vista al otro.

—Él es Ulric, hermano de nuestro líder, y caudillo de nuestro grupo de guerreros —me explicó—. Nuestra seguridad está en sus manos.

No dejé de observarle, sobre sus hombros colgaba un arco, y en la cinta lo acompañaban dos grandes hachas. Pero no solo llevaba aquellas armas, sino que en su cinturón también se balanceaba una espada de gran tamaño.

—Señor, esta es Lyss, ella...

—Sé quién es.

Me fijé en su rostro, en cómo una gran cicatriz lo cruzaba, a pesar de que parte de la barba la cubría. Sus ojos eran los más vivos y verdes que había visto jamás, conseguían incluso atravesarme el alma.

—¡Daven! —llamó un niño al Dökk.

Miré al pequeño, tendría una edad similar a la de Niels, pero era más alto y delgado de lo que lo era él. Ulric dio un paso al frente, por lo que no pude evitar retroceder inconscientemente. Tragué saliva y antes de que pudiéramos decir nada más, el niño se acercó e insistente tiró de la mano de Daven.

—Tenéis que volver.

—¿Eso quién lo ha ordenado? —preguntó Ulric con su grave voz.

El pequeño fijó los ojos en el hombre, y poco después bajó el rostro para esconderse tras las piernas de Daven.

—No te escondas de tu padre —alzó la voz el guerrero.

El niño se colocó junto a Daven, intentando cogerle las manos, pero no lo consiguió, así que juntó las suyas, entrelazando sus deditos entre ellos.

—Nysse —le llamó.

—¿Sí, padre?

No se acercó a él, ni siquiera fue capaz de alzar la vista.

—Ha sido tío Orn... Él nos ha pedido que os buscáramos...

—¿A ti y a quién más?

Su voz era tan grave e intimidante que incluso su propio hijo se sentía amedrentado por su fuerte apariencia.

—A Karena y a mí, ella lleva a Niels consigo.

—¿Cómo?

Asintió dos veces, giró la cabeza lo suficiente como para poder mirar a Daven, y cogió una de sus manos, esta vez sí, con algo más de suerte. Parecía que Ulric era un hombre frío, distante con los suyos, con todo el mundo, y con un corazón de hielo, ¿pero realmente era así? Di un paso al frente armándome del valor del que me había despojado con un solo vistazo.

—Señor... —No me permití el lujo de llamarle por su nombre—. He bajado del Asgard para ayudarles, no solo yo estoy aquí, un buen grupo de guerreros también.

No dijo nada, permaneció en silencio, y así, sin decir nada más se marchó, adentrándose en el bosque, sujetando una de las hachas, preparado para atacar a cualquiera que se cruzara en su camino.

—Será mejor que nos marchemos.

Dos horas después las mujeres del poblado nos habían cambiado por completo de ropajes, ni siquiera parecíamos las mismas. Sus costumbres eran tan distintas, tan antiguas y ancestrales como las de nuestros antepasados.

Me miré en el espejo y lo que vi me hizo sentir confusa, jamás me había sentido como en aquel momento, ni siquiera parecía yo. Me habían ataviado con un largo y

hermoso vestido rojizo, mi cabello ahora lucía recogido con algunos mechones que se habían decidido escapar.

Cuando Tyra apareció tras la puerta no pudo evitar dejar ir una sonora carcajada, y negó con la cabeza. Iba realmente hermosa, todo lo que escondía esa ropa algo grande con la que solía vestir se veía realzado por el vestido que se ceñía a su tronco y poco después se ensanchaba.

—Parece que hemos salido de una película.

Volvió a reír como una cría, lo que me divirtió en cierto modo. Hacía demasiado que no era capaz de reírme, el mal que asolaba la Tierra era tan grande que conseguía apagar mi alma.

—Aun así estás preciosa —le dije.

Sus mejillas se sonrojaron, por lo que no pude evitar sonreír.

—Tú también —contestó.

—Gracias.

Se abrazó a mí, a la vez que cerraba los ojos inconscientemente. Había tantas cosas que no entendía desde que había bajado al Midgard, tantas... que era incapaz de apartar de mi mente las cientos de preguntas que se agolpaban en esta. Solo Tyra era capaz de hacerme volver a la paz y a la tranquilidad, era como un canalizador de todo ese mal que me rodeaba.

—¿Estáis preparadas? —preguntó Karena asomándose tras la puerta.

—Sí, ahora mismo salimos.

La muchacha asintió, la cerró y desapareció como si jamás hubiera estado allí. Cogí las manos de Tyra, rasgué la cinturilla del vestido lo suficiente como para que pudiera colocarle dentro uno de los puñales que había cogido antes de salir. Así estaríamos protegidas en cualquier momento.

—Escóndelo bien.

Ella asintió, hice lo mismo con el mío, y guardé otro más en el interior de una de mis botas. Miré fijamente a esos dos ojos claros que me observaban e hice un ligero gesto con la cabeza. De repente, y sin que nos lo pudiéramos esperar, unos tambores empezaron a sonar.



Bajamos rápidamente las escaleras. No sabíamos qué demonios estaba ocurriendo, ¿y si los elfos habían decidido atacar el territorio? Corrimos hacia el exterior y, al hacerlo, nos encontramos que tan solo se trataba de un ritual de agradecimiento a los dioses, al que estábamos llegando tarde.

Todos se habían vestido con sus pelajes, como los antiguos guerreros vikingos, era apasionante, no pude evitar sentirme impresionada por lo que estaba viendo.

Una gran hoguera brillaba en el centro del poblado, rodeada por alguna de las casas, entre ellas la de la vólva. La mujer iba vestida completamente de blanco, con un vestido que arrastraba por el suelo, de su pelo colgaban una decena de plumas de cuervo, tan negras como el ocaso de los dioses.

Sobre sus hombros yacía la piel de un oso, y su cabeza reposaba sobre la de la propia mujer.

—*Seiðkona*^[23] —alzó la voz Orn, llamándola.

Todo el mundo se reunió alrededor de la hoguera, expectantes, esperando a que la mujer se acercara a su líder. Las vólvas eran sacerdotisas de los dioses, guiadas por los mismos para orientar a aquellos que como yo y como los valkyr, éramos hijos de Odín. Pero, por alguna razón, Karin había permanecido con el clan desde que descendieron, ¿cómo habían permitido los dioses que se quedara?

—Señor —murmuró al encontrarse con Orn.

Dos hombres vestidos con pieles de oso se acercaron a la vidente con dos grandes cuencos de madera llenos de un líquido extraño. Mojó dos de sus dedos en él, y los colocó sobre su barbilla, dibujando dos largas líneas que llegaron hasta sus clavículas. Cuando terminó, fijó sus ojos en los míos, chasqueó los dedos e inmediatamente, los dos hombres que sujetaban los cuencos echaron la sangre que contenía, y con la que se había pintado, por encima de sus hombros y sus pechos, empapando toda la tela.

—Los dioses me han enseñado lo que las normas tejen en su telar, cómo Yggdrasil sigue resistiendo a los incansables ataques de esos seres que atormentan la paz que reinaba en el Midgard.

Cogió un cuerno tallado en forma de vaso, y le dio un largo sorbo a lo que contenía. Orn, quien se había colocado a su lado junto a Dyre, imitó su gesto, bebiendo del mismo cuerno.

—Los dioses han enviado a una elegida, una valquiria que traerá de su mano cientos de guerreros y nos guiará hasta el fin de los días —añadió en voz alta—. Solo ella y su puro corazón serán capaces de llevarnos al ocaso.

Los Dökk nos miraron a Tyra y a mí, asombrados, como si nunca antes hubieran visto a alguien que no fuera de su poblado. Supuse que hacía demasiado que los

clanes se habían separado, y aquella era la única realidad que tenían, un pequeño clan abandonado por sus dioses.

—¿Podemos fiarnos de ella? —preguntó uno de los hombres a la vez que me señalaba.

La mujer hizo una mueca y bajó del pequeño montículo en el que estaba subida, se acercó al guerrero, con un puñal en una de sus manos. Estaba tan cerca que podía incluso oler la sangre que había bañado la tela. Alzó una de las manos, con un rápido movimiento y, sin que nadie se lo esperara, cortó parte del ojo derecho al hombre.

—No oses cuestionar mi don, Axe.

Dejó ir un profundo gruñido, pero ni un solo lamento. Los guerreros de los dioses éramos fuertes, y no dejaríamos que nadie viera nuestra debilidad.

—No lo cuestionaba, Karin.

—Pues entonces deja de hablar —sentenció.

Todos la miraban expectantes, nadie estaba perdiendo detalle de lo que decía, salvo uno, alguien que no había estado en ningún momento. Ulric.

Miré hacia todos lados, hasta que le vi aparecer, con todo el cabello trenzado, cubierto con algo parecido a una capa cubierta de pelo de oso, similar a la que llevaba la völva. Fijó sus ojos en los míos, provocando que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza, aquel hombre tenía algo en su interior distinto a los demás, algo primitivo que era capaz de alterar mis energías.

Sujetó con fuerza su arco, colocó una de las flechas en él, la prendió con fuego y, sin pensarlo ni un solo momento, la lanzó al interior del bosque. La flecha recorrió varios metros hasta que acabó clavándose a los pies de alguien que había escondido entre los árboles. Uno de los hombres que había sostenido los cuencos de la vidente, hizo sonar un cuerno, avisándonos de que algo estaba ocurriendo.

—¡Un intruso!

—Atacad —gritó otro.

Cogieron sus escudos, espadas, hachas y lanzas, y se prepararon para ir a por él. Orn, junto a Dyre, nos ordenaron que permaneciéramos en el interior de las casas. Pero aquel no era mi cometido, era una guerrera, no una doncella a la que proteger, por lo que me deshice de las faldas de aquel vestido y me armé.

—Tyra, protege a Dyre, Niels y Nysse.

La muchacha asintió, le guiñé un ojo al pequeño elfo de luz y salí del interior de la casa. Corrí en la dirección en la que se habían ido el resto de guerreros, y no dudé en adentrarme en sus filas. Hasta que me di cuenta de quién era el individuo al que debíamos atacar.

—¡Eiliv! —exclamé.

No se rendía, su arma descansaba en el suelo, le estaban sujetando con fuerza dos jóvenes guerreros, pero, aun así, se movía incansablemente, preparado para escaparse y volver a golpearles.

Los jóvenes llevaban el labio superior partido, y un fuerte moratón en la frente.

—¡Soltadlo! —grité.

Pasé entre todo el mundo, a pesar de que no querían dejarme hacerlo. Golpeé a algunos de ellos que me impedían el paso, hasta que conseguí colocarme frente a Eiliv, a quien apuntaban con flechas y espadas.

Me arrodillé frente a él, miré con rabia a los hombres que le apresaban, apreté la mandíbula y poco después accedieron a soltarle.

—Cálmate, Lett —susurré contra su oído nada más verle.

Esbozó una leve sonrisa al sentir mis manos sobre su piel, cómo rozaba con mimo su mejilla, y poco a poco hacía que se apartaran los guerreros.

—Tranquilo, fiera —intenté calmarle.

Tenía la cara ligeramente magullada, enrojecida, y con restos de sangre que no sabía si era de los otros o suya. Su pecho subía y bajaba con insistencia, haciendo que su respiración fuera agitada. Puse una de mis manos en el centro de su torso, intentando calmar el nerviosismo que le recorría.

—¿Quién es? —preguntó uno de los guerreros.

—A ti eso no te incumbe —ladró Eiliv.

—Eiliv... —gruñí.

Orn se hizo paso entre la gente hasta que llegó donde nos encontrábamos, para mirar de quién se trataba. Al ver que no era otro que el Lettvalkyr, hizo una mueca y negó con la cabeza.

—¿Es que no te quedó claro la primera vez? —preguntó de mala manera, enfurecido.

—No me fío de gente como vosotros, Dökk —contestó entre dientes.

Lanzó un escupitajo a sus pies, despreciándolo, hasta que le di un golpe lo suficientemente fuerte como para que cayera de espaldas.

—Cállate —le ordené.

—Será mejor que te marches —añadió el líder.

—Sí, Eiliv...

—Estaba preocupado por ti, Lyss —admitió—, ¿es que no te das cuenta?

Se puso de rodillas como pudo, y poco después en pie, bajo la atenta mirada del resto de gente que nos rodeaba.

—No hay nada de lo que preocuparse. —Pasé una de mis manos por su herido rostro.

—Yo creo que sí.

—Dejadnos solos —les pedí.

Miré a Orn y a sus guerreros por encima de mi hombro, de reojo, lo suficiente como para poder ver que este hacía una mueca y poco después asentía un par de veces.

—Estaremos vigilando —aseguró.

—De acuerdo.

Antes de que Eiliv pudiera decir nada más, tomé una de sus manos y tiré de él hasta que nos alejamos lo suficiente como para poder tener más intimidad.

—Márchate, Eiliv —le dije—. Aquí ya no hay nada que hacer, Jae no será capaz de ponerte un dedo encima... Sabes cuánto cariño te tiene, igual que a Tyra. —Hizo un gesto de disgusto—. Y, tranquilo, no me pasará nada, me han enseñado a cuidarme solita.



Y eso hizo, Eiliv se marchó, dejándome con Tyra en territorio hostil, como le había pedido. No me asustaba estar en un lugar en el que no tuviera las cosas bajo control, nuestra vida en el Valhalla había estado basada en eso, en la incertidumbre. Nos habían preparado para ello.

—¿Dónde está? —preguntó Orn.

Se puso en pie cuando pasé junto a él. No tenía nada que temer, pero parecía que no podía evitar sentirse inquieto ante otro valkyr que no fuera de su clan.

—Se ha marchado —contesté sin ganas.

—¿Segura?

—Totalmente.

De repente el tiempo pareció detenerse, pude sentir el frío entrando en mi cuerpo, quebrando mis huesos, provocando que todo mi ser se estremeciera de pies a cabeza. Me di la vuelta, buscando algo, pero allí no había nada, tan solo Orn y yo, nadie más, ni siquiera alguno de sus guerreros.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Sí, claro que sí.

Volví a encaminarme hacia su casa, a pesar de que no me agradaba la idea de tener que permanecer bajo el mismo techo en el que vivía el hombre que nos mataría sin dudar si algo ocurría. Tragué saliva, y al llegar al centro del pueblo me di cuenta de que ya no había nadie, todos estaban reunidos en un gran salón.

—Ya está todo preparado para la cena.

Me asomé al interior de esta, y pude ver cómo todo el mundo bailaba, comía y cantaba igual que si les fuera la vida en ello. Tyra no dejaba de hablar con Daven, quien parecía haber entablado una fugaz amistad que se me antojaba más larga de lo que ellos creerían.

Cuando la joven valkyr me vio, corrió hacia donde me encontraba. Su gesto había cambiado, de una radiante sonrisa había pasado a una mueca de temor, por lo que al llegar a mí la abracé.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila. —Sonreí—. No ha sido nada... Tan solo Eiliv.

—¿¡Eiliv!?! —exclamó.

Abrió los ojos como platos, se pasó una de las manos por la cara y poco después volvió a mirarme.

—Ajá —susurré abatida.

—Pero... ¿de dónde ha salido Eiliv?

Parecía no entender qué había ocurrido, y la verdad era que yo tampoco sabía el porqué de que Eiliv se acercara al clan después de que Orn le hubiera dicho que se

marchara.

—Ha vuelto al poblado, intentando hablar con nosotras cuando lo han interceptado, durante el rito a los dioses.

—No me lo puedo creer... —murmuró preocupada.

Negó con la cabeza, una y otra vez. Por lo que pasé una de mis manos sobre su hombro, y me abracé a ella.

—¿Él está bien?

—Sí, tan solo un poco magullado, ya sabes cómo es... —le expliqué—. Se ha llevado algún golpe, pero está sano y salvo.

—Me alegra escuchar eso.

Dejó ir un sonoro suspiro y poco después miró hacia atrás.

—¿Entramos?

Le dije que no, me sentía tremendamente cansada, sin apenas energía con la que seguir adelante.

Aquella situación lo menguaba todo en mí, a pesar de que había sido un día bastante tranquilo.

—Mejor iré a descansar —contesté.

—Iré contigo —se ofreció.

—Disfruta de la fiesta de bienvenida, Tyra, no te preocupes.

Sonreí ligeramente, lo suficiente como para que se quedara tranquila y se marchara con el resto de los valkyr. Si se adentraba en su clan, y acababan encariñándose de ella, se darían cuenta de que en realidad no eran tan distintos.

—Hasta mañana, hermana. —Me abrazó.

Por un momento mi corazón brilló henchido del cariño que me daba aquella muchacha a la que apenas conocía, pero que ya se había convertido en una parte importante de mí.

* * *

Podía sentir una de sus manos acariciando mi rostro, cómo con dulzura y pasividad se acurrucaba junto a mi cuerpo en la cama, y cómo su calor acunaba todo mi ser, dándole una paz que jamás había tenido. Apenas podía moverme, pero nada importaba, la calma que sentía era capaz de eliminar todo terror. Habían sido tantas las noches en las que había dormido junto a mí, tantas que ni siquiera era capaz de recordarlas.

Las lunas habían pasado, igual que los años, y ya eran siete desde que lo encontré por primera vez en el bosque. Habíamos crecido juntos hasta que algo lo alejó de mí, por alguna razón desapareció, dejando un gran vacío en mi interior. Hasta aquel momento.

—¿O...? —intenté decir.

—Mi pequeña vikinga, mi dulce y hermosa niña —susurró contra mi oído, haciéndome callar.

Acercó su nariz a mi pelo, mientras acariciaba todo mi cuerpo con una dulzura inigualable.

* * *

Abrí los ojos y aún podía sentirle allí, al hombre del sueño. Era tan extraño que incluso resultaba desconcertante, suspiré, mi cerebro se sentía tan confuso que era capaz de reproducir su olor, igual que el de la tierra húmeda.

Desde la cama, a través de las lamas rotas que cubrían las ventanas, pude ver que las luces seguían encendidas y los Dökk aún continuaban con su fiesta, por lo que me quedé tranquila. Hasta que sentí que la hoja de un puñal se colocaba contra mi cuello, amenazando mi piel. Tragué saliva.

—Puedo escuchar el latido de tu corazón, vikinga —susurró pegando su boca a mi oreja.

Mi vello se erizó, dando paso al descontrol en todo mi ser, entregándole un poder que no debería ser suyo. Acarició mi cuello con cuidado, con un mimo helado, sin sentimiento, que me dejó completamente paralizada.

—¿Vas...? —empecé a murmurar—. ¿Vas a matarme?

—¿Por qué iba a hacer eso, Lyss?

Escuchar mi nombre salir de su boca provocó que se me helara la sangre y el corazón se me detuviera. Se suponía que tan solo era un sueño, que él no había estado a mi lado jamás, pero por alguna razón ese falso sueño había conseguido desarmarme. Aquel maldito elfo era capaz de cualquier cosa, había entrado en el poblado de los Dökk, había burlado la seguridad de aquellos hombres, y se había colado en el interior de la casa del líder de este clan.

Me parecía tan insólito, no comprendía de qué manera había sido capaz de entrar en la casa, así, con tanta facilidad. Si lo había conseguido, ¿cómo íbamos a ser capaces de luchar contra los elfos y evitar el Ragnarök?

—¿Qué respondes a eso, vikinga?

No dije nada, permanecí en silencio, esperando a que acabara con mi vida con la simplicidad de un único gesto.

—Lyss, contesta —me ordenó—. Jamás podrás huir de mí, mi vikinga.

Aquella última pregunta resonó en mi cabeza en un fugaz susurro que acabó desapareciendo como si jamás hubiera estado ahí, de la misma manera que lo hizo la presión de la hoja de la cuchilla, o igual que lo hizo su calor, y lo que parecía su cuerpo.



Unos días más tarde...

Era curioso ver de qué manera el Midgard me atrapaba, había algo en aquel reino que me hacía sentir ligada a él como nunca antes me había ocurrido con ningún otro lugar. Le di un largo sorbo al té que me había preparado Dyre, mientras el resto de la familia terminaba de comer.

Todo había cambiado desde nuestra llegada, los Dökkvalkyr parecían haber acogido a Tyra como si fuera una de los suyos. Era una buena señal, si habían admitido a Tyra en su clan, ¿por qué no iban a estar dispuestos a unirse a los Lettvalkyr para ser más fuertes contra los elfos?

—Lyss —me llamó Niels.

El pequeño elfo de la luz apareció, cubierto con un abrigo que era algo más grande de lo que debería, y con una sonrisa de oreja a oreja. Apenas hablaba, y si lo hacía era solo con Dyre, a quien ya consideraba su madre.

—Hola, pequeño.

Le devolví la sonrisa y tomé una de sus manos. Entonces lo pude ver todo, otra vez aquel inmenso poder que me envolvía y que era capaz de trasladarme allá donde el pequeño elfo quería.

* * *

Pude ver a una mujer de cabellos blancos como la nieve, igual que su tez, pero de labios rojos como la sangre. Tenía el rostro magullado, parecía aterrorizada, sus ropajes estaban hechos girones, y ni siquiera era capaz de sostenerse en pie. Yacía en el suelo hecha un ovillo, tumbada sobre una pequeña manta, encadenada a un poste de madera y rodeada de forraje. No dejaba de temblar, parecía exhausta, indefensa y demasiado debilitada como para aguantar mucho con vida.

Pasé una de las manos por su largo cabello, intentando calmarla, no sabía si serviría de algo, pero fue lo único que se me ocurrió. No sabía quién era, pero sentía todo su dolor, cómo su corazón se había roto en mil pedazos, y cómo jamás volvería a ser el mismo, pero no solo había mal, sino que un abismal amor brillaba en lo más profundo de este. Un cariño teñido con oscuridad y temor, pero, aun así, amor.

Me deshice de mi chaqueta, echándosela por encima, y fue entonces cuando, asustada, me miró directamente a los ojos. Se apartó de mí, aún cubierta con mi abrigo, y se pegó a la pared.

—¿Qué haces aquí? —susurró en voz baja.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Es mejor que te marches, niña —dijo preocupada.

—Dime quién eres... —le rogué.

Necesitaba saber dónde encontrarla y cómo sacarla del zulo en el que estaba encerrada, ¡no podía dejarla allí como si nada! Negó con la cabeza, cerró los ojos y posó una de sus manos sobre el corazón.

—Niels, sé que eres tú quien la ha traído, ¡apártala de la oscuridad! —exclamó.

De repente la puerta que estaba a mi espalda, y por la única que se podía salir se abrió bajo la atenta mirada de la mujer.

—¡Fuera! —chilló.

* * *

Entonces, todo desapareció, volvía a encontrarme en el poblado de los Dökkvalkyr solo que con una sensación extraña. Aquella mujer era real, Niels no me había llevado al pasado, no me había enseñado un recuerdo, lo que realmente había hecho era trasladarme hasta el lugar en el que se encontraba ella.

—¿Quién es, Niels?

Me arrodillé, para poder mirarle directamente a los ojos, y sujeté con cuidado sus hombros, para que no se marchara. No era capaz de entender por qué me había enseñado aquello, ¿Orn sabía lo que estaba ocurriendo? Y si era así, ¿por qué no había hecho algo por cambiarlo? Aquella mujer moriría, estaba segura.

—No quiere que te lo diga... —dijo en voz baja.

Había tantas cosas en el Midgard que no comprendía que empezaba a estar harta de aquello. Los dioses no nos habían hablado de todo lo que estaba ocurriendo, ni siquiera de lo que había pasado entre los clanes. Nos habían estado ocultando durante eones lo que había estado acaeciendo en la Tierra, el problema de los elfos no había aparecido de la noche a la mañana, su plan se había estado fraguando durante siglos.

—Niels, por favor.

Negó con la cabeza, el pequeño no quería desobedecer lo que la mujer le había dicho, pero... ¿qué le ataba a ella? En sus recuerdos pude ver cómo sus padres morían, por lo que ella no era su madre.

—¿Dónde está? —intenté cambiar de estrategia.

—La tienen los elfos oscuros, Lyss.

Era por eso por lo que se encontraba atrapada y herida, esos malditos elfos habían estado torturándola. La utilizaban para algo, pero la cuestión era para qué. ¿Qué valor tenía aquella mujer para ellos? Negué con la cabeza, desconcertada.

—¿Dónde se encuentra?

—Al norte del territorio.

Asentí, tenía que preparar una partida para marchar a donde se encontraban aquellos detestables elfos, recuperar a la mujer y acabar con todos ellos. Solo así podríamos ganar la batalla que estaba a punto de comenzar y que arrasaría con los nueve reinos del Yggdrasil.

No podíamos permitir que esa escoria se saliese con la suya, si el Ragnarök llegaba no habría vuelta atrás. Solo unos pocos sobrevivirían, pero ni siquiera los dioses verían el renacer de los reinos.

—Tengo que hablar con Orn —mustié.

El niño tomó una de mis manos, tiró de mí hasta llegar al centro del poblado, y se encaminó hacia el lago, deteniéndose hasta que estuve frente a él. Tomó mis dos manos, cerró los ojos, y no pude evitar hacer lo mismo que él.

—Deja que te enseñe.

* * *

Habían acabado con todos ellos, todo el clan del sur de Noruega había desaparecido, lo habían arrasado. Y no había sido otro que el elfo que llevaba atormentándome desde mi llegada, aquel hombre de cabellos lacios y oscuros como la noche, junto a una mujer, también elfo.

Ella era aún peor, podía ver la maldad en sus ojos, el rencor de toda una vida acumulada en su interior. Era tal su crueldad que incluso sus labios se habían tornado negros, bajo su piel, casi translúcida, se podía ver su sangre oscura y llena de inquina.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al contemplar cómo sin corazón había sido capaz de asesinar a un pequeño niño de la edad de Niels. También pude sentir su dolor al recordar, al revivir cada una de las torturas que aquellos malditos les habían hecho experimentar. Su corazón lloraba, igual que lo hacía el mío, ¿cómo los dioses habían sido capaces de dejar que ocurriera algo así? Los elfos de la luz siempre habían estado a su lado, incluso cuando los enanos dejaron de estarlo.

—Corre, mi pequeña —gritó la mujer que había en el suelo.

Caminé a su lado, viendo cómo cerraba los ojos, aterrada. Era ella, la misma que me había encontrado en el zulo, podría haberse salvado, pero no lo hizo, prefirió dejar que una pequeña elfo de la luz huyera y siguiera con vida.

El svartálfar fijó su vista en la mujer, desenfundó de su cinto una larga espada que era algo más grande de lo normal, y se aproximó a ella sin ni siquiera parpadear. Lo mismo hizo la elfo que le acompañaba, estaban dispuestos a matarla, pero alguien se lo impidió.

—Nos será de ayuda —dijo un hombre.

También tenía el cabello largo, le faltaba un ojo, y no le importaba que todo el mundo lo viera.

Los guerreros se detuvieron ante su presencia, y poco después se retiraron al ver que ya no había nadie con vida.

—Lleváosla.



—¿Qué han hecho con ella, Niels?

—Ya lo has visto.

El pequeño hizo un gesto, y poco después me soltó la mano para salir corriendo hacia el interior del bosque. Corrí detrás de él, no podía dejar que se marchara así, y mucho menos que algo le ocurriera por mi culpa.

—¡Niels! —grité.

Pero el niño no me hizo caso, aquel travieso elfo de la luz me estaba sacando de mis casillas. Los nervios que me corroían eran demasiados como para dejar de pensar en ellos, como para ignorarlos y mirar hacia otro lado. No dejaba de meterse entre los árboles, intentando confundirme, hasta que aceleré el paso y conseguí coger una de sus manos para tirar de ella.

—¿Dónde te crees que vas? —pregunté con desdén.

—Lyss...

Sin que pudiera darme cuenta habíamos atravesado la linde del bosque, y nos encontrábamos en medio de un gran prado. Miré hacia todos lados, hasta que el niño tiró de mi mano, y dirigió mi vista con uno de sus dedos. Era ella, la mujer de cabellos dorados a la que había visto cuando estuve junto a los Lettvalkyr acababa de aparecer entre los árboles.

—¿Quién es? —le pregunté.

—¿Es que acaso no lo sabes?

Negué con la cabeza, la había visto muchas veces, pero no había sido capaz de sonsacarle su nombre.

—*Pequeño elfo* —lo llamó.

El niño se acercó con una enorme sonrisa dibujada en los labios, a lo que ella contestó acariciando su delicada cabellera, como si fuera su propio hijo.

—*Gracias por traerla hasta mí.*

—¿Cómo eres capaz de verla? —pregunté.

Pensé que tan solo yo podía, pero no era así, al parecer el don del niño era tan fuerte que conseguía ver a los que ya no estaban entre nosotros. Porque así era, si no, no era capaz de explicar cómo veía a aquella mujer.

—*Lyss, debes volver junto a los Lettvalkyr.*

—¿Por qué? No lo entiendo...

—*Hay alguien que aguarda tu llegada.*

—¿Quién? —inquirí, nerviosa.

No decía nada, y a cada segundo que pasaba mi inquietud crecía. Aquella mujer no dejaba de engatusarme una y otra vez. Me había pedido que viniera, que uniera los clanes y descubriera cuál era el secreto que los envolvía.

—*Eso no importa, Lyss, debes marcharte de aquí* —añadió como si pudiera leerme la mente.

—Claro que importa... —balbuceé, confusa.

—*Lyss, márchate* —me ordenó.

Sin que pudiera decir nada más, la mujer desapareció como había aparecido, sin que nadie se diera cuenta salvo Niels y yo.

—¿Quién demonios es esa mujer?

—Sabes muy bien quién es, Lyss —contestó el niño—. Te han hablado de ella cientos de veces.

Entré como un huracán en la casa de Orn. No sabía cuántas cosas me estaban escondiendo, pero ya empezaba a estar cansada de que me trataran como a una boba e ingenua chica que no sabía nada.

Pero lo que más rabia me daba era sentir que aquellos dioses que eran mis padres habían sido capaces de ocultarnos una realidad con la que nos habíamos chocado nada más llegar al Midgard.

Me sentía tan decepcionada que incluso me preguntaba si en algún momento los dioses nos habían contado algo de lo que realmente pasaba.

—Orn —le llamé al entrar.

Busqué por el interior de la casa, pero tras recorrer todas las habitaciones me di cuenta de que no había nadie. Dejé ir un gruñido, subí a la habitación en la que nos quedábamos Tyra y yo, y cogí mis armas. Algo estaba a punto de ocurrir, y no podía dejar que nadie saliera herido.

Al volver al exterior vi que el sol empezaba a cubrirse con algunas nubes. Dos cuervos negros se posaron sobre los restos de la hoguera que había ardido días atrás. Eran Hugin y Munin, los observadores de Odín, no dejaban de vigilar lo que ocurría, sabían todo lo pasado y no nos habían avisado. Miré al horizonte, donde una fuerte niebla empezó a engullir el territorio, por lo que parte de mí se asustó. ¿Y si la mujer estaba pidiéndome que me marchara para evitar eso?

—¡Lyss! —escuché cómo gritaba Daven.

Me di la vuelta, espantada por el tono de su voz. Tenía parte del rostro manchado de sangre, y tras él corrían niños y algunas mujeres.

—¿Dónde está el resto? —pregunté con acelero.

—En la linde, a las afueras.

Asentí dos veces, me cubrí con la capucha y sujeté con fuerza mi *geirr*. Mi cabeza no dejaba de pensar en cientos de cosas, no sabía dónde se encontraba Tyra, ni si estaba a salvo. Era demasiado joven como para perder la vida, no me perdonaría que así fuera, y menos por mi culpa.

Corrí con tanta fuerza como pude, gracias a los dioses que mi rapidez era importante, sino jamás hubiera llegado a tiempo de poder ayudar al resto.

—¡Tyra! —chillé al ver que un elfo oscuro se le acercaba por la espalda.

Antes de que pudiera hacer nada, una flecha atravesó al elfo haciendo que cayera muerto al instante. Miré en dirección a donde venía, y vi que Ulric sostenía su gran arco.

—Corred.

—Nosotras luchamos —gruñí.

Miré a la joven pelirroja, en ciertos momentos me recordaba a mí, y eso me gustaba, podía ver la seguridad en sus ojos, pero también la locura. Del interior de su bota sacó un gran puñal, casi más grande que su propia cabeza, y sonrió de oreja a oreja.

—¿Preparada, valquiria? —me preguntó.

No dije nada, me limité a guiñarle un ojo y a sonreír.

—A por ellos.

Ulric se acercó a mí, y me ofreció una de sus hachas. La miré, llevaba tallado un gato de ojos verdes preciosos, estaba envuelta de cuero, y el paso del tiempo había hecho mella en él, pero, aun así, seguía siendo hermoso.

—Te será de ayuda.

La sujeté con fuerza con la mano derecha, y en la izquierda cogí la *geirr*, quien no dejaba de brillar, llena de rayos, rebosante de fuerza. La observé orgullosa, aquella arma era como una prolongación de mi propio brazo, allá donde iba, lo hacía ella.

Alcé la vista, apenas se podía distinguir nada entre los árboles, la niebla lo había tapado al completo, pero aún podíamos escuchar todos y cada uno de los pasos que daban aquellos malditos.

Antes de que pudiera avanzar más, vi la mujer que había visto en los recuerdos de Niels, iba armada con una espada y un escudo, pero lo que más me aterraba era lo mucho que parecía disfrutar de aquello. Tras ella apareció un *draugr*^[24], un caminante de la muerte. Jamás había visto ninguno de ellos, pensaba que no eran más que leyendas que las madres contaban a sus hijos para que no se alejaran solos al bosque durante la noche, pero estaba equivocada. El Ragnarök estaba más cerca de lo que creíamos, más incluso de lo que los dioses habían previsto.

—¡Que no pasen! —gritó el pelotón delantero.



Se movía con una rapidez pasmosa, incluso para mí era veloz. El draugr se abalanzaba sobre algunos de los guerreros, igual que hacían el resto de los elfos.

—Vaya, vaya... Tú debes ser la valquiria de la que tanto hablan los espíritus. — Sonrió con maldad.

Le miré llena de rabia, y sin pensarlo cerré los ojos. Mi *geirr* sabía lo que debía hacer, por lo que se desplegó al instante, atravesando por completo a la elfo. Dejó ir un profundo gruñido, y poco después se desensartó de esta. Negó con la cabeza, la sangre había empapado su camisa, era negra como la noche, repugnante, a la vez que pude ver que su piel se recomponía velozmente.

Volví a acometer contra ella, esta vez con el hacha que me había dado Ulric. La sujetaba con fuerza, con una firmeza que jamás había tenido y que parecía estar entregándome la propia arma.

¿Qué estaba ocurriendo? Pude ver su furia, los objetos se cargaban con la energía de la gente, y aquella era demasiado fuerte como para ignorarla.

Me lancé contra ella, con todo mi cuerpo, protegiéndome tan solo con el hacha. Nuestras armas chocaron, volví a desplegar la lanza, rasgando parte de su ropa y la piel de su rostro, por lo que no pude evitar sonreír. Mi corazón latía descontrolado, el ansia por acabar con aquellos miserables seres era tan grande que ni siquiera era consciente de cómo podía dominarla. Negué con la cabeza mientras veía que el caminante luchaba contra mis, entonces, hermanos, quienes se lanzaban encima de él, intentando acabar con su vida, si es que realmente tenía.

—No entiendo por qué tiene tanto interés en ti, maldita —espetó de mala manera.

Había más dolor y rencor en ella del que podía haber visto en ninguna parte, y por alguna razón, este estaba provocado por mí. Uno de los elfos mordió a Leif, un guerrero de Orn, por lo que dejó ir un profundo gruñido que acompañó a los golpes que se escuchaban.

—¡Hay que sacarlo de ahí! —gritó Tyra—. Los elfos llevan veneno en su interior.

Le miré llena de terror, Leif moriría si no hacíamos algo rápidamente. Le lancé una última mirada a mi amiga, quien corrió a por él para alejarlo de la batalla con la mayor brevedad posible, mientras el resto de guerreros la protegían. En el instante en el que los observaba, la elfo alzó una daga y se abalanzó sobre mí, haciéndome una herida en el cuello.

—Te queda mucho por aprender, niña —escupió.

—O tal vez sea a ti, a quien le quede mucho por aprender —grité.

Le guiñé un ojo, y vi cómo Ulric lanzaba una de sus flechas, que rápidamente atravesó el pecho de la muchacha, rozando su corazón, podía escuchar cómo latía exhausto, intentando bombear la sangre.

—Fallaste, maldito hijo de puta —gritó mirando a Ulric.

—De eso nada —contestó él con desdén.

La mujer cayó desplomada, y el draugr dejó ir un grito gutural, apartó a aquellos guerreros que intentaban sujetarlo, corriendo hacia la elfo, desvivido por ella. No tenía ojos, pero, aun así, podía sentir el odio en ellos. Ulric atacó al ser, haciendo que uno de sus brazos quedara colgando, pero poco después acabó por recolocarse. Cogió a la mujer en brazos, y antes de volverse hacia el bosque, nos lanzó una última mirada vacía.

—¿De qué demonios están hechos?

—De todo lo que se esconde en una tumba —contestó Axe, quien cogió la lanza de uno de los elfos decapitados, y la tiró de forma que quedó clavada en el gemelo del ser.

—Se escapa —alcé la voz.

Aguanté con firmeza mi *geirr*. Estaba a punto de lanzarla, para clavarla en el draugr y atravesar la cabeza de aquella mujer, acabar con ella, igual que habían acabado con alguno de los nuestros, pero entonces Orn habló:

—Dejadlos marchar.

—Pero...

—No hay peros, Lyss.

Me di la vuelta, para poder mirarle, no me podía creer que Orn estuviera dejando que esa miserable se marchara así como así. Deberíamos haber acabado con ella, igual que con ese maldito monstruo que la cargaba. Suspiré pensando en lo que me había dicho, en cómo había hablado de mí, y de él, del elfo que había visto en varias ocasiones y que no dejaba de aparecer en mi mente.

Aquello no hacía más que sacarme de quicio, no dejaban que acabara con ellos, no me permitían luchar como los dioses me habían ordenado, y no hacían más que esconderme lo que estaba ocurriendo en aquel reino.

—Lyss —me llamó Orn al ver que me encaminaba hacia el centro del pueblo.

Me di la vuelta, para poder mirarle, pero la verdad era que tan solo quería escapar de allí y realizar lo que realmente había venido a hacer. Nuestro clan debía proteger a todos los que habitaban el Midgard, y parecía que tan solo nos habíamos centrado en reunir a dos clanes que no querían ser juntados de nuevo.

—¿Qué? —pregunté sin ganas.

—Ve a mi casa —me ordenó—. Tenemos que hablar contigo.

Pasó por delante de mí, y a su lado lo hizo Ulric. Aquel hombre no me gustaba, había algo en él que me resultaba extraño y desconcertante, era por eso mismo por lo que no hacía más que desconfiar.

—Llamaré a Tyra.

—No, tú sola.

Dejé ir un bufido. No temía lo que pudieran decirme, allí nadie podía controlarme, ni siquiera mi propia líder había podido hacerlo, por lo que caminé

tranquila siguiendo sus pasos.

Al entrar en la gran casa pude ver a Tyra, junto a Dyre, y el pequeño elfo de la luz, quien no hacía más que abrazarse a la valkyr. Estaban sentados en la parte más alejada de la puerta, cubiertos con mantas y pieles, con las luces apagadas, esperando a que algo ocurriera.

—Será mejor que salgáis —dijo Ulric, con su rasgada voz.

—Pueden quedarse, iremos a otra sala —le rebatió su hermano.

El hombre con apariencia de bestia pasó junto a mí, haciendo que uno de sus brazos rozara con el mío. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, sin dejarme pensar con claridad, Ulric era distinto, escondía algo.

—Adelante.

Orn se colocó junto a la puerta y nos hizo pasar a ambos al interior de la sala. Estaba llena de libros que se me antojaban realmente antiguos, demasiado tiempo en este reino como para pasarlo sin hacer nada.

—Los elfos sabían que estabas aquí, y ha sido por eso mismo por lo que nos han atacado, Lyss.

Negué con la cabeza, no solo habían venido a por mí, ¿por qué iban a hacer algo así? La mujer me pidió que me marchara, tal vez con mi partida todo se hubiera evitado, pero no podían culparme por algo que me era imposible controlar.

—Os podrían haber atacado igualmente —mustié llena de rabia.

—Pero lo han hecho tras tu llegada.

—No es culpa suya —comentó Ulric.

Me giré para poder mirarle, estupefacta, aquel hombre estaba desafiando a su propio hermano por exculparme.

—Ulric... ¿cómo puedes decir eso?

—Porque así es, los elfos no solo la buscan a ella, nos quieren dar caza a todos.

—Hasta que caigamos uno a uno y no quede resistencia que les impida tomar el Midgard —añadí.

Ulric asintió, sin dejar de observar a su hermano, mientras este, lleno de furia, fijaba su vista en el ardiente fuego de la hoguera.

—No podemos permitir que sigas aquí.

—No es necesario que me echéis, me marcharé poniendo una sola condición.

El líder hizo una mueca, esperando a ver qué era lo que quería a cambio de mi marcha. No necesitaba nada que me convenciera de ello, iba a hacerlo de todas formas, como bien me había dicho la mujer de cabellos dorados, alguien aguardaba mi llegada y debía descubrir quién era. Miró a Ulric y poco después preguntó:

—¿Cuál?

—Que Tyra se quede.



—Pero, Lyss... ¿cómo voy a quedarme aquí sin ti? —preguntó preocupada.

Le expliqué lo ocurrido desde que se marchara de la batalla, cómo aquella elfo había hablado de mí, cuando el draugr se la llevó, y de qué manera Orn me había acusado de ser el faro que atraía a los elfos, pero, aun así, era incapaz de comprender que le pidiese que se quedara con los Dökkvalkyr siendo ella de los Lettvalkyr.

—Tyra, necesito que lo hagas —le pedí—. Has visto el cariño que te tienen, y que Niels te adora, necesitamos esa unión que solo tú tienes con esta gente para poder unir ambos clanes para el día en el que llegue el ocaso.

—Pero...

—No hay nada más que decir, estarás a salvo.

Negó con la cabeza, sabía que no quería quedarse allí, lejos de los suyos, pero era la única manera que tenía para poder enternecer el corazón de aquella gente y que se unieran a nuestra causa, su causa.

—Hay alguien junto a los tuyos aguardando mi llegada, no sé de quién se trata, pero necesito averiguarlo —le dije.

Sabía que aquello iba a ser difícil para ella, estar alejada de todo lo que había querido y de la única persona en la que podía confiar en aquel momento.

—No hay nada de lo que debas preocuparte —asegué.

No parecía convencida, aunque cierto era que yo tampoco me fiaría de nadie de los que vivían en aquel lugar.

—Tengo a alguien que te ayudará.

—¿Alguien? —preguntó confusa.

La puerta se abrió, y tras ella apareció Daven, el muchacho de cabellos rizados con el que me había encontrado el primer día. Después de mucho hablar durante los días que había estado en su territorio, una pequeña amistad se había forjado entre nosotros. Un don especial entre los valkyr, que cuando se establecía un vínculo entre nosotros, era prácticamente imposible romperlo.

—Daven... —murmuró.

Sus ojos brillaron bailarines, y supe que algo en ella se había prendido como una hoguera.

Sonreí, a sabiendas de que volvería a ver a mi amiga, y que durante su estancia allí él la protegería.

—Tyra, no tienes por qué preocuparte —dijo pareciendo un gran líder—. Yo estaré a tu lado.

—¿Quién te crees que soy, Dökk? —murmuró ella con desdén.

Intentaba parecer ruda, e independiente, pero sabía que estando él presente una pequeña franja de debilidad brillaba en su interior.

—Puedo defenderme solita —afirmó.

—No pretendo defenderte, Lett —rectificó—. Quiero luchar a tu lado.

Asentí, sabía que había acertado con aquel muchacho que llegaría a ser un gran hombre, lucharía codo con codo, y no dejaría que nadie la tocara. Había un pequeño hilo entre ellos, una unión que, aun pareciendo invisible, era más fuerte de lo que ambos creían.

—Perfecto entonces.

No me sentía segura volviendo sola, ni siquiera sabía cómo iba a hacerlo. Había más de dos horas de trayecto desde un poblado hasta el otro, había dejado que Eiliv se marchara, llevándose consigo el único automóvil que podía devolverme al clan, pero, aun así, encontraría la manera de llegar hasta Suldal lo antes posible.

Cogí mis bolsas, y dejé el hacha que Ulric me había dado durante el encontronazo con los elfos sobre la mesa del porche de Orn. Me coloqué el abrigo con el que había llegado, y sujeté con fuerza mi *geirr* al escuchar que alguien se acercaba.

—¿Ya te marchas? —preguntó Ulric.

—Sí, no quiero demorar más mi partida.

No dijo nada, simplemente se acercó al hacha, y antes de que pudiera encaminarme hacia el bosque, me llamó:

—Llévatela.

—Pero... es tuya.

Miré el hacha, era tan sumamente hermosa, que era imposible decirle que no. Desvié la vista hacia el enorme guerrero, el cual se me antojaba un berserker de los que hablaban las sagas de historia.

—No, ahora ya no —aseguró con tono firme.

—Gracias... —dije en voz baja.

La puerta de la gran casa se abrió, tras ella vi aparecer a Dyre, junto a Tyra y el pequeño elfo, el cual ya no sonreía. La tristeza había tomado su rostro y una mueca que no me gustaba se había dibujado en él.

—¿Qué te pasa, pequeño?

—No quiero que te vayas...

Hizo un puchero y poco después bajó la mirada, entristecido.

—Volveré, tranquilo. —Le besé en la mejilla.

El niño asintió, así que me puse en pie y vi cómo Dyre sujetaba la capa que ya me había prestado días atrás para que no me empapara con la lluvia.

—Será mejor que te la lleves. —Sonrió a la vez que me la daba.

—Hermana, ve con cuidado.

Me abracé a ella, y sentí que su corazón se aceleraba, igual que toda la energía le recorría. Algo en mí se partió, y se quedó allí, junto a una de las muchachas que más había aprendido a querer. Tyra tenía algo especial, algo más allá del hecho de ser una Lettvalkyr.

—Lo haré.

—Gracias —dijo en voz baja.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Por haber cuidado de mí.

—Tú te cuidas sola, guerrera, no necesitas a nadie que te salve. —Le guiñé un ojo, haciendo que una carcajada se le escapara.

Cogí el hacha, colgándomela del cinto que sujetaba mis pantalones, les lancé un último vistazo y, con un simple gesto, les dije adiós por última vez. Solo me quedaba encaminarme hacia el lugar en el que me esperaban mis hermanos para asumir las consecuencias de mi marcha, y ver quién aguardaba mi llegada.



No recordaba cuántas horas llevaba caminando, ni siquiera conocía la dirección correcta, pero algo me decía que estaba yendo por el sitio adecuado. No había visto ninguna señal de que estuviera en lo cierto, pero no dejaba de caminar, tan solo quería llegar.

Las piernas me pesaban, me sentía el cuerpo entumecido por el frío y el cansancio, apenas podía seguir, por lo que decidí hacer un alto en el camino para descansar, aunque fuera durante unas horas.

Dejé las bolsas que había podido recuperar en el suelo, igual que la capa, junté unas cuantas hojas que me servirían como lecho, y busqué algunas ramas que no estuvieran muy húmedas con las que intentar hacer un fuego. Por suerte, me pude llevar algo de leña con la que prender la llama rápidamente, solo necesitaba encontrar cómo mantenerla.

—¿Por qué, dioses? —pregunté mirando al cielo.

Negué con la cabeza a la vez que colocaba la capa sobre las hojas, envolviéndome en ella, poniéndome la capucha del abrigo para que no se me helaran las orejas. Hacía demasiado frío, jamás había sentido algo así, pero, por suerte, las valkirias teníamos grandes dones, como la capacidad de dejar correr por nuestro cuerpo la electricidad controlándola a través de nuestra *geirr*. Cogí la daga, sujetándola cerca del montón de ramillas y yesca que había conseguido reunir, cerré los ojos, y una pequeña chispa empezó a prenderlas.

Miré al cielo, anhelaba tener a Thrúd a mi lado, con esa alegría que emanaba siempre de ella, incluso extrañaba el no escuchar su voz regañándome cientos de veces por no ser tan correcta como el resto. Pero así era, yo era Lyss, una valkiria distinta, a quien se le habían olvidado los modales y hacía lo que le dictaba su corazón. Cerré los ojos, y sentí cómo una pequeña lágrima se escapaba de estos, recorriendo mis mejillas.

—Oh, *systir*, ojalá estuvieras aquí conmigo.

Lloré en silencio, percibiendo que un enorme vacío me abrumaba, mezclándose con el cansancio y haciéndome sentir, por primera vez en toda mi vida, derrotada. Era extraño haber luchado tanto, y tener esta sensación estando sola, perdida entre los árboles.

Me sentía terriblemente mareada, olía extraño y mi cuerpo se movía como si estuviera andando.

Pero, no era yo, no estaba caminando, sino que alguien me cargaba sobre su hombro, intenté zafarme de su agarre, pero no hubo manera.

—¡Soltadme! —grité.

Podía escuchar a alguien más caminando junto al que me llevaba. Me habían tapado los ojos, pero era capaz de reconocer el olor que apestaba mis fosas nasales, traspasándolas y llegando a producirme una arcada. Era un draugr, ese caminante asqueroso que había luchado junto a la elfo que nos habíamos encontrado a las afueras del poblado de los Dökkvalkyr.

—Serás...

—¿Puedes callarte ya? —me preguntó, altiva.

—No voy a hacerlo —gruñí.

Me daba igual quién fuera, ni lo que me hicieran. Debía escapar de allí de cualquiera de las maneras, no podía dejar que me mataran, tenía que encontrar la respuesta a todas las preguntas que asolaban mi mente.

No dejé de moverme, golpeé su espalda, intenté zafarme de esas fuertes manos que me sujetaban con una resistencia tan grande que no podía deshacerme de ellas. Grité, lo hice tan alto como pude, pero no sirvió de nada.

—¡Que te calles! —chilló la elfo.

Pegaba a aquel ser, mil veces, pero, aun así, no aflojaba ni un ápice, era demasiado fuerte, igual que el hedor que emanaba de él.

—¿Qué demonios quieres de mí? —pregunté.

—Matarte.

—Hazlo, hazlo ahora —grité.

De repente el draugr se detuvo, la elfo se acercó a mí y se deshizo con un solo movimiento de la banda que me cubría los ojos. Puso uno de sus largos dedos bajo mi barbilla, alzándola, haciendo que su mirada se fijara en la mía.

—Él te quiere viva.

Ladeé la cabeza, sin apartar la vista de ella.

—¿Quién me quiere viva? —pregunté.

¿Estaba hablando del elfo al que había visto tantas veces? Negué con la cabeza, no podía ser así, ¿quién era él y cuál era su papel en el Ragnarök? Y lo peor de todo era no saber si realmente la profecía de la völva hablaba de mí o de Sigrún.

—Lo sabrás cuando él quiera que lo sepas.

Antes de que pudiera decir nada más, el draugr me dio un fuerte golpe en la cabeza, provocando un profundo dolor que atravesó toda mi columna, dejándome completamente inconsciente.

La cabeza me pesaba, tenía todo el cuerpo entumecido, un fuerte olor a sangre y tierra húmeda llenaba mis fosas, me hormigueaban los brazos, y no era capaz de sentir mis piernas. Había mucho ruido, demasiado como para poder centrarme en un solo sonido, se escuchaban espadas, escudos chocando entre sí, y también había hombres gritando.

Apenas podía abrir los ojos, me dolía tanto la cabeza que me era imposible hacerlo. Una oleada de malas sensaciones y energías empezaban a tomar todo mi ser,

contaminándome, provocando que mi cuerpo se volviera aún más débil de lo que ya estaba.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás, ni siquiera tenía fuerza para sostenerme, por suerte o por desgracia, estaba sujeta a un poste de madera del que no me podía separar. Apreté la mandíbula al volver a sentir el latigazo que me había recorrido de arriba abajo como si de una fuerte descarga se tratara. Escuché que alguien golpeaba la puerta por lo que intenté abrir los ojos, aunque a duras penas pude hacerlo, los párpados me pesaban, tanto que me dolía alzarlos, pero cuando lo hice pude ver algo de luz colarse por la parte baja de esta. La puerta no se abrió, ni siquiera se movió, solo veía que alguien caminaba frente a ella, tapando parte de la luz.

Cerré de nuevo los ojos y pude verla, la mujer rubia que me había estado acompañando desde que llegué, era ella la que había sufrido en ese mismo lugar, la que había vivido una tortura que había acabado incluso despedazando su alma. Aquel dolor era tan fuerte que hasta llegaba a marearme.

—Lyss. —Escuché su voz.

Intenté levantar la cabeza, había vuelto a perder el conocimiento. No sabía qué estaban haciendo conmigo, pero no tenía energía para poder salir de allí, estaban subministrándome algo con lo que paralizar mis músculos.

—Despierta, Lyss. —Parecía desesperada.

Sabía quién era, pero no por qué estaba allí, podía escucharla en mi cabeza. Ella también había sido retenida en aquel lugar, había sufrido lo mismo que estaba a punto de sufrir yo. Tragué saliva, incluso aquello me dolía. Abrí los ojos poco a poco hasta que conseguí verla, estaba frente a mí, sentada, mirándome entristecida.

—Tú... —murmuré—. Me dijiste que volviera... —conseguí decir.

—Lyss... *Yo no sabía que esto ocurriría, lo juro.* —Parecía acongojada e incluso triste—. *Si hubiera sabido que habían provocado una emboscada, no habría consentido que esto pasara.*

Parpadeé lentamente, no podía pensar con claridad, y mucho menos hablar de forma coherente.

—¿Quién eres?

—*Tienes que salir de aquí, Lyss, debes alejarte de los elfos oscuros, volver junto a los Lettvalkyr y cumplir tu sino* —me dijo apresurada—. *La profecía está escrita, la völva ha hablado.*

—Responde.

Negó con la cabeza, fue entonces cuando alguien golpeó la puerta, metió una llave en la cerradura y empezó a girarla.

—*Es él...* —susurró—. *No dejes que vuelvan a tocarte, o no podrás salir de aquí.*



La puerta se abrió violentamente, chocando contra una de las paredes con una fuerza descomunal. Tras ella apareció un hombre enorme, de grandes músculos, cabeza rapada y varios tatuajes en los brazos, en la mano derecha sujetaba un hacha acorde con su tamaño.

Detrás de él apareció un hombre distinto, oscuro, delgado pero fuerte, aunque algo envejecido por el paso del tiempo. Sus ojos eran tan negros como la noche, tanto que me recordaban a los de alguien, pero no sabía a quién. Tenía el cabello largo, completamente blanco como la nieve, la tez manchada de sangre y tierra, y vestía con una chaqueta de piel que relucía también salpicada de lo mismo.

Fijó la vista en mí, y no puede evitar hacer una mueca de asco con las pocas fuerzas que aún conservaba. Hizo un gesto con su cabeza, ordenándole al grandullón que se quedara en la puerta, vigilando que nadie entrara.

—Así que tú eres Lyss —murmuró.

No dije nada, no quería estar relacionada con ninguno de aquellos repugnantes elfos, solo deseaba alejarme de aquel lugar, de todo lo que causaba la confusión que había tomado el control de mi ser.

—La famosa e indómita Lyss —añadió.

Todo el mundo sabía de mi existencia, pero yo desconocía todo lo que me rodeaba, era imposible saber con quién trataba, y qué condición tenía en aquel final llamado Ragnarök.

Durante unos minutos permaneció callado, observando cómo la poca energía que me quedaban se iba desvaneciendo. Dejó ir una sonora carcajada que me sentó como una patada en el estómago, y fue entonces cuando una pequeña chispa salió de una de mis manos. Aún había algo en mí que era capaz de brillar, aun estando en la más profunda de las oscuridades.

—Grimm —llamó el grandullón.

Se movió inquieto en el sitio, y miró al elfo que tenía frente a mí.

—¿Qué quieres? —bufó de malas formas.

—Viene hacia aquí —le informó.

Trago saliva, asintió, y sin decir nada más, salió del lugar en el que me habían encerrado, cerrando la puerta, dando un sonoro golpe.

—Dime quién eres, sé que me escuchas —le dije a la mujer de cabellos dorados.

Miré hacia todas partes, pero no era capaz de volver a verla, había desaparecido por completo, o eso creía.

—*No puedo revelártelo aún, Lyss, primero debes escapar de aquí.*

—¿Y cómo lo hago?

Sabía tan bien como yo que aquello no iba a ser fácil, acabaría luchando contra un destino que había cambiado y que ahora era aquel. La puerta se volvió a abrir y tras ella apareció la elfo que me había raptado, junto a su inseparable draugr, el cual parecía acompañarle a todas partes.

Dejó ir una carcajada al verme, y de su mano desplegó algo parecido a una *geirr* como las que usábamos las valkirias, era muy similar, pero había algo distinto. La observé desde la lejanía, se había expandido de la misma manera, y parecía ser una de nuestras lanzas, pero tenía algo brillante en el mango que no era capaz de visualizar.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté entre dientes.

Lanzó un escupitajo a mis pies y le hizo una señal al draugr, el cual se colocó a mi espalda, pasando una cuerda sobre mi cuello.

—Sufirás como sufrió la otra —anunció sin apartar los ojos de mí.

Hizo un ligero movimiento de cabeza, lo único que necesitaba el draugr para empezar a estrechar el lazo de la cuerda.

—Dilo... —conseguí decir.

Pasó la hoja del *geirr* sobre la tela de mi pantalón, el arma estaba muy afilada, tanto que apenas le costó trabajo rasgarla. Sonrió al ver cómo esta se separaba y dejaba a la vista mi piel.

—¿Qué quieres que diga, estúpida? —preguntó con maldad—. ¿Quieres que te cuente cómo la torturé? ¿Cómo fue desangrándose tan lentamente que ni siquiera su cuerpo era capaz de regenerarse?

Tragué saliva, apenas podía respirar, ese maldito ser estaba ahogándome poco a poco, haciendo que mis pulmones cogieran cada vez menos aire, hasta el punto en el que empecé a toser. Los rayos comenzaron a correr por mis manos, pequeños filamentos se escapaban de ellas y rodeaban mi cuerpo sin poder evitarlo.

Alcé la vista como pude, la cuerda tiraba de mí, hundiéndose en mi piel, impidiéndome hablar, pero, aun así, lo intenté.

—¿De... quién hablas?

Rio, lo hizo durante unos minutos, orgullosa de lo que estaba consiguiendo, cogió un pequeño taburete que había en una de las esquinas de la habitación y se sentó frente a mí, sin apartar su mirada de la mía.

—Esa maldita vikinga asquerosa, la primera que vino —me explicó—. Era la elegida, o eso creía Loki, quien nos envió a por ella.

Posó la lanza sobre mi pecho, rasgando el jersey que vestía, igual que había hecho con el pantalón.

—Pero esto a ti no te concierne —murmuró.

Clavó ligeramente la hoja en mi piel, haciendo que un fino hilo de sangre emanara de él, descendiendo entre mis pechos, empapando lentamente la lana. No hice nada, apreté los dientes, sin quejarme, haciendo honor a la fuerza que los dioses nos habían otorgado. Un guerrero de Odín no podía hacer otra cosa que resistir, para eso habíamos sido aleccionados mientras estábamos en el Valhalla.

Sujetó con fuerza la lanza y fue clavándola con más ahínco. Cerré las manos en puños, intentando aguantar lo que estaba ocurriendo a pesar del dolor. La mujer hizo un gesto, y el dragur dejó de apretar la cuerda, soltándola sobre mis hombros, haciendo que volviera a toser.

Acepté que mis ojos se cerraran, aquel dolor era lo único real que había sentido durante todo aquel tiempo, lo único que era capaz de identificar. Debía salir de aquel lugar, pero no podría hacerlo sin la ayuda de los dioses.

Permaneció en silencio durante un buen rato, tan solo me miraba. Podía sentir la respiración del asqueroso ser contra la piel de mi cuello, aquellos monstruos eran sádicos por naturaleza, disfrutaban devorando la carne de sus víctimas, bebiendo su sangre, incluso engulléndolos. No tenía miedo, pero sentía un poderoso sentimiento de repugnancia que me provocaba incluso arcadas. Su olor era tan fuerte que no sabía si iba a ser capaz de aguantarlo mucho tiempo más o acabaría desmayándome.

—No entiendo qué ve en ti. —Me miró con asco.

Hizo que el *geirr* se retrajera, y poco después volvió a desplegarlo, clavándolo en mi hombro derecho. Ahogué un grito que rasgó mi garganta, la angustia era tal que incluso se me había cortado la respiración. Podía sentir la lanza completamente atravesando mi carne.

—Eres tan débil que ni siquiera comprendo qué has hecho con él... —aseguró—. Le tienes completamente embrujado.

¿De quién demonios hablaba? En sus ojos había rencor, rabia y celos, muchos celos, tantos que se habían empezado a mezclar con el odio que sentía hacia mí. Apreté las manos, cogí aire, y con el poco esfuerzo que podía realizar me re Coloqué, pero entonces sacó la lanza. Grité, el dolor era tan grande que incluso se me escaparon algunas lágrimas que no pude contener.

—Das pena, Lyss.

—¿Quién eres? —pregunté con un hilo de voz, agotada.

Hizo una mueca, se lo pensó durante un momento y respondió:

—Skule.

—Bien, Skule... —conseguí decir.

—Eres una necia, valkiria —añadió con saña.

No, no lo era, había actuado con el corazón, pero también con cabeza, como me habían enseñado a hacerlo, y no iba a dejar que nadie intentara hacerme creer lo contrario. Miré a Skule, quien cogió la *geirr* cerrándola y se la llevó a la boca, saboreando mi sangre, cosa que me repugnó aún más. Un cuerno sonó, por lo que Skule miró al draugr y se puso en pie.

—Tienes suerte de que me marche —dijo con una sonrisa—, pero tranquila, no te dará tiempo a echarme de menos.



Le había puesto algo a la lanza, alguna sustancia que hacía que mi cuerpo no se curara, no era capaz de regenerarse como lo había hecho siempre. Llevaba horas encerrada en aquel lugar desde que me había despertado, no había vuelto a escuchar a nadie al otro lado de la puerta. Cada vez estaba más débil, intentaba buscar la manera de salir de allí, y lo único que me consolaba era saber que los míos estaban a salvo allí donde se encontraban.

—*Lyss* —me llamó la mujer de cabellos dorados una vez más.

—¿Qué quieres ahora? —pregunté sin aliento.

Casi no tenía fuerzas ni para poder aguantar la cabeza recta, por lo que dejé que cayera, apoyándose contra el poste al que estaba sujeta. No la miré, solo quería salir de allí, pero no podía hacerlo en aquellas condiciones.

—*Quiero ayudarte a escapar de aquí.*

—¿Y cómo lo vas a hacer? —inquirí, derrotada.

Se arrodilló a mi lado, pasando una de sus manos por encima de la herida que me había hecho Skule en la pierna. Pero no servía de mucho, no podía sentirla allí, no era más que un espectro, la imagen de aquella mujer, pero no el cuerpo.

—*Los dioses están contigo, Lyss* —me aseguró.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté a la vez que negaba con la cabeza.

—*Les conozco, no te abandonarían jamás.*

Durante unos minutos dudé si realmente los dioses no me habían abandonado ya, habían permitido que esos malditos elfos me alejaran de mi meta, de aquello que debía ser y que no había sido en el momento que tocaba.

—*Haré que él lo descubra* —dijo segura de sí misma.

—¿Quién? —me extrañé.

No contestó, simplemente me dedicó una última sonrisa antes de desvanecerse entre la oscuridad de la sala. Estaba tan cansada de que se marchara así como así, sin responder ninguna de mis preguntas, que acababa por sacarme de quicio. Había veces en las que deseaba que no volviera, pero era la única que al final acababa ayudándome de una forma u otra.

Cerré los ojos dejándome llevar por el sueño y el cansancio que habían tomado el control de mi cuerpo.

* * *

Podía sentir el dolor, tenía todo el cuerpo ensangrentado, lleno de heridas que no cicatrizaban, ni siquiera podía moverme, incluso parpadear provocaba escalofríos en mi cuerpo.

Llevaba allí algo más de tres meses, o eso creía recordar. El tiempo dentro de aquel bunker pasaba tan lento que me era imposible no sentirme confusa. Los dioses me habían abandonado, igual que lo había hecho mi gente.

Lloré desconsoladamente como había hecho durante todos y cada uno de los días desde que llegué. Mi corazón estaba partido en mil pedazos, igual que lo estaba mi alma, la cual se apagaba a cada segundo que pasaba.

Grimm había destrozado todas y cada una de las partes de mi cuerpo, había herido cada centímetro de mi piel, pero lo que no sabía es que yo ya estaba muerta desde hacía tiempo. Habían acabado con el amor de mi vida, igual que conmigo. Me habían separado de Helgi, pero no me habían negado verle morir, había desfallecido frente a mí sin que pudiera hacer nada por impedirlo. Había intentado ser fuerte, luchar por mi vida de nuevo, pero ya de nada servía si él no estaba a mi lado, si la razón para que mi corazón siguiera latiendo ya no estaba.

—Oh..., Helgi... —conseguí decir.

El vacío asoló mi interior, quebrando lo poco que había conseguido volver a forjarse.

Anhelaba tanto tenerle junto a mí, sentir sus brazos cobijándome, sus labios curando cada una de mis heridas... Pero lo que más extrañaba era su hermosa sonrisa, esa que jamás se había borrado de su boca a pesar de todas las dificultades que habíamos vivido en nuestras dos vidas. Los dioses habían decidido que nosotros debíamos ser los primeros valkyr en descender al Midgard, debíamos crear una colonia, seríamos los guardianes de la humanidad, pero no nos contaron lo que realmente ocurría allí. Tan solo nos hablaron de una profecía, la misma que conocía Loki, ese maldito bastardo había creado un ejército de elfos oscuros que acabarían con cualquiera que intentara interponerse en sus planes.

Sentía la soledad, y por primera vez en mucho tiempo me di cuenta de que tenía una paz extraña en mi interior, una paz que calmaba todo el dolor, todo el mal que habían causado esos salvajes.

La puerta se abrió, y no pude evitar echarme a temblar, no de miedo, sino de dolor, sabía lo que harían, lo mismo que habían hecho desde que me encerraron. Nada les importaba, solo pasarlo bien a mi costa. Grimm había crecido, no era el hombre que conocí cuando llegué, se había convertido en un animal, en una bestia salvaje a la que nadie podía controlar, ni siquiera los suyos.

—Qué maravillosa putita tenemos aquí —exclamó uno de los hombres.

* * *

Un fuerte golpe consiguió despertarme, no sabía cuánto tiempo hacía desde que me había quedado dormida, pero acababan de llegar de donde estuvieran. Desde mi llegada al Midgard no había dejado de tener sueños extraños, y cada vez eran más frecuentes.

Una voz llamó mi atención. Pude escucharle, él estaba allí, al otro lado de la puerta. No dejaba de gritar, recriminando algo a Skule, quien no hacía más que chillarle, también oía cómo los fuertes pasos se acercaban a donde me encontraba.

Intenté escuchar algo más, poner atención a lo que decían, pero estaba demasiado débil como para poder centrarme en ello. Estaban discutiendo sobre alguna cosa que no lograba entender, o mejor dicho, no era capaz de entender lo que decían.

—Ottar, ¡no! —gritó ella.

La puerta se abrió con aún más brusquedad que cuando había entrado Grimm, y tras ella, apareció él, el elfo que había estado apareciendo en mis sueños y en todos lados. Un cosquilleo tomó mi estómago, a la vez que él se arrodillaba a mi lado y pasaba una de sus manos sobre mi hombro.

Su semblante era serio, incluso parecía preocupado, desvié la mirada, ni siquiera era capaz de aguantarla fija en la suya, por lo que decidí observarla a ella. Skule esperaba a la entrada de la sala, parecía muy enfadada, pero poco me importaba.

—¿Estás bien? —preguntó él.

No respondí, lo que me ocurriera no era de su incumbencia. Apreté la mandíbula con tanta fuerza como pude, callando las palabras que se agolpaban en mi boca, debía salir con vida de allí. Apartó la tela empapada de sangre a un lado, y cuando una de sus manos rozó mi piel sentí que todo mi vello se erizaba, estaba realmente angustiado de verme así. Había bondad en sus ojos, por primera vez, su energía era pura y limpia. ¿Qué había cambiado en él?

—¡Responde! —gruñó.

Nada, no había cambiado nada, seguía teniendo al elfo salvaje en su interior, pero en el fondo aún seguía existiendo esa preocupación.

—Responde, mi vikinga —me pidió con delicadeza.

Pasó una de sus manos por mi cabello, colocándolo tras mi oreja. Aparté como pude la cabeza, no quería que me tocara, no quería nada de él, solo necesitaba escapar de allí, alejarme de todo aquello y acabar con ellos, como los dioses nos habían pedido.

—Apártate de ella —le ordenó Skule.

—Márchate.

No se movió ni un ápice.

—¡Que te marches, he dicho! —gruñó él violentamente.

Di un respingo, al escuchar su gutural rugido tan cerca de mí. Le lanzó una mirada asesina, y poco después la muchacha se marchó más enfadada de lo que ya estaba. No le gustaba ni un pelo que el elfo se me acercara, y no entendía por qué.

—Ottar... —susurré, aturdida.



Me mordí la lengua y no dije nada, permanecí en silencio, igual que lo hacía él, quien no dejaba de observar las heridas que esa salvaje me había hecho horas atrás y de las que no dejaba de emanar sangre.

Pasó una de sus manos por encima de la que había en mi pierna e intenté moverla para que ni siquiera pudiera rozarla, pero el dolor era tan fuerte que fui incapaz. Fijó esos ojos negros en la sangre con la que se había manchado los dedos, y se relamió, en ellos había una lujuria distinta, un deseo oscuro que era capaz de hacer que todo mi vello se erizara.

Alzó la otra mano, que estaba incluso más manchada y se llevó a la boca uno de sus dedos, lamiéndolos con un fervor que provocó que algo en mí se encendiera. No sabía qué era, ni qué lo había creado, pero la sencillez y la delicadeza, que había visto segundos atrás, eran capaces de despertar un sentimiento diferente a todo.

—Sigues siendo mía, Lyss... —susurró contra mi oído.

Durante unos segundos me sentí confusa, sin saber qué contestarle, pero rápidamente vinieron a mi mente los cientos de recuerdos que había visto con Niels. Todo aquello que esos malditos habían creado a su paso, cómo habían arrasado el territorio de los elfos de la luz.

—Nunca he sido tuya, ni lo seré jamás, estúpido y asqueroso elfo —conseguí espetar, tan llena de rabia como siempre.

Dejó ir una sonora carcajada que me sentó como una puñalada en el estómago, negó con la cabeza y sonrió.

—Recuerda cuando el mundo no era mundo y encontrarás la respuesta, ingenua valquiria.

Por primera vez desde que nos habíamos visto me llamaba valquiria, desafiando mi mente, haciendo que la confusión que sentía fuera aún mayor. Aquel elfo me sacaba de quicio, y cuando saliera de allí acabaría con él con mis propias manos.

Sin que pudiera hacer nada por impedirselo, rasgó la tela que aún me quedaba, dejando al aire una camiseta de tirantes que aún conseguía cubrir parte de mi cuerpo. Tragué saliva, y mi respiración se agitó al ver cómo sujetaba una daga entre sus manos, llevaba tallada un hermoso gato, un lince como el del hacha que me había dado Ulric. ¿De dónde había sacado aquello?

—Eres un ladrón —dije entre dientes.

—Oh, sí, y un asesino, ¿verdad?

Rio desquiciándome una vez más. Provocando mi ira, a sabiendas de que no podría hacerle nada con la poca fuerza que aún conservaba en mi cuerpo. Lancé un escupitajo que acabó en su mejilla, apretó la mandíbula con fuerza, y cerró la mano que no sujetaba la daga en forma de puño, preparado para golpearme. Entornó los

ojos, hasta que acabó cerrándolos, cogió aire, llevándose consigo el fuerte olor de mi sangre. Se limpió con una de las mangas y volvió a mirarme. Aguantó la daga junto a mi hombro derecho, justo donde tenía la marca en forma de la runa de *Nauthiz*^[25], aquella que me había acompañado durante toda mi vida y que ni siquiera sabía cómo me había salido.

Sonrió de medio lado, haciendo que algo se volviera a encender en mi interior, sostuvo el filo de la hoja pegado contra mi piel, y antes de que pudiera hacer nada por apartarme, la hundió sobre la marca, resiguiendo la forma que ya había. Aguanté el dolor como pude, incluso una lágrima se escapó, derramándose por mi mejilla y cayendo en la mano del elfo, quien se la llevó a la boca.

—Son tan deliciosas, como tú, vikinga.

—Deja de llamarme así —alcé la voz.

Negó con la cabeza, y poco después se llevó el puñal a los labios, manchándolos de la sangre que había en él. Con dos dedos se pintó una larga línea que recorría todo su cuello, desde la parte superior de su nariz.

Sin decir nada más, se marchó tras la puerta metálica que me separaba de lo que hubiera allí fuera. Dejé que las lágrimas que se agolpaban en mis ojos se escaparan libres, y aliviaran todo el mal que me corroía a cada segundo que pasaba allí dentro. Pero, aun así, era capaz de sentirlo todo con tanta fuerza que nada lo haría desaparecer como si jamás hubiera estado allí.

Pero, el dolor que podía notar no era solo mío, también era de aquella mujer a la que habían tenido cautiva, esa mujer que no era otra que Sigrún, la primera de las valkirias, guerrera, líder de los valkyr y esposa de Helgi. La mujer a la que habían acusado de matar al amor de su vida y huir.

No había sido así, o al menos eso creía.

La noche había caído, podía escuchar a los lobos aullar, igual que podía oír cómo ya nadie andaba al otro lado de la puerta y no se colaba nada de luz desde el otro lado de esta. Me hice un ovillo, intentando mantener la mayor parte del calor que desprendía mi cuerpo cerca del resto.

Alguien tocó, como si tuviera opción a decirles que no entraran, por lo que no pude evitar reírme.

Negué con la cabeza, y vi de nuevo a Ottar, cubierto con una capa negra con capucha que le cubría por completo. No apartaba la vista de mí hasta que una mujer muy delgada apareció tras él. Le conocía, la había visto en otro lugar, era la mujer que Niels me había mostrado.

—Cúrala —le ordenó.

La mujer asintió varias veces, evitaba mirarme directamente a los ojos, pero no sabía por qué.

Alguien habló cerca del zulo en el que me tenían encerrada, por lo que el elfo se dio media vuelta.

—Estad calladas.

Cerró la puerta tras su espalda, quedándose fuera. La mujer corrió hacia mí, arrodillándose a mi lado.

—Sé quién eres, ella me lo ha contado —susurró—. Pero ahora no hay tiempo para hablar, curaré tus heridas y...

Rebuscó algo entre la tela de su larga y sucia falda, de ella sacó mi *geirr*, la cual empezó a relucir nada más verme. No le hacía nada, era una elfo, pero no parecía como él, era pura, si no, no hubiera sido capaz de agarrar con tanta firmeza mi *geirr* sin electrocutarse.

—Deberás marcharte durante la noche, no puedes dejar que sigan teniéndote aquí —me explicó.

—¿Cómo sabes quién soy? ¿Quién te lo ha dicho?

Me dijo que no con un rápido movimiento de cabeza, si no se apresuraba, Ottar volvería y nos mataría a las dos.

—Ahora eso no importa, debes salir de aquí.

—¿Qué hay de ti? —pregunté.

—Este es mi lugar, Lyss.

No comprendía cómo podía querer permanecer en un sitio como aquel, en el que solo había podredumbre y muerte.

—Pero... eres una esclava —murmuré con pesar.

—Soy esclava de mi destino, valkiria, algún día lo entenderás.

Jamás comprendería por qué una mujer como ella, siendo una elfo de la luz era capaz de aguantar aquello, ellos que habían sido los más puros de los nueve reinos, tan ágiles y bondadosos.

—No dejes que Skule vuelva a ponerte una mano encima —me pidió—. No sé cuándo Ottar podrá volver a traerme, si lo hace y escapas no habrá quien sane tus heridas.

—Pero... —murmuré—. ¡Él también me ha herido!

—Pero su daga no estaba emponzoñada.

Era cierto, miré los dos cortes que había hecho en mi hombro derecho y ya apenas quedaba rastro de lo que había sido. Volvía a tener ese color rosado que había mantenido siempre y que jamás desaparecería de mi piel.

—Será mejor que me lo guardes tú —le pedí.

Asintió dos veces, rasgó la cuerda que me sujetaba las muñecas contra el poste y guardó el puñal en el interior de mi pantalón, por donde nadie pudiera ver qué llevaba escondido.

Escuchamos que hablaba con alguien, con un hombre de voz ruda la cual me parecía terriblemente familiar. Era el hombre que había aparecido con el líder de los elfos oscuros, Grimm, una de las primeras veces que desperté.

—Sal de aquí —consiguió decir antes de que Ottar abriera la puerta.



Había permanecido en silencio y esperando a que todo el mundo se alejara de los alrededores del zulo en el que me tenían encerrada. Recordé todas y cada una de las palabras que me había dicho aquella mujer, de la cual no sabía ni siquiera el nombre, pero había algo en ella que me hizo confiar en lo que decía.

—*Lyss, hay algo que debo decirte antes de que abandones este lugar.*

Me di la vuelta rápidamente, sobresaltada, y ahí estaba de nuevo.

—Eres tú —dije sorprendida.

—*Calla* —me ordenó de mala manera—. *Debes saber algo sobre el elfo.*

La miré, me senté donde debía estar, por si en algún momento alguno de los gorilas de Grimm aparecía, y esperé a que me explicara lo que realmente estaba guardando, lo que no me contaba.

Pero, entonces, antes de que pudiera abrir la boca una vez más, la puerta se abrió, la podía seguir viendo ahí sentada, en una de las esquinas, sobre un fajo de heno, observando a quien entraba, y no era otra que Skule, con el maldito draugr que no dejaba de seguir sus pasos.

Mi cuerpo empezó a temblar al recordar el dolor que había sentido con esas fatídicas heridas que no era capaz de regenerar por culpa de ese veneno que había puesto en la hoja del arma. Mi cuerpo podía curarse siempre, menos en aquel momento.

—Buenas noches, rata.

No aparté la mirada de la suya, desafiándola, pero no duró mucho, ya que se acercó y me propinó una fuerte bofetada que provocó mis instintos más asesinos. Debía aguantar la rabia que tenía contenida, o se daría cuenta de que alguien me había soltado las manos.

—¿A qué has venido ahora? —pregunté llena de rabia.

—He venido a divertirme un rato.

Fijó esos ojos claros como la nieve y fríos como el hielo en los míos, siendo ella quien me provocaba. Pero no iba a entrar en su juego, ni a dejar llevarme por la ira, aguantaría hasta que saliera de aquel lugar. Le haría pagar todo lo que había hecho en el campo de batalla, y acabaría con su vida.

—Eres repugnante.

—No más que tú, valquiria —escupió—. No eres más que una escoria que no sirve para nada, nadie te está buscando, y te pudrirás en esta cueva.

Tragué saliva, eso no iba a pasar, igual que ella tampoco llegaría al ocaso de los dioses, porque antes de que se pudiera dar cuenta, el filo de mi hacha estaría atravesando su cráneo. Lo atravesaría gustosa cientos de veces, hasta que su cuerpo inerte descansara entre mis manos, descomponiéndose ante los ojos de Odín.

Volvió a golpearme y no pude hacer nada más que apretar la mandíbula, aguantando cada uno de los bofetones que me propinaba bajo la atenta mirada del draugr. Podía ver el odio en los ojos de ella, el rencor que afloraba cuando recordaba cómo su amado Ottar se centraba en mí y no en ella.

Sonreí, satisfecha de provocar aquellos sentimientos.

—Eres tan asquerosa... —murmuró.

Sacó de su cinturón un pequeño cuchillo, el cual quería clavar en mi pierna, pero, por suerte, me pude mover más rápido que ella, por lo que la hoja quedó hundida en la tierra del suelo. Farfulló algo entre dientes que no supe descifrar, desclavó el arma del suelo y sin pensárselo dos veces rasgó parte de mi pierna, desde la parte interior de mi muslo, hasta llegar casi incluso a mi rodilla.

—De esta no te curarás.

—Eso no lo sabes —gruñí llena de dolor.

Alzó una de sus manos, pero antes de que pudiera hacer algo más vi cómo la luz de una antorcha aparecía en la lejanía. La puerta estaba semiabierta, pero, aun así, no era capaz de distinguir lo que había tras ella, tan solo el débil resplandor de lo que parecía un chisporroteante fuego.

—Es el señor —anunció el muerto en vida.

Skule negó con la cabeza, guardó la daga que sostenía entre sus manos y la escondió, durante unos segundos permaneció en silencio, pero decidió volver a sacarla al ver que no se acercaba.

—Te arrepentirás.

Podía sentirle, era él, Ottar se acercaba a pesar de que el fuego permanecía quieto en un mismo sitio. Sabía que ella estaba allí dentro, igual que sabía que estaba el draugr con ella, como siempre, la pestilencia que emanaba de él era inconfundible.

—Tal vez lo hagas tú.

Entonces, y como si se tratara de un huracán, el elfo apareció, estampando la puerta contra la pared, haciendo incluso una hendidura en ella, y se lanzó como un loco a por el muerto en vida. Lo sujetó por el cuello, poco después con un rápido movimiento metió la mano en su pecho y le arrancó un corazón negro y podrido que ni siquiera latía.

Miró mi herida, y desvió la vista hacia Skule, lleno de rabia. Podía sentir su ira, el descontrol que había en su interior, y lo letal que podía llegar a ser aquel hombre si se lo proponía.

—Skule... —gruñó entre dientes, desbordado por la ira.

Se abalanzó sobre ella, agarrándola con fuerza por el cuello, estrangulándola, iba a matarla, podía notarlo en él, en la energía oscura que emitía. Pero, antes de que pudiera hacerlo, alguien se lo impidió.

—Ottar.

Era Grimm, el líder de los elfos oscuros, quien apareció en el peor de los momentos, debería haber dejado que el elfo acabara con esa maldita furcia llena de

celos y sed de venganza, pero no, no le permitió hacerlo.

—Suéltala —ordenó.

—Iba a matarla —dijo él, mirándome.

Volví a ver la bondad en sus ojos, y también atisbé un dolor confuso.

—Que lo haga. —Sonrió perversamente.

—Como le toques un solo pelo te arrancaré el corazón, y te lo tragarás mientras sigue bombeando sangre —gruñó como un auténtico animal.

Skule le miró de reojo, sin atreverse a desafiarle. Parecía ido, incluso juraría que era incapaz de controlar sus movimientos. Sacó la daga con la que me había herido horas atrás, del bolsillo trasero de su pantalón, y la colocó contra su cuello.

—No lo hagas, Ottar —dijo Grimm a su espalda—. Te arrepentirás.

Sujetó con fuerza a la elfo, contra la pared, apenas podía respirar, pero a él nada le importaba.

Alguien gritó, dando la voz de alarma, el fuego había prendido en la parte norte del campamento, por lo que tiró a Skule al suelo.

—Aparta de mi vista —gruñó.

Ella tosió, sus pulmones intentaban coger el aire del que le habían privado y se limitó a asentir, viendo cómo su pobre perro faldero yacía muerto del todo junto a donde me encontraba. Grimm se marchó antes de que esta lo hiciera, por lo que salió tras él, buscando un poco de la compasión que Ottar no había sentido por ella.

—No te preocupes, Lyss..., yo... —murmuró otra vez—. Haré que te sanen y te sacaré de aquí, irás a un lugar seguro.

No dije nada, cerré los ojos, y simplemente esperé a que llegara de nuevo la sanadora, quien no tardó en aparecer.

—Dioses... —susurró atemorizada al ver la herida.

Ottar se colocó a su espalda, y puso una de sus manos en el hombro de ella.

—Será mejor que te calles y hagas lo que debes —dijo en voz baja.

La mujer asintió, colocando sus manos sobre mi pierna. No dejaba de observarla, era tan hermosa, pero estaba tan demacrada por la muerte y la desesperación que allí se vivía que podía sentir esa energía que la envolvía.

—Iremos al sureste —anunció Ottar cuando vio aparecer al gorila que acompañaba a Grimm la otra vez.

—Sí, señor.

Sentí la delicadeza de la mujer sobre mi piel, cómo sanaba mi cuerpo y mi espíritu, dándome la fuerza de la que carecía desde hacía días.

—*Es la hora* —escuché que susurraban en mi mente—. *Escapa cuando salgan de aquí, no cerrarán la puerta* —me aseguró.

Asentí, sin saber cómo responderle.

—Ya está.

—Sal de aquí, Moa —le ordenó él.

Quise agradecerle lo que había hecho por mí, podría haber huido a mi lado, pero ella pertenecía a aquel sitio y no iba a hacer nada por alejarse.

Ottar salió del zulo en el que me encontraba, por lo que me puse en pie tan rápido como fui capaz, me asomé por la puerta, lo suficiente para poder ver si había alguien cerca, pero ni rastro. Estaba en medio del bosque y no parecía que hubiera nada a nuestro alrededor, así que corrí. Corrí hasta que mis piernas dijeron basta.

Escuché cómo una rama se quebraba, me había quedado dormida en el bosque, al parecer cuando caí inconsciente por el cansancio. Atemorizada, no pude evitar agarrar mi *geirr*, antes incluso de abrir los ojos, no podía permitir que volvieran a capturarme y a llevarme con ellos. Debía marcharme antes de que nadie me volviera a ver, o todo lo que había hecho Moa por mí no habría servido de nada. Desplegué la lanza, y justo en ese instante una mujer dejó ir un fuerte chillido que acabó por despertarme. Al abrir los ojos me encontré con tres jóvenes doncellas a las que conocía perfectamente, y a las cuales no esperaba ver en el Midgard. ¿Qué hacían ellas en Vikedal y cómo habían sido capaces de encontrarme?

—¡Callad, callad! —me apresuré a decir.

No sabía si los elfos me estaban buscando, pero si lo hacían serían capaces de sentir a las tres ayudantas de Frigg tan solo por su angelical olor.

—Hlín —murmuré—, Gná —llamé por su nombre a la segunda— y Fulla... — Miré a la tercera de ellas.

Frente a mí estaban las tres doncellas de Frigg, la hermosa y benévola mujer de Odín, todas ellas tenían un cometido en la vida, y ninguno que ver con lo que estaba ocurriendo en el Midgard.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté confusa—. Los elfos...

—Frigg, Freyja y Verdandi, nos han pedido que viniéramos en tu ayuda.



—Sabíamos que estabas en peligro —se apresuró a decir.

—Pero no aparecisteis cuando debíais, me dejasteis allí abandonada, permitiendo que me torturaran —contesté con desdén.

—Verdandi nos pidió que aguardáramos.

—¿Qué tiene que ver conmigo la norna del presente? —pregunté refiriéndome a Verdandi.

—No hagas tantas preguntas, Lyss —añadió Gná.

Eran todas muy distintas entre ellas, incluso en ciertos momentos llegaban a crispate los nervios, pero, aun así, eran indispensables para la diosa. Sus mejores aliadas contra algunas palabras de la déspota Freyja, quien, ansiosa por un poco de atención, hacía cualquier cosa.

—Ha visto cómo iniciabas este camino, y tras habérselo hecho saber a los dioses, nos ha pedido que viniéramos en tu ayuda.

—No la necesito —dije entre dientes, llena de rencor—. Me han abandonado, ¿por qué ahora venís?

—Cállate, valkiria tonta —me rebatió Gná.

Negué con la cabeza, conocía a aquellas doncellas, ¿de qué me iban a servir tenerlas conmigo?

Tan solo serían un lastre con el que cargaría y me costaría avanzar con rapidez.

—*Escúchalas* —me pidió la mujer rubia que había visto cientos de veces.

La miré asombrada, no entendía por qué yo sí era capaz de verla, pero, sin embargo, ellas no podían. Fijé la vista en la mujer, por lo que las tres, que tenía ante mí, se giraron en esa dirección, preguntándose qué era lo que observaba con tanto detenimiento.

—¿Cómo podéis ayudarme? —pregunté alzando una ceja.

Gná dejó ir un silbido que removi6 todas y cada una de las copas de los árboles, alz6 las hojas muertas que yacían en el suelo, e hizo que la llama de la hoguera vibrara con una fuerza sobrenatural.

Tras ella apareció un hermoso corcel, blanco como la nieve y con las patas teñidas de marr6n, que cabalg6 hasta llegar junto a las diosas. Gná acarici6 su morro, era Hofvarpnir, el caballo capaz de galopar sobre el agua y el aire.

—Es hermoso —dije poniéndome en pie.

Me acerqué a él y acaricié su lomo con delicadeza, deleitándome con su inusual belleza. Jamás pensé que todo lo que estaba pasándome ocurriría y de esa manera podría llegar a conocer a ese bonito e inconfundible animal.

—Lyss —me llamó Gná.

Me di la vuelta, mirándola directamente a los ojos. Gná era una de las diosas más duras del Asgard y, sin embargo, se había conformado con formar parte del consejo de Frigg.

—¿Sí? —pregunté sorprendida, no me lo podía creer.

—Hofvarpnir te acompañará —anunció—. Él te guiará hacia Suldal.

Desvié la mirada hacia el animal, y luego observé a su dueña. ¿Estaba hablando en serio? No me podía creer que fuese a cabalgar a uno de los caballos más importantes de los nueve reinos.

—¿De verdad?

—Sí, valkiria.

Asentí perdida en todo lo que sentía, había miedo en mí, o mejor dicho respeto, era una criatura formidable y no iba a dejar que nada lo dañara.

—Cuidaré de él —prometí.

—No tienes que hacerlo, él cuidará de ti.

No comprendía cómo un caballo iba a poder protegerme de nada ni de nadie, cierto era que Hofvarpnir era un animal distinto a todos, pero ¿hasta qué punto?

Igual que aparecieron, se marcharon, aunque conmigo dejaron al corcel, el cual no dudó en pastar, alimentándose de la hierba que aún sobrevivía a las frías temperaturas que asolaban Noruega en aquella época. Me abroché de nuevo el abrigo, y me cubrí con la larga capa, anudándomela bien, algo me decía que el viaje iba a ser bastante movido. Llamé a Hofvarpnir mediante un silbido, pero no apareció, había seguido caminando hacia alguna parte que no veía.

Miré por todos lados, asustada, había perdido de vista al animal durante apenas unos minutos y había desaparecido entre los árboles. Apagué el fuego que aún brillaba, me colgué la bolsa atravesándola y la otra la sujeté con fuerza, igual que hice con mi *geirr*, no sabía si en algún momento podría aparecer algún elfo, iban a darme caza igual que a un pobre ciervo.

Y así fue, después de caminar unos metros hacia adelante me encontré al maldito elfo que había estado atormentándome desde mi llegada acariciando el morro del bello Hofvarpnir. ¿Cómo un animal tan puro como lo era aquel caballo podía dibujar una estampa tan sumamente hermosa con un ser tan despreciable como lo era él? Tragué saliva, sintiéndome confusa, ¿qué era lo que me estaba pasando desde que había llegado? ¿Acaso el Midgard me estaba cambiando? Sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza, erizando mi vello, y creando un cosquilleo en la parte baja de mi vientre.

Negué con la cabeza, era imposible, y mucho más lo era el hecho de que aquel detestable elfo pudiera crear nada en mí.

—Aléjate de él —le ordené.

—¿O qué? —me cuestionó, socarrón.

—Lo lamentarás, necio —gruñí.

Asintió, pero no lo hizo para complacerme, sino para esbozar una chulesca sonrisa en sus labios que me desquició. Se movía deprisa, más de lo que pensé en un primer momento que lo haría una criatura como él. Se detuvo junto a mí, lo que hizo que un escalofrío me recorriera, hasta que posó una de sus manos en mi cintura. ¿Qué demonios era aquello que sentía? Por una parte me repugnaba sentir su mano sobre mí, pero había otra que me producía algo tan distinto, tan confuso... No podía apartarme de él, o mejor dicho... mi cuerpo no quería.

Apreté con fuerza mi *geirr*, debía alejarme de todo aquello. Con un rápido movimiento me di la vuelta, golpeándole con fuerza en el pecho, cortando parte de la piel de su rostro con la hoja de la daga. Dejé ir una sonora carcajada, dio un salto hacia atrás, alejándose de mí, pero entonces hice que la lanza se desplegara por completo, rozando la piel de su cuello.

—Será mejor que te marches si no quieres que acabe contigo, Ottar —le amenacé.

—Podría acabar contigo y con cientos más como tú, ya lo sabes —dijo alzando los hombros.

Negué con la cabeza, con una sonrisa en los labios. Las pequeñas chispas empezaron a nacer en la punta del *geirr*, y pasaron al cuerpo del elfo, quien dejó ir un profundo gruñido al sentir cómo la electricidad recorría todo su ser. Apreté los dientes y le miré desafiante, no podría conmigo, pero tampoco podría yo con él.

Con un ágil movimiento se zafó de mi lanza, y apareció tras mi espalda, pegando su pecho contra esta, sujetándome el brazo con fuerza.

—Será mejor que dejes de perder el tiempo, vikinga —susurró en mi oído, provocando un incendio en mi interior.

—Si te mato, el tiempo no se habrá perdido.

—Jamás podrás hacerlo.

Las dos largas horas que debíamos tardar hasta llegar a Suldal pasaron como si hubieran sido segundos, había sido sumamente increíble poder cabalgar al animal que jamás nadie podría montar.

Había hecho que mi corazón diera un vuelco, Hofvarpnir era un ser demasiado hermoso para ser real.

El caballo descendió de los aires, traspasando las nubes y esquivando las copas de los árboles, hasta que alcanzó a tocar con las patas el suelo. Se detuvo un poco más allá, cerca del camino de entrada que llegaba hasta la gran casa. Nada más bajar del animal me encontré con Eiliv, quien me miró asombrado.

—Dioses... —exclamó—. Me alegra tanto verte...

Se acercó a donde me encontraba y corrió a abrazarme con tanta fuerza que incluso llegó a hacerme daño.

—Estás bien... —dijo resoplando, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Dejé que me abrazara, sonreí levemente y besé su mejilla, dándole un par de golpecitos en la espalda. Me alegraba saber que Eiliv estaba sano y salvo, ya no había ni rastro de los golpes que le habían dado los Dökkvalkyr.

—Ese es el caballo de Gná —murmuró al fijarse en el animal.

—Así es. —Una mueca de orgullo se dibujó en mi boca.

—¿Cómo le has encontrado?

—Gná, Fulla y Hlín me encontraron a mí.

Le expliqué lo ocurrido con los Dökkvalkyr desde que Tyra y yo habíamos llegado, y cómo las doncellas de Frigg habían descendido desde el Asgard para ayudarme, pero le oculté todo lo que había sucedido con los elfos oscuros, no quería que se pusiera en peligro partiendo a por ellos.

—¿Y Tyra?

—Se ha quedado para garantizar la unión con los Dökkvalkyr.



Eiliv hizo una mueca y poco después apareció Stephen con una amplia sonrisa de esas que alegraban el alma.

—No lo entiendo, Lyss —murmuró Eiliv.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Por qué la has dejado sola allí —añadió con decepción.

Parecía algo molesto, incluso dolido por el hecho de que hubiera dejado que Tyra permaneciera junto a los Dökkvalkyr, pero no debía ser así, ella conseguiría que los dos clanes se unieran, su amor y su alegría lo conseguirían.

—Eiliv —le llamó Stephen—. Cree en ella.

—Pero...

—Eiliv, los Dökkvalkyr confían en ella, se ha amoldado perfectamente a su clan, saben que hay gente como Tyra, y eso les hará volver —le expliqué—. Además, está bien protegida, tengo a dos hombres en el terreno que cuidarán de que no le pase nada.

—Tyra no necesita ser protegida —espetó a la defensiva.

—Tan solo cubrirán su espalda —aclaré.

Hizo una mueca que no me gustó, por lo que procedí a explicarle todo lo que había estado ocurriendo desde nuestra llegada al territorio de los Dökkvalkyr, cómo nos habían recibido, lo que nos habían contado sobre lo ocurrido, y cómo Karin había profetizado el futuro que nos aguardaba.

—¿Qué decía la profecía? —preguntó curioso.

—«La guerrera pelirroja atravesará la tormenta, guiará su clan, salvaje, rauda y capaz de acabar con cualquiera —recité—. El ocaso de los reinos llegará, y solo ella podrá detenerlo o avivar la llama del desconcierto».

Ambos me miraron asombrados.

—Habla de ti —dijeron al unísono.

—No, claro que no.

—Sí lo hace, ¿qué otra guerrera pelirroja es capaz de atravesar tormentas? —preguntó Stephen.

—Solo una valquiria puede hacerlo —sentenció Eiliv.

Negué con la cabeza, no podía ser que todo el mundo me dijera aquello, ¿y si estaban en lo cierto y era yo la que me equivocaba? ¿Cómo iba a estar en mis manos el destino de todos los reinos?

—No, no, no puede ser —les contradije.

—Claro que puede, Lyss.

—Eres una gran guerrera —admitió Eiliv.

—Pero no soy líder de ningún clan. —No me podía creer que realmente pensarán eso, pero tan solo con lo que acababa de decir ya se desmontaba toda la historia—. Jae os lidera a los Lettvalkyr, Orn se ocupa de los Dökkvalkyr, y Gunnr de las valkirias y einherjars.

—Tal vez no haya llegado aún tu momento —murmuró Eiliv.

Les dije que no, debían estar equivocados, yo no tenía nada que ver con Gunnr, y mucho menos podía tener la fuerza que ella poseía para guiar a un grupo como el nuestro. Los dioses le habían dado la oportunidad que necesitaba, y por eso se había convertido en la guía de todos nuestros pasos.

—No, no, ya os digo yo a vosotros que de eso nada —añadí inquieta.

—Lyss...

—Ni Lyss, ni nada, Eiliv.

Los nervios empezaban a crecer en mi interior, provocando que mi corazón se acelerara, y mi respiración se volviera agitada. Sentía cómo las piernas empezaban a flojearme, y poco después, todo se nubló.

* * *

—¿Estás ahí? —pregunté.

Había llegado hasta el lago junto al que padre había hecho a madre su húsfreyja^[26] con una simple pregunta a la que ella no dudó ni un momento en responder que sí. Aquel lugar era tan especial que jamás me cansaría de visitar, sentándome al filo del acantilado que daba al lago para poder observar hasta donde alcanzaba mi vista.

Padre no tardaría en llegar, había partido con sus naves hacia el norte varias lunas atrás, junto a sus grandes guerreros, quienes le ayudaban a mantenerse con vida cuando él no era capaz de defenderse.

—Lyss —escuché que me llamaba.

Mi hermoso hombre había aparecido, tras días sin mostrarse, me había abandonado, pensando que aquello sería lo mejor, pero no había podido aguantar mi ausencia, igual que yo no concebía la suya. Me puse en pie de un solo salto, y corrí a abrazarme a él. Era tan diferente a todo lo que había en aquellas tierras, tanto que ni siquiera era capaz de apartar mi vista de todo su ser.

—Mi hermosa princesa vikinga. —Acarició mi cabello.

—¿Anhelabas mi cuerpo, draugr? —pregunté con una sonrisa.

Parecía un espíritu vagando entre los altos árboles que rodeaban nuestro poblado y que nos ocultaban de los enemigos.

—Anhelaba toda tu esencia, mi bella Lyss.

Siempre me habían hablado de estos seres como si hubieran sido creados por el mal, oscuros, sin corazón, pero él era tan distinto que me era imposible pensar que podría herir a alguien.

Acarició mi cabello, una vez más, con una delicadeza que me embriagaba como el mejor de los hidromieles.

—Quiero que seas mía para siempre, vikinga.

* * *

Desperté apoyada en el regazo de Eiliv, y con esas dos hermosas perlas azules observándome con preocupación. Parpadeé varias veces, al mismo tiempo que sentía cómo sus manos acariciaban mi cabello.

—¿Estás bien? —preguntó afligido.

—Sí —dije algo confusa—. ¿Dónde se encuentra Stephen?

—Ha ido a por algo de agua y ropas de abrigo —me explicó—. ¿Por qué?

No contesté, permanecí en silencio, observando su apuesto y seductor rostro, el cual estaba peligrosamente cerca del mío. Me levanté lo suficiente como para poder sentarme frente a él, rodeando su cintura con mis piernas. Pasé mis manos por detrás de su cuello, mirándole directamente a los ojos. No era el mismo Eiliv que había conocido el primer día, o tal vez fuera yo quien se había equivocado con la primera impresión que tuve.

—¿Qué haces, Lyss?

Cerré los ojos y suspiré, perdida en la inmensidad de esos pozos. Sin pensarlo dos veces, tomó mi rostro entre sus manos y besó mis labios con una ternura que me abrumó sobremanera.

—Yo... —murmuré.

Volvió a besarme, y no pude evitar corresponderle, me sentía tan perdida que solo hice lo que mi corazón me pedía en aquel momento, solo quería besarle, y olvidarme de lo que había estado ocurriendo desde que había llegado al Midgard. Eiliv me hacía sentir bien, creaba en mí una tranquilidad que nadie me había dado.

Pero poco después, antes de que pudiera decir ni hacer nada más, escuché que alguien carraspeaba a mi espalda por lo que me puse en pie tan rápido como pude, intentando no pisar a Eiliv, y no dudé en darme la vuelta para ver de quién se trataba.

—Lyss —dijo Gunnr.

Tragué saliva, antes de decir nada.

—Líder...

—Hay alguien esperándote.



—¿Quién? —pregunté inquieta.

—Es mejor que calles —murmuró molesta—. Luego hablaremos de lo que has hecho.

Tragué saliva, había hecho lo que debía, a pesar de que posiblemente no era lo que en realidad me tocaba a mí.

—Te arrepentirás.

Parecía muy enfadada, más de lo que pensé que estaría. Había fallado a mi palabra de hacer lo que ella ordenara, pero en el momento en que llegué al Midgard todo cambió, algo en mí hizo que actuara de aquella manera.

Dejé ir un suspiro, por un momento sentí la culpabilidad al ver en Gunnr el miedo y el desasosiego escondido tras una fuerte armadura de enfado y decepción. Fijé la vista en el suelo y seguí caminando, siguiendo sus pasos hacia el interior del gran caserío. Me guio por el recibidor de este hasta que se detuvo frente una de las salas de la planta baja, junto al salón. Se hizo a un lado, dejándome que entrara antes que ella.

—Será mejor que pases.

Todo mi vello se erizó, el estómago se me encogió y mi corazón se volvió completamente loco.

Estaba de los nervios, tanto que incluso sentía ganas de vomitar. No era capaz de descifrar quién se encontraba al otro lado de la puerta, ni qué era lo que iba a ocurrir cuando saliera de la sala. Pero... ¿acaso importaba? Habíamos descendido para cuidar a toda la gente que vivía en el Midgard, y yo había hecho lo imposible por unir a dos clanes que una vez habían sido familia.

—Vamos —insistió, enfadada.

Me dio un ligero empujón, hasta que abrí la puerta. Al final de la sala y junto a la chimenea había una mujer de cabellos dorados sentada en uno de los butacones que había repartidos en toda la casa.

Se dio la vuelta cuando escuchó cómo alguien caminaba a su espalda, y mi sorpresa fue aún mayor de la que esperaba.

—Astrid... —murmuré acongojada.

—Mi pequeña y dulce Lyss —susurró.

Se encaminó hacia mí, pero no le dejé hacerlo mucho ya que corrí hacia sus brazos, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué haces en el Midgard? —pregunté asombrada—. Me alegra tanto tenerte aquí, Astrid.

—A mí también me alegra estar aquí, niña. —Me besó en la frente.

—Hay tantas cosas que tengo que explicarte..., tantas que no sé ni siquiera por dónde empezar.

Hizo una pequeña mueca, sonriendo levemente.

—Ya habrá tiempo para que hablemos de ello, pequeña valkiria.

—Pero... necesito confesarme contigo, Astrid —me apresuré a decir.

Negó con la cabeza, no era momento de ello, pero de verdad lo necesitaba.

—No sé en quién confiar aquí, todo es tan distinto al Valhalla que se me hace difícil saber cómo reaccionar. Todo me abruma en este reino —me sinceré.

—Estoy segura de que algo en ti comprenderá lo que en el Midgard se oculta.

No me aparté de ella, seguí abrazada, cobijándome en la paz más placentera que había sentido jamás. Astrid era la mujer que había cuidado de nosotras, la institutriz, por decirlo de alguna manera, que se había ocupado de todas nuestras necesidades. Acariciaba mi espalda con tranquilidad, calmando mi corazón.

—He venido porque tengo algo que contarte, pequeña. —Dejó de acariciarme, cosa que me extrañó.

Alcé la mirada, no comprendía sus palabras. ¿Cómo una nodriza como ella era enviada al Midgard así como así? Aquello no estaba permitido.

—¿El qué? —murmuré turbada—. No entiendo nada, Astrid, el Midgard me confunde demasiado, hay tantas preguntas sin respuesta que no soy capaz de descifrar lo que este reino me esconde...

Pasó una de sus manos por mi largo cabello, a la vez que me resguardaba de todo mal. Ella podía hacer desaparecer el dolor, el miedo y la fragilidad, con su fuerte energía era capaz incluso de cambiar la de todos los que nos encontrábamos a su alrededor.

—Lyss, siéntate —me pidió.

Lo hice, a la vez que me acercaba al fuego, necesitaba sentir su calor, y deshacerme de la humedad y la gélida sensación que había calado en todo mi ser.

Miré el gesto que había esbozado Astrid, había algo que le preocupaba a pesar de su paz, era imposible no darse cuenta de que estaba inquieta. Ladeé la cabeza, intentando descifrar lo que escondía, pero no iba a tardar en responder a todas las preguntas que le hiciera.

—Lyss..., yo... —dijo casi en un susurro, como si lo que fuera a salir de su boca le aterrara.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirí.

Durante un momento el terror me invadió por completo, a todo lo que me afrontaba, paso a paso, la cosa se complicaba, me temía que no fuese a terminar jamás.

—No soy quien crees, pequeña valkiria... —dijo en voz baja.

—¿Cómo?

Cerró los ojos con fuerza, cogiendo aire, y cuando los abrió pude ver cómo las impacientes lágrimas luchaban por salir. Me puse en pie, para acercarme a ella, lo suficiente como para poder arrodillarme y tomar sus manos. Las acaricié con delicadeza, invitándola a seguir hablando.

—Habla, Astrid, te lo ruego —le pedí.

Me estaba reconcomiendo por dentro, me sentía perdida, no sabía qué era lo que escondía en su interior y qué le estaba haciendo tanto daño.

—Yo... —Dejó ir un pequeño quejido que me partió el alma, verla llorar me dolía incluso más que la peor de las heridas—. No he sido sincera contigo, ni con nadie. —Hizo una pausa—. No soy quien crees.

—¿Quién eres, Astrid?

—Soy tu abuela —desembuchó.

Parpadeé repetidas veces, sin comprender nada. El aire me faltaba, no era capaz de llenar mis pulmones, ni siquiera las palabras eran capaces de salir.

—Pero...

—Lyss, no eres como el resto de valkirias —susurró—, no estabas predestinada a nacer como una de ellas, pero hubo algo que lo cambió todo, las nornas tejieron tu destino, haciendo que cambiara.

—¿Qué tienen que ver las nornas con mi nacimiento? —pregunté confusa.

Un cúmulo de sentimientos se amontonaban en mi interior, haciendo que el que más ardiera en mí, fuera el pesar.

—¿Por qué no soy como el resto? —inquirí.

Bajó la mirada al suelo, y poco después la fijó en las bailarinas llamas del fuego, como si estuviera perdida en su inmensidad.

—Eras una humana, Lyss.

—Explícate, Astrid —dije entre dientes.

Estaba enfadada, confusa, y más perdida que nunca, un enorme vacío se hizo con el control de todo mi ser, rompiendo mis barreras.

—El Midgard es tu verdadero reino, por eso te sientes así —me explicó—. Hay muchas energías que conoces y te confunden —prosiguió—, eres hija de Egil y Gala, nieta de Thorbran y de Astrid —murmuró—. Mi nieta, sangre de mi sangre, hija de mi pequeño gran guerrero.

Por un momento mi sangre se heló, mi corazón se paró, y acabó resquebrajándose en mil pedazos que no sabía si sería capaz de volver a unir.

—Pero... —conseguí articular.

—Los dioses, aconsejados por las nornas, decidieron que lo mejor era que dejaras tu vida en la Tierra para subir al Valhalla y cumplir el destino que estas mismas habían vuelto a tejer para ti en su telar.

—¡Mi sino no era ese! —chillé.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, las cuales no dejaban de descender por mis mejillas, empapándolas. Di un fuerte golpe, estampando la gran butaca contra una de las paredes, haciendo incluso un hueco en ella.

—Lyss..., deja que te muestre tu tierra, el lugar en el que naciste.

No sabía qué contestar, tenía mil preguntas, pero ni siquiera era capaz de hacer que salieran.

—Quizá así entiendas mejor lo que pasó.
Asentí con el corazón hecho trizas y con el alma devastada.



Gracias a Hofvarpnir pudimos llegar hasta el antiguo poblado que había sido un día mi hogar.

Pasamos el viaje completamente en silencio, me sentía engañada y decepcionada con los dioses e incluso con ella, me habían ocultado durante eones mi verdadero origen.

Estaba tan derrotada que ni siquiera sabía cómo podía seguir moviéndome, mis entrañas se habían retorcido, y mi espíritu había muerto ante la confesión de Astrid. Nada más descender del animal y pisar tierra firme una oleada de sensaciones me invadió, haciéndome sentir mareada.

—Vamos —me dijo Astrid, tirando de mí.

Me zafé de su mano, y miré al caballo, el cual empezó a pastar en la gran llanura.

—No te marches, Hofvarpnir, te necesitaré —susurré uniendo mi frente con la suya.

Astrid empezó a caminar, dejándome atrás.

—¿Qué es esto que siento? —pregunté.

—Son ellos, Lyss —murmuró—, toda la gente que vivió bajo el mando de tu padre, el rey Egil Thorbransson.

Llegamos al límite entre la pradera y las casas, por lo que no pude evitar cerrar los ojos, dejándome llevar por todo lo que suponía aquel momento. Estos se llenaron de amargas lágrimas al ver aquel pozo, ese con el que había soñado en cientos de ocasiones. Pero realmente no eran sueños, sino recuerdos, aquellos que los mismísimos dioses habían borrado de mi mente. Me faltaba el aire, no era capaz de llenar mis pulmones, me estaba ahogando con mi propio llanto. Todo el cuerpo me temblaba y solo pude dejarme caer.

—¿Puedes verles? —preguntó.

Asentí sin apenas fuerzas. Los espíritus de aquel lugar me hablaban, podía verles, igual que veía a mis padres, porque lo supe en cuanto aparecieron. Ella era tan hermosa, tan diferente... Tan parecida y a la vez distinta a mí, era aquella mujer, la que aparecía en mi mente cada vez que cerraba los ojos, la pelirroja.

—¿Cómo se llamaba? —dije mirándola directamente.

—Gala Hammerdóttir.

Tragué saliva, sin poder contener las cientos de lágrimas que empapaban mis ropajes, podía verles, eran tan reales que incluso parecía que pudiera abrazarme a ellos. Estaba desolada, me sentía tan mal que nada podría curar la enorme brecha que se había creado en mi ser por culpa de esos vanidosos dioses que aparentaban ser los padres de todo, y no eran más que unos ladrones.

Dejé ir un profundo lamento, arrodillada junto al pozo.

* * *

Recuerda, pequeña.

—Móðir —la llamé.

Iba delante de mí, sujetando una gran cesta llena de ramas y pescado.

—Corre, pequeña Lyss, o tu faðir^[27] te atrapará.

Miré hacia atrás y pude verle. Venía hacia mí con las manos estiradas y preparado para cogermé. No dejaba de correr, intentando escapar de su amarre, pero no tardaría en llegar a mí, rodeándome con sus fuertes brazos.

—Te pillé, kottr —me dijo al oído.

* * *

Entonces lo entendí todo, era la voz de Astrid la que había escuchado tantísimas veces y me había estado pidiendo que recordara, era ella la única que pedía a mi mente que revelara lo que el pasado ocultaba. Ella, igual que la mujer de cabellos dorados, eran las únicas que habían sido capaces de guiarme entre las sombras de mis pensamientos ocultos, de aquellos que los dioses habían dormido.

Entonces me fijé en él, era mi padre, tan hermoso como ella, igual que aquel inmenso lugar. Tan salvajes, rudos y valientes... Jamás podría perdonar el dolor que les habían causado. Me habían arrebatado del lado de las personas que más me amaban, rompiendo sus vidas para siempre.

—¿Cómo pudieron hacer algo así, Astrid?

—Amma^[28] Astrid, mi pequeña Lyss —me pidió.

—No lo comprendo —dije entre sollozos—, no me entra en la cabeza el hecho de que me arrancaran de los brazos de mis padres para llevarme al Valhalla.

—Lyss..., no eres como el resto, ni como los humanos, ni como las valkirias. —Pasó uno de los mechones que caían sobre mi rostro tras mi oreja—. Tienes lo mejor de ambos mundos.

Acarició con mimo mi espalda y mi cabello, con el cariño que me había faltado desde que descendí del Valhalla. Fue entonces cuando todo cuadró, era por eso por lo que Freyja no quería que bajara al Midgard, por ese motivo se opuso, para que no recordase la verdad.

—¿Quién soy realmente?

—Eso solo tú puedes descubrirlo.

—Me da miedo averiguarlo, Amma... —titubeé.

Se arrodilló a mi lado y puso sus manos en mi barbilla intentando alzarla.

—No tengas miedo, mi pequeña, eres tan valiente como tu madre, y tan audaz como tu padre.

Cuando levanté la vista pude ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas, casi más de las que había llegado a derramar yo.

El mal que había en mí no se desvanecía, permanecía arrollando a la poca fuerza que quedaba, dejando paso a una fragilidad que me aterraba. Aquella no era la Lyss que había bajado, era tan solo la sombra de una muchacha que acababa de descubrir cómo la habían alejado de todo lo que había amado, y que ni siquiera era capaz de recordar.

—Siento tanto dolor, *amma*... Tanto que ni siquiera sé si conseguiré vivir con ello —admití.

—Conseguirás hacerlo, pequeña, ¿cómo crees que lo hice yo?

Negué con la cabeza.

—Lyss. —Cogió mis manos—. Cuando tu padre era muy pequeño, alguien provocó un incendio en nuestra casa, la inhalación de humo provocó mi muerte, pero los dioses, a sabiendas de lo que ocurriría en un futuro, decidieron ascenderme al Valhalla —me explicó—. Donde aguardaría tu llegada.

Su voz se quebró, haciendo que Astrid ahogara un pequeño quejido que no pudo evitar que se le escapara.

—Los dioses me permitieron descender al Midgard una sola vez, una para advertir a mi pequeño, y que así Egil pudiera vivir —dijo en voz baja—. El dolor que sentía en mi corazón era tan grande que apenas comía, ni dormía, me pasaba los días mirando los jardines del Valhalla. Si no hubiera sido por Frigg y Gná...

—¿Si no hubiera sido por ellas?

—Habría muerto, Lyss.

Mi corazón dio un vuelco, podía sentir todo aquello que decía Astrid, el mal que había vuelto a ella al contarme lo ocurrido. Los dioses habían sido crueles con nuestra familia, habían destrozado un hogar por conseguir modelar a su antojo el futuro.

* * *

—¿Vas a venir conmigo?

Miré hacia otro lado, no podía aguantarle la mirada durante mucho rato, acababa haciéndome sentir desconcertada e incluso perdida en la oscuridad de esta.

—Claro que lo haré... —murmuré—. Pero debo hablarles a madre y padre sobre esto, no puedo marcharme así.

—Sí que puedes, mi vikinga, claro que puedes.

Hice una mueca, no estaba segura de si realmente aquello era lo acertado. No era capaz de pensar en una vida en la que ellos no estuvieran, pero ¿y si realmente era lo que los dioses querían?

* * *

Me acerqué al pozo junto al que había estado arrodillada, el cual aún se mantenía en pie a pesar de los años en la actualidad, aunque algo me decía que no había sobrevivido al paso del tiempo solo.

En él había una inscripción: «Kroos, *konungr*^[29], señor de las tierras, hermano del pueblo, elegido por los dioses, igual que la *valkyrja*». Alguien había dejado una pista en aquella poza a sabiendas de que yo descendería, estaba segura, si no, ¿de quién hablaban?



—Lyss, no me odies por esto..., los dioses me prohibieron hablarte de ello hasta que recordaras lo que el pasado te escondía —me pidió.

—*Amma*, debo encontrar un modo con el que poder conocerles —murmuré—. Pero ahora debo pensar.

Asintió, y se alejó del pozo en el que aún nos encontrábamos, no podía pensar estando con ella cerca. Todas sus emociones se volcaban en mí haciéndome sentir perdida.

—Odín, padre... —dije entre sollozos.

Había sido traicionada por quienes más amaba, por aquellos que creía mi familia y que tan solo me habían alejado de lo que había sido mío algún día, separándome de esa tierra, de mi hogar.

—¿Por qué? —Lloré—. ¡Malditos dioses! ¡No sois mejores que Loki! —chillé, esperando que mis palabras llegaran al Asgard—. Mirad lo que habéis conseguido, habéis acabado conmigo.

Todo mi vello se erizó al sentir la mano de la mujer de cabellos rubios sobre mi hombro derecho.

Pero ya no había consuelo para mí, toda esperanza se había perdido, era esa la razón por la que había tantas preguntas sin respuesta, tantas cosas que me ocultaban, y es que yo misma había sido ocultada de mi propia verdad.

—¡Heimdall! Muéstrales lo que solo tú ves, muéstrales la tortura a la que me están sometiendo —grité—. ¡Heimdall! —le llamé.

Nadie respondía, ni siquiera él tenía la mirada puesta en mí. Saqué mi *geirr*, la sostuve con fuerza, y la acerqué a mi muñeca izquierda, hincando la cuchilla en la piel, a punto de rasgarla.

—Dioses del Asgard y de los nueve reinos, seguid haciendo oídos sordos, seguid con los ojos vendados y toda vuestra farsa se terminará.

Esperé durante unos segundos, pero no hubo respuesta alguna, ni siquiera un solo trueno que resonara partiendo el cielo, ni un rayo que me dijera que ahí estaba para mí, pendiente de lo que hiciera.

Pero entonces, antes de que pudiera rasgar mi piel, una flecha pasó frente a mí, hiriéndome en la mano que sujetaba la *geirr*, lo que provocó que la soltara y cayera al suelo. Me di la vuelta rápidamente, y ahí estaba él, ese maldito elfo que no hacía más que perseguirme por todas partes como un obseso. Le miré llena de rabia, con una ira que no era normal en mí. Todo se había hecho una montaña demasiado alta como para seguir aguantándola sobre mi espalda.

Me lancé a por él, con toda la cólera que me recorría de pies a cabeza como si en mi interior hubiera una tormenta eléctrica que no era capaz de detener. Estaba al final

del poblado, pero, aun así, no tardé ni un ápice en llegar a donde se encontraba y me abalancé sobre su cuerpo, haciendo que cayera al suelo.

—¡Maldito elfo! —Dejé ir un gruñido—. ¡Serás hijo de Loki! —grité mientras le golpeaba una y otra vez.

No se defendía, simplemente permanecía en silencio, mirándome, callado, con los ojos fijos en los míos. Saqué de la parte trasera de mi cinto el hacha que me había dado Ulric, lo cogí con una fuerza y una furia descomunal, y la clavé junto a su cabeza.

—¡Aléjate de mí! —alcé la voz—. Aléjate, Ottar, o tendré que acabar contigo antes de que nadie lo haga —dije entre dientes.

—¿Lo harás, vikinga?

Aquellas palabras sonaron como un conjuro que acabó bloqueándome.

* * *

Vi cómo madre se trenzaba el cabello recogiénolo en dos largas cintas. Padre se había marchado al salir Sól, debían ir a cazar para que luego tuviéramos algo con lo que alimentarnos, junto al abuelo.

—Lyss, irás con Linnae, yo volveré antes de que caiga la noche.

Asentí, sin entender muy bien a dónde iba.

—Pero, madre...

—No te preocupes, kottr.

Si ambos se marchaban podría escaparme al bosque, me adentraría entre los grandes árboles que rodeaban nuestro hogar. Allí me esperaría él, quien aguardaba en las sombras hasta que la luna saliera.

—No te olvides de Skogkatt —le dije.

—Se quedará contigo. —Acarició mi cabello.

* * *

Skogkatt era un hermoso lince, uno igual que el que había tallado en el mango del hacha que ahora sujetaba. La observé, y la rabia volvió a mí, por lo que no me lo pensé ni una sola vez, desclavé el arma y la coloqué contra su cuello. Su pecho subía y bajaba rápidamente, tenía los ojos brillantes, una sonrisa burlona se dibujaba en su sensual boca. Era muy diferente a todos esos asquerosos elfos que había visto en cientos de ocasiones, no era tan sucio, ni repugnante como los demás, parecía más astuto, suspicaz, e incluso había algo hermoso en él.

Con un rápido movimiento, me dio media vuelta, haciendo que mi espalda quedara pegada al frío suelo que se había empapado por la nieve derretida. Su sonrisa había cambiado, era de medio lado, seductora pero a la vez ligeramente sarcástica. Intenté resistirme, moverme, pero parecía haber aumentado su fuerza. Por lo que apenas era capaz de quitarlo de encima de mí. Su cuerpo estaba completamente

pegado al mío, nuestras respiraciones se habían acompasado, pero mi corazón latía frenético, a un ritmo que solo él podía provocar.

Acercó su rostro al mío, haciendo que un fuerte escalofrío me recorriera de pies a cabeza sin que pudiera evitarlo.

* * *

—¡No, no! —dije entre risas—. Detente, hrafn^[30].

Corría hacia un lado y hacia otro, escondiéndome de él. Desde que le conocí nada había cambiado. Éramos uno solo, siempre juntos, salvo cuando el sol brillaba en lo más alto y los guerreros de padre rebuscaban entre los árboles que rodeaban todo el poblado a ver si encontraban algo con lo que poder alimentar a toda nuestra gente.

No dejaba de correr, hasta que le vi aparecer un poco más allá, con esa sonrisa que siempre portaba en sus labios y que no dejaba de enamorarme cada día más. Me desvié, intentando alejarme de él tanto como pude, pero era rápido, demasiado como para huir, por lo que acabó atrapándome entre sus fuertes brazos.

—Serás... —dije entre dientes—. ¡Illr^[31]!

* * *

Sus labios estaban tan cerca de los míos, tanto que era imposible no sentir cómo su respiración topaba contra la mía. Haciéndome sentir nerviosa e indefensa, como un cachorro entre sus manos, perdida en su oscura y penetrante mirada.

—Volverás a ser mía, vikinga —susurró en mi oído.

Un poderoso trueno resonó por todo el Midgard, haciéndome temblar, hasta que un rayo cayó sobre su espalda, haciendo que se desplomara, transportándome a mí de nuevo al Valhalla, dejándome en medio del gran salón.

Un terrible dolor de cabeza me atravesó, ni siquiera era capaz de recordar lo que había ocurrido después de llegar al Valhalla, pero nada más abrir los ojos pude ver que me encontraba en mi antigua habitación. Aquella en la que había vivido durante eones sin tener que preocuparme de absolutamente nada, pero todo había cambiado desde que había bajado al Midgard, había abandonado la tranquilidad de mi nuevo hogar para aventurarme y saciar la curiosidad con la que había convivido desde que nació, o con la que creía haber nacido.



Durante horas me permití el lujo de poder llorar, de hacerlo como la niña pequeña que ya jamás volvería a ser, como esa cría a la que habían robado de su hogar para que se convirtiera en una guerrera a la que utilizar en la batalla final.

El ocaso de los dioses no tardaría en llegar, a pesar de que no estábamos preparados para ello.

Odín tenía un gran ejército plagado de einherjars que habían dado su alma para luchar entre sus filas, pero, aun así, me había alejado de todo, reclutándome para luchar a su lado.

No dejaba de pensar en lo que había sentido al llegar al poblado, todas aquellas voces, los ruegos a los dioses, los amargos llantos que habían partido mi corazón. No recordaba conocerles, ni siquiera era capaz de acordarme con claridad de quienes me dieron la vida.

Realmente aquello era lo único que quería recuperar, la memoria y cada uno de los recuerdos que habían hecho desaparecer de mi mente.

* * *

—Madre —la llamé.

No sabía dónde me encontraba, había corrido entre los árboles durante horas, me había alejado de todo aquello que rodeaba el poblado, mientras ella recogía hierbas curativas, y cazaba algunas liebres.

—Madre —alcé la voz, volviéndola a llamar.

Pero no la veía por ninguna parte, por lo que volví a correr sin cesar, buscando algo que me dijera por dónde seguir, hasta que escuché un brusco sonido al que no pude ignorar. Me di la vuelta tan rápido como pude, y me encontré un gran oso apoyado sobre sus dos patas traseras.

—¡Madre! —chillé.

No aparté los ojos de él, todo mi cuerpo temblaba, y unas fuertes ganas de llorar empezaban a tomar el control. Era una guerrera, pero no lo suficientemente fuerte como para derrotar a un animal así.

Cogí aire, intentando calmarme, sujeté con fuerza el arco y coloqué una flecha, esperando que si se acercaba, volviera a recular al herirle. Mi corazón iba tan deprisa que parecía estar a punto de escaparse de mi pecho. Escuché que algo se partía a mi espalda, una simple rama que crujía bajo los pies de alguien. Me di la vuelta, pero allí no había nadie, negué con la cabeza, no podía ser, sabía lo que había escuchado. Antes de que pudiera darme cuenta, el enorme oso que había a mi espalda empezó a correr, viniendo en mi dirección, por lo que hice lo mismo que él,

correr tan rápido como podía, pero no era lo suficientemente veloz para perderle de vista.

Al mirar al animal, uno de mis pies tropezó, haciendo que cayera de bruces contra el suelo, hiriéndome las piernas y parte de las manos. Intenté ponerme en pie, pero el miedo que tenía era capaz de inmovilizar mi cuerpo, haciendo que ni siquiera pudiera levantarme. Cada vez estaba más cerca, mis ojos se llenaron de lágrimas, no podía dejar de pensar en que no era digna de los dioses.

El oso se puso sobre las dos patas traseras frente a mí, preparado para abalanzarse, podía ver cómo su pecho se movía arriba y abajo, agitadamente. Cerré los ojos esperando a que todo aquello pasara, pero entonces... no pasó.

* * *

Me desperté envuelta en sudor, con los ojos llenos de lágrimas, y el corazón latiendo descontrolado. ¿Qué demonios acababa de ocurrir en el sueño? Vi cómo frente a mí aparecía la mujer de cabellos dorados.

—*No son sueños, Lyss.*

—*¿Y qué son entonces?* —Hice una mueca.

—*Son recuerdos.*

—*¿Recuerdos?* —pregunté confusa.

—*Tú misma lo has deducido al llegar al poblado* —me dijo—. *Estás en lo cierto.*

Esta asintió dos veces, no podía creerme lo que estaba diciendo, había acertado, era eso todo lo que había visto. Pero... Negué con la cabeza, no podía ser. Había visto en tantas ocasiones a mi madre que ni siquiera era capaz de saber si realmente era ella.

—*¿Por qué estas siempre conmigo?* —pregunté inquieta.

—*Porque necesitas una guía, Lyss* —me explicó—. *Alguien que te sepa llevar en tu nueva vida.*

Bajé la vista, pasándome una mano por el rostro.

—*Ahora solo debo guiarme yo.*

Me cubrí de nuevo con las mantas, y antes de que la mujer desapareciera de nuevo, le dije:

—*No quiero a nadie acompañándome no quiero nada... Solo ser libre y conseguir conocer la verdad que me han ocultado durante todos estos años.*

Tras eso volví a acurrucarme, apoyándome en la almohada, dejando que mi corazón llorara en silencio, llenándose una vez más de negrura y rabia. Cerré los ojos con fuerza, intentando disipar las amargas lágrimas que amenazaban con escaparse.

—*Márchate* —le ordené de mala manera.

Y eso hizo, desaparecer como si jamás hubiera estado a mi lado, algo me decía que no le había sentado bien, pero poco me importaba.

* * *

Lloré arrodillada, encogida como si fuera una niña. Mi vida estaba a punto de acabar, el oso estaba cada vez más cerca, y no podía hacer nada más que temblar, ni siquiera era capaz de sujetar con fuerza el arco con el que defenderme. Cuando vi que el animal se encontraba a tan solo unos metros de mí, solo pude cerrar los ojos esperando que todo pasara. Alguien caminó a mi alrededor, los segundos se volvieron minutos, y estos una eternidad que causaba estragos en mi interior.

—¡Sal de ahí! —me gritó.

Contuve la respiración, y poco después un fuerte golpe resonó en todo el bosque. Tan solo era capaz de apretar la mandíbula.

Abrí los ojos, llenos de lágrimas. Busqué al enorme oso que había estado a punto de matarme, y me lo encontré yaciendo en el suelo, lleno de sangre y con la enorme lanza que había acabado con su vida atravesándole la espalda. Tras su cuerpo apareció él, Ottar, mi salvador.

—Lyss... —murmuró asustado.

Se acercó a mí, arrodillándose a mis pies.

* * *

Me había despertado sobresaltada, con una angustia interior que me hacía sentir devastada, como si no fuera más que una muñeca rota a la que jamás nadie podría arreglar, a pesar del tiempo.

—¿Por qué hay tantos secretos a mi alrededor? —me pregunté.

Negué con la cabeza varias veces, me parecía tan complicado resolver los enigmas que se habían creado. Los dioses y las nornas jugaban conmigo igual que lo habían hecho desde el principio.

Movían los hilos del destino a su antojo, sin importarles lo que les ocurriera al resto de las criaturas que habitábamos los nueve reinos.

Cientos de imágenes se cruzaban en mi mente, pero eran tan difusas que ni siquiera podía reconocer algunos de los rostros de los que se habían cruzado en mis sueños, en esos recuerdos fugaces que no dejaban de avasallar mi cabeza. Había tantos en los que él aparecía, tantos que incluso llegaban a confundirme. ¿Cómo podía ser real aquello? ¿En qué momento me había dejado embaucar por ese mentiroso sin escrúpulos?

Ottar había estado siempre a mi alrededor, ese maldito elfo me había rondado desde mi vida pasada, había estado ahí desde el inicio de los tiempos y no era capaz de recordar qué nos unía.



Todo se había vuelto el peor de los embustes, la mentira más grande de la historia. Aquella en la que me había visto involucrada sin quererlo y de la que ya jamás podría salir.

Volví a vestirme con mis ropajes, como lo había hecho cientos de veces antes de abandonar aquel lugar. Había perdido mi *geirr*, se había quedado en el Midgard, de la misma manera que lo había hecho el hacha, igual que el elfo. Salí de mis aposentos, decidida a ir directa hacia el gran salón, llena de valentía para enfrentarme a los dioses como nunca nadie lo había hecho. Pero entonces apareció Thrúd, y no pude evitar desmoronarme entre sus brazos. Lloré contra su pecho, perdida en los recuerdos que se agolpaban en mi mente, difusos, mezclados entre ellos, haciéndome desperdiciar la poca cordura que quedaba en mí.

—Se fuerte, *systir* —me pidió con pesar.

No hacía falta nada más, no teníamos que decir ni una sola palabra, tan solo mirándonos a los ojos sabíamos a la perfección lo que nos ocurría a la una y a la otra. Tragué saliva, intentando reponerme, iba a hablar con ellos, e iba a pedir las explicaciones que nadie me había dado.

—Lo seré —murmuré.

Me abrazó una vez más, y me dejó ir sin pedirme que desistiera en un intento desesperado de mantener el equilibrio que siempre había en el Valhalla. Sabía que si lo hacía, jamás le perdonaría haberse posicionado junto a los dioses.

—Estaré aquí, ¿vale? —Me miró entristecida.

Asentí varias veces, y me encaminé hacia el gran salón. Cogí aire, estaba a punto de hacer algo de lo que no sabía si llegaría a arrepentirme, ni siquiera sabía cómo afrontarían los dioses algo así.

Miré por última vez cómo brillaban los dorados escudos que adornaban las paredes del largo pasillo que daba al gran salón. Cuando fui a golpear las puertas, los dos guardias que había junto a esta cruzaron sus lanzas, impidiéndome hacerlo, entonces escuché que alguien se acercaba por mi espalda.

—Lyss —oí cómo me llamaba.

Inmediatamente me di la vuelta y me encontré con las tres nornas que tejían el telar de la vida, aquellas que habían arruinado mi existencia una vez; no dejaría que hubiera una segunda.

—Abrid las puertas, necios —dijo la norna del presente.

—Verdandi... —murmuré.

Gracias a ella las diosas habían venido en mi ayuda para devolverme junto al clan de los Lettvalkyr, había sido ella quien lo había ordenado todo.

—Lo siento, Lyss —susurró.

—No lo sientes —dije entre dientes.

Estaba tan llena de rabia que solo quería gritar, hacer que cientos de rayos atravesaran a aquellos que me habían fallado, y volver al Midgard para acabar con esos malnacidos que acechaban a los humanos, a mi verdadera raza.

—No hace falta que lo hagas —escupí con desdén—. No necesito tu falsa tristeza, ni una sonrisa por compasión.

Skuld nos miraba sorprendida, pero no era capaz de decir nada, y Urd, se limitaba a observar cómo los guardias se apartaban de la puerta, perdida en sus más profundos pensamientos.

Entré con pasos firmes y decidida en el reluciente salón, escudada por las tres nornas, quienes me seguían. Cogí aire, intentando mantener la compostura para no dejarme llevar por la ira y el rencor que cada vez se hacía mayor.

—Siéntate —me ordenó Odín, haciendo un gesto.

Hice lo que me pidió, simplemente por el hecho de no entrar en otra disputa. Me senté y dejé que las nornas pasaran frente a mí. Los dioses estaban sentados cada uno en su trono, delante de donde me encontraba.

—Me gustaría enseñarte algo —dijo Odín pasándose una de sus grandes manos por su blanquecina barba.

—No quiero que me enseñe nada, padre —murmuré sin ganas—, si es que realmente debería llamarle así.

Apreté los dientes, intentando ser benevolente y no decir todo aquello que se agolpaba en mi boca esperando a ser escupido como el veneno en el que se convertiría si se quedaba en mi interior.

—Entiendo que te sientas dolida, Lyss, pero no nos quedó otra opción.

—¿Cómo que no? —pregunté rebosante de dolor—. ¡Siempre hay otra opción! —alcé la voz.

Freyja se puso en pie, y vino hacia mí, su semblante era serio, más que el de los otros dos dioses.

Era la diosa más hermosa, la más elegante, y la más codiciada de todo Asgard, pero no se rendía a los pies de nadie, aunque todo el mundo sabía de sus amoríos, era dura y salvaje, como alguna vez lo había sido mi madre.

—Tu madre era aún mejor, Lyss. Gala fue una auténtica escudera —dijo en voz baja, incluso llegó a quebrarse—. Una valquiria en la Tierra.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al pensar en ella, en la gran guerrera que todo el mundo decía que era. El no recordar cómo había sido vivir a su lado, amarla, el no haber podido disfrutar de su compañía me rompía por dentro.

—No llores, mi pequeña valquiria —susurró con pesar.

Se agachó junto a mí, pasando uno de sus largos dedos por encima de mi moflete, deshaciéndose de una de las lágrimas que habían conseguido escapar.

—Yo ya no soy nada vuestro —dije con desdén—. Durante muchos años he sido una ingenua, he vivido toda mi vida una mentira, he sido guardiana de vuestro reino,

protectora de este gran salón y del palacio... —Ni siquiera sabía cómo era capaz de continuar hablando—. Y vosotros me lo habéis agradecido ocultándome la verdad.

—No podíamos dejar que te marcharas, Lyss —se le escapó a Urd.

—¿Cómo? —Mire directamente a la norna.

Había algo que seguían ocultándome y cada vez me sentía peor al ver cómo, aun así, no eran capaces de contarme realmente lo que había ocurrido.

—Urd —la llamó Odín.

—Pero, padre... —susurró en voz baja.

—Lo sabrá en su debido momento. —La fulminó con una mirada.

—¡El momento es ahora, Odín! —grité encolerizada—. ¿Es que no se da cuenta de lo que ha hecho?

No podía dejar de llorar, la decepción y la pena eran mis únicas compañeras, ni siquiera el rencor, ni la rabia. Todo se había desvanecido, de nada servía en aquel momento sentirse así.

—¡Rompiste una familia! ¡El amor de un pueblo entero! —dijo entre lágrimas—. Te llevaste aquello que más amaban, te la llevaste a ella. —Me señaló, Urd.

—No me hables así, norna —le ordenó Odín.

El padre de todos no consentía que nadie le contradijera, pero en aquel momento no estaba en la mejor postura como para rebatir nada.

—Padre, tan solo digo la verdad... —se atrevió a decir.

—Urd —la llamó una de sus hermanas.

Miró hacia atrás, pero negó con la cabeza, terca como nunca.

—No intentes defenderme ahora, Urd —contesté con pesar—. ¡Fuisteis vosotras quienes escribisteis un nuevo destino para mí! —Sentía que mis lágrimas no dejaban de empapar mi rostro, aliviando el dolor que me corroía—. Fuisteis las culpables de que tuviera que dejar el que era mi hogar.

—No, Lyss —respondió.

Odín se pasó una mano por su larga y blanquecina barba, a sabiendas de que no había actuado bien, pero eso jamás lo admitiría. El dios era perfecto, nadie osaba cuestionar lo que él hacía, salvo yo.

—Loki movió los hilos del azar, puso en tu camino a un ser distinto a todo lo que habías visto antes —murmuró—, alguien con quien no contábamos, una pieza que sería clave en tu vida —prosiguió—. Debíamos impedir que eso ocurriera.

Como un *flash*, su imagen apareció en mi mente, ese hombre de los sueños, era el mismo que el que había visto en tantas ocasiones en el Midgard. Era el maldito elfo con el que me había topado, ese que había sido el único capaz de reconocermelo.

—Él... —murmuré.



—Ottar —Odín dijo su nombre.

Esa simple palabra tomó forma de daga y fue capaz de rasgar algo en mi interior. Estaba en lo cierto, no solo habían sido recuerdos soñados, sino que realmente el elfo había estado en mi vida.

—No lo comprendo... —murmuré rota—. ¿Por qué ocultarme de él?

—Lyss eres más importante de lo que crees.

Suspiré, llena de dolor, no era capaz de comprender el motivo de que me alejaran así de mi familia.

—No quiero ser importante, Alfather. —Me quebré a la vez que el padre de todos hacía una mueca—. Solo quiero ser yo misma, y ni eso me habéis permitido.

—No digas eso, Lyss... —me pidió.

—No puedo creer lo que escucho... —contesté sin ganas.

Si tan importante era, ¿por qué me habían hecho aquello? Era imposible de concebir que algo así hubiera pasado, pero, por desgracia, así había sido.

—Podríais haber acabado con él, todo habría cambiado, yo habría vivido mi vida hasta que llegara mi propio ocaso..., pero no —dejé ir una sarcástica carcajada—, vuestro egoísmo ganó la partida. —Negué con la cabeza—. Arruinasteis una familia, todo lo que debía ocurrir se borró por arte de magia.

—No podemos interceder así, Lyss. —Negó con la cabeza.

—¡Pero conmigo lo hicisteis! —grité llena de ira.

Apreté las manos en puños, intentando aguantar las pequeñas hebras de luz que gritaban por escaparse y adentrarse en el cuerpo de los dioses hasta que su último aliento de vida emanara.

—Estabais demasiado ocupados salvándoos el culo, intentando que nadie os arrancara un solo pelo o pisara vuestra sucia sombra como para vislumbrar alguna otra opción —dije con inquina.

—Las nornas...

—¡Las nornas nada! —contestó Urd, interrumpiéndole.

Parecía terriblemente enfadada, más de lo que hubiera esperado por su parte, y no entendía en realidad por qué.

—¿Y a ti qué te importa? —le rebatí.

Cerró los ojos, rebosantes de lágrimas, podía sentir su desdén hacia los dioses en mis propias carnes.

—Claro que me importa —dijo en voz baja, casi sin poder hablar—. Lyss...

—No hace falta que digáis ninguno nada más. —Agaché la cabeza para volver a alzarla—. Ya veo lo mucho que os importaba... Lo único que queríais era poder salvarlos y ya lo habéis conseguido, por el momento.

Sin decir nada más, me di la vuelta.

—Pero no os garantizo esta tranquilidad durante mucho tiempo. —Sonreí con malicia.

No quería saber nada de ellos, al menos hasta que se me pasara aquel doloroso rencor que me corroía por dentro. Vi cómo Freyja intentaba acercarse a mí, sabía que el suplicio que estaba viviendo era demasiado grande como para arreglarlo todo con un abrazo.

—Lyss —me llamó Urd.

Giré la cabeza un poco, lo suficiente como para poder mirarla. Sin pronunciar una sola palabra más, asintió decidida.

—Odín, como norna del pasado, ruego clemencia... —murmuró—. Clemencia para su mente, para esos dormidos recuerdos que bien habéis hecho desaparecer durante eones. Ahora es el momento de que la oscuridad que la ha asolado se disipe, y deje paso a la luz.

Le dijo que no con un ligero movimiento, y miró a Thor, el más benévolo de todos, el dios del pueblo.

—No podemos permitirlo.

—No estoy pidiendo permiso, padre, solo le informo de lo que está a punto de suceder —le desafió—. Y como podrá verificar Skuld, es lo que va a ocurrir. —Miró a la norna del futuro—. ¿Cierto, hermana?

Las nornas no podían mentir, todo lo que decían debía ser cierto, y mucho más si se trataba de algo relacionado con sus importantes dones.

—Así es, Alfather —contestó Skuld.

Tragó saliva, sabía que las nornas estaban a su servicio, pero tenían un espíritu guerrero que eran incapaces de apaciguar, y eso les hacía salirse de los márgenes establecidos con tal de hacer lo que creían que era justo.

—Odín —le llamó Freyja.

Se giró hacia ella, y la fulminó con la mirada, molesto por las palabras de la norna y por el hecho de que la diosa fuese a contradecirle.

—¿Qué es lo que quieres ahora?

—Tal vez deberías replantearte el hecho de dejar que Lyss descienda al Midgard, que lo haga junto a Urd, y viajen al pasado —le dijo la diosa, o mejor dicho le ordenó.

Negó con la cabeza una y otra vez con el gesto torcido. Un poderoso cosquilleo empezó a tomar mi estómago, creando un fuerte nudo en mi garganta sin apenas dejarme respirar.

—Quiero bajar, Odín —dije entre dientes, retándole.

—Es lo mínimo que podemos hacer —añadió la diosa.

No estaba preparada para lo que estaba a punto de ocurrir. Las siguientes horas, y días se convirtieron en una auténtica tortura, en una agonía que no me dejaba dormir, ni siquiera era capaz de vivir con tranquilidad. Mi mente no descansaba, cientos de

preguntas, de imágenes se agolpaban en ella, ni siquiera sabía qué era lo que iba a pasar y eso me hacía sentir inquieta.

Alguien tocó mi puerta, haciendo que diera un salto de sorpresa, no esperaba que nadie viniera.

Hice una mueca y me puse en pie. Apenas habían pasado un par de días desde que nos enfrentamos a los dioses y, aun así, nadie había osado venir a verme, salvo Thrúd, ella siempre estaba a mi lado, a pesar de que ni siquiera los dioses lo estuvieran.

—¿Quién es? —pregunté antes de abrir.

—Soy Urd, Lyss.

No quería ver a ninguna de ellas, las nornas habían cambiado mi sino a su antojo, o mejor dicho, al gusto de los dioses, y ahora la más mayor de ellas tenía el descaro de presentarse en mi estancia.

Permanecí en silencio, apretando la mandíbula, callándome las decenas de palabras que se agolpaban en mi boca y que prefería guardarme, a riesgo de crear un mal mayor. Estaba completamente decepcionada con todos aquellos que vivían en Asgard y conocían lo que estaba ocurriendo, ninguno había sido capaz de detenerles.

—Lyss, por favor —me rogó.

—Solo entrarás si respondes a todas y cada una de mis preguntas.

No dijo nada, prefirió estar callada, hasta que abrí la puerta. No pude evitar mirarla con desdicha, esa que había asolado mi interior. Fijé mis ojos en los suyos y esperé a que respondiera.

—Lo haré.

Me hice a un lado, acabando de abrirla, y dejé que pasara, mientras miré si había alguien en los pasillos. Era incapaz de fiarme de nadie que hubiera estado junto a los dioses, pero por alguna razón sabía que Urd respondería con sinceridad a todo lo que preguntara. Había causado demasiado mal como para no buscar una manera con la que redimirse de todo aquello.

—Siéntate —le pedí.

Asintió, y sin decir nada más hizo lo que le había dicho. Se pasó una mano por sus largos y dorados cabellos, mirándome.

—¿Qué es lo que quieres saber, Lyss? —preguntó.

Pude ver en sus ojos el arrepentimiento.

—Todo.

Necesitaba conocer todos y cada uno de los detalles que habían formado aquella farsa, pero sobre todo quería saber cosas sobre ellos, sobre mis padres.

—Te prometo que bajarás, les conocerás.

—No prometas nada si no estás segura al cien por cien de poder cumplirlo —dije abatida.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano por que así sea —me aseguró.

—Igual que lo hiciste cuando Odín te pidió que me alejaras de mi familia —espeté con recelo.

—No fui yo —mustió.

En cierto modo era verdad, ella tan solo era la norna del pasado, por lo que jamás podría intervenir en el futuro. Pero, aun así, para que el sino de alguien cambiase debía ser cuestión de vida o muerte y las tres nornas tenían que estar de acuerdo con ello.

—Me da igual quien fuera, todos sois culpables de haberme alejado de mi verdadera vida. —Apreté la mandíbula.

Negó con la cabeza, aun sabiendo que estaba en lo cierto. Pero debía dejar a un lado lo que había pasado para poder conocer lo que ocurrió.

—¿Por qué no he recordado nada durante todo este tiempo? ¿Por qué ahora sí? —pregunté curiosa.

La mujer hizo una mueca de tristeza, pero incluso así no contestó a lo que le estaba preguntando.

Parecía realmente afectada, pero ya no me creía nada de lo que pudieran decirme. Si habían sido capaces de traicionarme en una ocasión, ¿por qué no iban a hacerlo cientos de veces más?

—Lo lamento tanto... —musitó.

—Si es así, responde —le ordené.

Me dijo que sí con la cabeza, cerró los ojos, y me extendió una mano para que me sentara a su lado. Las nornas eran capaces de mostrar a todo aquel que quisieran lo que había ocurrido, e incluso lo que ocurría en aquel preciso instante.

—Dame tus manos.

Hice lo que me pedía, coloqué mis manos sobre las suyas, preparada para ver lo que estaba a punto de enseñarme.

—Debes conocer lo que el pasado oculta.

Aquella frase resonó en mi cabeza como un eco sin control, haciéndome recordar aquello que había permanecido escondido entre mis propias sombras y que estas no me habían dejado ver durante todo aquel tiempo.

—Lyss, deja que te lo muestre.



Podía ver perfectamente cómo los dioses habían estado coaccionando a Astrid para que todas las noches vertiera en mi bebida un líquido que, junto con la magia disir de la seiðr^[32] más poderosa de los nueve reinos, aquella que creía era mi madre desde que desperté en el Valhalla, la diosa Vanir más poderosa, Freyja, adormecían mis sentidos, la fuerza que había en mi interior y los poderosos recuerdos que luchaban por salir a la luz.

En muchas ocasiones Astrid había intentado hacer entrar en razón a los dioses, no podía permitir que me drogaran así, era lo que habían estado haciendo durante eones. Provocaban que mi memoria se adormilase, sin permitirme recordar nada que no hubiera ocurrido en aquel mismo momento. Siempre sentí que era algo extraño, apenas era capaz de acordarme de lo que había vivido el día anterior, pero me daba igual, lo achaqué al desgaste que teníamos las valkirias.

Las nornas no se habían entrometido en ningún momento, permitían que hicieran lo que querían conmigo, no era más que un daño colateral en ese gran plan que tenían los dioses, el cual no podía fallar.

El desconsuelo que tenía en mi interior no dejaba de crecer, a cada segundo que veía más me dolía. Aún no era capaz de creer lo que vislumbraban mis ojos, jamás pensé que algo así podría ocurrir, y mucho menos que serían mis propios padres quienes ejecutarían un plan maestro en mi contra.

* * *

Suspiré, la visión se desvaneció, y no pude hacer otra cosa que fijar la vista en la de Urd, quien lloraba en silencio al sentir mi pesar. Lo peor de todo era que podía acordarme de muchas cosas que antes no conocía, pero jamás recuperaría el amor que había sentido hacia mi familia, no eran más que desconocidos, gente a la que había visto, pero por la que no sentía nada.

—¿Cuál es tu siguiente pregunta, valkiria?

La confusión llegaba a abrumarme de tal manera que ni siquiera era capaz de decir ni una sola palabra. Durante unos segundos bajé la mirada. No podía rendirme, debía descubrir todo lo que había ocurrido y que no me habían dicho durante aquel tiempo.

—¿Cuál es mi destino, Urd? —conseguí decir.

—Eso solo Skuld puede saberlo, Lyss.

—No me lo creo —rebatí.

—Pues así es, valkiria, puedes confiar en mí, o dejar que me marche, dejándote aquí sola, sin que los dioses te dejen marchar.

Fruncí el ceño, molesta por sus palabras. Debía fiarme de alguien a quien jamás le había importado, y que en ese momento pretendía ser la justiciera que supuestamente necesitaba.

—Siguiente.

—¿Qué ocurrió con mi familia? —inquirí nerviosa.

—¿Estás preparada para conocer lo que pasó?

Asentí, sin estar segura de si realmente estaba preparada para saberlo, pero lo que sí sabía a ciencia cierta era que necesitaba conocer mi pasado para afrontar el oscuro futuro que, parecía, me esperaba.

Tomó mis manos y en apenas unos segundos todo se volvió oscuro, trasladándome a la gran casa del poblado, aquella que había visto nada más llegar con Astrid.

* * *

La pude ver, allí estaba ella, la mujer de cabellos cobrizos, abrazada a un vestido rojo, llorando desconsolada.

—¿Dónde estás, mi pequeña? —susurraba rota.

Junto a ella había un puñal, el mismo que sujetaba el maldito elfo, ese condenado Ottar, había sido él el culpable de que mi vida cambiara, él era el verdugo y la condena de mi historia.

—¿Por qué me haces esto, Freyja? —gimoteaba, con el alma apagada—. ¿Por qué, madre? —Lloró—. La cuidé como me dijisteis, como me dijo Lyss... Hice todo lo que estuvo en mi mano para protegerla de las garras de Loki... —su voz se quebró recordando—. Lo di todo por ella, todo por vosotros, mis dioses.

Podía sentir su dolor, cómo la devastación había tomado el control de su espíritu, su corazón se había quebrado en mil pedazos que jamás se volverían a unir. Alzó la vista al cielo, mostrando esas dos esmeraldas enrojecidas por el sufrimiento y la rabia contenida.

—Y vosotros me lo agradecéis así —dijo mediante un susurro—, ¿acaso me habéis abandonado?

Las amargas lágrimas se escapaban de sus ojos sin que pudiera hacer nada por evitarlo, igual que lo hacían los míos, inundados en dolor.

—Si es así, os ofrezco un sacrificio... —murmuró decidida—. Fijad los ojos en mí, dioses —rogó—, os daré mi vida —susurró—, os la daré, a cambio solo os ruego un último favor. —Hizo una pausa alzando la mirada al cielo—. Devolvedla a los brazos de su padre, recomponed el alma del hombre al que más amo de los nueve reinos.

Traqué saliva, con los ojos inundados en lágrimas, intentando contener el profundo dolor que me corroía segundo a segundo.

—Devolvedle a nuestra pequeña, no dejéis que se consuma —imploró—, no dejéis que vague por los bosques sin rumbo alguno, perdido entre las tinieblas, al

amparo de la oscuridad —sollozó, —no permitáis que muera en vano.

Cogió el puñal que había junto a ella, colocándolo sobre su cuello, segura de lo que estaba a punto de hacer. Cerré los ojos, no podía seguir viendo lo que había ocurrido, por lo que solté las manos de Urd, no estaba preparada para saberlo.

* * *

—¿No quieres acabar de verlo? —preguntó extrañada.

Negué con la cabeza, ahogando un débil llanto que pretendía escapar. Me pasé las manos por los ojos, secando las lágrimas que habían empapado mis mejillas, y las que también pretendían hacerlo.

—¿Por qué?

—No sé si realmente puedo hacerlo... —admití con el corazón roto.

—Solo recordando podrás ver lo que el pasado oculta, Lyss.

—Pero no ahora, no puedo —negué.

Alzó los hombros, e hizo una mueca. Pasó una de sus manos por mis mejillas, acabando de disipar las pequeñas gotas que se habían acumulado.

—¿Cuál es tu siguiente pregunta, valkiria? —preguntó.

—Es que hay tantas cosas que no comprendo, tantas...

Negué con la cabeza, no era la persona idónea para hilar lo que iba conociendo.

—¿Qué no comprendes?

—No comprendo nada de lo que sucede, ¿por qué los dioses me arrebataron? ¿Por qué soy tan importante para ellos? —pregunté perdida—. ¡No lo entiendo! —exclamé.

Cada vez eran más las preguntas sin respuesta que se agolpaban en mi mente.

—¿Por qué dejaron que Ottar se acercara a mí?

—Lyss, los dioses te aman, casi tanto como nos aman a nosotras, eres una pieza clave para lo que está por venir —me explicó—. O eso ha dicho Skuld, solo ella conoce lo que ocurrirá, pero estoy segura de que en ningún momento los dioses han querido herirte —confesó.

—Pues lo han hecho, me han destrozado por dentro —aseguré.

Suspiró, las nornas podían captar las energías de una manera brutal, tanto que podían sentir una empatía tan fuerte que incluso les hiciera morir de pena, pero, aun así, intentaban mantenerse firmes, alejadas de los sentimientos y de la gente, por eso eran tan reacias a aparecer en público. Pero, a pesar de ello, Urd parecía distinta a las otras dos, había bondad en ella. Lo podía ver en esos llorosos ojos que no dejaban de observarme.

—Sé que no han sido justos contigo —admitió entristecida—, nunca se puede ser equitativo con todo el mundo, y esta vez te ha tocado a ti ser quien salieras perjudicada.

—¿Por eso te has enfrentado a ellos?

Asintió, sin apartar la mirada de la mía. Algo se había encendido en ella para que desafiara a los dioses como lo había hecho.

—Ahora responde, solo necesito saber esto...

—¿El qué?

—Ottar, ¿qué tiene que ver él en mi vida pasada? Cuéntame toda la verdad, Urd, porque estoy harta de mentiras.



Suspiró, llena de desconsuelo, pero negó con la cabeza.

—Lo he hecho desde que llegaste, Lyss, no te he mentado en ningún momento —me aseguré.

—No soy capaz de confiar en nadie que haya vivido aquí, Urd, estoy cansada de no saber qué es lo que se me oculta —me sinceré—. Hay algo que crea una mala sensación en mi interior y no sé qué es.

Las palabras salían de mi boca como si ya no pudieran aguantar más dentro, iba a reventar si continuaba guardándome para mí todo lo que me consumía.

—Urd, de verdad..., necesito poner respuestas a todas las preguntas que me hago.

—Las tendrás, Lyss, pero a su debido momento, no puedo responder a todo lo que me inquieres, porque no lo sé, hasta que no se revele en el código de Tyr.

—¿El código de Tyr? —pregunté perpleja.

Jamás había oído hablar de tal código, y mucho menos sabía que Tyr, el dios de la guerra, iba a tener algo que ver conmigo.

—Todo a su tiempo, valkiria.

—Entonces... —murmuré—. Responde, a lo que te he preguntado antes de una vez por todas.

Asintió, volvió a extender sus manos hasta coger las mías, para volver a mostrarme el pasado.

* * *

—¡No corras! —gritó la joven de cabellos rojizos.

Se adentraba en el bosque, mezclándose entre el follaje y los altos árboles que rodeaban el poblado. Era demasiado joven como para enfrentarse ella sola a cualquier animal que se encontrara en su camino.

—Espera —alzó de nuevo la voz.

La observé con detenimiento, no debería tener más de quince años, aún no sabía nada de la vida, no era más que un ser inofensivo e indefenso.

—Lyss —escuché cómo la llamaba un hombre.

La joven se giró rápidamente, asustada, y entre los árboles apareció alguien que me resultó terriblemente familiar. Tenía el cabello largo, una frondosa barba, y parecía el más salvaje de todos, pero cuando miraba a la pequeña todo se desvanecía. Esos dos ojos verdes brillaban con una intensidad distinta a todo.

—No te alejes —le pidió.

—No, Jokull.

El hombre sonrió, alargando la cicatriz que cruzaba parte de su rostro.

* * *

—¿Qué tiene esto que ver con Ottar? —le pregunté a Urd.

—Será mejor que sigas mirando, todavía no ha acabado.

—¿Quién es él? —pregunté, refiriéndome a Jokull.

Había algo en ese hombre que me resultaba conocido, pero no entendía por qué.
¿Acaso estaba recordándole?

—Jokull es tu tío abuelo —me explicó—, hermano de tu abuelo Hammer, el padre de Gala.

«Jokull», repetí interiormente su nombre.

—Sigamos.

* * *

La muchacha no hizo caso a lo que Jokull le decía, se adentraba cada vez más en el interior de la espesura, desapareciendo de la vista del hombre. Corría hacia el interior como si le fuera la vida en ello, y fue entonces cuando lo entendí todo.

—Ya estás aquí, vikinga —murmuró un joven Ottar.

—Tú también. —Sonrió ella.

Se lanzó a los brazos del elfo, sin ni siquiera saber las consecuencias que aquello traería, y lo peor de todo era que aquella joven Lyss y su relación con Ottar iban a ser los culpables de que yo lo hubiera perdido todo.

—Anhelaba tanto tu cuerpo —susurró contra su oído.

Por un momento pude escucharle pegado a mí, con sus manos posadas en mi cintura, sintiendo su respiración chocando contra mi piel. Había tomado el cuerpo de la muchacha, y era yo quien estaba realmente frente al elfo.

—No te creas todo lo que salga de sus sucias bocas. —Sonrió con maldad—. Te han traicionado —aseguró— y volverán a hacerlo.

—¿Qué? —pregunté confusa, siendo yo y no la niña quien hablaba.

—Aléjate, Lyss —me pidió.

¿Aquello estaba ocurriendo de verdad? ¿O tan solo era un mal recuerdo? Negué con la cabeza como pude, aún apoyada contra su pecho, sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

—O lo haré yo. —Sonrió—. Te separaré de todo lo que te ha herido, de quien se ha ganado todo tu rencor, y acabaré con ellos, con todos.

Antes de que pudiera separarme de él, colocó un cuchillo en la parte derecha de mi cuello, bajo la mandíbula.

—Mi dulce Lyss, yo aliviaré tu dolor y lo convertiré en vida.

* * *

Todo se volvió oscuro como la noche, y dejé de sentir. Todo lo que me rodeaba se había fundido como una bombilla, desapareciendo en un abismo desde el que parecía

caer. Ni siquiera era capaz de escuchar a Urd, solo notaba cómo mi cuerpo se movía de un lado a otro, como si estuvieran zarandeándome.

El cuerpo me pesaba, pero no podía moverme, estaba completamente paralizada y sin poder hacer nada por cambiarlo. Alguien hablaba a mi alrededor, pero no lograba distinguir su voz. Sentí un poderoso calor que empezaba a recorrerme, pero, aun así, seguía sin reaccionar, de repente, todo se envolvió en una nube de dolor. Un poderoso latigazo me recorrió de pies a cabeza, torturándome.

Pero fue gracias a eso por lo que abrí los ojos, y acabé recuperando la conciencia que había perdido.

—Llevas horas dormida —dijo Urd con los ojos llorosos.

—¿Estás bien? —preguntó Thor, preocupado.

Asentí, había sido él con la ayuda de Freyja, quienes me habían despertado de ese profundo estado en el que me encontraba. La dísir se levantó y sin decir nada, se dio media vuelta y salió de la gran sala de curas. Junto a mí, arrodillada también se encontraba Thrúd, su rostro estaba lleno de terror, y ni siquiera podía hablar. Se lanzó a mis brazos, cobijándome entre estos.

—Dioses... —susurró.

—Gracias —contesté, mirando a Thor a los ojos.

Aquel dios había sido siempre el más cercano de todos, dejaba la arrogancia y la altivez que tenían Freyja y Odín para cuidar de nosotros como si realmente fuéramos sus hijos, como siempre había sido.

—No hay de qué. —Sonrió él.

El dios se puso en pie, y con esa tranquilidad que le caracterizaba, para según qué cosas, se marchó.

—¿Qué ha ocurrido, Urd? —pregunté desorientada.

Hizo una mueca, la muchacha parecía decepcionada y entristecida, podía ver la culpabilidad en sus ojos.

—No lo sé... Yo... —balbuceó.

—¿Qué, Urd?

—Alguien muy poderoso ha conseguido interponerse entre nosotras —murmuró—. Ha tomado el control de nuestro vínculo, y se ha adentrado sin que pudiera hacer nada.

Tragué saliva, ¿quién demonios había tenido el poder suficiente como para doblegar a una norna? Aquello empezaba a aterrarme, no me gustaba nada cómo habían conseguido entrar en mi cabeza.

Era él, Ottar, con la ayuda de alguien, se había apoderado de mis recuerdos pasados.



Aquello parecía haberse ido de nuestras manos, los dioses lo controlaban todo, pero eso había sido lo único que se les había escapado.

—Debemos averiguar quién ha sido, y cómo lo han conseguido.

—¿Tienes idea de quién puede tener tanto poder como para hacerlo? —pregunté.

Negó con la cabeza, nadie sabía cómo había podido ocurrir algo así, pero era un hecho, contaban con alguien demasiado fuerte psíquicamente.

—¿No se te ocurre nadie? —Dudé.

—No, la verdad es que no, y no comprendo cómo Verdandi no ha sido capaz de ver lo que ocurría, o Skuld, ella debería haberlo sabido.

—Pero si lo sabía... ¿por qué no nos ha detenido?

Urd parecía confusa, incluso podía atisbar un ligero reflejo de dolor en sus ojos. Jamás pensé que alguien podría colarse entre los pensamientos de una norna como ella, eran diosas menores capaces de todo.

—Lo averiguaremos, Urd —aseguró Thrúd.

—No podemos dejar que esos malditos consigan deshacerse de nuestras barreras con tanta facilidad —añadí.

La norna no dijo nada más, parecía decepcionada consigo misma, siendo incapaz de perdonarse aquel garrafal error.

—No te preocupes. —Acaricié su mano.

—Mi fallo podría haberte costado la vida...

Cerré los ojos, recordando cómo el filo de su daga se posaba sobre mi cuello, preparado para desgarrarlo en cualquier momento.

—No me habría matado, lo sé —le aseguré.

—Eso no lo sabes —dijo en voz baja—. ¿Y si lo hubiera hecho?

—No hubiera sido más que un simple daño colateral... —Suspiré—. Como en todos lados.

—Deja de decir esas cosas —puntualizó Thrúd.

Me miró frunciendo el ceño, molesta por cada una de las palabras que habían salido de mi boca.

—Tan solo es la verdad, si algo así hubiera ocurrido, ¿a quién le habría importado?

—A todo el mundo —contestó Urd.

—Lo dudo.

Me puse en pie como pude, dispuesta a marcharme de nuevo a mi habitación, para así poder descansar antes de que llegara el momento de descender al Midgard del pasado. No estaba segura de si realmente estaba preparada para ello, pero era algo

que debía hacer antes de volver con mi clan, si no obtenía las respuestas necesarias acabaría volviéndome loca.

—Lyss... —me llamó Urd, de nuevo, antes de que me marchara.

Giré la cabeza un poco, lo suficiente como para poder mirarla.

—De verdad que lo siento —aseguró.

Asentí, si lo sentía de veras debería ayudarme a conocer el resto de mi vida, los dioses me lo debían, igual que ellas.

Estaba demasiado nerviosa, las manos me sudaban, y las piernas me temblaban, no sabía si iba a ser capaz de descender al Midgard así. No recordaría, simplemente iba a conocer de verdad a los que habían sido mis padres. La única condición que puse para hacerlo fue no conocerme, no saber qué ocurriría con mi madre, no tener la opción de sufrir con ella. Era demasiado el dolor que le corroía como para no sentirlo en mis propias carnes, una vez más, no estaba preparada para ello.

Alguien golpeó la puerta dos veces, haciendo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza.

Me puse en pie y fui a ver de quién se trataba. Tras la puerta, me encontré con esos dos ojos claros como el cielo despejado en un día de primavera.

—¿Estás preparada?

—No lo sé, Thrúd —confesé.

Era cierto que deseaba con todas mis ganas poder conocer mis orígenes, saber de dónde procedía y cómo era el lugar del que venía. Pero, por otra parte, no estaba segura de ser lo suficientemente fuerte como para aguantar lo que pudiera sentir allí abajo.

—Tranquila, hermana, todo irá bien, ya lo verás.

—No me preocupa que me pase algo —dije en voz baja—, sino el hecho de verme abrumada por la energía que se pueda crear en el Midgard.

Hizo una mueca, sabía tan bien como yo que era altamente receptiva cuando se trataba de auras y energías, cosa que a veces era incluso perjudicial para mi bienestar. Pero no iba a dejar que el miedo creara una barrera con la que separarme de mis orígenes como ya habían hecho los dioses.

—Sé que podrás con ello —aseguró—. Con todo.

—Ojalá tengas razón, *systir*.

—Ya verás como sí, todo irá bien —repitió.

Sonreí con tristeza, insegura, perdida como jamás lo había estado, y temerosa. Cogí aire, pidiéndole a Nerthus, la diosa madre de la tierra, que me ayudara en mi cometido y me diera la fuerza necesaria para seguir adelante con lo que iba a hacer. La madre de Freyja había sido la única diosa mayor que no había participado en el gran engaño, obligada a vivir en Vanaheim, el reino de los dioses vanir. Los Aesir nunca habían aceptado a la diosa entre los suyos, como sí habían hecho con Freyja y Frey.

—Los dioses estarán contigo.

—No quiero que lo hagan, si ellos no se hubieran entrometido nada de esto estaría sucediendo, ahora solo le ruego a Nerthus benevolencia, y paz para seguir con mi misión.

—Ella estará siempre contigo, te protegerá desde Midgard, con sus dones, pero no debes olvidarte de nuestros padres, ellos han velado por tu seguridad desde que llegaste al Asgard, debes olvidar lo pasado y seguir adelante.

Bajé la mirada, a la vez que negaba una y otra vez con la cabeza.

—No puedo olvidar cuando mi corazón está roto, Thrúd —admití.

—Se recompondrá, Lyss —aseguró—. Tus heridas sanarán en algún momento y deberás perdonar.

Suspiré, no tenía ganas de seguir hablando y mucho menos de discutir antes de mi partida. No sabía cuándo la volvería a ver, pero sabía que pasaría un tiempo hasta entonces.

—Hermana, cuídate.

—Lo haré —le prometí.

Me abracé a ella, intentando calmar mi atormentada alma. Cerré los ojos, sintiendo cómo mis ojos se empapaban de lágrimas llenas de rencor y miedo, porque sí, estaba aterrorizada, aun así, debía seguir adelante y no amedrentarme.

Alguien tocó ligeramente la puerta, por lo que alcé la vista, vi que Urd aparecía con urgencia y una expresión de asombro.

—Oh..., disculpad —murmuró.

Se dio la vuelta con intención de marcharse, pero no se lo permití, solté a Thrúd, quien me besó la mejilla.

—Luego nos vemos, *systir* —se despidió.

La norna se había quedado junto a la puerta, esperando a que le hiciera pasar.

—Lamento si he interrumpido algo.

—No te preocupes, Urd —le dije—. Entra.

Asintió dos veces y cerró la puerta a su espalda.

—Lyss, ha llegado el momento, es hora de bajar.



Al salir de la habitación me encontré en el largo pasillo que conducía hasta el Valhalla, donde los dioses aguardaban mi llegada. Cogí aire, intentando calmar los nervios que me recorrían de pies a cabeza, me froté las manos entre ellas, estaba preparada para bajar, o al menos quería pensar en que así era a pesar del desasosiego que me corroía.

Caminé entre las altas paredes, acompañadas de escudos dorados que cubrían los grandes techos.

Detrás de mí había dos grandes guerreros, dos de los einherjars que Freyja había decidido quedarse en su reparto con Odín, y a mi lado Urd, quien caminaba con paso seguro y firme hacia el interior del Valhalla.

Nada más entrar nos encontramos a los dioses, sentados en sus grandes tronos, aguardando.

Desvié la mirada al escuchar que el gran águila de la puerta oeste dejaba ir un fuerte graznido. Bajo esta había un enorme lobo que no dejaba de observarnos, inmóvil en su sitio, custodiando la entrada.

—Lyss —me llamó Freyja.

La miré, y se puso en pie, tan elegante y hermosa como siempre, era la diosa más impresionante de todos los reinos, admirada y odiada por tantos, pero respetada hasta el fin de sus días.

—Hay algo que quiero que lleves contigo.

Se acercó a donde me encontraba, un poco más allá de las largas mesas y bancos cubiertos de relucientes cotas de malla. Desvió la vista hacia una de las doncellas que aguardaba junto a la gran columna hecha de las lanzas de los caídos, haciendo que esta se acercara. Llevaba una brillante bandeja de plata, donde yacía un collar hecho con cuero y ágata, era realmente precioso.

—Pero...

Freyja jamás se rebajaría hasta pedir disculpas por algo, pero era capaz de mostrar en sus dulces y escasos gestos que estaba arrepentida de lo que había hecho.

Lo cogió con sumo cuidado, para que la cuerda no se escapara entre sus largos dedos, como lo haría la arena de un desierto. Apartó mi cabello con la otra mano, y pasó el colgante por mi cuello.

Sentí que la energía de la diosa era capaz de traspasar la hermosa piedra y adentrarse en mi corazón.

Alzó una mano, la posó sobre la ágata y dijo unas palabras que no fui capaz de comprender, pero que aumentaron las fuerzas que convivían en aquel pequeño trozo de piedra liliácea.

—Esto te protegerá, te hará invisible a sus ojos para que conozcas su cultura —murmuró—. Tu cultura —rectificó.

Asentí sin decir nada, esperando a que acabara de hablar. Me sentía ansiosa, y tan solo quería que todo aquello sucediera para volver a la Tierra junto a mis hermanos.

—No podrás hablar con ellos, ni siquiera te verán, tan solo los observarás.

—Pero... —intenté decir.

La diosa hizo una mueca, negó con la cabeza y prosiguió:

—Todo lo que hagas puede cambiar el futuro, y eso es algo que no podemos permitir, Lyss.

—Igual que lo cambiasteis vosotros, ¿no? —dije llena de rencor.

—No son las mismas circunstancias, Lyss, espero que algún día puedas comprender por qué lo hicimos.

No sabía si algún día podría entenderlo, el dolor que había en mí era demasiado grande como para olvidar o para intentar comprenderles. Haría mi vida y cumpliría con mi cometido, fuese el que fuese.

Un fuerte trueno cruzó todo Asgard, haciendo temblar los cimientos de la ciudad, algo iba a ocurrir y debíamos apremiarnos para llegar a tiempo.

—Será mejor que nos marchemos ya —anunció Freyja.

—Heimdall irá con vosotras.

La diosa asintió, se giró hacia Urd y con un leve movimiento de cabeza le hizo acercarse a donde nos encontrábamos. Se encaminó hacia el final de la sala llegando a la puerta oeste en la que se encontraba el lobo. Salimos del Valhalla hasta llegar a Fólkvangr, el palacio y residencia de Freyja, donde recibía a la mitad de los caídos en combate que le arrebatava a Odín en su llegada.

—Debemos ir a Sessrúmnir —anunció la norna.

Freyja asintió, a sabiendas que Sessrúmnir era conocido como el salón en el que se encontraban los seres queridos con los suyos después de la muerte, y a pesar de que no era lo que realmente había ocurrido, era el mejor lugar, o al menos el más seguro. Las puertas de la gran sala se cerraron a nuestras espaldas a la llegada de las dos nornas restantes. En sus manos llevaban una vasija con lo que parecía el agua de Urðarbrunnr, el pozo de Urd y del pozo de Mímir, el gigante más sabio de todos los reinos, y algunas de las hojas de Yggdrasil, el árbol de la vida.

—Arrodíllate.

En la parte central de la sala, en el suelo, había dibujado un gran Valknut, el nudo de tres triángulos que unía todos los reinos de Yggdrasil, rodeado por una decena de runas que no comprendía, solo era capaz de entender alguna de ellas.

—Alza las manos —me ordenó Urd.

Las levanté, poniendo las palmas hacia arriba a la altura de mis hombros. Skuld apartó la capa que cubría parte de su espalda y los costados, dejando a la vista su daga sagrada. Solo existían tres, y eran las jóvenes nornas quienes las custodiaban. Se

colocó frente a mí, la desenfundó, e hizo tres cortes en cada mano, haciendo que el dolor me provocara un escalofrío que debía domar.

—Estaremos contigo, Lyss.

Sujetó la daga al inicio de estos tres, y los cruzó con uno más. Eran cada una de ellas, y la diosa madre, Freyja.

—Y yo también, valkiria —juró la última de ellas.

—Cuidaremos de ti desde este gran salón hasta que vuelvas.

Urd volcó el agua de la fuente sobre las manos, limpiando las heridas, empapando el suelo de un color extraño causado por el líquido y la sangre. Miré mis manos, segundos después, pude ver cómo los cortes ya ni siquiera existían, se habían cerrado y tan solo quedaba el recuerdo de ellos. Ocho largas cicatrices que cubrían las palmas de mis manos.

—Es hora de marchar.

* * *

Rygjafylki, 886 d. C.

Ni siquiera sabía cómo había ocurrido, pero allí estaba.

Cogí aire, llenando mis pulmones, aquel lugar era tan puro que no parecía ni siquiera ser real.

Caminé por el bosque, podía ver el poblado desde la lejanía, y ansiaba estar más cerca para contemplar a aquellas gentes. Aceleré el paso, necesitaba llegar lo más rápido posible, no sabía cuánto tiempo podría pasar, pero quería saberlo todo sobre ellos.

En la lejanía, junto a la más grande de las casas pude ver a un joven con el pelo dorado como los rayos del sol, y complexión atlética. Era grande, musculoso, pero a la vez delgado. De una de sus manos colgaban las riendas del hermoso caballo que le acompañaba, a paso tranquilo.

—¡*Bródir*^[33]! Estás bien, gracias a los dioses... —escuché que le gritaba un joven.

Se acercó a él, eran más o menos de la misma edad, o eso habría jurado al verles juntos, solo que el otro muchacho era incluso más grande que él.

—Sí, parece que todo el mundo estaba pendiente de si no había salido vivo de esa batalla... Los dioses aún no me quieren en el Valhalla, hermano.

¿Era aquel joven mi padre? Y, ¿por qué hablaba así del Valhalla? Algo en mí había cambiado nada más verle aparecer, pero no comprendía por qué. Observé cómo caminaba, sin prisas. Parecía realmente rudo y salvaje como el peor de las bestias, pero al mismo tiempo veía la bondad en él.

—Eh, es lo que pasa cuando eres Egil, hijo de Thorbran, quien no aparece, tal vez si fuera otro nadie se hubiera percatado —añadió el otro.

Mis piernas temblaron, haciendo que ni siquiera pudiera aguantarme de pie, algo en mí se había quebrado al escuchar su nombre, Egil.

Egil Thorbransson, era él, estaba en lo cierto. El más famoso rey de Rogaland, uno de los más grandes de Noruega, y esposo de Gala. Mi corazón lloró al sentir que no era capaz de recordar el amor que había sentido a su lado, no era capaz de recordar ninguno de los sentimientos que había tenido en aquellos años de vida que había compartido con él. Lo único que era capaz de reconocer era la rabia y el arrepentimiento.

Él había sido en algún momento el rey de mi existencia, el hombre que me había dado la vida, el único que había jurado protegerme en cualquier situación. Pero todo cambió.



El corazón me latía con demasiada fuerza, tanto incluso que me daba la sensación de que me iba a dar un ataque. Estaba inquieta, desde que había llegado al Midgard me sentía extraña en aquel lugar.

Ver a Egil provocó estragos en mí, y ahora lo hacía observar a Gala.

Allí estaba ella, tan hermosa como peligrosa, una auténtica guerrera capaz de acabar con cualquiera que se le cruzara en el camino. Iba montada sobre su inseparable corcel, negro como la noche, su cabello se movía a su antojo, de un lado a otro, dejándose llevar por el viento a pesar de que lo había trenzado, dejando algunos mechones sueltos.

—¿Qué pasa, esos ojos de plata no te dejan ver? —le preguntó Gala a Egil.

Este salía del interior de su casa, aún, colocándose la ropa, y algo molesto al ver que su caballo había desaparecido.

—Qué graciosa eres.

—Sí, lo sé —contestó irónica.

Una leve sonrisa se dibujó en mis labios, no podía evitar sentirme bien al ver cómo se desquiciaban el uno al otro. Eran tan distintos entre ellos, jamás habrían pensado que estaban destinados a permanecer juntos durante toda la vida.

El muchacho le preguntó si sabía dónde se encontraba su caballo, pero lejos de responderle, se limitó a sonreír. Sus ojos eran tan verdes, tan hermosos, que brillaban como la hierba mojada por el rocío, se parecían tanto a los míos que incluso me resultaba extraño.

Las horas pasaban demasiado rápido, les había podido ver luchar, cazar e incluso vi cómo Egil se enfrentaba a un enorme oso. Estaba frente a él, preparado para atacar. En una de sus manos sujetaba una de las hachas que había sacado de su cinturón, y que segundos después lanzaría contra el animal.

Este alzó una de sus grandes zarpas, alcanzándolo en el brazo derecho. Cayó de espaldas, y por un momento temí por su vida. El corazón iba aún más deprisa de lo que conseguía ir yo, corrí hacia donde se encontraba, pero entonces recordé que de nada serviría si me entrometía. Egil viviría sin mi ayuda. Sujetó el hacha con toda la fuerza que pudo, y golpeó a la enorme bestia con todas las fuerzas que le quedaban, hasta que acabó con su vida.

—Odín, padre de todos, dios de la sabiduría, la guerra y la muerte. Desde el *Valaskjálf*^[34] me miras. Padre, yo, Egil Thorbransson, te ofrezco este sacrificio —dijo en voz alta, cortándole el cuello al animal—. Este oso y su sangre, son tuyos.

Si hubiera sabido lo que los dioses le tenían preparado jamás les habría ofrecido el animal y su sangre. Pero no había nada que hacer, él creía en los dioses como lo había hecho yo hasta el día en el que descubrí el gran secreto.

Fijé mi vista de nuevo en Egil, era un hombre formidable, valiente, rudo, fuerte como ninguno, y benévolo. En su corazón había tanta pureza que era imposible no notarla nada más verle, pero no lo iba a pasar bien, su vida cambiaría, o al menos eso era lo que contaban las historias que había leído durante toda la vida mientras estaba en el Valhalla. Sabía prácticamente todo lo que había ocurrido durante la Era Vikinga, durante eones había observado y conocido lo que había acontecido en nuestra era.

Volví a adentrarme en el interior del bosque, dejando atrás a Egil, quería saber cómo había sido su relación con Gala, conocer cómo eran sus padres, cómo habían vivido durante todo aquel tiempo.

Desde que había llegado me sentía en paz, algunas veces algo nerviosa y triste, pero, aun así, tranquila.

Gala permanecía en silencio, afilando una pequeña daga, silbando, y con una tranquilidad pasmosa. Era una vikinga pura, diferente a todas las demás, tan hermosa como indómita, era astuta como ninguna otra, sensual y arrolladora. Pero no solo eso, era sanguinaria, podía llegar a ser tan vengativa como Freyja.

Aquella gente era valiente, dura, inquietos, curiosos, y guerreros, pero sobre todo pensaban en su familia, en la gente a la que querían, no tan solo eran bárbaros, gente sin escrúpulos capaces de arrasarse con los territorios a los que llegaban con sus *drakkars*^[35]. Eran pacientes y sabios como los que más, rudos pero a la vez capaces de todo lo que se propusieran.

Observé desde lo alto de unos árboles cómo todo cambiaba día tras día. Ni siquiera era capaz de saber cuánto tiempo llevaba en el Midgard desde que había llegado, pero todo era distinto. Gala y Egil habían yacido juntos, se amaban como nadie se había amado antes, pero llegó un momento en el que se apagó. Por alguna razón que desconocía el amor se había desvanecido, o al menos eso parecía. Egil marchó, partiendo hacia el norte junto a uno de los más grandes reyes vikingos llamado Ragnarr, y Gala permaneció en el poblado junto a los que creía su familia.

Un día, marchó, se escapó del que era su hogar para esconderse en el bosque, para pensar y comprender en qué había fallado. Su único mal había sido amar a un hombre más que a sí misma.

Durante horas caminó por el bosque, hasta que encontró un buen sitio en el que montar su campamento. Permaneció allí, en silencio, intentando prender algo de heno con el que poder hacer una hoguera con la que calentarse durante la fría noche. Esperó, hasta que el crepúsculo se hizo el reino de la arboleda, fue cuando decidió ir al río, alejándose del refugio que había conseguido montar.

Mientras estaba en el agua, aplacando su sed, algo llamó su atención en la linde del bosque, algo que ni siquiera yo lograba ver.

—Egil —gritó.

De un salto se metió en el agua, intentando cruzar el río con la mayor rapidez posible, a trompicones. Al salir por poco cae de bruces contra el suelo, pero nada parecía importarle, solo lo hacía él. Se adentró entre las ramas, que se colaban entre

sus pieles, y conseguían rasgar sus ropajes, pero no se rendía, seguía hacia delante a pesar de todo. Hasta que al final, tropezó con un tronco y cayó.

—Egil, Egil... —gritó al borde del llanto.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas, pero no iba a derramar ni una de ellas, debía encontrarle, así que se puso en pie como pudo, y a pesar de sentir un dolor terrible en su pierna, volvió a correr.

Llegó hasta donde ella creía que se encontraba Egil, aunque yo en ningún momento le había visto pasar. Al darse cuenta de que no estaba allí, golpeó una de las piedras que había en el camino, y se marchó hacia donde se encontraba Regn, su corcel, y así devolverla al campamento.

No podía apartar la mirada de ella, veía cómo su pecho subía y bajaba irregularmente a causa de los hipidos. Ni siquiera podía respirar con normalidad. Tenía el alma quebrada, su corazón se había roto por completo, y el mío lo hizo de la misma manera, quebrándose al sentir que el dolor se hacía con el control de su cuerpo. Era una mujer con un alma bondadosa, pero no había acertado con sus actos.

—No está, se fue y no volverá, no por ti, estúpida —dijo entre lágrimas, intentando resignarse con lo que tenía.

Durante unos segundos me quedé pensativa, ¿desde cuándo en la Era Vikinga hablaban así? Negué con la cabeza, y antes de que pudiera pensar en nada más, un halo de luz que tan solo yo podía vislumbrar, me hizo desaparecer.

Como si hubiera caído del cielo encima de mí, aparecí de nuevo en Sessrúmnir, dentro del círculo en el que se encontraba el Valknut. Miré a mi alrededor y allí estaban ellas consagradas, aguardando mi llegada. Freyja y las nornas me esperaban, pero también lo hacía Thrúd a su lado, apoyado contra una de las paredes estaba el apuesto y seductor dios del trueno, Thor.

Ninguno de ellos dijo nada, tan solo sonrieron al verme de vuelta. Desvié la vista hacia mi hermana, quien tenía una extraña mueca en su boca, cosa que no me gustó. Algo había ocurrido y todavía no me habían dicho el qué.

—Bienvenida, Lyss —dijo la diosa.

Asentí, sin pronunciar ni una sola palabra. Quería saber qué era lo que preocupaba a Thrúd para que no hubiera una sonrisa en su boca. Me puse en pie, acercándome a ella, para descubrirlo.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté preocupada.

—No es nada.

—Claro que pasa algo... —dijo Verdandi, la norna del presente.

La diosa fulminó con una mirada asesina a la joven que había osado contradecirla, y luego la posó sobre la mía sin dejar de hablarle.

—¿Es que no sabes estarte callada? —le preguntó a la muchacha.

—No, no sé hacerlo —la desafió.

Freyja negó con la cabeza, cada vez más cabreada, con un chasquido de dedos hizo que todo el cabello de la norna cayera al suelo como si se lo hubieran rasurado

por completo. Miramos asombrados cómo todos y cada uno de los cabellos dorados caían, creando un manto a sus pies.

—Lyss, hay muchas cosas que han cambiado desde tu marcha.



Durante unos segundos permanecí quieta, paralizada ante lo que me estaba contando Freyja. Si no había sido suficiente el hecho de no haber sabido cómo ayudar a mis padres, quienes habían sufrido demasiado tanto estando juntos como separados. Ahora llegaba al Valhalla con una mala sensación y con algo peor que estaba a punto de ocurrir en el Midgard que haría tambalearse a los nueve reinos que sujetaba Yggdrasil.

—Será mejor que nos reunamos con el Alfather —dijo Thor antes siquiera de que pudiera acercarme a él.

—Sí... —murmuró la diosa, sin dejar de mirar a Verdandi.

Me giré hacia las nornas, quienes me miraban estupefactas. No conocía el tiempo que había estado alejada de los míos, se me habían pasado los días volando, porque sí, sabía que habían sido días, pero no sabía cuántos.

—Habrá una asamblea con los dioses mayores esta noche —anunció Freyja—, por lo que ahora será mejor que vayas a asearte.

Asentí, llevaba demasiado en un lugar que no conocía, y ni siquiera había podido acicalarme.

Había descuidado mi aspecto, mi hambre y la sed, tan solo había comido algunas bayas, y plantas que fuera capaz de reconocer a pesar de todo el tiempo que había pasado alejada de aquel poblado.

—¿Entendido? —preguntó.

—Lo haré.

La diosa, satisfecha de que alguien acatarara sus órdenes, se dio la vuelta, y le lanzó una última mirada a la norna del presente. Dejó ir una sonora carcajada que hizo que la muchacha gruñera como un animal enfadado. Negó con la cabeza, se había pasado, pero era cierto que si no hubiera contradicho a la altiva deidad, aún conservaría todo su cabello.

Verdandi aún seguía de piedra, sin creer que hubiese sido capaz de dejarla calva por una simple respuesta. Se lo había ganado, y su hermana mayor intentaba aguantarse la risa, ya que acabaría enfadando a la joven norna.

—No me lo puedo creer. —Reía Urd.

—Tendrías que haberte callado —añadió Skuld.

—No me callaré cuando piense algo —contesto Verdandi.

La joven norna era impulsiva, guerrera como la que más, deslenguada y valiente, cosa que había veces que jugaba en su contra.

—Bien hecho —le dije.

Negó con la cabeza, algo molesta, pero poco después esbozó una sonrisa.

—¿Vais a contarme qué es lo que está pasando aquí?

—Aquí no está pasando nada —se apresuró a decir Urd.

Freyja había admitido que algo ocurría, pero ninguna de ellas osaba responder a mi pregunta si no era la diosa quien lo hacía. Cogí aire, me molestaba que no me lo explicaran, pero también comprendía el motivo por el que no lo hacían.

—Está bien —gruñí.

Puse los ojos en blanco, y sin pensármelo dos veces me encaminé hacia Fólkvangr, donde se encontraban nuestros aposentos, aunque lo que realmente quería hacer era ir a allí donde guardaban la comida y prepararme mi propio banquete sin contar con nadie más.

Inicié el largo pasillo, cada vez se me hacía más y más interminable, los pies me pesaban, había estado tan pendiente de mis padres que no había pensado en descansar, por eso me sentía agotada.

Por un momento noté cómo mi cabeza se tambaleaba, pesaba demasiado para poder sujetarla con fuerza sobre mis hombros. La vista se me nubló hasta volverse completamente negra como la noche, no había nada, ni siquiera estrellas.

—¡Lyss! —escuché que gritaron las jóvenes al ver cómo me desplomaba.

—Mirad parece que ya se despierta —oí que decía una de ellas.

Intenté abrir los ojos, parpadeé varias veces hasta que conseguí enfocar y mirar a quien me rodeaba, pero era incapaz de hacerlo. Como pude me senté en la cama, confusa, había tres chicas a mi alrededor que nunca antes había visto. Me eché hacia atrás, hasta que mi espalda chocó contra el cabecero. «Maldición...», pensé para mí misma.

—¿Quiénes sois?

Me fijé en las tres, y me di cuenta de que dos de ellas eran gemelas, tan iguales que ni siquiera sus padres serían capaces de diferenciarlas.

—Yo soy Ingrid —contestó una de las gemelas.

—Yo Sigrid —respondió la otra.

—Y yo Swann —dijo la restante.

Las miré detenidamente, las gemelas tenían el cabello rubio platino, unos enormes ojos oscuros como la noche y una sonrisa de oreja a oreja, por lo contrario, la muchacha que le acompañaba tenía el pelo oscuro y rojizo, y unos ojos verdes tan claros que incluso llegaban a parecer plateados.

—¿Qué hacéis aquí?

—Somos doncellas de Freyja, nos ha pedido que velemos por ti y satisfagamos tus necesidades.

Asentí un par de veces, no había visto nunca a esas tres jóvenes, pero parecían realmente dulces.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy durmiendo?

—Tan solo dos horas. —Sonrió Ingrid.

—Ajá...

Levanté las mantas, y por suerte estaba completamente vestida. No sabía si la diosa también había decidido que aquellas chicas me asearan como ella misma me había dicho que hiciera.

—Tranquila, tan solo nos ha pedido que te trajéramos algo de comida, y bebida.
—Sonrió Swann con las mejillas sonrojadas.

—¡Ahora lo traemos! —exclamaron las gemelas al unísono.

Asentí, igual que lo hizo Swann. Las chicas salieron corriendo de mis aposentos, y desaparecieron tras la puerta.

—Me gustaría decirte que... —murmuró la doncella—. He oído mucho hablar de ti, y debo decirte que es un honor poder estar aquí. Eres realmente famosa en Asgard.

—¿Perdón? —pregunté confusa—. Yo no soy nadie aquí, Swann.

—¡Claro que lo eres! —exclamó.

Sus ojos brillaban como una estrella en medio de un cielo despejado, parecía haber admiración en ellos, cosa que no comprendía.

—Creo que te estás confundiendo, Swann —murmuré—. Será mejor que te olvides de eso.

Negué con la cabeza una y otra vez, su corazón pareció partirse al ver con qué energía la contradecía. Estaba completamente equivocada, jamás hablaría nadie de mí y mucho menos los dioses.

—Lo siento.

—Da igual.

Antes de que pudiéramos decir nada más, aparecieron de nuevo las gemelas como un terremoto tras la puerta. En sus manos, ambas llevaban una bandeja con algo de comida y bebida. Estaba hambrienta, podría acabar con toda la comida del Asgard y, aun así, podría comerme lo que quedara en el resto de los ocho reinos.

—Te traemos un poco de todo. —Sonrió Sigrid.

—Para comer y para beber —añadió Ingrid.

Parecían hablar casi a la misma vez, se complementaban las frases que decía la otra como si compartieran parte del cerebro. Sonreí, me hacía gracia verlas hablar, y ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba.

Dejaron las bandejas sobre la cama. Acabé de levantarme con cuidado de no tirar lo que habían traído, sentándome. Miré la comida, pero el hambre que tenía hizo que ni siquiera me fijara en lo que había, solo quería llenar mi vacío estómago que rugía como la peor de las fieras.

—Entonces... —murmuró una de las gemelas.

—¿Qué? —pregunté con un trozo de pan en la boca.

—¿Eres tú la elegida para detener el Ragnarök?



Yo sola no podía detener el ocaso de los dioses, jamás lo conseguiría. El Ragnarök siempre estaría en nuestra historia, en nuestra sangre y en nuestro pasado. No sabíamos si este llegaría a mano de los elfos oscuros, o si sería el propio Loki quien tomaría el control como siempre habían contado las nornas.

—No, no soy yo —aseguré.

—Claro que sí, tú eres como Sigrún.

No comprendía por qué decían eso.

—¿Cómo Sigrún? —pregunté.

—Eres vikinga como ella —dijo Swann—. Sigrún fue el inicio de los valkyr en la Tierra, y ahora tiene que volver una valkiria vikinga que nos guíe en el camino hacia la derrota de los elfos y sus ayudantes.

Tragué saliva. ¿Y si estaban en lo cierto y yo era la clave para solucionar lo que estaba ocurriendo en el Midgard? Era egoísta e incluso podría llegar a ser narcisista el plantearse esa opción como válida, pero si no... ¿por qué hablarían así de la profecía tanto en la Tierra como aquí?

Les dije que no con la cabeza, no podía ser, yo no era más que una joven a la que habían alejado de su gente en vez de acabar con la vida del ser más odioso con el que jamás podría haberme encontrado.

—Claro que lo eres, Lyss —aseguró Swann.

—Eso ya lo veremos —le contesté de mala manera.

Swann esbozó una triste sonrisa que acabó convirtiéndose en una mueca de disgusto a la vez que fruncía el ceño. Era una muchacha con la mirada dulce, pero no era suficiente, nada lo era como para olvidar o resolver todas las preguntas que tan solo el destino podría responder. La joven se puso en pie, y no dijo nada más antes de marcharse, desapareciendo tras la puerta.

—Vaya... —murmuró una de las gemelas.

—Tal vez sea mejor que nos marchemos... —añadió la otra—. No queremos importunarte.

—No me importunáis.

—Pero Swann...

—No pasa nada, chicas —contesté.

Miraron cómo comía, y a pesar de que aquello me hacía sentir incómoda, no pude echar a aquellas dos ilusionadas muchachas de mis aposentos. Parecían realmente emocionadas, igual que lo había aparentado la joven cisne, Swann.

Me explicaron cómo habían cambiado las cosas desde que el último grupo de exploradores partiéramos hacia Midgard, y durante el tiempo en el que había estado

perdida en el pasado, observando cómo habían vivido los vikingos, mis vikingos, mi familia.

—¿Qué sabéis de las nornas?

—Apenas hemos convivido con ellas, ni siquiera aparecen en los banquetes y reuniones, permanecen en sus aposentos junto a las grandes raíces de Yggdrasil, regándolo con las aguas de Urðarbrunnr, el pozo de Urd.

—¿Y de lo que ha ocurrido en el Midgard?

—De eso no sabemos nada —contestaron al unísono.

Algo me hacía pensar que eso no era así, esas dos gemelas sabían más de lo que contaban. Lo más seguro era que los dioses les hubieran prohibido hablar sobre ello hasta que fueran ellos quienes me lo revelaran.

Suspiré, a pesar de haber dormido durante horas me seguía sintiendo exhausta, debía terminar de comer y volver a descansar o no podría continuar con lo que estaba por venir.

—Chicas, necesito descansar. —Hice una mueca.

—De acuerdo, Lyss.

—Nos vemos más tarde, ¿de acuerdo? —Intenté sonreír.

Ambas asintieron y poco después respondieron a la vez:

—Claro.

—Decidle a Swann que espero verla pronto.

—Se lo diremos.

Permanecí tumbada en el lecho, pensando, dejando que mi cuerpo descansara y se alejara de todo ese agotamiento que me debilitaba hasta el punto de sentirme confusa e incluso mareada. Todavía no había llegado el momento de cenar, pero necesitaba arreglarme, alejar el polvo que se había acumulado en mi cuerpo, igual que en mi alma.

Me levanté, las gemelas habían dejado la puerta completamente cerrada tras su marcha y nadie había venido a molestarme durante aquel tiempo, cosa que agradecía. Poco a poco fui quitándome la ropa, necesitaba un largo baño de agua caliente en el que redimir mis penas y miedos. Me metí en el agua ardiendo, sumergiéndome por completo en ella. Podía sentir la paz, la absoluta tranquilidad que me provocaba flotar en aquella gran bañera. Durante unos minutos fui capaz de relajarme, pero poco después alguien interrumpió mi descanso.

Tocaron la puerta en repetidas ocasiones, no tenía ganas de atender a nadie, tan solo de tener la mente en blanco como hacía mucho que no conseguía.

—¿Quién es? —alcé a voz desde mi posición.

—Soy Thrúd.

Suspiré, sin ganas de salir del agua. Cuando fui a ponerme en pie sentí una punzada atravesar parte de mi espalda, provocando que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza.

—¿Lyss? —preguntó ansiosa.

—Voy —dije alargando la vocal.

Me sequé el pelo como pude, y me envolví con una de las toallas que colgaban junto a la bañera.

Salí del baño, por suerte en el Asgard no existía el frío ni el calor, no era como en el Midgard, sino que la temperatura permanecía estable.

Le abrí la puerta, mientras volvía a por la toalla con la que había quitado la humedad del cabello, para hacerlo de nuevo, ya que las gotas de agua no dejaban de empapar el suelo.

—¿Estás visible? —inquirió.

—Sí, tranquila.

Escuché que entraba en la habitación pausadamente, sujeté la toalla que cubría mi cuerpo para que no se me viera nada, a pesar de que las valkirias habíamos estado juntas desde niñas y conocíamos cada uno de los cuerpos de nuestras hermanas. Thrúd dio dos golpecitos en la puerta antes de apartarla, avisándome de que su intención era entrar, y así hizo.

De repente dejó de caminar, se quedó petrificada. Me di la vuelta y vi cómo su rostro tenía una expresión de perplejidad que me hizo dar un respingo. Había algo que no le gustaba, cosa que consiguió sobrecogerme.

—¿Qué demonios ocurre, Thrúd? —pregunté asustada.

—Lyss... —murmuró.

Me miraba atemorizada, y no entendía por qué, ya que ni una sola palabra se había escapado de su boca salvo mi nombre.

—¡Qué! —exclamé.

—Tu espalda —dijo en voz baja, señalando mi piel.

La miré con los ojos bien abiertos, no comprendía a qué venía aquella expresión que había en ella.

—¿Desde cuándo llevas un tatuaje?

—¡¿Qué?! —repetí.

¿De qué estaba hablando? Intenté mirarme en el espejo, pero apenas podía ver de qué se trataba.

—¿No te lo has hecho tú?

Negué con la cabeza en varias ocasiones, el corazón me latía con fuerza y estaba poniéndome cada vez más nerviosa.

—¡Las valkirias no podemos tatuarnos! ¿Estás loca?

—¡No he hecho nada! —voceé—. ¿Qué tengo tatuado?

Hizo una mueca, se acercó a mi espalda, recorrió con sus dedos el dibujo que había en ella, asustándome cada vez más al ver la magnitud del tatuaje.

—¡Thrúd! —grité.

—Tienes... Tienes una gran espada en el centro, grande, punzante y con una empuñadura hecha a base de hierro y cuero, con una hermosa gema plateada en el centro de esta.

—¿Hay algo más?

—Sí —murmuró—. Hay dos majestuosas alas de valkiria, a ambos lados de la espada, la acunan y se funden como una sola imagen.

La puerta de la habitación se abrió, tras ella apareció Freyja, con uno de sus largos vestidos blancos como el mármol del suelo del Valhalla.

—El sino se ha plasmado en ti.



—Lyss, es hora de que nos marchemos —dijo Freyja.

Asentí un par de veces, me miré en el espejo, aún tenía que prepararme para ir a la gran asamblea que tendría lugar en el gran salón.

—Me vestiré y estaré allí en unos minutos —contesté.

—No tenemos unos minutos.

Chasqueó los dedos, haciendo que todo lo que me cubría desapareciera y se cambiara por un hermoso vestido dorado, vaporoso, tan ligero como el aleteo de una mariposa. El cabello se me había recogido en una larga trenza que colgaba brillante a mi espalda, y que se formaba desde la raíz hasta las puntas.

—Debemos marcharnos.

Miré a Thrúd, quien iba vestida como todas igual que lo hacía yo minutos antes de meterme en el agua. Pero, hoy, por alguna razón, Freyja había decidido que aquel día debía ir así.

—Estás hermosa, Lyss —comentó Thrúd.

Fui al baño, buscando algo en lo que poder reflejarme. Me miré en el espejo, el vestido se ceñía a mi cintura y pechos gracias a unos lazos que dejaban casi al descubierto el gran tatuaje que había nacido en mi espalda. Era realmente hermoso, igual que los abalorios dorados que adornaban mi trenza, y que no dejaban de brillar bajo la luz de las bombillas.

—Todos aguardan nuestra llegada —me explicó.

Cogí aire, aquello me iba a costar más de lo que había creído en un principio, pero debía afrontarlo, conocer lo que había ocurrido en el Midgard desde que lo abandoné en busca de mi verdadero yo.

—Adelante pues —contesté.

Freyja posó una de sus delicadas manos en mi espalda, esperando a que pasara frente a ella para terminar de admirar lo que acababa de crear en mí. Thrúd se adelantó, dejándonos solas.

—Lyss —me llamó antes de que saliera de la habitación.

Me di la vuelta, con la mirada perdida, pero algo en ella me hizo sonreír. Sentía el arrepentimiento de Freyja, cómo en lo más profundo de su corazón había un débil sentimiento de contradicción. Tomó una de mis manos, y sin que pudiera hacer nada por negarle, se abrazó a mí.

—Quiero que conserves algo, Lyss —murmuró aún abrazada.

—¿El qué?

—Esto.

Acercó su boca a mi frente, y cuando sus labios rozaron mi piel todo lo que veía se volvió negro.

* * *

—Madre, ¡madre! —gritaba una joven Lyss con el cabello suelto y brillante.

Corría junto a la cabra Heiðrún y al hermoso ciervo Eikþyrnir por los patios de Odín, de un lado a otro, persiguiendo a los animales. Freyja la observaba junto a uno de los asientos que había en los jardines del Valhalla. La joven muchacha se lanzó a los brazos de la diosa, quien la recibió con una de sus mejores sonrisas.

—Algún día serás importante, Lyss —murmuró acunando su cabello, colocándolo tras una de sus orejas—. Muy importante, más de lo que crees.

—¿Por qué dice eso, madre?

—Porque lo sé, mi guerrera.

Urdió su cabello, igual que lo había hecho cuando me cambió de vestido en la alcoba, haciendo que una larguísima trenza cayera por su espalda. La niña corrió de nuevo a por el ciervo, adoraba acariciarlo, este apenas se dejaba tocar, tan solo respondía a las caricias de Lyss, a mis caricias.

—Madre, ¿cree que algún día podré luchar junto a los grandes guerreros de Odín?

—Claro que sí, mi hermosa valkiria, serás la mejor de ellas.

Sonrió, con las mejillas enrojecidas, las palabras de Freyja eran halagos que nadie escuchaba, tan solo un pequeño grupo de valkirias contaban con la devoción de la diosa, y desde que había bajado al Midgard había olvidado aquello que una vez ocurrió.

* * *

—No siempre tuviste ese rencor, Lyss.

—No lo tenía porque vivía engañada —dije con pesar—. Sabías lo que iba a ocurrir, lo sabías muy bien, las nornas os habían advertido y, aun así, decidisteis que arruinar mi vida era mejor que acabar con la de ese maldito elfo.

—No podíamos interceder así en el destino, él no es de los nuestros.

—Pero yo sí —terminé su frase.

Asintió un par de veces, abatida por recordar la devoción que había en mí, sabía que la había amado como a una madre, como la madre que no era y que ella misma me había arrebatado, pero las cosas habían cambiado y no dejarían de hacerlo.

—Espero que algún día nos perdones.

—Podré perdonaros, pero jamás olvidar —aseguré—. Un corazón roto tarda demasiado en curarse, y por suerte o por desgracia, mi vida es eterna, madre —dije con inquina.

Salí de la habitación seguida por Freyja, quien a pesar de sentir pena, también se reconcomía por dentro al no decir lo que verdaderamente pensaba. Se mordía su viperina lengua que en aquel momento permanecía callada para no crear un mal mayor.

—Será mejor que apremiemos.

Asentí sin siquiera mirarla, me fijé en Thrúd, que caminaba deprisa y algo nerviosa, parecía conocer lo que ocurría en el Midgard y por eso se alejaba tan rápido como podía. Sabía que en cuanto tuviera oportunidad le preguntaría por ello, a no ser que llegáramos al Valhalla antes.

Recorrimos el largo pasillo que nos llevaba desde Fólkvangr, la residencia de Freyja y sus caídos, hasta el gran salón en apenas unos minutos. Las valkirias éramos rápidas, fuertes y ágiles, igual que lo era la diosa guerrera, habíamos adaptado a nosotras sus cualidades, ella misma nos las había otorgado.

A medida que nos acercábamos al gran salón empezamos a escuchar cómo decenas de tambores iniciaban una canción que parecía incluso hipnótica. Los guardas que custodiaban los grandes portones nos miraron fijamente, y acto seguido las abrieron para no hacer esperar a la diosa.

—Señora. —Se arrodillaron.

—Levantaos —les ordenó a medida que pasaba junto a ellos.

Nos adentramos en el interior de la sala, cientos de guerreros ocupaban las grandes mesas que se preparaban cada día para que estos se alimentaran y cogieran fuerzas para estar listos el día en el que llegara el Ragnarök.

Todo el mundo se calló al ver cómo Freyja entraba seguida por nosotras, pero los tambores siguieron sonando al mismo compás. Nos hizo un gesto para que nos quedáramos en la primera de las mesas, la que estaba en frente de los grandes tronos que ocupaban los dioses.

—Bienvenidas —dijo Thor con su poderosa voz.

El Alfather, quien permanecía en el centro, asintió. Su gesto se torció al ver que Freyja observaba a uno de los guerreros y cómo este no podía evitar lamerse los labios al deleitarse con ella. El dios no se lo pensó ni un solo instante, se puso en pie, y alzó una de sus manos. Sus dos cuervos, Hugin y Munin, volaron hasta él en aquel momento, cogió a Gungnir, la lanza que los enanos crearon especialmente para él, y la lanzó contra el guerrero atravesándolo por completo.

No dijo nada, hizo que Gungnir volviera a sus manos y limpió la sangre en sus ropajes, mientras dos de los guerreros que protegían la salida oeste junto al lobo se acercaron a recoger el cuerpo del einherjar.

—Guerreros y valkirias —dijo Odín en voz alta una vez se llevaron al hombre.

Todos fijamos nuestros ojos en él, el dios de los dioses, padre de los nueve reinos y rey de todos los seres.

—Los elfos nos están ganando la partida —asumió.

—¿Cómo? —alcé la voz.

Me puse en pie, ¿cómo podían estar ganando si cuando me marché estaban contenidos en una zona?

—Lyss, hace dos meses que marchaste del Midgard.

Me pasé una mano por la cabeza, no era capaz de comprenderlo... ¿Dos meses? ¿Cómo había pasado tanto tiempo fuera de allí?

—Valkiria —me llamó Odín—. Han atacado a los clanes, siguiendo la estela de tu camino hacia el clan junto a Hofvarpnir.



Tragué saliva. «Maldición...», pensé para mí misma. Había guiado a esos asquerosos elfos hasta la gente a la que había empezado a querer como a mi nueva familia, allí estaba Eiliv, Tyra, Stephen, Engla, igual que Argus y Mist... Todos mis hermanos. Maldije entre dientes a esos seres tan repugnantes, Loki había envenenado sus mentes haciendo que se alzaran en armas contra los humanos, criaturas y dioses.

—Pero... —murmuré.

—Alguien rastreó tu energía, tu olor —dijo en voz baja Thrúd.

—¿Lo sabías? —pregunté confusa.

—Sí. —Bajó la mirada al suelo, sintiéndose culpable.

Miré a la que consideraba una hermana de verdad, y negué con la cabeza, no me podía creer lo que estaba escuchando. Incluso ella me había traicionado cuando pensaba que ya nadie iba a herirme más.

—Lyss, yo...

—Tú nada. —La atravesé con mi mirada.

Me giré para fijar mi vista en los dioses, llena de ira, habían permitido que esos sucios seres atacaran a los míos. Una vez ya me separaron de mi familia, pero no permitiría que volvieran a hacerlo.

—Me marchó —anuncié.

—No puedes irte ahora.

—Claro que puedo.

Me puse en pie, y salí del gran salón. No quería saber nada de nadie, y mucho menos de ellos, que habían vuelto a esconderme lo que estaba pasando. Suspiré, no podía creérmelo, una vez más engañada. Caminé por el largo pasillo, o mejor dicho, corrí en dirección al Bifrost, necesitaba que Heimdal me devolviera al Midgard. Me deshice del vestido que me había creado Freyja, dejándolo hecho girones, sin forma. Debía llegar a la morada del dios de los dientes de oro, que se encontraba en la parte más alta del puente que conectaba el Asgard con el Midgard.

—Lyss —me gritó Thrúd a mi espalda, quien no dejaba de perseguirme.

Antes de que pudiera llegar al Bifrost, cuando me giré, choqué contra el pecho de Freyja, quien había conseguido pasar por delante de mí.

—Joder —dije entre dientes.

—Esa boca —me regañó.

La miré con el ceño fruncido, no era momento de reprimendas de ningún tipo, y mucho menos si venían de su parte.

—No vais a hacer que cambie de opinión.

—No vamos a intentarlo —anunció la diosa.

—Más os vale, porque no voy a quedarme —aseguré.

Freyja volvió a chasquear los dedos, haciendo que el maltrecho vestido desapareciera, y mi cuerpo se cubriera con los ropajes idóneos para la lucha. El cabello seguía igual, recogido en la larga trenza que me había hecho antes, y que tanto adoraba que llevara.

—Si vas a ir a la guerra, será mejor que lo hagas bien hermosa, así los elfos se confundirán aún más.

Me guiñó un ojo, intentando ser agradable, pero, aun así, no me hizo ninguna gracia. No quería estar allí, necesitaba descender de nuevo con los míos y ayudarles a combatir contra esas repulsivas criaturas.

—Iré contigo —dijo Thúrd.

—No hace falta que lo hagas.

Vi cómo Cohl, la pareja de vida de Thrúd, se acercaba a donde nos encontrábamos, se colocó a su lado, y besó una de sus mejillas.

—Iré con vosotras.

—¿Cómo sabías que...? —pregunté.

—Lo sabemos todo el uno del otro.

Hice una mueca, la verdad era que en aquel momento tampoco quería pensar en nada que no fuera la gente que estaba en el Midgard defendiendo el terreno.

—Bueno, dicho esto, nos marchamos.

Me llevé la mano a la parte del cinturón en la que debería ir mi *geirr*, pero entonces recordé que la había perdido. ¿Cómo iba a luchar contra los elfos si no la tenía?

—Lyss —me llamó Freyja—. No necesitas tu *geirr* para ser una guerrera salvaje, eres una valkiria, y la lanza solo te hace canalizar tu poder.

—Pero... sí que la necesito.

Cogió aire, hizo un gesto de desacuerdo y poco después volvió a chasquear los dedos. En sus delicadas manos apareció una *geirr* realmente hermosa, su empuñadura estaba hecha de plata y en ella había grabada un gato con ojos verdes, igual que el que tenía Gala. Miré a la diosa, lo había hecho a propósito.

—Así la tendrás a tu lado.

No necesité que dijera nada más, esas palabras eran las únicas que me impulsaron para seguir adelante. Gala, mi madre, estaría conmigo en la batalla, sería ella a quien rezaría, y a quien daría las gracias, porque era ella la que me había dado la vida.

—Nos vamos.

Thrúd aún mantenía su mano agarrada a la mía, sabía que estaba asustada por lo que pudiera ocurrir. En su mente revoloteaban cientos de pensamientos, estaba segura de ello, podía ver cómo sus ojos estaban apagados. Me había mentido, y que me hubiera enterado de ello le apenaba.

Heimdal nos dejó en el mismo prado al que llegamos tras la gran tormenta que nos trajo al Midgard la primera vez. Las antorchas que señalaban el camino hacia la gran casa de los Lett estaban apagadas, algunas de ellas yacían en el suelo, rotas. Un

escalofrío me recorrió de pies a cabeza, no me gustaba lo que estaba viendo, no me gustaba nada. Apreté las manos en forma de puños.

—*Alt veit eg, Odin* —dije en voz baja—. Lo sé absolutamente todo, Odín —traduje.

Tiré de la mano de Thrúd, Cohl nos seguía sin perder el ritmo. No podía llegar tan rápido como quería si seguía cargando con mi hermana, por lo que solté su mano y corrí, lo hice tan deprisa como pude, necesitaba llegar y saber que estaban todos sanos y salvos, si no jamás me lo perdonaría.

—Lyss, espera —gritó Thrúd.

Ya ni siquiera la escuchaba, solo quería llegar. Las manos empezaron a sudarme, y cientos de rayos las recorrieron, si esos malditos elfos habían acabado con ellos no habría piedad. Los mataría a todos, no dejaría ni uno vivo.



Habían construido unos altos muros alrededor de la primera edificación, aquella que ya tenía una muralla que les protegía. Miré hacia todos lados, a la vez que abría el primero de los portones, eran tan grandes que por un momento pensé que no podría con ellos. Los traspasé y al hacerlo me encontré con decenas de guerreros que me apuntaban preparados para matar.

—Lyss —exclamó Eiliv.

Vestía como un antiguo guerrero, sujetaba con uno de sus brazos un enorme escudo propio de los vikingos, y en su otra mano una enorme espada. ¿Sería esa la que se había grabado en mi piel tras subir de nuevo a Asgard? Se lanzó a mis brazos, desesperado, cobijándome, alejando los temores.

—Eiliv... Estás bien —murmuré conmovida.

Posó sus grandes manos a ambos lados de mi rostro, con una delicadeza pasmosa, y sin pensarlo unió nuestros labios en un dulce beso que me dejó casi sin habla.

—Sí, valkiria —contestó con los ojos llenos de lágrimas—. Gracias a los dioses estamos todos bien.

—¿Todos? —conseguí preguntar.

—Bueno... —dijo en voz baja.

Miró a las filas, allí había mucha gente, más de los que recordaba.

—¡Lyss! —escuché cómo gritaba Tyra.

Apareció entre toda la gente, apartándolos, a la vez que corría en dirección a donde nos encontrábamos. Ella sí que lloraba, las lágrimas habían empapado su rostro, y no podía evitar hacerlo.

—Por los dioses, Lyss, pensé... —Su voz se desvaneció—. Pensé que te había ocurrido algo, cuando Astrid volvió sin ti...

—Estoy bien, Tyra —aseguré—, estoy bien —repetí.

Me abracé a ella, mientras Eiliv no nos quitaba los ojos de encima, con una sonrisa de alivio en sus labios. Cuando nos separamos, tiró de una de mis manos.

—Los Dökk también están aquí —me explicó—. Gracias a ti conseguimos que los clanes se unieran, aunque fuera momentáneamente. Necesitábamos la ayuda los unos de los otros, o no conseguiríamos permanecer con vida.

—¿Dónde está Astrid? —pregunté nerviosa.

—Está...

—¿Dónde está? —alcé la voz.

La muchacha bajó la vista a la vez que hacía una mueca que no me gustaba nada. La sujeté por los hombros y la miré directamente a los ojos.

—Tyra, dime dónde está —le ordené.

—La hirieron durante uno de los ataques.

Me tapé la boca, no me lo podía creer... Astrid debería haber vuelto al Valhalla donde habría estado a salvo de todos esos seres malignos que no dejaban de acecharnos. Cogí aire, intentando tranquilizar a mi alterado corazón.

—Quiero verla.

—Está descansando en la sala de curas.

—¿La sala de curas? —pregunté.

—Sí, con la llegada de los elfos se habilitaron dos salas en la parte más segura de la casa donde permanecen los niños y los enfermos.

Eiliv tomó una de mis manos, pero cuando escuchó cómo Thrúd y Cohl entraban, se dio la vuelta, amenazándoles con la espada. Aunque de poco le serviría para enfrentarse a una valquiria y un einherjar.

—Tranquilos, vienen conmigo.

—¿Quiénes son?

—Ella es Thrúd y su pareja Cohl.

Eiliv y Tyra se quedaron perplejos al escuchar su nombre.

—¿Thrúd? ¿Hija de Thor?

Asentí un par de veces, así era. Thrúd era la hija del dios del trueno Thor y la diosa Sif, era el poder, la fuerza y la garra de las valquirias. Era fuerte y valiente como ninguna, por eso los dioses la tenían en estima.

—Así es —contestó ella también.

Thor adoraba a su hija, la había protegido hasta que fue capaz de luchar por sí misma, y cuando llegó el momento la instruyó para ser la mejor de todas.

—Es un honor tenerte con nosotros —dijo Eiliv.

—Gracias. —Sonrió vergonzosa.

Un hombre se abrió paso entre los guerreros, igual que había hecho minutos atrás Tyra, y tras él apareció Elin, la hermana de Jae.

—Jae ha convocado una asamblea de urgencia —anunció—. Requiere la presencia de todos los valkyr y los caídos.

Asentimos sin apartar la mirada de la joven mujer, le hizo un gesto al hombre que la acompañaba, y le pidió que se quedara entre las filas de guerreros, pero no lo hizo, cosa que no le gustó nada.

—Los guerreros que se queden —ordenó.

Estos se mantuvieron en guardia durante todo el rato, incluso en el momento en el que apareció Elin. Nos adentramos en el interior de la casa, guiados por la joven mujer de gesto triste, porque sí, así era. Elin no parecía una mujer feliz, o al menos cuando estaba alejada de su pequeña.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a Eiliv.

Este tomó una de mis manos, cobijándola entre las suyas, y se la llevó a la boca para besarla con mimo.

—Los elfos prepararon una emboscada hace un mes en los límites de nuestro territorio, siguieron un rastro que los guio hasta aquí, hasta la casa, a sabiendas de

que no estabas —me explicó—. Conseguimos contactar con Tyra, y con los Dökk, ellos también estaban siendo atacados por los elfos, así que acordamos que vinieran a nuestro territorio, intentando despistarles, pero de nada sirvió ya que se relegaron uniendo sus fuerzas —prosiguió—. Pero no solo eso... Durante uno de los ataques, esos malditos elfos se llevaron a la pequeña Engla.

Algo en mí se partió en mil pedazos, ¿cómo podían haberse llevado a la sobrina de Jae? Y lo que era peor, ¿cómo habían accedido a ella? Tragué saliva, negando con la cabeza una y otra vez.

—Eiliv... —dije en voz baja.

—¿Qué? —Me cogió de las manos.

—Fui yo quien les guio hasta aquí, por mi culpa se han llevado a Engla.

Me sujetó por el brazo con mucha fuerza, frenándome por completo y haciendo que quedara alejada del resto.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Eiliv, fue sin querer, cuando conseguí escapar de las zarpas de esa maldita elfo, alguien me siguió hasta llegar a vosotros —le expliqué con pesar—. Lo lamento tanto...

Suspiró, y se abrazó a mí.

—Tú no tienes la culpa.

—Claro que la tengo. —El dolor se agarró a mi pecho—. ¿Cómo pasó?

—Los niños estaban en el bosque, junto algunos de los Dökk, cuando, por alguna razón, Niels y Engla se alejaron —me explicó—. Los elfos oscuros se llevaron a Engla, por suerte el joven elfo de la luz consiguió escapar.

—Tyra —la llamé.

La joven pelirroja de ojos miel me miró preocupada, con los ojos llenos de lágrimas, esas que luchaban por empapar su rostro.

—Necesito ver a Niels.

Asintió, a la vez que se encaminaba hacia la sala en la que se escondían los niños. No estaba tan segura de ello, algo me decía que había sido Ottar quien había guiado a su ejército hasta las tierras de los Dökk, y luego hacia estas. No sabía por qué, pero era aquella la sensación que tenía.

—Sentaos —nos pidió Jae cuando nos vio entrar.

Nos colocamos junto a Thrúd, Gunnr y Mist, quienes observaban sin perderse nada de lo que estaba diciendo Jae y Thorn, el líder de los einherjar, quien había tomado el control del grupo de guerreros que habían conseguido reunir desde que me marché, y con el que se habían protegido de los ataques.

—Hemos previsto un nuevo ataque durante esta tarde, antes de que caiga la noche en el bosque de la zona norte —anunció la líder—, Karin ha podido verlo en uno de sus viajes astrales por todo el Yggdrasil.

—Debemos preparar todas las armas que tengamos, proteger este bastión, o intentarán arrebatarnos todo aquello que tenemos —alcé la voz—. No podemos

permitir que se acerquen a la primera muralla y mucho menos que lleguen a la segunda.

—Los arqueros defenderán en tres fases, una primera en el primer fuerte, una segunda en el siguiente, y otra desde la parte superior de la casa, no dejaremos que se acerquen.

—Creo que deberíamos preparar una emboscada —nos interrumpió Thrúd.

Argus y Thorn asintieron, sabían que la joven hija de Thor tenía razón, debíamos atacarles antes siquiera de que llegaran a los arqueros. Ellos solos no podrían detener al ejército de elfos que había visto.

—Será mejor que nos organicemos, porque lo que está por llegar, no tiene precedentes.

Tyra llevó al pequeño elfo a mi habitación, necesitaba saber qué era lo que había pasado realmente y quién se la había llevado.

—¡Lyss! —gritó al verme.

Se lanzó a mis brazos y por primera vez en la vida vi llorar al pequeño elfo. Jamás lo había hecho, ni siquiera cuando los elfos oscuros habían arrasado su poblado. Pude sentir el miedo en él, el dolor por no haber podido proteger a la pequeña niña de las garras de los oscuros.

—Mi pequeño —le cobijé abrazándolo. Acaricié su delicado pelo con mimo. Fijó sus ojos grises en los míos, eran tan claros que a veces parecían incluso vacíos.

—Explícame qué pasó, Niels —le rogué.

Cogió mis manos igual que había hecho otras veces, cogí aire y me dejé llevar por sus lúcidos recuerdos.

* * *

Todo se había vuelto oscuro, durante unos segundos me sentí confusa e incluso mareada. El frío tomó mi cuerpo, poco a poco fui abriendo los ojos, y no eran otros que los del pequeño elfo.

Engla caminaba algo más allá, mirando cómo pequeñas luciérnagas volaban frente a ella.

Una enorme sonrisa se dibujaba en su boca, ajena a lo que estaba ocurriendo. Aquella niña era más inteligente de lo que nadie sabía, salvo Niels, que se había percatado de ello nada más verla. Tenía un enorme don para las energías, podía detectar las ondas que emanaban de los cuerpos de todos aquellos seres que vivían en los nueve reinos.

—Engla no te alejes —le pidió Niels.

—No, no me alejo.

Miró al joven elfo, su sonrisa era aún mayor cuando sus ojos se posaban en él. Se sentía en paz cuando él la acompañaba, igual que lo notaba Niels a pesar de ser razas totalmente distintas.

Estaba dentro de su cabeza, el niño era feliz, amaba a la pequeña valkyr con toda su alma a pesar de no conocerla apenas.

—Niels —susurró la niña.

Se detuvo en seco, haciendo que el corazón del elfo se acelerara sobremanera, temiendo que algo le pasara. Su voz se había quebrado, estaba aterrada, podía verlo en su mente. Engla se pasó una mano por la frente, y poco después por la nuca. Al darse la vuelta para mirar a Niels, pude ver cómo sus ojos se habían llenado de lágrimas, estaban rojos y su expresión era de absoluto horror.

—¡Engla! —gritó.

La niebla empezó a tomar todo el lugar, haciendo que ni siquiera pudiera ver bien lo que le rodeaba. Hasta que apareció él, entre la oscuridad y las sombras, con su cabello oscuro y sus ojos negros. Ottar empuñaba su espada seguro de no tener que utilizarla, sabía que los niños estaban solos. Tras él apareció Helhest, el caballo de Hela, que tan solo aparecía cuando algo horrible estaba a punto de ocurrir.

* * *

—Va a morir, Lyss —escuché cómo me decía Niels.

Abrí los ojos y pude encontrarme con los suyos, desbordados de las amargas lágrimas que escocían su dulce y triste mirada. Estaba desolado, su alma había llorado todas y cada una de las noches que pasaba alejado de ella.

—El elfo se la ha llevado, y no pude hacer nada...

Aquel pequeño que no tenía espíritu de niño, había tenido que crecer demasiado deprisa, luchar por su vida como nadie lo había hecho.

—La traeré de vuelta, Niels. —Acaricié de nuevo su cabello—. Te lo prometo.



Niels y Tyra se marcharon, y me dejaron sola durante unos minutos. Desde la ventana observé cómo poco a poco el sol iba cayendo, acercando así cada vez más la hora del fin. ¿Iba a ser aquel enfrentamiento el que detonara el Ragnarök? Nadie lo sabía, pero lo cierto era que si ellos desaparecían de la Tierra no quedaría esperanza para los humanos, los asesinarían a sangre fría, provocarían un holocausto, y sería la mayor ofrenda a Loki que jamás se hubiera visto.

Cerré los ojos y me tapé el rostro con las manos. ¿Realmente estaba preparada para aquello?

Cogí aire, recordando la mirada de Gala, mi propia mirada, la de una guerrera salvaje como lo había sido ella. Si pudo luchar y ser una de las *skjaldmö* más duras de toda la historia, yo también lo sería, porque su sangre corría por mis venas, igual que la del gran rey Egil Thorbransson.

—Lyss —escuché que me llamaba una voz familiar.

Alcé el rostro y me encontré con Astrid, quien se sentó a mi lado, tomando mis manos entre las suyas y acunándolas.

—Abuela... —dije en voz baja.

—Sé qué te atormenta, mi niña, pero tú misma te lo has dicho, eres hija de dos reyes de Noruega, esta es tu tierra, tu lugar —me animó—. Debes luchar por ellos, por el legado que dejaron en el Midgard, un hermoso regalo para los que ahora podemos disfrutar de ti.

—Pero..., abuela..., estabas herida.

—Y lo estoy, pero necesitaba verte.

Me abracé a ella, era la única capaz de calmar mi atormentado corazón, que se reconcomía a cada latido que daba.

—Debes acabar con ellos, proteger a esta gente, y no rendirte jamás, o habrán ganado la batalla.

Asentí, segura de lo que decía, tenía que hacerle caso. Astrid se había comportado como una auténtica abuela durante todo el tiempo que estuvo conmigo en el Valhalla, y ahora no iba a dejar que nadie la arrebatara de mis brazos. Pelearía por salvar su vida y la de todos los valkyr indefensos, por mi pequeña Engla, Niels, y todos los niños que permanecían escondidos, presos del miedo. Antes de que pudiera decir nada más, alguien golpeó la puerta con un ligero toque que llamó nuestra atención.

Sabía quién era, y qué venía a decirme. Eiliv apareció al otro lado de esta, serio y algo apenado, pero nada más fijar sus ojos en los míos una sonrisa se dibujó en su boca.

—Mejor me marchó, niña. —Acarició mi cabello, y besó una de mis mejillas.

—Nos vemos luego, *amma*.

Astrid salió de la habitación, dejando que Eiliv pasara y se colocara frente a mí, agachado. Pasó sus manos por encima de las mías, y me besó en la punta de los dedos, uno a uno.

—Es hora de salir, Lyss —dijo con pesar—. El primer grupo te está esperando.

Asentí, lo sabía, había escuchado cómo hablaban desde hacía rato, pero no quería alejarme de aquel lugar, de Astrid, de Eiliv. Él no estaría entre las primeras filas, sino que permanecería en la guardia del primer bloque, junto a Argus.

—Prométeme que volverás —me pidió.

Le miré a los ojos, sintiendo que mi corazón se encogía. Podía ver el miedo en su mirada, no por él, ni por el resto, tan solo por mí. Un miedo que hacía que sus piernas temblaran y que todo cambiara.

—Volveré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Lett.

Ladeé la cabeza, de repente había salido de mi ensimismamiento y había vuelto a la cruda realidad. Los elfos oscuros estaban atacándonos de nuevo y éramos incapaces de reducirles.

—¡Lyss! —gritó, Thrúd—. ¡Muévete!

—Joder... —murmuré entre dientes.

—¡Hazlo!

Parecía que todo iba a estallar, cientos de briznas volaban de un lado a otro y miré a mi alrededor, exhausta, confusa por lo que estaba ocurriendo. Delante de mí acababa de crearse un profundo boquete en la tierra causado por el impacto de alguno de mis hermanos. Antes de que pudiera dar un paso atrás, algo se clavó ligeramente en mi espalda, rogué al cielo para que fuera uno de los nuestros, pero al girarme vi lo equivocada que estaba. Un enorme elfo oscuro me apuntaba con una lanza.

Resoplé, maldije para mis adentros en todas las lenguas que conocía, y me preparé para atacar.

Antes de que pudiera hacerlo algo chocó contra mi espalda. Caí hacia adelante, y el elfo aprovechó para atacarme, dándome un fuerte empujón y haciendo que terminara dentro del boquete. Se tiró encima de mí, pero antes de que pudiera dañarme conseguí colocarme sobre él y golpearle con tanta fuerza como pude. Sujeté con rabia mi *geirr*, dejé que los pequeños rayos recorrieran mi cuerpo y sonreí, llena de malicia. Ante su expresión de terror no pude hacer otra cosa que acercar mi mano a su frente con rapidez, evitando que sus forcejeos me desestabilizaran. El elfo no tardó en perder la conciencia, apenas tuvo tiempo de defenderse, aunque tampoco le habría servido para nada. Sus ojos se cerraron, todavía podía notar su corazón latir a causa de la electricidad que aún había en su interior, hasta que indefenso acabó muriendo.

Alcé la vista, buscando a mi nueva presa. Junto a mí apareció la pelirroja del Midgard. Cohl, que luchaba con nosotros, corría a una velocidad impactante, mataba

con fiereza a los que se cruzaban en su camino sin ni siquiera parpadear. Sus ojos claros se clavaron en los míos, los abrió como platos, aterrada, gesto que me alertó de que algo iba a ocurrir.

—¡Lyss! —gritó Cohl.

Antes de que pudiera mirarle, uno de los dichosos elfos oscuros me agarró del cuello. Me estaba ahogando, no podía respirar. Abrí la boca intentando sobrevivir, pero no servía de nada, podía sentir cómo mi cuerpo se volvía débil, las fuerzas me fallaban, igual que lo hacían mis piernas. Mi vista empezó a nublarse, no podía seguir así, iba a matarme. Le di un codazo en el vientre, pero no parecía afectarle, seguía sujetándome con fuerza sin dejarme caer.

Algo se clavó en él, haciendo que diéramos un par de pasos hacia adelante, a la vez que el arma arañaba mi espalda. Dejé ir un profundo quejido, el poco oxígeno que había conseguido aguantar y que me mantenía con vida se escapó, hasta que el elfo cayó desplomado hacia atrás.

Me pasé una mano por las heridas de mi piel, estas no dejaban de sangrar y comenzaban a empapar mis pantalones. Me di cuenta de que había demasiada como para ser mía. Giré sobre mis talones, encontrándome de golpe con Thrúd, una de mis hermanas. Una enorme sonrisa se dibujó en su manchado rostro, su pecho subía y bajaba agitado, tanto que parecía que el corazón iba a salirse.

Me miró y, orgullosa, se pasó una mano por su rojizo cabello, colgándose sobre el hombro el arco con el que había disparado la flecha.

—Gracias, ¿no?

—Sí. —Agaché la vista—. Gracias, *systir* —susurré a pesar del cansancio.

Se acercó sin apartar los ojos de mí, a sabiendas de que debería estar vigilando lo que ocurría a su alrededor.

—Vamos, princesa.

No le importaba nada, alegre fue dando pequeños saltos hasta donde me encontraba, hasta que tomó mi brazo y tiró de mí. Nos adentramos en la niebla que había empezado a cernirse sobre nosotros y todo el terreno que nos rodeaba. Me dejé ir, aún podía verla, hasta que poco a poco fue desapareciendo en la incertidumbre.

Busqué a Thrúd, pero parecía haber sido tragada por la tierra. No escuchaba a nada ni a nadie, ni un simple crujido de una rama... ¿Dónde estaban mis hermanos?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, noté que alguien me observaba desde la distancia. ¿Quién era? Miré hacia todos lados contemplando que solo había oscuridad y niebla, apenas se podía apreciar nada. El cielo se cubrió de nubes, haciendo que la visibilidad fuera aún más nula. No le veía, lo que empezó a ponerme nerviosa, el corazón me latía cada vez con más fuerza, tanto que podía incluso escucharlo. Mi vigilante no se hizo de rogar mucho más y, cuando apareció, se me heló la sangre. Le había visto en tantas ocasiones y en tantos sueños que hasta era capaz de reconocer su olor. Era él, el elfo que había estado acechándome desde mi llegada.

—Parece que has venido, preciosa —me dijo con superioridad.

Apreté la mandíbula con fuerza, intentando controlar mi respiración y calmar la furia que ardía en mi interior, si seguía así lo más probable era que el Midgard acabara saliendo en llamas.

Guardó su espada en el cinturón, envainándola, mientras fijaba sus ojos oscuros en los míos. Se pasó una mano por su larga cabellera, apartándolo de su rostro, el cual tenía manchado con la sangre de mis hermanos con una amplia raya que pasaba desde su frente, bajaba por su pecho y moría en la parte baja de la cintura. Me fijé en cada centímetro de su piel, en cómo llevaba vendada la parte del brazo en la que le había herido tiempo atrás y, de la que aún no se había recuperado. Nunca había que intentar amedrentar a una valquiria o su herida sería para siempre.

—No me llames preciosa, elfo —escupí con enfado.

No le soportaba y jamás lo haría. La arrogancia que emanaba de su cuerpo, junto a sus muecas, me sacaban de quicio.

—¿No? —preguntó con una sonrisa maliciosa en sus labios, acercándose con lentitud.

Me puse en guardia, apreté con fuerza la *geirr* haciendo que todo mi cuerpo se llenara de rayos que empezaron a bailar por toda mi piel. Eran más poderosos que nunca, algunas veces canalizábamos la electricidad que nos recorría en la lanza o en nuestra propia piel, ya que al ser hijas de Thor teníamos ese poder.

—Tranquila, fiera, no voy a hacerte nada, de momento —añadió pícaro al ver mi reacción—. A las bellezas como tú no hay que dañarlas.

Apreté la mandíbula llena de rabia, intentando retener las palabras que estaban a punto de escaparse de mi boca. Se recogió el cabello, dejando que dos largas trenzas cayeran a ambos lados de su rostro. De su cinturón colgaba mi *geirr*, aquella que me había acompañado durante toda mi existencia y que un día él me arrebató.

—Devuélvemelo —siseé, clavando mi vista en la suya.

Había incrustado una piedra rodeada de plata que brillaba reluciente, tenía algo... Era distinta, había un destello oscuro que no me gustaba.

—Este fue mi regalo por ganar, preciosa.

—Deja de llamarme así —gruñí molesta.

Sus labios dibujaron una amplia sonrisa seductora, pero desquiciante como la que más. No iba a poder contenerme mucho, ese elfo me sacaba de mis casillas. Di un paso al frente, acercándome a él, ansiosa por acabar con su vida, ya que antes no había podido hacerlo. Aún tenía sus oscuros ojos clavados en mi cuerpo, el cual se balanceaba de un lado a otro, preso del cansancio y el desespero.

—Devuélvemelo —repetí entre dientes.

Parecía no inmutarse, seguía con esa maldita sonrisa en sus carnosos labios, podía sentir su energía, creía ser ganador, estaba orgulloso de lo que había conseguido, lo que provocó que mi rabia aumentara, haciendo que los rayos que aún recorrían mi piel chisporrotearan con impaciencia.

—No te lo voy a dar. —Rio.

Aquella fue la gota que colmó el vaso, mi equilibrio mental y emocional se corrompió y fue despedazándose hasta que ya no pude aguantar más. Me abalancé sobre él, pero el maldito fue capaz de esquivarme. Apreté la lanza, me di la vuelta para buscarle y ahí seguía, con esa mirada penetrante y esa sonrisa odiosa que tanto asco me producía. Ciega por la ira volví a por él, solo que esta vez no le sirvió de nada apartarse, mi *geirr*, que relucía impaciente, atravesó su piel hiriéndolo, haciendo que se tiñera de rojo como la sangre que se le escapaba.

Dejó ir un profundo quejido, lleno de dolor y de agonía, pero no se movió, simplemente estudió mis movimientos. Se cambiaron las tornas y la que comenzó a sonreír fui yo. Di vueltas a su alrededor como un depredador lo haría con su presa, lo hice tan rápido como pude, cortando sus ropajes. Sin que pudiera esperármelo, me sujetó por el brazo con mucha fuerza, haciendo que quedara completamente quieta. Estábamos a apenas cinco centímetros, podía notar su agitada respiración chocar contra mi boca, haciendo que mi vello se erizara.

Había algo en él, un ápice de luz, algo de bondad escondida entre tanto mal, pero supe enseguida que estaba tan escondido que ni siquiera sabía si sería capaz de hacerla salir. O eso creía...

Abrió la boca para decir algo, pero se contuvo y, finalmente, permaneció en silencio.

—S... Suéltame —le ordené con la voz entrecortada.

—Sé que te gusta tenerme tan cerca —dijo pícaro y arrogante.

Le propiné un cabezazo, lo que hizo que diera un paso hacia atrás. Se pasó la mano por la frente, mirando si tenía algo, pero nada, lo único que le saldría iba a ser un morado de los grandes. Dejé ir una carcajada, ladeé la cabeza intentando adivinar cuáles iban a ser sus próximos pasos, pero no tardé mucho en averiguarlo. Se tiró encima de mí, tratando de hacer que cayera al suelo y, con un simple movimiento, le coloqué entre la hierba y mi cuerpo.

Un quejido se escapó de su interior cuando su cabeza chocó contra el suelo, pero no dijo nada, solo me observó. Una de sus manos se acercó peligrosamente a la espada que aún colgaba de su cinturón, pero antes de que pudiera hacerlo la cogí y la lancé todo lo lejos que pude. Inmovilicé sus brazos con mis piernas, estaba furiosa, llena de rabia, cuanto antes acabara antes podría alejarme de allí, de los demonios que me acechaban.

Algo nuevo nació en mí, un calor que tomó más fuerza, provocando que las pequeñas hebras de luz que corrían por mi piel quemaran la suya al rozarlo. Intentó apartarse, pero de nada sirvió, mis piernas le tenían bien sujeto. Paseé mi *geirr* por sus brazos, sus mejillas y su boca. Realmente no sabía cómo había acabado allí, pero... ¿era posible tener a tu enemigo bajo tu cuerpo, amenazado por el acero de tu arma y no lograr matarlo?

El filo de la lanza, que había cambiado de tamaño y ahora parecía una daga, rozaba su cuello, no se apartaba, permanecía quieto con los ojos cerrados, hasta que

dejó ir un suspiro. Podía notar que respiraba agotado, furioso, sin apenas control, pero con ganas de seguir luchando.

—Vamos, valkiria —susurró, lascivo.

Recorrí con el filo de la daga su cuello, amenazándole, acariciando la zona. Quería degollarle, ver cómo su propia sangre le encharcaba los pulmones, ahogándole sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Su mirada había cambiado, sus ojos se habían vuelto más oscuros de lo que ya eran, esta vez brillaban llenos de rabia, la cólera no dejaba de emanar de ellos, haciendo que la ira tensara cada uno de sus músculos. Tenía la cara manchada de negro, de algo que parecía carbón. No era como el resto, parecía más corpulento de lo normal y fuerte como ninguno. Podría haberme quitado de encima, aunque por alguna razón no lo hizo. Se movió y retorció, pero no iba a dejar que se escapara por lo que rasgué parte de su garganta.

—¿Por qué no lo haces ya? —gruñó—. ¿Tienes miedo?

Me pasé la daga a la mano izquierda con agilidad y, le propiné un buen golpe en la mandíbula dejándole en blanco y con el labio partido, el cual empezó a sangrar también.

—¡Cállate, elfo estúpido!

Tragó saliva, ansioso, y acabó por escupir la sangre que empezaba a llenarla. Estaba preparada para acabar con su vida igual que lo estaba él para aceptar su final, supuse que debía ser ese. Sabía que iba a ocurrir, que aquel iba a ser el momento en el que todo acabaría. Alzó la cabeza, quedándose más cerca de mí a la vez que yo colocaba el filo del cuchillo más pegado a su cuello, no quería que se aproximara, no quería sentirle cerca.

Algo en mí se apagó, mis manos empezaron a temblar, igual que lo hizo todo mi cuerpo. Un escalofrío me recorrió, la vista se me nubló y, por un momento, parecía que todo iba a desaparecer si no conseguía permanecer consciente. Miré hacia abajo y vi cómo de un pequeño corte empezaba a salir sangre, empapando mi pierna.

—Siempre serás mía, vikinga.

—Eso jamás, Ottar —conseguí decir.



Epílogo

Conseguí ponerme en pie, todo había desaparecido, incluso él. Alguien carraspeó a mi espalda, sabía perfectamente que era ese maldito elfo, por lo que sin dudarle ni un momento, y con el corazón en llamas me di la vuelta.

Ottar me observaba con detenimiento, con una sonrisa burlona en sus labios. Me sacaba de quicio, odiaba toda su esencia, pero al mismo tiempo una atracción magnética hacía que todo mi ser necesitara acercarse a él, cosa que no comprendía.

—¿Qué te ocurre, valkiria? —Alzó una ceja.

No respondí, sujeté con fuerza la *geirr* que me había dado Freyja y fijé mis ojos en los suyos.

—¿Es que no has visto lo que han hecho esos dioses a los que tanto veneras? —inquirió con rabia.

Dio un paso adelante, por lo que no pude evitar quedarme quieta.

—¿No recuerdas nada de lo ocurrido? —preguntó, acercándose a mí.

Dejó ir una risa burlona que erizó todo mi vello. ¿Qué clase de atracción era la que estaba sintiendo por ese ser? Había sido Ottar el hombre con el que la pequeña Lyss se había visto a escondidas, era él quien anhelaba su cuerpo y su alma, quien la había protegido.

—Sé que has visto lo que pasó, sabes quién soy, y qué soy para ti. —Sonrió lujurioso.

Negué con la cabeza, me negaba a creer lo que mis ojos habían visto en cientos de ocasiones, en todos y cada uno de mis sueños había estado él. Sus oscuros ojos me habían vigilado desde el principio, y sabía que volvería, pero ¿por qué?

—Porque tú siempre serás mi reina, Lyss, la reina de todos los svartálfar —susurró contra mi oído.

Continuará

Vocabulario

A

Aesir: los principales dioses del panteón nórdico.

Amma: abuela.

Asgard, gobernado por Odín.

B

Berserkers: poderosos guerreros, que resaltaban por su ferocidad y en ocasiones se les comparaba con gigantes.

Bródir: hermano.

D

Dísir: hace referencia a sacerdotisas y hechiceras que a veces se confundían con las nornas y con valkirias.

Draugr: fantasma, el que camina después de la muerte, criatura de la mitología nórdica.

Drakkars: barco vikingo.

E

Einherjars: eran espíritus guerreros que habían muerto en batalla.

F

Faðir: padre.

G

Geirr: Lanza.

H

Hraf: cuervo.

Húsfreyja: mujer, esposa.

I

Illr: malo.

K

Konungr: rey.

M

Midgard: es el mundo de los hombres en la mitología nórdica.

Misseri: estación del año, los vikingos solo tenían dos, verano e invierno.

Mjólnir: es el martillo del dios Thor.

Móðir: madre.

N

Nauthiz: runa de la separación o la encrucijada.

Nornas: son dísir, espíritus femeninos de la mitología nórdica.

R

Ragnarök: en la mitología nórdica es la batalla del fin del mundo.

S

Seiðkona: sinónimo de völvu, «mujer que ve».

Seiðr: hechicera.

Skjaldmö: escudera vikinga.

Sköll: Lobo que perseguía a los caballos del carro de la diosa Sól.

Svanr: cisne.

Systir: hermana.

V

Valhalla: «salón de los caídos», es un enorme y majestuoso salón ubicado en el reino de Valaskjálf: palacio de Odín.

Valkyrjur: Grupo de valkyirias y einherjars.

Vanir: son uno de los dos grupos de dioses de la mitología nórdica.

Völuspá: es el nombre del primer y el más conocido poema de la Edda poética.

Völvu: era una sacerdotisa en la mitología nórdica.

Y

Yggdrasil: el árbol de la vida, o fresno del universo, en la mitología nórdica.



Mitología

Æsir: son los principales dioses del panteón nórdico. Están emparentados con Odín y habitan en el Asgard, siendo mencionados bajo el término genérico *guðin*, «dios».

Vanir: son uno de los dos grupos de dioses de la mitología nórdica, los otros son los Æsir. Los principales son Njörðr, el padre de los dioses Vanir y dios del mar, Frey el dios de la fertilidad y Freyja.

Thor: es el dios del trueno en la mitología nórdica y germánica. Su papel es complejo ya que tenía influencia en áreas muy diferentes, tales como el clima, las cosechas, la protección, la consagración, la justicia, las lidias, los viajes y las batallas.

Odín: es considerado el dios principal de la mitología nórdica y algunas religiones eternas.

Su papel, al igual que el de muchos dioses nórdicos, es complejo. Es el dios de la sabiduría, la guerra y la muerte. Pero también se le considera, aunque en menor medida, el dios de la magia, la poesía, la profecía, la victoria y la caza. Odín reside en el Asgard, en el palacio de Valaskjálf, como dios de la guerra, se encargaba de enviar a las valkirias a recoger a los guerreros heroicos muertos en batalla, los einherjer, que se sientan a su lado en el Valhalla donde preside los banquetes.

Freyja: es una de las diosas mayores en la mitología nórdica. Es descrita como la diosa del amor, la belleza y la fertilidad. La gente la invocaba para obtener felicidad en el amor, también era asociada con la guerra, la muerte, la magia, la profecía y la riqueza. Las Eddas mencionan que recibía a la mitad de los muertos en combate en su palacio llamado Fólkvangr.

Valhalla: es un enorme y majestuoso salón ubicado en la ciudad de Asgard gobernada por Odín. Elegidos por Odín, la mitad de los muertos en combate viajan al Valhalla tras su fallecimiento guiados por las valkirias, mientras que la otra mitad van al Fólkvangr de la diosa Freyja.

Einherjar: eran espíritus de guerreros que habían muerto en batalla. Los vikingos creían que si morían en batalla, eran llevados hasta el Valhalla por las valkirias, para unirse al ejército de einherjer.

Sköll: era el lobo que perseguía a los caballos Arvak y Alsvid, que tiraban del carro de la diosa Sól a través de los cielos todos los días, con el objetivo de devorar a la diosa. Sköll tiene un hermano, Hati, quien perseguía al dios Máni (la luna).

Yggdrasil: es un fresno perenne: el árbol de la vida, o fresno del universo, en la mitología nórdica. Sus raíces y ramas mantienen unidos los diferentes mundos: Asgard, Midgard, Helheim, Niflheim, Muspellheim, Svartalfheim, Alfheim, Vanaheim y Jötunheim. De su raíz emana la fuente que llena el pozo del conocimiento, custodiado por Mímir.

Heimdall: es el dios guardián en la mitología nórdica. Es hijo de Odín y de nueve mujeres gigantes que lo nutrieron con sangre de jabalí. Poseía una vista aguda, un fino oído y podía estar sin dormir varios días. Su percepción era tan extraordinaria que oía crecer la hierba, razón por la cual se le designó guardián de la morada de los dioses, Asgard, y del Bifrost, el arco iris que hace de puente hasta ella.



Reinos

Midgard: es el mundo de los hombres creado por los dioses Odín y sus hermanos, Vili y Ve tras el combate con el gigante primigenio Ymir.

Asgard: es el mundo de los Æsir, gobernado por Odín y su esposa Frigg y rodeado por una muralla incompleta. Dentro de Asgard, se encuentra el Valhalla.

Alfheim: es uno de los nueve mundos y el hogar de los elfos de la luz.

Svartálfaheim: según la mitología nórdica, era uno de los nueve mundos de que se componía el cosmos. En él habitaban los elfos oscuros, denominados también Svartalfar, y, muy posiblemente, los enanos nórdicos.

Niflheim: en la mitología nórdica, es el reino de la oscuridad y de las tinieblas, envuelto por una niebla perpetua.

Helheim: es conocido como el reino de la muerte y se encuentra en la parte más profunda, oscura y lúgubre de Niflheim, uno de los nueve mundos del Yggdrasil.

Jotunheim: es el mundo de los gigantes (de dos tipos: Roca y Hielo, llamados colectivamente jötnar, en singular jötunn) en la mitología nórdica. Desde allí amenazan a los humanos de Midgard y a los dioses de Asgard.

Muspelheim: es el reino del fuego en la mitología nórdica. Es el hogar de los Gigantes de Fuego, de los cuales Surt era el más poderoso. Muspelheim significa mundo del fuego u hogar del fuego, siendo Muspel fuego y Heim, hogar o mundo.

Vanaheim: es el hogar de los Vanir, uno de los dos clanes de dioses en la mitología nórdica aparte de los Æsir.





R. CHERRY, nacida en 1996 en una pequeña ciudad a veinte minutos de Barcelona llamada *Cerdanyola del Vallès*, es estudiante de preimpresión digital. Los libros y la escritura llevan siendo su pasión desde que tenía once años, fue entonces cuando empezó todo.

Es escritora de varios relatos, sin mucha importancia, y redactora del blog *Una valkyria perdida en el Midgard*, dónde se pueden encontrar reseñas, crónicas, críticas, eventos y mucho más. Tras varios intentos de escribir una buena historia, llegó su hora con su primera novela llamada; *Mi Dulce Locura* (2015), la primera parte de la bilogía; *Mi locura* y después, le siguió *Mi eterna locura* (2016) dando conclusión a esta historia. La misma que se ha llevado el premio a la mejor portada en el evento Book's Ladder, gracias a los lectores que votaron por ella. Un libro lleno de amor, energía positiva, dulzura y muchos sentimientos más. Con ella espera llegar a alcanzar su mayor sueño: ser escritora. *Mo Vikingr* (2016), fue su siguiente historia donde la cultura nórdica y el romanticismo predominan. Sé lanzó con el sello digital de Lxl, Bookit, con la novela: *Una fotografía para Victoria*.

Notas

[1] Geirr: Lanza. <<

[2] Midgard: Es el mundo de los hombres en la mitología nórdica. <<

[3] Systir: Hermana. <<

[4] Valhalla: «Salón de los caídos», es un enorme y majestuoso salón ubicado en el reino de Asgard, gobernado por Odín. <<

[5] Völva: Era una sacerdotisa en la mitología nórdica. <<

[6] Normas: Son dísir, espíritus femeninos de la mitología nórdica. <<

[7] Einherjars: Eran espíritus guerreros que habían muerto en batalla. <<

[8] Dísir: Hace referencia a sacerdotisas y hechiceras que a veces se confundían con las nornas y con valkirias. <<

[9] Aesir: Los principales dioses del panteón nórdico. <<

[10] Vanir: Son uno de los dos grupos de dioses de la mitología nórdica. <<

[11] Mjölhir: Es el martillo del dios Thor. <<

[12] Berserkers: Poderosos guerreros, que resaltaban por su ferocidad y en ocasiones se les comparaba con gigantes. <<

[13] Draugr: fantasma. <<

[14] Valkyrjur: Grupo de valkyirias y einherjars. <<

[15] Völuspá: Es el nombre del primer y el más conocido poema de la Edda poética.

<<

[16] Yggdrasil: El árbol de la vida, o fresno del universo, en la mitología nórdica. <<

[17] Sköll: Lobo que perseguía a los caballos del carro de la diosa Sól. <<

[18] Misseri: Estación del año, los vikingos solo tenían dos, verano e invierno. <<

[19] Skjaldmö: Escudera vikinga. <<

[20] Móðir: Madre. <<

[21] Ragnarök: En la mitología nórdica es la batalla del fin del mundo. <<

[22] Svanr: Cisne. <<

[23] Seiðkona: Sinónimo de vólva, «mujer que ve». <<

[24] Draugr: El que camina después de la muerte, criatura de la mitología nórdica. <<

[25] Nauthiz: Runa de la separación o la encrucijada. <<

[26] Húsfreyja: Mujer, esposa. <<

[27] Faðir: Padre. <<

[28] Amma: Abuela. <<

[29] Konungr: Rey. <<

[30] Hrafn: Cuervo. <<

[31] Illr: Malo. <<

[32] Seiðr: Hechicera. <<

[33] Bródir: Hermano. <<

[34] Valaskjálf: Palacio de Odín. <<

[35] Drakkars: Barco vikingo. <<